Apuntes para una historia de la Biblioteca de Autores Cristianos



Apuntes para una historia de la Biblioteca de Autores Cristianos

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ GARCÍA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Apuntes para una historia de la Biblioteca de Autores Cristianos

© 2014, José Luis Gutiérrez García © 2014, de la edición, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU *Ediciones*Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

ISBN: 978-84-15949-42-8 Depósito legal: M-11399-2014

Maquetación: Luzmar Estrada Seidel (CEU Ediciones) Diseño de portada: Pablo Velasco (CEU Ediciones)

Imprime:

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Pr	ólogo	. 15
Cı	apítulo 1. Fuentes de estos Apuntes	. 21
Cı	apítulo 2. La prehistoria de la BAC	. 23
1.	El primer precedente	. 24
2.	La Bibioteca PAX	. 24
3.	La colección <i>Pro Ecclesia et Patria</i>	. 25
4.	Dos nuevas iniciativas	. 27
Ca	apítulo 3. Gestación y fundadores	. 29
1.	Los dos fundadores	. 30
2.	El cofundador de la BAC	. 33
3.	Entra EDICA en la BAC	. 35
4.	Un último dato	. 37
Cı	apítulo 4. La criteriología fundacional	. 39
1.	El servicio, lo primero	. 39
2.	La calidad tipográfica del libro	. 40
3.	La mayor baratura posible	. 40
4.	La cuestión de la distribución comercial	. 41
5.	La fidelidad al Magisterio de la Iglesia	. 42
6.	Programación a distancia	. 43
7.	Sentido integrador	. 43
Ca	apítulo 5. Las dos conexiones: la romana y la episcopal	. 45
Ca	apítulo 6. La organización y el personal de la BAC	. 49
1.	Estructura de la BAC	. 49
2.	Las secciones editoriales de la BAC	. 54

Ca	apítulo 7. Las ediciones de la Biblia	57
1.	La Biblia Nácar-Colunga	57
2.	Bover-Cantera, nueva versión de la Biblia	58
3.	La Biblia interconfesional	59
4.	La Vulgata latina	60
5.	El intento de la Biblia Políglota Matritense	61
6.	El Nuevo Testamento Trilingüe	62
7.	El libro de los Salmos	63
Ca	apítulo 8. Los estudios escriturísticos	65
1.	Versión y comentarios de Granada	66
2.	La Biblia comentada, por profesores de Salamanca	67
3.	Estudios bíblicos	68
4.	En torno a Qumran	71
5.	Los papiros de Qumran y la hipótesis O´Callaghan	71
6.	Los Evangelios de la infancia de Jesús	72
7.	Los evangelios apócrifos	72
8.	Los documentos bíblicos	73
Ca	apítulo 9. El Código de Derecho Canónico	75
1.	La edición bilingüe del Código	75
2.	Ediciones intermedias	76
3.	El nuevo Código	77
4.	Tres nuevas iniciativas	78
Ca	apítulo 10. Las cumbres cimeras de la teología medieval	81
1.	San Anselmo, en la BAC	81
2.	La <i>Suma de Teología</i> , de santo Tomás	82
3.	Dos propuesta tomísticas	86
4.	San Buenaventura	87
5.	Juan Duns Scoto	88
Ca	apítulo 11. Las grandes series teológicas	89
1.	La Sacrae theologiae Summa	89
2.	La Theologiae moralis Summa	90
4.	La Historia salutis	93

5.	El intento de nuevos textos	94
6.	Una anticipación preconciliar de la BAC	95
Ca	apítulo 12. La presencia de la filosofía	97
1.	Un espléndido precedente	97
2.	La Philosophiae scholasticae Summa	97
3.	La historia de la filosofía	98
4.	La historia de la filosofía española	99
5.	Los filósofos en sus textos	00
6.	Dos proyectos no concluidos	01
7.	Balmes en la BAC	02
8.	Recuerdo de un filósofo	03
Ca	apítulo 13. Los tratados particulares de la teología 1	05
1.	Un volumen excepcional	05
2.	El panorama global	06
3.	La teología trinitaria	07
4.	Las virtudes teologales	80
5.	La Cristología1	80
6.	Una magna contribución a la Cristología	09
7.	Más aportaciones a la Cristología	11
8.	La obra de un gran maestro de la Cristología patrística	11
9.	Tres obras más	13
10	. Eclesiología 1	14
11	. Dos grandes teólogos europeos en la BAC 1	17
12	. La encíclica <i>Ecclesiam suam</i>	19
13	. Mariología 1	20
14	. Dos nuevos tratados mariológicos 1	21
15	. Dos obras de gran altura 1	22
16	. Últimas aportaciones mariológicas1	24
17	. Sobre los novísimos 1	25
18	. Dos noes	26
Ca	apítulo 14. Intervalo autobiográfico 1	29
1.	Una llamada telefónica	29
2.	En el Instituto Social León XIII	31

3.	De cómo entré en la BAC	132
4.	Nuevas llamadas del Director de la BAC	133
Ca	apítulo 15. Los Santos Padres	137
1.	Un primer gran traductor	137
2.	Los textos eucarísticos primitivos	138
3.	Los Santos Padres españoles	138
4.	Dos Santos Padres más	139
5.	Las obras de san Agustín	140
6.	San Isidoro	142
7.	San Hilario de Poitiers	143
8.	La Patrología de Quasten	143
Ca	apítulo 16. Los grandes fundadores	145
1.	El santo de Asís y la Hermana Clara	145
2.	Santo Domingo de Guzmán	146
3.	San Ignacio de Loyola	147
4.	San Benito	149
5.	San Juan Bosco, educador de la juventud	149
6.	San Alfonso María de Ligorio	150
7.	San Antonio María Claret	150
8.	San Bruno, en la BAC	151
9.	Sor Ángela de la Cruz	153
10.	. Soledad de los enfermos	153
11.	. San José de Calasanz	154
12.	. San Vicente de Paúl	155
13.	. San Francisco de Sales	155
14.	. San Juan Bautista de La Salle	156
15.	. San Luis María Grignon de Monfort	157
16.	. Cimientos para un edificio	157
17.	. Enrique de Ossó	158
18.	. Madre Sacramento	158
18.	. Monseñor Amigó y Ferrer	159
19.	. Otro santo de la gran caridad con el prójimo	159
20.	. Un fundador, apóstol de la familia	160

Ca	apítulo 17. Nuevas series en la BAC	161
1.	La BAC Minor. 1968	161
2.	La BAC Maior. 1972	162
3.	La BAC Popular y los Cuadernos BAC	163
4.	La BAC Popular. 1975	164
4.	Los Cuadernos BAC. 1978	165
5.	La serie Documentos BAC. 1980	167
Ca	apítulo 18. Las ediciones litúrgicas	169
1.	Con anterioridad al Vaticano II	169
2.	Con posterioridad al Vaticano II	172
3.	Las Oraciones de la familia	174
4.	Otras obras litúrgicas	175
Ca	apítulo 19. Catequesis, catecismos y predicación	177
1.	El Catecismo Romano	177
2.	El Catecismo del Arzobispo Carranza	178
3.	El Catecismo alemán	179
4.	El Astete y el Ripalda	179
5.	Los nuevos catecismos	180
6.	La catequesis en los <i>Cuadernos BAC</i>	180
7.	La predicación como instrumento de la gran catequesis	181
8.	La religiosidad popular	182
Ca	apítulo 20. La recepción del Vaticano II en la BAC	183
1.	La edición de los documentos del Concilio	183
	Los comentarios a los documentos del Vaticano II	
3.	La Asamblea Conjunta	188
4.	Las ediciones "romanas" de la BAC en el posconcilio	189
5.	Otras obras posconciliares	193
	Los documentos del Episcopado español	
7.	Últimas aportaciones posconciliares	196
	apítulo 21. El fomento de la espiritualidad cristiana	
	A propósito del Kempis	
2.	Los místicos franciscanos españoles	200

3.	El Tercer Abecedario espiritual	202
4.	Las Obras Completas de san Bernardo	202
5.	San Buenaventura	204
6.	San Juan de Ávila	205
7.	Santa Teresa de Jesús	206
8.	Sam Juan de la Cruz	207
9.	Sam Francisco de Sales	208
10.	. Autores contemporáneos de obras de espiritualidad	210
11.	. Ejercicios ignacianos	212
12.	. Otros cinco maestros de espíritu	213
13.	. Un proyecto fallido	215
Ca	pítulo 22. Historia y biografías	217
1.	Historia de la Iglesia católica	217
2.	Historia de la Iglesia en la América española	218
3.	La historia de la Orden del Carmen	219
4.	Historia de la Iglesia en España	219
5.	La historia de los sínodos españoles	221
6.	El género biográfico en la BAC	222
7.	Proyectos no realizados	229
8.	Una obra histórica de excepción	230
Ca	pítulo 23. Los temas sociales	231
1.	Los escritos políticos de Balmes	231
2.	Donoso Cortés	232
3.	Menendez Pelayo	232
4.	Sobre el mejor régimen político	234
5.	Francisco de Vitoria	235
6.	La Doctrina Social de la Iglesia	236
7.	El Curso de Doctrina social católica	237
8.	Sobre el marxismo y el comunismo	237
9.	El derecho a la verdad	239
10.	. Dos encíclicas de Juan XXIII	239
11.	. Los orígenes del marxismo	240
12.	. Once grandes mensajes	241

13	. La encíclica <i>Laborem exercens</i>	241
14	. La Iglesia y la comunidad política	241
15	. Marxismo y democracia	242
Co	apítulo 24. Sobre literatura y arte	243
1.	Dos primeros títulos	243
2.	Aurelio Prudencio	244
3.	La lírica latina de la Edad Media	244
4.	Ramón Llull y Dante Alighieri	245
5.	El teatro teológico español	245
6.	Dios en la poesía actual	246
7.	Estética y arte sacro	247
Co	apítulo 25. También la ciencia	249
1.	La conexión filosófica	249
2.	La evolución	250
3.	El tercer momento	251
4.	La física y la filosofía	252
Ca	apítulo 26. EDICA y Ángel Herrera, en la BAC	253
1.	La Editorial Católica	253
2.	Ángel Herrera	254
Ca	apítulo 27. De variada temática	257
1.	La serie de "Enseñanzas al Pueblo de Dios"	257
2.	La colaboración con el CELAM	257
3.	Sobre la Inquisición española	259
4.	Las relaciones internacionales	260
5.	Los viajes apostólicos de Juan Pablo II	261
Co	apítulo 28. Ediciones Ríoduero	263
1.	En la década de los 60	263
2.	Nuevas vías editoriales	265
3.	Nuevos proyectos	266
4.	Ediciones Ríoduero	268

Epílogo	273
Apéndice I	277
Apéndice II	279
Apéndice III	281
Índice onomástico	289

Prólogo

La idea promotora y el consiguiente propósito de estos Apuntes respondían hace ya tiempo, y responden ahora, a varios motivos, que debo indicar sucintamente en estas primeras páginas, como introducción y justificación del presente trabajo.

En primer lugar, un deber de estricta justicia. La Biblioteca de Autores Cristianos ha sido, durante el entero período abarcado por estos Apuntes –1941-1989–, obra en lo jurídico, en lo económico y en lo operativo de La Editorial Católica, S. A., EDICA, fundada en 1912 por la Asociación Católica de Propagandistas. Encontró la BAC en EDICA pleno, permanente y generoso apoyo por parte de sus órganos rectores: la Junta de Gobierno y el Consejo de Administración. Pero la justicia exige añadir que la BAC fue en todo momento obra de hombres de la Asociación. Sus fundadores, o sea, los dos primeros directores, y el tercero, que los siguió, fueron los tres propagandistas, que con su actividad editorial homogénea dieron vida, en el campo del libro, al espíritu evangelizador característico de la Asociación. Dejar bien clara esta originaria inspiración asociativa es el deber de justicia, que subrayo como primer motivo de estos Apuntes.

La segunda causa es singular, individual, personal. El autor de estas memorias disfrutó durante 36 años del trato diario, de la activa experiencia, de los criterios reguladores, y sobre todo de la amistad, de la confianza y de las confidencias de los dos fundadores, Máximo Cuervo Radigales y José María Sánchez de Muniain. Considero que para la futura historia de la BAC no deben quedar olvidados muchos datos, de los que, sin presunción alguna, me considero portador, hasta cierto punto exclusivo. Al consignarlos, cumplo un grato deber de agradecimiento: el de rendir el debido homenaje a sus creadores, cuya ingente y ejemplar labor, por la vía del libro, contribuyó al esfuerzo evangelizador de la santa Iglesia en la España del pasado siglo XX.

La tercera razón tiene, en cambio, cierto carácter colectivo. Al repasar, a la distancia de las décadas trascurridas, la total labor recogida en la global producción bibliográfica de la BAC, he quedado literalmente sorprendido por el amplio panorama de autores y de temas albergado en su total catálogo.

Ofrece esta visión de conjunto, con evidencia irrefragable, el alto nivel cultural de nuestra Iglesia y de nuestra España, de nuestros autores, teólogos, canonistas, filósofos, historiadores, sociólogos, tratadistas y santos de aquellos decenios. Nada hubo entonces de páramos culturales. El lector podrá juzgar por sí mismo sobre el número, la calidad, la intensidad, el sentido de actualidad e incluso en no pocos casos el valor estilístico de tantos autores, que aquí y fuera de aquí, en instituciones católicas, nacionales unas y supranacionales otras, tuvieron en la BAC el escaparate cordial y fraterno de su pensamiento y de su gran preparación.

Consignada esta terna de motivos, debo advertir, como previa salvedad orientadora, una limitación inevitable de mi trabajo. Ni todos los títulos de la BAC, ni todos los autores, pueden aparecer en las páginas que siguen. Solamente hablaré de aquellas obras y de aquellos autores, de los que guardo recuerdos personales, que merecen grabación para la futura historia. Lealmente advierto que tales recuerdos tienen su fuente en mi prolongada colaboración con los fundadores; y tienen su inevitable limitación en la relativa lejanía, todavía cercana, de los hechos, y en las ineludibles restricciones, que la humana facultad de la memoria sufre con el paso de los años. Aunque añado que en todo momento he procurado atenerme, con escrupuloso respeto y sin afán alguno de notoriedad, a la verdad, esto es, a la realidad recordada.

La BAC alcanzó, y continúa obteniendo, un reconocimiento, que con toda razón, califico de mundial. Lo pude comprobar en no pocas ocasiones en la América hispana, en Europa, y particularmente en Roma. Y me es grato aducir un superautorizado testimonio. El 8 de julio de 1983, Juan Pablo II recibió en audiencia especial al Presidente y al Secretario General de la Conferencia Episcopal Española, don Gabino Díaz Merchán y don Fernando Sebastián Aguilar¹. Los acompañaba el entonces Nuncio en España, y posteriormente Cardenal, Monseñor Antonio Innocenti. Motivo de la audiencia: entregar al Papa el volumen *Juan Pablo II en España*, patrocinado por la Conferencia, con todos los discursos pronunciados por Juan Pablo II en su primera visita a España del 31 de octubre al 9 de noviembre de 1982.

Al finalizar la audiencia, Juan Pablo II sorprendió a sus visitantes con una inesperada comunicación: donaba a los obispos españoles el donativo íntegro –cuarenta millones de pesetas–, que los católicos españoles le habían regalado con motivo de su reciente visita a España. Y a continuación les preguntó expresamente por la situación real de La Editorial Católica. Algo, sin duda, sabía. Tanto don Gabino como don Fernando comprendieron que la pregunta no carecía de motivación. Y le enumeraron las actividades de EDICA: "El diario YA,

La audiencia está consignada en la edición española de L'Osservatore Romano, 17 de julio de 1983, p. 4.

los otros diarios regionales, el servicio de Logos-Edica, y la BAC". Y consigna Mons. Díaz Merchán que, al oír el nombre de la BAC, "en ese momento nos interrumpió: ¡Ah, la BAC!...". Fue entonces cuando Juan Pablo II indicó que deseaba que el donativo "se emplease en la renovación de La Editorial Católica"². Conocía la singular situación de ésta.

No considero necesario subrayar el valor indicativo de la espontánea interjección de Juan Pablo II en cuanto a su conocimiento y estima de la Biblioteca de Autores Cristianos. Disponemos, al mismo efecto, de otro testimonio autorizado, el del Cardenal Henri de Lubac, S.I., uno de los grandes teólogos del preconcilio, del Concilio y del genuino posconcilio. En carta manuscrita dirigida a la dirección de la BAC, con motivo de la edición que hicimos en 1985, BAC Popular 72, de su obra *Diálogo sobre el Vaticano II. Recuerdos y reflexiones*, nos comunicaba su agradecimiento y su admiración por la gran tarea realizada; y añadía expresamente: "¡Ojalá tuviéramos en Francia una colección como la vuestra!".

Tres años más tarde, octubre de 1988, publicamos la versión española del *Catecismo católico para adultos*, de la Conferencia Episcopal Alemana. Era el número 500 de la BAC Normal, número centenario y en cierto modo central, abierto y prometedor. Se trataba del volumen I de dicho Catecismo, titulado *La fe de la Iglesia*. Al año siguiente se hizo una segunda tirada. La dirección de la BAC pensó que era el momento oportuno para subrayar la meta numérica alcanzada, y remitió ejemplares no sólo al episcopado alemán, cedente de los derechos, sino además, conforme a la fidelidad romana de la BAC, al Papa Juan Pablo II.

El Cardenal Secretario de Estado, Agostino Casaroli, nos envió una larga carta el 3 de enero de 1989, en la que nos trasmitía la viva felicitación de Su Santidad por la fidelidad mantenida a la Iglesia, y por el hecho de que la BAC "ha ampliado su campo de acción, a fin de facilitar al hombre actual un mayor acercamiento al mensajes cristiano". Y añadía: "A este respecto, el Sumo Pontífice alienta a todos los que colaboran en esa Editorial a que, atentos a los signos de los tiempos y al progreso de la ciencia, estén abiertos siempre a incorporar aquellos medios de expresión, que permitan una mejor difusión de la cultura cristiana, sobre todo en el vasto campo de las Naciones de lengua española, especialmente ahora cuando nos acercamos al V Centenario de la evangelización de América".

Días después, –20 de enero–, llegaba a la BAC la carta que el Presidente de la Conferencia Episcopal Española, el Cardenal Arzobispo de Madrid, don

Texto en el diario YA, edición del 10 de julio de 1983. Véase también JOSÉ A. MARTÍN AGUADO y JOSÉ R. VILAMOR, Historia del YA, p. 206, Madrid 2012.

Ángel Suquía Goicoechea, dirigía al Director de la BAC con el mismo motivo. Nos hacía tres consideraciones. Una, sobre el convencimiento unánime de los obispos españoles acerca "del gran bien que la BAC ha hecho con sus publicaciones". Otra, de recuerdo y homenaje a los fundadores de la BAC, Máximo Cuervo y José M. Sánchez de Muniain, "fieles intérpretes y eficaces ejecutores de la iniciativa del Sr. Cardenal Ángel Herrera". Y la tercera, "sobre los momentos difíciles" que estábamos entonces atravesando. Y comentaba: "No son los primeros, que ha tenido la BAC. Como los anteriores, también estos se superarán".

Hubo una tercera y autorizada felicitación en aquellas fechas, la del Prepósito General de la Compañía de Jesús, el P. Peter-Hans Kolvenbach, remitida el 24 de abril siguiente. Tras mostrar su agradecimiento por cuanto había hecho la BAC y particularmente por la numerosa y constante acogida en ella de los autores de la Compañía, concluía "deseando que siga la BAC esa línea de fidelidad al pensamiento cristiano, que la ha caracterizado, y abierta a los problemas nuevos y actuales, sin temor de publicar obras de gran envergadura, que son un monumento de la ciencia eclesiástica y un honor para una editorial".

No puedo reproducir, por imperio de la brevedad, otras felicitaciones. Aunque debo mencionar dos, una anterior en el tiempo y otra posterior. La anterior era de Pío XII, quien en 1953, en carta dirigida a don Máximo Cuervo, manifestaba su paternal benevolencia y cordial felicitación "por cuanto habéis realizado para bien de las almas, de la Iglesia y de la cultura patria". Y añadía que "estamos ciertos de que seguiréis trabajando en este campo con creciente empeño para aumentar los frutos conseguidos"³.

La felicitación posterior vino de Toledo. Nos la remitía el inolvidable Cardenal Arzobispo, don Marcelo González Martín. Nos escribía el 22 de octubre de 1988 "como Obispo de la Iglesia en España", para manifestar su admiración por la labor ya cincuentenaria de la BAC, hecho "tan extraordinario en España y aún más en empresas relacionadas con la Iglesia española". Y mirando a las décadas trascurridas, alababa "la acción generosa y perspicaz de varios hombres y sobre todo de D. Ángel Herrera, tantos de ellos beneméritos y este último sencillamente genial".

No conviene prolongar el contenido de este prólogo, que nada tiene de galeato. Y quiero concluirlo con el cordialmente obligado capítulo de agradecimientos. Al repasar la obra total de la BAC durante el período seglar abarcado por estos Apuntes, debo, debemos cuantos en ella estuvimos laborando, dar gracias a Dios, de quien todo bien procede. Con su ayuda procurábamos que el suelo de la BAC fuera tierra buena para la sementera de nuestro apostolado

³ Cf. La Memoria del Ejercicio de 1953, leída en la Junta General de La Editorial Católica, junio de 1953.

seglar. En el plano de lo puramente temporal, cuanto en este amplio cuaderno de recuerdos consigno es homenaje agradecido a los fundadores de la BAC, Máximo Cuervo y José María Sánchez de Muniain, que confío será recibido por ellos con la segura recepción, que los singulares satélites providenciales de la comunión de los santos garantizan.

Es al mismo tiempo memoria de cuantos trabajaron en los diferentes niveles y secciones de la Obra, algunos de los cuales, que más adelante menciono, viven entre nosotros. Fueron todos artífices de la tarea conjunta. Pero quedaría incompleta esta memoria, si no añadiera la mención de ciertos nombres, que fueron auténticos colaboradores cordiales de nuestra obra. En primer lugar, dos Consejeros Delegados de Administración de EDICA: Francisco de Luis, primero, y luego Mariano Rioja. Paco, era el nombre familiar con que conocíamos al primero, fue quien apoyó desde los comienzos y siempre la iniciativa de Cuervo y Muniain. Y Mariano en todo momento facilitó el sostén económico, que la BAC necesitó. Todos los sucesivos Presidentes del Consejo de Administración nos apoyaron, y debo mencionar expresamente a don Antonio Escudero y más tarde a don José Sinués y Urbiola, clave económica prolongada de EDICA, y Javier Martín-Artajo, el promotor incansable de la expansión de EDICA y sostenedor eficaz del inolvidable edificio de Mateo Inurria. Y también al Consejero Delegado de Redacción, Alberto Matín-Artajo, fiel continuador del pensamiento herreriano, amigo y maestro del autor de estos Apuntes.

Debo consignar además la ayuda que he recibido, al redactar estos Apuntes, del actual Director General de la BAC, don Carlos Granado García, y del Director de Ediciones, Juan Antonio Mayoral López, en cuyo despacho se halla concentrada, en cargados y elocuentes anaqueles, toda la historia física de los volúmenes de las distintas series de la BAC. Ingrato sería, si no añadiera, igualmente agradecido, la ayuda que me han prestado en la elaboración de estos capítulos Almudena Sánchez González, de la Secretaría de la BAC, y José Molina Melgar, Jefe de la sección de corrección de estilo. Ambos han aliviado mi tarea y me han evitado no pocas horas de laboriosa búsqueda de datos exactos.

Termino con un significativo recuerdo anecdótico. En más de una ocasión, don Máximo, don José María y yo hablábamos, con cierto aire devotamente festivo, de la posible y fundamentada letanía BAC, que podíamos rezar, con el elenco de los santos, cuyas obras, biografía y espiritualidad habíamos ido publicando. Y aducíamos, como argumento probativo, el hecho de que la virtud del agradecimiento subsiste incrementada en los moradores de la eterna misericordia divina.

Iosé Luis Gutiérrez García

Fuentes de estos Apuntes

No pretendo hacer una historia propiamente dicha de la *Biblioteca de Autores Cristianos*, universalmente conocida con la sigla BAC. Mi propósito es modesto: recoger con sencillez y objetividad máximas todos los datos de que dispongo, recibidos, unos, de dos testigos directos cualificados, los fundadores de la BAC; otros, de quienes trabajaron en ella; y los terceros, los vividos por mí personalmente. Con esta terna de testimonios se puede conocer algo, me atrevería a decir que no poco, de la génesis, la naturaleza y los primeros desarrollos de la ya casi octogenaria historia de la BAC. Espero facilitar con este trabajo la labor, en su momento, de los historiadores futuros.

Se ha dado a fines del pasado siglo XX un motivo adicional, que me obliga moralmente a elaborar este sumario recuento histórico, estos Apuntes de la BAC. Me refiero al cambio de titularidad jurídica, que se produjo en ella, al pasar en el otoño de 1989 de manos de La Editorial Católica, S. A., a la Conferencia Episcopal Española, paso del que más adelante habré de decir algo.

Como he indicado, las fuentes de este limitado trabajo no son otras que las integradas por las conversaciones frecuentes, que durante varios lustros mantuve con los fundadores, esto es, con don Máximo Cuervo Radigales, don José María Sánchez de Muniain, y don Ángel Herrera Oria, con quien hablé del tema en no pocas ocasiones, siendo él Obispo de Málaga y posteriormente Cardenal de la santa Iglesia.

Como explico con mayor extensión en capítulo posterior, me incorporé a los trabajos de la BAC en noviembre de 1953. Desde entonces estuve trabajando ininterrumpidamente en ella. Pero fue en 1968, cuando, por orden expresa de don Máximo Cuervo, pasé del Consejo de Redacción de EDICA, en el que estuve trabajando, por decisión personal de don Ángel Herrera, como editorialista y Secretario del Consejo, desde febrero de 1959. Pasé, como digo, a la Secretaría Técnica de la BAC. Desde ese año 1968 hasta 1989 trabajé con dedicación plena y entusiasmo nunca decaído en las tareas de la BAC. Primero como Secretario Técnico, luego como Subdirector de ediciones, a continuación como Director adjunto, y desde 1975 como Director. Pero antes, desde noviembre de 1953 hasta marzo de 1958, colaboré de forma permanente en variadas tareas de la BAC a las órdenes directas de don Máximo y don José María.

Incluso durante los años, que van de 1958 a 1968, estuve trabajando para la BAC en no pocas tareas, eventuales unas, y fijas otras.

Insisto en la declaración de esta fundamental fuente personal, porque ella es la gracia y la desgracia de esta aportación. Circunscribe su valor y manifiesta de antemano sus inevitables limitaciones. En realidad, estos Apuntes son más que nada colectivas Memorias personales de una magna obra católica, como es la BAC.

Existe, además, una muy importante segunda fuente, plural y autorizada, para historiar la BAC: La documentación escrita. Se refiere de manera primordial esta fuente a todo el movido conjunto de reuniones y al cúmulo de cartas, informes, catálogos provisionales y gestiones, que se llevaron a cabo en el período de la génesis inmediata y de los primeros desarrollos de la BAC. Esta documentación debe de estar, en su mayor parte, en el archivo de la propia BAC, de cuya guarda y conservación nada puedo decir, dado el cambio producido en 1989. No necesito consultarla, porque me limito, como he dicho, a recuerdos personales y a la consulta directa de las series y de los volúmenes.

Pero para ayuda de futuras investigaciones debo precisar que, sin duda alguna, pueden encontrarse amplios y adecuados materiales documentales *ad hoc* en los archivos de las Facultades de Teología de la Compañía de Jesús, en Oña, Sarriá-Barcelona, Granada y Comillas-Madrid, y en la Facultad de Filosofía, de Chamartín de la Rosa. Con toda seguridad, algo se conserva en el archivo que ha reunido la correspondencia de don Ángel Herrera, sito en los locales de la Fundación Pablo VI, de Madrid. Asimismo mucho podrá encontrarse en los archivos de la Universidad Pontificia de Salamanca , de la Facultad de Teología de la Orden de Predicadores en San Esteban, en esta ciudad, del Estudio General de la Orden en Torrente, Valencia, y en general, en los de las órdenes y congregaciones religiosas, a las que la BAC sirvió de cordial y permanente cauce editorial.

Debo indicar por último, que he encontrado providencialmente en una caja, que la Secretaría de la BAC guarda, las Memorias anuales, que el Consejo de Administración de EDICA presentaba cada año en las Juntas Generales de la empresa. Se conservan todas las correspondientes a los años que van de 1945 a 1987. Asimismo, en dicha caja, se guardan las Memorias que la Dirección de la BAC pasaba cada año al Consejero Delegado de Administración de EDICA. Van de 1944 a 1969, faltando las correspondientes a los años 1947 y 1953.

Esto es todo lo que puedo decir, en este capítulo introductorio, sobre las fuentes documentales de los presentes Apuntes. Fuentes, que situadas y analizadas, ofrecen materiales más que suficientes para una densa y espléndida tesina de licenciatura.

La prehistoria de la BAC

La *Biblioteca de Autores Cristianos* tuvo su prehistoria. Por tal entiendo el período de casi veinte años, durante el cual se fue gestando de manera mediata, es decir, a cierta distancia y con pasos sucesivos, el proyecto final de la BAC.

La idea del libro católico y de la edición católica estaba presente en el seno de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas desde mediados de los años veinte del siglo pasado. Concretamente era preocupación primaria del fundador, el P. Ayala, y del primer Presidente de la Asociación. Ya el 8 de abril de 1926 Ángel Herrera manifestó la necesidad de acometer la actividad editorial. "La Asociación puede acometer una propaganda escrita de altura, mediante los folletos en que se traten los problemas actuales a la luz de nuestros principios. Contamos con hombres preparados dentro de la Asociación y fuera de ella, en el campo católico. Habría que buscar capital y un gerente. Desde luego, la Asociación sería la empresa editora. Convendría interesar a órdenes religiosas, que cuentan con elementos muy valiosos. También podrían escribir folletos católicos extranjeros. Los temas serían sociales, políticos, literarios, históricos, etc. Este género de propaganda contribuirá mucho a la formación de la juventud de la derecha"⁴. Clara propuesta anticipadora.

Nada pudo hacerse entonces. Pero pronto tres actividades jalonaron, como iniciales y firmes hitos editoriales, el camino de esta prehistoria: Primero fue la colección *Lecturas para todos*; el segundo paso, la llamada *Biblioteca PAX*; y el tercero, la espléndida colección *Pro Ecclesia et Patria*. He podido reunir completas estas dos últimas colecciones, que conservaba con amor y recuerdo agradecido, pues fui en mi juventud lector asiduo de ellas. La colección de la *Biblioteca PAX* la he donado completa al monasterio benedictino de Silos. En su biblioteca se encuentra.

De estas tres operaciones, dos nacieron y se realizaron dentro de La Editorial Católica, S. A., y en concreto al calor del diario *El Debate*, cuyo director desde 1911 hasta 1933 fue don Ángel Herrera, seglar. El tercer momento, en cambio, surgió y se ejecutó fuera de EDICA, como inmediatamente expondré.

⁴ *Boletín de la A.C.N. de P.*,1926, número 20, p. 2.

Debo precisar algo más en particular estas tres iniciativas, que, repito, constituyen auténticos precedentes homogéneos de la BAC.

1. El primer precedente

La colección *Lecturas para todos* constituye el primer precedente de esta particular prehistoria bibliográfica. Se confeccionaba y se imprimía cada semana en los talleres de EDICA, Alfonso XI, 4. Esta colección no era propiedad de La Editorial Católica, S. A.; pero como prolongaba, a nivel popular, la labor que *El Apostolado de la Prensa*—obra de la Compañía de Jesús— venía haciendo desde la primera década del siglo XX en orden a proporcionar lecturas de entretenimiento de claro sentido cristiano a la juventud y a las familias católicas, se imprimió desde el primer número en los talleres de EDICA. Era la versión nuestra, católica, de otra publicación parecida, hecha al amparo del diario *El Sol*, titulada *Novelas y cuentos*.

Lectura para todos comenzó en 1929 y concluyó en la significativa fecha de julio de 1936. El ejemplar se vendía a treinta céntimos. Cada cuaderno tenía 36 páginas, más dos de cubierta. Tipografía de prensa, página a tres columnas, y el mismo papel del diario *El Debate*. Uno de sus asesores era el redactor de *El Debate* Nicolás González Ruiz.

2. La Bibioteca PAX

Con posterioridad a la precedente colección, La Editorial Católica, S. A., inició ya por su cuenta una colección propia, la *Biblioteca PAX*. La temática era distinta y preludiaba la que tendrían más tarde, en contexto diferente, la colección *Pro Ecclesia et Patria* y la misma BAC. La periodicidad era quincenal. Comenzó en 1934. El último número apareció el domingo 19 de julio de 1936. Los autores eran casi todos profesores y todos especialistas o grandes comunicadores. Correspondió la iniciativa al propio Ángel Herrera. El Director de la colección fue dom Rafael Alcocer, monje benedictino de la Abadía de Silos, que sería fusilado en Madrid sin proceso en los primeros días de la Guerra Civil.

Respondía esta iniciativa a un propósito cultural definido. Se aprovechaba todo el dispositivo técnico de *El Debate* para realizar unas publicaciones, que más que libros eran folletos amplios, y constaban de tres o cuatro pliegos, sin rebasar las 64 páginas. El papel, igual que el del *El Debate*; la tipografía, la misma, pero a página tendida. El éxito de la colección fué notorio desde el principio. Constituyó un como anticipo, en tono menor, de la BAC. En el Apéndice I, de estos Apuntes, se reúne el total catálogo de los folletos publicados.

3. La colección Pro Ecclesia et Patria

Y llegó la tercera iniciativa, fuera ya de EDICA, pero realizada por los hombres de EDICA y de la Asociación Católica de Propagandistas. Hablo de la colección titulada, como he dicho, *Pro Ecclesia et Patria*, título cuyo significado y valor no necesitan explicación.

Surgió el proyecto –año 1934– dentro del ámbito de la Junta Central de la Acción Católica Española, que estaba presidida por don Ángel Herrera desde la primavera de 1933. Pasaron a la Junta con don Ángel, Alberto Martín Artajo, de vicepresidente; y como secretario particular, José María Sánchez de Muniain. Como asesor para la sección de publicaciones actuó desde el principio Máximo Cuervo Radigales, quien en el Gabinete particular de don Miguel Primo de Rivera había estado, durante la Dictadura de éste, al frente del Departamento de Publicaciones. Aportaba don Máximo al nuevo proyecto, que se estaba gestando, su consolidada experiencia tipográfica y de gestión editorial.

Tras un período no largo de conversaciones, y simultaneando el nuevo esfuerzo con el de la *Biblioteca PAX*, decidieron don Ángel y don Máximo comenzar una nueva colección, de mayor envergadura, con la misma inspiración de fondo y con idéntica preocupación de apostolado, pero buscando, como digo, un libro de mayor entidad en tema y autor, es decir, un auténtico libro en cuanto a características internas y externas. Don Máximo me dijo en varias ocasiones, que era éste un sueño de su vida, acariciado desde la juventud.

Ángel Herrera, que practicaba, como hombre de gobierno, el principio operativo de que sus hombres capacitados realizasen personalmente y con propia responsabilidad los proyectos corporativos, encargó a don Máximo la dirección técnica, las gestiones preparatorias y la organización de la colección. Don Máximo, con la rapidez y eficacia que le eran características, se puso al habla con el Director de la benemérita y hoy, por desgracia, extinguida, Editorial Labor, S. A., de Barcelona, Sr. Tomás (no recuerdo su nombre de pila) y expuso a éste el proyecto concebido en la Acción Católica Española. Al mismo tiempo, ayudado de don Ángel, de Sánchez de Muniain y de algunos catedráticos de Universidad, todos ellos del entorno de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, se elaboró un catálogo de temas y una lista de autores. Se anunciaron "50 volúmenes sobre las principales figuras, hechos e instituciones de la historia de España"⁵.

Las gestiones con Barcelona dieron resultado positivo y pronto. El Director de la Editorial Labor y don Máximo eran buenos amigos. Al comunicar

Los cinco primeros volúmenes aparecieron en agosto de 1935. Y para septiembre se anunciaba la aparición de otros cinco (cf. Boletín de la A. C. de P., número 200, 1 de agosto de 1935, p. 3).

don Máximo a don Ángel Herrera la respuesta afirmativa de Barcelona, dijo don Ángel a Máximo literalmente: "Máximo, hemos entrado en alta mar". Daba así a entender que la acogida de Editorial Labor suponía la entrada del libro católico en un circuito comercial de gran difusión, y bajo un rótulo editorial muy superiores a los que hasta entonces había tenido.

En 1934, durante la preparación del proyecto, Sánchez de Muniain explició en el Círculo de Estudios, del Centro de los propagandistas en Madrid, que "va a hacerse una labor analítica de nuestra historia y nuestra vida... Va a ser un esfuerzo editorial notable y en las conferencias (y por tanto, en los libros) colaboran intelectuales de muy distintos matices"⁶. Dos meses antes, Pedro Gamero del Castillo, propagandista sevillano, había expuesto el plan de los estudios que integrarían la colección⁷.

Las características de formato y contenido de la nueva colección eran en cuanto a geometría muy similares a las que luego tendría la BAC, salva la diferencia de encuadernación en cartoné y tela amarilla con sobrecubierta sobria, de un gris claro, elegante y serio. Extensión de los volúmenes, de 200 a 250 páginas. La tipografía era exactamente igual a la que llevaban los volúmenes de la benemérita *Biblioteca de Iniciación Cultural*, que Labor venía publicando, con éxito extraordinario y fecundo beneficio cultural, desde los años veinte. En realidad, don Máximo aceptó el formato previo de la Editorial Labor.

Debo extenderme en el recuerdo de esta iniciativa, porque constituyó el antecedente inmediato de la Biblioteca de Autores Cristianos. En cuanto a temas generales, la colección siguió tres líneas: Biografías de grandes personajes de la historia católica de España, arte, e historia general de España y de las misiones.

En el sector biográfico, el más atendido, fueron objeto de sendos volúmenes las siguientes figuras históricas: Aurelio Prudencio, Isidoro de Sevilla, Osio, Lulio, Raimundo de Toledo, Jiménez de Rada, Domingo de Guzmán, Raimundo de Peñafort, Cardenal Mendoza, Isabel la Católica, Fernando el Católico, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Lope de Vega, Vives, Vitoria, Balmes, y el Padre Claret.

Por lo que toca a la historia se abordaron el arte gótico y el románico en España, el monacato español, las misiones del Japón, la expansión misionera general de España, la Inquisición, y la presencia española en Lepanto.

⁶ Cf. *Boletín de la A. C. de P.*, número 172, 1 de junio de 1934, p. 6.

⁷ Cf. *Ibíd.*, número 169, 15 de abril de 1934, p. 4.

Estos son los temas de los 26 volúmenes editados en la *Pro Ecclesia et Patria*. Los números 1 a 16, desde 1935 a julio de 1936; y los números 17 a 26, de 1940 a 1945. Pero debe notarse que de 1943 a 1945 sólo se publicaron dos títulos, ya residuales, porque la actividad de Máximo y Muniain había derivado hacia la BAC.

Interesa también tener una idea de conjunto sobre los autores, que la colección movilizó, porque también desde el punto de vista de la autoría, la *Pro Ecclesia et Patria* prenuncia a la BAC. Religiosos de diferentes órdenes (un carmelita descalzo, dos benedictinos, tres jesuitas y dos dominicos), sacerdotes del clero diocesano (tres), un diplomático, y once catedráticos de universidad. Hago constar que tanto el cuadro de temas como el elenco de autores coinciden en su casi totalidad con los temas y los autores, que colaboraron en el magnífico, monumental y hoy prácticamente desconocido suplemento dedicado por *El Debate* a la historia de la Iglesia en España, el 21 de febrero de 1934.

4. Dos nuevas iniciativas

La desaparición o cierre de la *Pro Ecclesia et Patria* coincidió temporalmente con la aparición de la BAC. Los trabajos de preparación del proyecto BAC comenzaron, como expongo en el capítulo siguiente, en 1942⁸. Pero antes de cerrar este recuerdo obligado de la prehistoria de la BAC, debo mencionar dos iniciativas, que bien pueden considerarse puente de paso entre la *Pro Ecclesia et Patria* y la BAC.

Primera iniciativa: la *Colección de encíclicas pontificias* anunciada en marzo de 1935 por Máximo Cuervo y editada por la Junta Central de la Acción Católica. La obra fue preparada íntegramente por varios propagandistas, entre los cuales destacó Luis Ortiz Muñoz, redactor editorialista, a la sazón, de *El Debate*⁹. Tuvo una inmediata segunda edición y continuó publicándose hasta la década de los 60.

Segunda y última iniciativa, de carácter no bibliográfico, sino periodístico, pero cuyo total contenido e intencionalidad de apostolado coincidían con la *Pro Ecclesia et Patria* y preludiaban temas y autores de la futura BAC. Debo aclarar que la *Pro Ecclesia et Patria* fue una campaña de tres elementos acoplados: la colección de libros, de la que he hecho mención explicativa; una serie de conferencias a lo largo de una semana en todas las diócesis españolas; y el número extraordinario de *El Debate*. El más extraordinario de todos los numerosos, ricos y orientadores de los extraordinarios dominicales del periódico de

⁸ Cf. Boletín de la A. C. de P., número 190, 1 de marzo de 1935, p. 2; y número 195, 15 de abril de 1935, p. 4.

⁹ Cf. *Boletín A.C.N. de P.*, 1935, número 190, p. 2 y número 195, p. 4.

EDICA. Publicado en febrero de 1934. 64 páginas. Autores cualificados: catedráticos, investigadores, historiadores, literatos y poetas. Corrió su preparación a cargo de los miembros de la Junta Central de la Acción Católica Española, la mayoría de ellos miembros activos de la Asociación de los Propagandistas. E intervino en la fijación de temas y búsqueda de autores dom Justo Pérez de Urbel, como reconoció en carta particular el Presidente de la Junta Central¹⁰.

Queda cerrado con estas líneas el que denomino, con toda razón y fundamento, período de prehistoria o de antecedente homogéneos de la BAC.

Véase el documentado estudio de dom MANUEL GARRIDO BONAÑO, O.S.B., titulado Fray Justo y los hombres de su tiempo, p. 81.84 y 88, Abadía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, 1983.

Gestación y fundadores

El proyecto de la BAC –es lo primero que debe quedar meridianamente claro– no nació en 1943 dentro de La Editorial Católica, S. A., la cual entonces se hallaba fuertemente mediatizada por elementos políticos extraños al propósito fundacional de aquélla. La BAC fue obra, iniciativa particular, de dos hombres, Máximo Cuervo Radigales y José María Sánchez de Muniain, ambos seglares, padres de familia numerosa, miembros de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, y amigos íntimos y colaboradores de Ángel Herrera, con cuyo decidido apoyo contaron desde la primera hora.

Este período de gestación primera discurre a lo largo de los años 1941-1943. Cuanto expongo reproduce con fidelidad controlada lo que oí y recibí, en repetidas ocasiones, de los dos fundadores.

La primera idea genérica, de perfiles no determinados, pero clara en su núcleo motivador, nació de las conversaciones que mantuvieron en 1941 Máximo Cuervo y Sánchez de Muniain. Era entonces Máximo, desde 1940, miembro del Consejo de Administración de La Editorial Católica y seguía al frente de la Dirección General de Prisiones, de la que se vería cesado en junio de 1942. Con él trabajaba en la Dirección General Sánchez de Muniain, quien durante algún tiempo fue director del diario *Redención*, elaborado y confeccionado en Madrid por algunos presos políticos tras el final de la Guerra.

El impulso inicial partió de Máximo Cuervo, quien, como ya he apuntado y me declaró en varias ocasiones, sentía una afición instintiva por el mundo de la edición. En cierta ocasión, concretamente en Roma, en el vestíbulo del Hotel Michelangelo, me confesó cómo le habían impresionado de niño y de adolescente las publicaciones de la editorial Saturnino Calleja y también las de El Apostolado de la Prensa. Le llamaban particularmente la atención la baratura de los libros y el sentido claramente cristiano del contenido de los mismos.

Muniain completaba la idea inicial de Máximo, porque tenía una excelente preparación cultural y humanística. El futuro Director fundador de la BAC encontraba en el que había de ser su Subdirector, el complemento que necesitaba para configurar de manera concreta el propósito editorial, que tenía

entonces en forma un tanto nebulosa. Si Máximo fue el elemento impulsor del proyecto, Muniain fue el mentor, el ordenador ideológico del mismo desde su primer arranque. Ellos fueron los fundadores de la BAC. Dos seglares, dos propagandistas, para una obra eclesial, confesional, laical.

No puedo precisar si Máximo habló, en los primeros meses, con Francisco de Luis, amigo personal suyo, propagandista como él, y sucesor de Ángel Herrera en la dirección del ya suprimido *El Debate*. Pero sí hubo en aquel primer momento –últimos meses de 1941 y a lo largo de 1942– un tercer hombre, que sirvió de consejero y orientador a los dos fundadores de la BAC. Me refiero a don Ángel Herrera, ordenado de sacerdote en Friburgo, de Suiza, en julio de 1940, y coadjutor a la sazón en la Parroquia de Santa Lucía, en Santander. En repetidas ocasiones acudieron Máximo y José María a la capital montañesa, para tratar del proyecto con don Ángel, de quien obtuvieron no sólo respuesta positiva, sino además una especie de mandato moral para que pusieran en marcha cuanto antes la iniciativa. Respuesta y mandato que don Ángel completaría pronto con una serie de indicaciones operativas de carácter decisivo, como indico a continuación.

Herrera, sacerdote, fue parte importante en este período fundacional, hasta tal punto que bien puede calificársele con justicia de cofundador de la BAC. Veía en el proyecto de sus dos amigos, en la energía, tenacidad y clarividencia de Máximo, y en la sólida preparación intelectual de Muniain, los dos grandes soportes de una iniciativa editorial de envergadura magna, que respondía a urgentes necesidades del momento y que continuaba los iniciales esfuerzos hechos antes en la Asociación, en *El Debate* y en la Acción Católica.

1. Los dos fundadores

Los dos fundadores –punto capital de estos Apuntes históricos, exigidos por el ineludible reclamo de la justicia y de la verdad– merecen ambos un sucinto retrato a grandes pinceladas. Los conocí personalmente, me honraron con su amistad, depositaron en mí la confianza de continuar fielmente su obra, recibí de ellos no pocas confidencias, orientaciones y avisos institucionales, que más tarde me habrían de servir, y no poco, al frente de la BAC, en circunstancias muy distintas de las fundacionales, para mantener la identidad de naturaleza y de propósito de la obra.

A fines de 1942 la idea inicial había cobrado contorno, dimensiones y contenido relativamente concretos. Don Máximo se vió liberado, por motivos que le honraron, de la carga de la Dirección General de Prisiones. Le acompañó en el cese Sánchez de Muniain. La bina fundadora pudo entregarse a configurar con mayores detalles el nuevo proyecto.

Se hallaba don Máximo Cuervo en los cuarenta años de su edad, en plenitud de vigor y de experiencia. Había nacido en Madrid en 1893 y fallecería, también en Madrid, en 1982. Pertenecía al Cuerpo Jurídico del Ejército de Tierra, donde llegó a General y Consejero Togado. En sus últimos años fue Consejero permanente del Consejo de Estado. Ejerció la abogacía durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera y durante la República. Estuvo al frente de la Secretaría Auxiliar de la Presidencia del Consejo de Ministros durante la Dictadura. Como Jefe de este servicio se encargó, entre otras tareas, de la edición de todos los volúmenes, que entonces se prepararon, con el estudio demográfico, económico y sociológico de todas y de cada una de las provincias españolas. Poseo este dato por manifestación expresa de don Máximo; y también porque en la década de los sesenta se recibió en la BAC una petición de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en la que se nos solicitaba una colección completa de dichos volúmenes. Se pudo reunir y fue regalada por don Máximo a dicha Biblioteca. Intervine personalmente en el resultado positivo de esta gestión.

Era don Máximo hombre de carácter enérgico, emprendedor, exigente en el trabajo consigo mismo y con los demás. Duro en ocasiones y también cordial siempre. Trabajé con él y experimenté su dureza. Viajé con él muchas veces y pude comprobar su cordialidad y sus atenciones casi paternales. Tenía talla de hombre superior a la media ordinaria en lo físico y en lo temperamental. Sabía moverse con realismo y facilidad en el plano de los grandes proyectos. Estaba dotado de cierta capacidad innata de intuición gerencial en lo económico, al servicio de la cual ponía una tenacidad inquebrantable en la discusión y forcejeo. Difícil era sostener con él una lucha dialéctica, cuando pensaba que tenía la razón.

De familia hondamente católica, padre de familia numerosa, fue educado en colegios de la Compañía de Jesús, a la que siempre profesó admiración y cariño. Quiso ser arquitecto, al terminar su bachillerato, pero no era posible. Pensó en la música, pero ésta no ofrecía horizontes, y se decidió por el Derecho. Abogado en 1912. Era don Máximo hombre de honda vivencia religiosa, aunque en ocasiones la forma de tratar a sus colaboradores pudiera merecer con motivo la adjetivación de insensible y dura. Hombre generoso, fui testigo, y en dos ocasiones portador de cheques de cantidades no pequeñas, dados en limosna a grandes clérigos limosneros. Dos notas singulares en su destacada personalidad. Había iniciado de joven los estudios de piano y lo tocaba con más que ordinaria perfección. Y era además diestro en el raro arte o deporte de la esgrima, en el que obtuvo en varias ocasiones notables victorias.

Con motivo de su fallecimiento en 1982 escribí en el diario *YA*, edición del 9 de enero, un intento de retrato, que cordialmente reproduzco en parte:

"Quienes hemos trabajado día a día con Máximo Cuervo sabemos bien el esfuerzo que de todos exigía, primero y principalmente de sí mismo. Dotado de una tenacidad fuera de serie, de una fortaleza que lo mismo sabía resistir que avanzar, de una capacidad de intuición certera, que adivinaba trochas y atajos donde los demás no veíamos camino; de una visión editorial casi instintiva, consolidada por una larga experiencia, poseía don Máximo Cuervo la talla de luchador nato, el perfil solícito del fundador y la fuerza del creyente profundo".

Muy distinto, y por ello perfectamente complementario, era José María Sánchez de Muniain. Navarro de pro, roncalés por más señas, nacido en 1909, cristiano viejo, poseía una extensa, intensa y sólida formación humanística. Tenía las raíces profundas recibidas, y por él reforzadas, de los venerables lares familiares. Me refirió una anécdota familiar, que no quiero dejar en el olvido, y que él dejó consignada en el prólogo con que presentó en la BAC la obra *Creo en la Iglesia* del Cardenal de Toledo, don Marcelo González Martín. Recordaba que de niño, en su casa se rezaba a diario el Rosario en familia. Y lo terminaban con un curioso y significativo padrenuestro, "por la confusión del turco", como petición no borrada por el paso de los siglos frente al peligro de los ataques musulmanes del siglo XVI. Sorprendente arraigo de la memoria histórica familiar y social.

Tenía José María la licenciatura con doctorado en Filosofía y Letras, y también la licenciatura en Derecho. Doctor en 1942, en la Complutense madrileña, se desenvolvía con cierta soltura en el latín. Era aficionado entendido de la música y tenía conocimientos suficientes en el manejo no profesional del violín. La Guerra Civil le sorprendió en Madrid, casado y con un hijo, y pudo pasarse por Francia a la zona nacional en 1937.

Desde entonces se situó en la esfera de dependencia inmediata de don Máximo. Cesó con éste en 1942 en la Dirección General de Prisiones. Y tuvo un gesto que no debo olvidar. Había impulsado y prologó en 1940 una curiosa recopilación de versos de varios presos políticos titulada "Musa redimida. Poesía de los presos en la Nueva España". En 1945 ganó la cátedra de Estética en la Universidad Complutense, en la que estuvo hasta su jubilación. Dotado de cultivada sensibilidad artística y también de notoria facilidad de pluma, había trabajado de 1930 a 1933 en la redacción de *El Debate*, en el campo de la información municipal. Casó con Carmen Sabater poco antes de la Guerra. Tuvo una familia numerosa y fue probado duramente por las enfermedades y la muerte de seres queridos, mostrando en todo momento una singularísima fortaleza de alma. Siempre le consideré ejemplar en este aspecto tan decisivo de la personalidad de un hombre cristiano. Gozaba de la confianza de no pocos obispos españoles. Pablo VI le distinguió personalmente, nombrándole

miembro del Governatorato de la Santa Sede. En todo momento fue hombre de franca acogida y consejo cerca de los Nuncios de Su Santidad en España.

Su contribución fundamental, básica y permanente, a la BAC consistió en aportar ideas y proyectos para elaborar los catálogos provisionales de la misma. En algunas ocasiones, ya liberado de sus tareas académicas, me habló, con la sana autocrítica que da la vida, de los catálogos provisionales, que él había pergeñado en los albores de la obra. Y mencionaba en concreto el dedicado en 1943 a la sección del Pensamiento social cristiano, catálogo que pretendía encerrarlo en 16 volúmenes y era hasta cierto punto mera reproducción bibliográfica del extraordinario, que había publicado *El Debate* sobre la historia y la acción de la Iglesia en España.

Disponía José María de una extensa red de relaciones personales con un gran número de hombres de la cultura católica española de la época; y supo rentabilizarla con acierto. Si Máximo era la fuerza energética impulsora de la BAC, José María significó la orientación ideológica concreta de fondo de la colección. Supo montar desde primera hora el marco de las necesarias y cordiales relaciones con la cúpula de gobierno de las órdenes y congregaciones religiosas en España. Fue Muniain el autor inspirado de los dos conocidos eslóganes definidores de la BAC: el *Sicut cervus ad fontes* y el de "La BAC, pan de nuestra cultura católica". Y siguiendo la consolidada relación de los propagandistas y de *El Debate* con la Santa Sede, puso la BAC desde primera hora, al servicio de Roma.

2. El cofundador de la BAC

Debo mencionar, para completar el proceso de la definición fundacional de la BAC y dibujar la personalidad de sus dos fundadores, la presencia y el influjo, como he indicado anteriormente, de un tercer sujeto activo en el lento proceso de esa definición. Intento esclarecer lo que significó esa presencia en la gestación de la nueva iniciativa editorial. Me refiero a la intervención de Ángel Herrera, ya sacerdote. Adelanto que los dos fundadores sentían honda veneración justificada hacia don Ángel. Las Memorias oficiales presentadas a la Junta General ordinaria de EDICA en junio de 1943, mayo de 1944 y mayo de 1945 dan constancia fidedigna de lo que paso a explicar.

Pocas son las personas que conocen el hecho de que la idea primitiva, el germen inicial de primera hora, la de la aurora de la BAC, se limitaba a montar una *Biblioteca sacerdotal*, para poner al alcance de los sacerdotes, de los seminaristas y de los religiosos españoles e hispanoamericanos un conjunto limitado, bien definido, de obras fundamentales, hechas en España y a precio barato,

que permitieran al clero español, y en general al de habla hispana, disponer de un instrumento adecuado de trabajo, para ir elevando el nivel medio de la cultura de lo sacerdotes y consiguientemente del pueblo católico.

Respondía esta primera idea del proyecto BAC a una preocupación de Ángel Herrera, cuando al frente de la Junta Central de la Acción Católica creó en Madrid en 1934 la Casa del Consiliario; preocupación que se veía confirmada por el hecho, conocido, del propósito de don Ángel de orientar su ministerio sacerdotal a la formación de consiliarios de la Acción Católica. Lógica parecía la respuesta de hacer de la BAC la plataforma editorial de una Biblioteca del clero.

En las primeras conversaciones de los dos fundadores con don Ángel en Santander, éste opinó que debería ampliarse el área de los destinatarios del proyecto. La BAC no debía limitarse a los clérigos y a los religiosos. Debía atender también a la formación de los generosos y activos seglares de la Acción Católica, y, en general, de todo el público católico laical culto, dando a este adjetivo el nivel propio del momento. Más aún, debía pensarse en el pueblo sencillo, en las áreas de la religiosidad popular. Esta ampliación fue aconsejada por don Ángel. Por ello, al lado de las Secciones de predominante sentido sacerdotal, se fijaron otras más generales. Biblioteca, por tanto, para todos, clérigos y seglares.

A este primer cambio, de destinatarios, se añadió poco después una segunda variante. Al principio, al buscar un órgano o una *institución asesora*, don Máximo y don José María acudieron al Teologado de Oña, en Burgos. Era tal Facultad entonces un centro teológico y filosófico de la Compañía de Jesús de gran importancia, que si bien no alcanzaba la significación universal del gran Seminario pontificio de Comillas, disponía, sin embargo, de un espléndido, fiel y nutrido cuerpo de profesores.

Fue, pues, la Compañía de Jesús la que en aquellos primeros meses surgió como elemento externo para el asesoramiento técnico en cuanto a una previa programación editorial. Los dos fundadores viajaron con cierta frecuencia a Oña. Allí se celebraron largas sesiones de trabajo, se redactaron catálogos provisionales de títulos y temas, se confeccionaron listas de probables autores, y se establecieron eventuales plazos de realización.

Pero de nuevo intervino don Ángel, quien, también en Santander, indicó a sus dos interlocutores que la BAC no debía ser obra asesorada exclusivamente por una orden o congregación religiosa, ni por solo el clero diocesano, sino que debía ponerse al servicio de todas las instituciones católicas españolas, procurando servir de embalse y canal a todas ellas. Convenía buscar un órgano

o línea de asesoramiento más universal. Era la conducta que siempre había marcado Herrera desde la presidencia de la Asociación de propagandistas y desde la dirección de *El Debate*.

Como entonces se estaba preparando ya la andadura académica de la Pontificia Universidad de Salamanca, obra del episcopado español, don Ángel sugirió que era Salamanca la que debía proporcionar a la BAC el conveniente asesoramiento en la programación de publicaciones, sin excluir, por supuesto, otros centros de consejo. En Salamanca se hallaba además otro gran centro teológico, la Facultad dominicana de San Esteban. Pero, precisaban los fundadores, que lo que necesitaban era asesoramiento, no dirección. Ésta debía estar siempre en la propia BAC. Se hizo pronto la propuesta, por parte de Máximo Cuervo, al entonces Obispo de Salamanca, el dominico don Francisco Barbado Viejo, y logrado en su momento el placet de la propia Universidad, quedó constituida la Comisión Asesora. Esta fue la segunda variante del proyecto inicial. En Salamanca, pues, quedaba constituida la Comisión Asesora de la BAC en el otoño de 1943, tras una serie de reuniones, de las que sin duda hay constancia documental en los Archivos del Rectorado y del Gran Canciller de la Pontificia.

Tercer cambio. Al principio, Biblioteca sacerdotal, se pensó en una colección numéricamente reducida a cien volúmenes. Pero tanto los fundadores como don Ángel pensaron con razón que nada debía decirse de esta limitación numérica. Como iniciativa editorial católica debía la BAC aparecer abierta, para que fuera la respuesta, éxito o fracaso, de la prevista demanda la que dictara la verificación o la prolongación del número centenario. También se debió esta apertura, numérica, a Ángel Herrera. Mutación aritmética, que era perfectamente lógica.

3. Entra EDICA en la BAC

Quedaba un cuarto tema, el más duro y el más espinoso. ¿Quién corría con la financiación del proyecto? También en este punto se fue produciendo un cambio providencial no buscado. Desde primera hora, don Ángel sentó la premisa, probada por su experiencia personal, de que el dinero viene, cuando una obra y unos hombres han elaborado un proyecto de urgente evangelización genuina, movidos puramente, solamente por el servicio de Dios. Había, pues, que buscar el pozo artesano de la necesaria cobertura económica del proyecto. Máximo y José María se pusieron en marcha. Confiados en la enorme capacidad de captación financiera que don Ángel poseía, dieron los primeros pasos. Pensaban que con la BAC sucedería lo que había sucedido con *El Debate*. Pero en esta ocasión fue Sánchez de Muniain quien sugirió y llevó a cabo, con el apoyo de don Ángel, la desviación financiera, que luego habría

de resultar tan fructuosa. Sánchez de Muniain había trabajado en *El Debate*. Conocía La Editorial Católica, había seguido sus azarosos avatares en la zona nacional durante la Guerra Civil, avatares deformados por algunos memorialistas no equilibrados y por algunos historiadores a la violeta; y estaba al tanto de lo que en EDICA sucedía, en la posguerra inmediata, por la presencia en su seno de elementos de la Secretaría General del Movimiento. Presencia compensada por la de varios consejeros de la anterior EDICA.

Al frente de La Editorial Católica se hallaba, como Consejero Delegado de Administración y al mismo tiempo de Redacción, don Francisco de Luis, excelente periodista, hombre de confianza de Ángel Herrera y segundo director de *El Debate*, de 1933 a 1936¹¹. Muniain habló con Paco de Luis. Tengo esta información recibida en directo, personalmente por mí, del uno y del otro. Recuerdo el momento y el sitio en que hablamos: Año 1954, planta cuarta del edificio de Alfonso XI, caída la tarde, junto a la Capilla de la Casa, frente al despacho de Muniain. Don Francisco, al recibir en 1942 la referencia de Muniain, comprendió inmediatamente la importancia del proyecto, expuso el asunto al Consejo de Administración, que entonces estaba presidido por don Antonio Escudero. Pertenecían también al Consejo algunos buenos amigos de don Máximo y de don Ángel. Me es grato recordar a Luis de Zulueta, Luciano de Zubiría, José Larraz y el Marqués de la Vega de Anzo. Tras un corto período de estudio y deliberación, el Consejo de EDICA decidió hacerse cargo económicamente de la realización de la BAC. Fué el momento decisivo.

Se firmaron sendos contratos con Máximo y con José María. Se dieron los pasos últimos para financiar la obra. Sucedía esto a finales de 1942. No he podido determinar el mes. Como cautela perfectamente justificada, el Consejo de Administración de EDICA determinó, ante el riesgo de posible fracaso económico del proyecto, que si las pérdidas de la BAC llegaban en algún momento a rebasar el cuarto de millón de pesetas, La Editorial Católica podría retirarse y devolver a los dos fundadores la carga de la financiación de la colección.

Se formaba así una especie de sociedad comanditaria informal entre EDICA y los dos fundadores. Estos no entraban a la parte en el capital de la sociedad, aunque eran accionistas de ella; y sólo percibirían una cantidad mensual –al principio sumamente restringida– de La Editorial Católica, y una participación en los beneficios de la BAC, si se daban. Se asignó a don Máximo y a José María, en la cuarta planta, un pequeño despacho conjunto en Alfonso XI, 4, domicilio de EDICA. Dos mesas, cuatro sillas y una máquina de escribir. Era todo el ajuar de la BAC en aquel momento.

Véase Historia de la Asociación Católica de Propagandistas, vol. II, p. 351 y 354, Madrid 2010.

Allí, a lo largo de año y medio, dieron los últimos retoques al proyecto y se prepararon los primeros volúmenes —de 1942 a 1943—. Y en la Pascua de Resurrección de 1944 vio la luz el volumen inaugural de la colección: La traducción directa, de las lenguas originales, de la Biblia completa, con ilustraciones de Durero y a dos tintas. Dos profesores de Salamanca eran los traductores: don Eloíno Nacar, insigne hebraísta, catedrático de la disciplina, y el P. Alberto Colunga, dominico, profesor de Nuevo Testamento. Fue, como más adelante explico, todo un acontecimiento editorial.

4. Un último dato

Añado un último dato, sobre el que no hubo cambio, y configuró desde el primer momento el proyecto BAC, como elemento sustancial. Dato comprobado por su historia y del que tengo información directa reiterada. Se quería poner al alcance del lector culto de habla hispana las obras clásicas del pensamiento católico, sobre la base de que los autores fuesen españoles. Este criterio de la producción autóctona, como factor operativo primario, no suponía xenofobia alguna, ni menosprecio de la influencia positiva beneficiosa, que para el catolicismo español podían tener ciertas obras extranjeras. La preferencia se reducía simplemente a acentuar el que la BAC se convirtiese en canal de fácil acceso para los numerosos autores españoles, que o se veían obligados a entregar sus originales a casas extranjeras, o no podían publicar sus obras en España por falta de cauce editorial apropiado.

La BAC mantuvo desde el principio la norma de que las traducciones debían aceptarse, —y bien pronto las incorporó—, cuando representaran un positivo enriquecimiento de la cultura española. En el horizonte de los fundadores de la BAC y de sus continuadores hasta 1989 jamás apareció una línea editorial de solas o principalmente traducciones. Nunca se convirtió la BAC en una simple agencia de importación y en algunos casos de inadecuado colonialismo espiritual e ideológico.

La criteriología fundacional

Paso a exponer los criterios básicos, que rigieron la producción de la BAC a lo largo de sus seis décadas incompletas de vida, de cuatro de las cuales, por no decir cinco, fui actor. Son directrices básicas, que intento resumir, fijadas por los dos fundadores y por don Ángel Herrera, de las cuales hablé con don Máximo y con don José María en innumerables ocasiones. La fuente es por ello directa. Criterios definidores de la identidad, abiertos naturalmente a los cambios razonables, que las circunstancias impusieran, pero sin deformar la sustancia institucional de la BAC.

1. El servicio, lo primero

La BAC no se fundó con el propósito exclusivo, ni siquiera primario, del lucro. No pretendía, por supuesto, ser obra de pura caridad, perdiendo dinero. No se orientó tampoco a la obtención del máximo beneficio económico. Buscaba naturalmente la rentabilidad económica bastante para consolidarse desde el primer momento y desarrollarse luego, sin causar perjuicio a la economía general de EDICA. La idea básica, que alimentó la idea de la BAC, fue la del apostolado y el servicio católicos.

Concebida, iniciada y mantenida por seglares, con espíritu eclesial laical, insistían fuertemente y frecuentemente los dos fundadores en que la BAC nunca debía quedar dirigida por sacerdotes, ni diocesanos ni religiosos. Era y debía ser laical, como nuevo renglón del apostolado seglar dentro de la obra común de la Acción Católica.

Este criterio de sana laicidad eclesial no obedecía a propósito alguno de exclusión, sino que era postura afirmativa neta de la secularidad operativa del apostolado, que se quería hacer en el campo del libro. En este punto de la acción seglar, los fundadores de la BAC mantenían la línea impulsora de La Editorial Católica; y, por tanto, del dinamismo organizativo de don Ángel Herrera. Laicidad eclesial no bien entendida a veces entonces, y no sólo entonces, por algunas personas autorizadas de la Iglesia en España.

Los dos acertados y mantenidos eslóganes, el de "Sicut cervus ad fontes" y el de "La BAC, pan de nuestra cultura católica" fueron ambos logradas aportaciones personales, como consigné anteriormente, de Sánchez de Muniain.

2. La calidad tipográfica del libro

El segundo criterio BAC mira al libro como producto. Se quiso calidad tipográfica excelente, dentro de las posibilidades de la época –posguerra en España y segunda Guerra mundial circundante–; y con un precio lo más barato posible.

En cuanto a la calidad, se aplicó la norma, que se había aplicado antes a *El Debate* como diario. Si la BAC iba a editar libros católicos, había que cuidar la máxima calidad tipográfica del libro. Como anécdota curiosa consigno que el modelo que se tuvo para elegir el formato (hoja cortada y caja), y para la encuadernación fueron los famosos *Enchiridiones* de la Casa Herder, de Friburgo de Brisgovia, esto es, el *Denzinger* y los volúmenes de fuentes patrísticas y de historia eclesiástica. Incluso se aceptó el gris de la tela exterior.

No fue fácil la elección del formato. Sobre la cuestión se discutió mucho en las reuniones de Oña y en las que se celebraron en casa de don Máximo. En algún momento, sobre la mesa de la sala de profesores de Oña se amontonaron docenas de modelos, traídos de la rica biblioteca de aquella Facultad. Pero al fin se decidió el formato señalado. Fue Sánchez de Muniain el actor decisivo en este punto.

El criterio de calidad hubo de someterse en materia de papel, composición, impresión y encuadernación, a las calidades deficientes, asequibles, en el no fácil mercado español de la época. A la calidad extrínseca se unía el propósito de la excelencia intrínseca. Se buscaban obras, que por su propio valor y por el conjunto de elementos técnicos que las enmarcaba, manifestaran el nivel de preparación, que los autores españoles habían alcanzado en los años treinta y cuarenta. En este sentido, la producción de la BAC de entonces tiene el indudable valor de claro índice demostrativo del alto nivel cultural del catolicismo español en los años cuarenta. No era, como algunos desmemoriados o ignorantes dicen, un páramo. Era tierra bien cultivada con alto resultado de cosecha fecunda.

3. La mayor baratura posible

A este criterio interno y externo de calidad vinculaban los fundadores de la BAC el decidido propósito de la mayor baratura posible del libro. Es este criterio el que está en el arranque de la política de precios de la BAC. Se sabía que el nivel económico de la futura demanda no era, ni podía ser alto. Nunca se pensó en el libro de lujo, aunque desde el principio se hizo una corta tirada de encuadernaciones en piel.

Para llevar a cabo esta política de precios, hubo de acudirse en no pocas ocasiones al expediente relativamente cómodo de contratos, por virtud de los cuales las órdenes religiosas sufragaban en parte los gastos de la edición; y se acudió también a una línea de derechos de autor, que establecía el 10% a favor del mismo en las ventas en España, y sólo el 5% por las ventas en América.

Las singulares características de temperamento, que concurrían en don Máximo, y las especiales circunstancias de la posguerra facilitaron enormemente la realización de esta política de precios. En realidad, se atornillaron con frecuencia los costos del libro más que en favor de la BAC o de los impresores, en favor del comprador.

Esta política de la máxima baratura se vio favorecida, sin embargo, por el hecho de la fuerte y sostenida demanda, que crearon los noviciados y los seminarios providencialmente superpoblados en aquellos años. Pero esa política constituyó, en no pocas ocasiones, la mayor preocupación para el Director de la obra. La continuada subida de precios del papel, de los sueldos del gremio de Artes Gráficas, de la participación de BAC en los gastos generales de EDICA, las oscilaciones de las ventas, y las dificultades del mercado americano obligaron a don Máximo a crear un fondo de reserva con cargo a los beneficios de la BAC y a arbitrar sobre la marcha nuevas estrategias comerciales y organizativas.

4. La cuestión de la distribución comercial

El cuarto criterio de este cuadro de pautas fundacionales de la BAC versó sobre el capital tema, grave, indispensable y básico, de la distribución comercial de los libros. Varias veces oí a don Máximo la advertencia de que el antiguo refrán de "el buen paño en el arca se vende" ya no valía. Había que poner el buen paño en los mercados. Y para ello estaba la certera distribución del libro. Ahora bien, en este punto, trascendental, los fundadores de la BAC tuvieron una segunda idea clara, mantenida contra viento y marea, mientras pudieron sostenerla: La BAC debía reducirse a la edición, no debía cargarse con la distribución de los libros. Insistían tanto sobre esta distinción operativa, que llegaron a decirme en repetidas ocasiones que el día en que la BAC se encargara o cargara sobre sus espaldas el servicio de distribución, quedaba la BAC expuesta a peligrosos interrogantes económicos.

Por esto, la distribución de los primeros títulos de la colección la llevó a cabo la empresa madrileña Afrodisio Aguado, S. A., con el sistema de compra de la edición completa, a pagar en varios semestres, desentendiéndose la BAC del curso de las ventas, aunque sin perder de vista el valor indicativo de las mismas.

Duró poco la intervención comercial de Afrodisio Aguado. Pasó entonces la distribución a LIFESA (Librería General de Ferrocarriles, S. A.) para España. Posteriormente, LIFESA se hizo cargo también de la distribución para el extranjero. Pero en este segundo aspecto cesó pronto LIFESA y quedó encargada la propia Editorial Católica de la distribución para el extranjero, pero con la salvedad de que esta actividad distribuidora de EDICA dependía no de la dirección de la BAC, sino del Consejero Delegado de Administración de la empresa, sistema que funcionó hasta la crisis interna de EDICA.

5. La fidelidad al Magisterio de la Iglesia

Otro criterio de capital significación, norma básica, que a juicio de los dos fundadores, era absolutamente inderogable. Me refiero al propósito firme de que los libros de la BAC fueran siempre, en toda circunstancia, extraordinariamente fieles al Magisterio de la Iglesia. La "romanidad" de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas se reproducía plenamente en la BAC.

Desde primera hora, la BAC surgió como servicio al catolicismo de habla hispana y, por consiguiente, también a todos los países de ascendencia española. De la misma manera que *El Debate* surgió en 1911 por un claro impulso, trasmitido desde Roma a don Ángel Herrera a través de la Nunciatura y con la confirmación personal explícita de San Pío X, cabe afirmar que también, aunque sin esta indicación romana previa, la BAC se creó para servir a la Iglesia, la de Roma, la de España, la de Latinoamérica y la del mundo entero, Iglesia, que como católica es una en todo el mundo.

Esta línea de fidelidad plena a la Santa Sede y al episcopado se ha mantenido sin grieta alguna tras el concilio Vaticano II y a lo largo del movido período posconciliar. La devoción a Roma, es decir, al Papa ha sido característica, nunca desmentida, del esfuerzo editorial de la BAC. Y pláceme añadir que en esto la BAC, como EDICA, fueron reflejo fiel de la Asociación Católica de Propagandistas, de la cual surgieron ambas.

Los viajes al Vaticano para ofrecer al Obispo de Roma, Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI, la producción de la BAC fueron prueba de esta fidelidad, premiada por los Pontífices con palabras de aliento, agradecimiento e impulso.

6. Programación a distancia

Característica de la forma de proceder de la BAC, mantenida desde sus comienzos, fue la de programar a distancia, a tiempo, con antelación suficiente, los proyectos de obra, ya fueran propuestos por alguien, ya fueran idea de la propia iniciativa editorial. No pocas iniciativas partieron durante los primeros años de la Comisión Asesora de Salamanca. Era algo consustancial con la forma de obrar de los fundadores de la BAC.

Se buscaban asesoramientos competentes, se recibían sugerencias, se aprovechaban investigaciones, se dibujaba la demanda, y sobre todo se hacían las gestiones previas necesarias. Los programas eran, debían ser, al menos, el resultado de decisiones maduradas. Una vez tomada la decisión, se procedía a su ejecución con la rapidez necesaria y posible. En varios momentos se aprovecharon a tiempo los centenarios de personajes o de hechos históricos significativos como plataforma objetiva de actualidad para la iniciativa editorial. Se elaboraron para ello varios planos de previsiones. Todavía recuerdo que antes de dejar la BAC en 1989, teníamos en marcha una gran biografía de Fray Luis de León (1591.1991), y otra para una serie de trabajos sobre san Ignacio de Loyola (1491.1991). Quedó cortado el proyecto con el cambio de titularidad jurídica de la BAC.

7. Sentido integrador

Debo señalar, por último, en este capítulo de criterios operativos fundamentales de la BAC, el que podría denominarse como función integradora de autores e instituciones. Se ponía aquélla al servicio de todos. Estaba esta norma embebida, y en cierto modo anticipada, en los criterios anteriores. Más adelante he de volver sobre ella.

Esta esencial pauta operativa la expresó, años más tarde, en 1949 don Ángel Herrera, siendo ya Obispo de Málaga, en la XL Asamblea de Secretarios de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas: "La *Biblioteca de Autores Cristianos* es un prototipo de acción concertada. Es obra de todos y para todos. Es una prueba de lo que puede dar de sí el catolicismo español, si al funesto sistema de obras minúsculas, de capillitas o de grupos, sucede una acción de conjunto, en la que todos participen y de la que todos se beneficien" Palabras, que, si siempre son reales, presentan hoy día mayor relieve. Con ellas don Ángel confirmaba en 1949 la directriz integradora, que los fundadores habían establecido como característica esencial de la BAC. Obra de Iglesia, no de

¹² Cf. *Boletín A.C.N. de P.*, número 446, 1 de diciembre de 1949, p. 25-26.

grupo, escuela o institución¹³. No como algo propio, sino como obra universal, común. Se quería servir de amplio embalse abierto, puesto al servicio pronto de las aportaciones plurales de los hombres de ciencia tanto del clero diocesano o religioso, como de los seglares católicos capacitados.

Conviene añadir que todo el período fundacional y toda la labor de delimitación de criterios de la BAC se vieron cordialmente apoyados por el entonces Nuncio, monseñor Gaetano Cicognani. Las conversaciones con él fueron frecuentes. De la Nunciatura la BAC recibió un fuerte impulso.

Como resumen y confirmación autorizada de este cuadro criteriológico inspirador de la BAC, puede el lector repasar la conferencia titulada "La función social del editor", que el propio don Máximo expuso en el Centro de Madrid, de la Asociación Católica de Propagandistas en 1953, dentro del curso dedicado a la responsabilidad de las profesiones. Está reproducida íntegramente en el Apéndice III.

¹³ *Ibíd.*, p. 4.

Las dos conexiones: la romana y la episcopal

Entiendo por conexión la relación institucional de obediencia debida a la Jerarquía y por tanto el conjunto de relaciones de la BAC con los distintos escalones de la autoridad eclesial. La BAC ha hecho suyo y ha vivido, en todo el período abarcado por estos Apuntes, el lema ignaciano del sentir con la Iglesia y en la Iglesia.

La BAC, como parte integrante de EDICA, estaba sometida, por los propios Estatutos de ésta, a la autoridad diocesana, es decir, el Obispo de Madrid-Alcalá. Todos sus libros pasaban la previa censura eclesiástica. Pero también como EDICA, la BAC actuó en todo momento en estrecha relación con la Junta de Metropolitanos primero y después con la nueva Conferencia Episcopal Española.

Y fue la Comisión Asesora de la Pontificia Universidad de Salamanca la sede permanente, aunque no única, de esta alta relación con nuestro episcopado. Cumplo un cierto deber, sumamente grato, consignando los miembros de la inicial Comisión Asesora salmantina: Presidente era como Gran Canciller de la Universidad, el Obispo de Salamanca, Fr. Francisco Barbado Viejo, de la Orden de Predicadores; y Vicepresidente, el Rector de la Universidad, don Lorenzo Míguelez Domínguez, insigne canonista e inmediato autor de la BAC. Como vocales estaban todos los decanos de las distintas Facultades: Alberto Colunga, dominico, de la de Sagradas Escrituras; de la de Teología, Gregorio Alastruey, destacado mariólogo; Laureano Pérez Mier, de la Facultad de Derecho Canónico; y de la de Historia de la Iglesia, el P. Ricardo García Villoslada, de la Compañía de Jesús. Actuaba de Secretario, el profesor Lorenzo Turrado. Pero se completaba esta primera Comisión con dos Asesores Técnicos agregados, a saber, el presbítero Ángel Herrera Oria, y el catedrático y Director General de Enseñanza Superior y Media, Luis Ortiz Muñoz. Nombres todos, que para nosotros, los ya nonagenarios, tienen resonancias personales inextinguibles de admiración, amistad y gratitud, causadas en parte por la excelente presencia que tuvieron todos ellos, como autores y consejeros, en la inmediata programación y en la posterior de la BAC.

La Comisión ha realizado, desde la primera hora de la BAC y a lo largo de los años por mí vividos en ésta, una continuada labor sumamente meritoria. Por sus propuestas, sus consejos, sus pareceres, sus originales; y además, por su expreso apoyo en ocasiones, que presentaban algunas dificultades. Las reuniones fueron al principio trimestrales. Luego se hicieron semestrales. Y debo hacer una observación. Mientras estuvo la presidencia de la Comisión, esto es, el cargo de Gran Canciller, en manos del Obispo residencial de la diócesis salmantina, las cosas funcionaron con gran expedición y seguridad. Desde que cesó esta adscripción diocesana local, con el fallecimiento de don Mauro Rubio Repullés, se notó tal ausencia, máxime en algunos momentos de especial significación, en el período posconciliar, a causa de ciertas corrientes favorecidas por algún que otro profesor de la Pontificia. En cierto momento tuvo que navegar la BAC con independencia de ciertos pareceres personales de determinados miembros de la Comisión. Aunque debo añadir que tales pareceres no pasaron al grado de juicios colectivos. En todo momento, los rectores y vicerrectores de la Pontificia de Salamanca prestaron pleno apoyo, y en ocasiones de modo decisivo a las iniciativas de la dirección de la BAC.

Recuerdo un caso curioso, que consigno como alivio del lector y retrato de la BAC. Muniain y yo pensábamos, al comenzar los años setenta, hacer una edición barata del Kempis, de la famosa y plurisecular *Imitación de Cristo*. Consultamos sobre el caso con algunos sacerdotes y con religiosos, expertos en la dirección de espíritus e incluso con un Obispo. Y las respuestas fueron todas unánimemente positivas: que lo publicáramos. Me encargó Muniain, Director entonces, que llevara el propósito a Salamanca. Así lo hice y tuve la sorpresa de escuchar de algunos miembros de la Comisión que el Kempis estaba hoy día desfasado. Debo añadir que tanto el Rector, Fernando Sebastián, como el Vicerrector, Antonio Rouco, apoyaron plenamente la propuesta de la BAC. Pusimos en marcha la operación. Y fue un gran historiador de la misma Pontificia, Francisco Martín Hernández, quien preparó la edición, con la ventaja adicional de probar que la traducción castellana, que se venía atribuyendo por inercia a fray Luis de Granada, era propia del gran maestro espiritual y hoy Doctor de la Iglesia, san Juan de Ávila. Y a mayor abundamiento, encontramos un concluyente argumento de la actualidad del tradicional Gersón, en la carta que Pablo VI había enviado acerca del Kempis al Superior General de los Canónigos Regulares de San Agustín en 1971, en el quinto centenario de la muerte de Tomás de Kempis¹⁴.

La segunda gran conexión de la BAC era la romana, con la Santa Sede. Tenía como consolidado precedente la tradición de la Asociación Católica de Propagandistas y de *El Debate*; tradición que hizo suya desde el primer

La Carta está publicada en AAS 63 [1971] 535-537.

momento la BAC. Esta conexión romana se mantenía en dos planos: el de la Nunciatura, de Madrid; y el de los órganos de gobierno de Roma. Puedo testimoniar la continuidad, cordialidad, frecuencia y apertura de estas relaciones. Desde la presencia en la Nunciatura de Madrid de Monseñor Gaetano Cicognani –años 40– hasta la de Monseñor Mario Tagliaferri –años 80– no se interrumpió el trato ni cesaron las atenciones de ellos recibidas por los sucesivos directores de la BAC. Y en cuanto a Roma, sólo me cabe recordar las audiencias pontificias y los viajes de trabajo. A Roma viajó la BAC corporativamente para verse honrada, y debo añadir, para recibir aliento pontificio en varias ocasiones. Pío XII nos recibió en febrero de 1953 y junio de 1957; Juan XXIII en 1961; y Pablo VI en marzo de 1965, mayo de 1968 y marzo de 1978, meses antes de su fallecimiento en agosto de dicho año. Siempre en audiencias especiales.

Mis viajes de trabajo a Roma eran frecuentes. Unas veces, acompañando a don Máximo. Otras, con Muniain. Y los más de ellos, solo y en nombre de la BAC. Teníamos abiertas todas las puertas. En Roma era más conocida la BAC que la propia Editorial Católica. Nunca he dejado de dar gracias a Dios por las visitas, las conversaciones, las orientaciones, las advertencias –alguna hubo–, y las informaciones, que recibíamos de personas superautorizadas. Me es grato consignar algunos nombres: Los Cardenales Seper, Benelli, Martínez Somalo, Casaroli, Hamer y Ratzinger, quien por cierto, al preparar el contrato de la edición castellana BAC de su obra *Iglesia, ecumenismo y política*, me dijo en su despacho del Santo Oficio que "la BAC es mi editorial para la lengua española"; y me alabó la gran obra colectiva de la *Sacrae theologiae Summa*, de la que se había servido, como profesor, en sus clases en Alemania.

Esta conexión romana disponía de otros enlaces, que sumariamente indico. Me refiero al conjunto de instituciones universitarias católicas romanas, en las que entrábamos y nos movíamos como en casa propia. Tales eran el Angelicum, la Gregoriana, el Instituto Bíblico, el *Agustinianum*, el Teresianum, el Oriental, la Casa de Montserrat, el Colegio Español y otros. Eran visitas sumamente enriquecedoras para la programación y orientación de la BAC. En estrecha relación con estas visitas institucionales estaba el sector de las audiencias, que nos concedían los Padres Generales de no pocas órdenes y congregaciones religiosas: Me limito a algunos nombres significativos. El P. Aniceto Fernández, Maestro general de la Orden de Predicadores; el P. Pedro Arrupe, Prepósito General de la Compañía de Jesús y antiguo propagandista; y los Prepósitos generales, cuyo nombre lamento no recordar, de los Claretianos, los Escolapios, los Cistercienses y los Carmelitas Descalzos.

Quedan por indicar otras dos conexiones, que no pueden omitirse. Una, la hispanoamericana. Otra, la europea de la edición católica. La primera, con el CELAM, fue pronta, cordialísima, permanente y generosa por parte de la

BAC. La identificación de criterios, objetivos y preocupaciones se mantuvo sin fisuras con los Cardenales López Trujillo, Quarracino, Castrillón, y Domínguez. Más aún, como en capítulo propio explicaré, la BAC sirvió de cauce editorial a varias publicaciones destacadas del CELAM.

Segunda y última conexión: La europea. Mantuvimos crecientes y firmes relaciones internacionales con grandes editoriales católicas, entre las que debo destacar con agradecimiento y en primer lugar la gran Casa Herder, de Friburgo de Brisgovia, con la que mantuve amistosas relaciones personales y de la que recibimos trato de favor; y en el mismo área alemán, la Morus Verlag, de München, y la Verlag Katholisches Bibelwerk, de Stuggart. Y Desclée, de París y Brujas; Du Cerf, y Le Centurion, de París, los cuales nos distinguieron también sobremanera; los Paulinos, de Roma, y la LDC, de los Salesianos, de Italia.

He explicado esta red de conexiones institucionales consolidadas, que la BAC poseía, como reflejo del operar editorial, y sobre todo, porque constituyó, en la época aquí estudiada, uno de los magnos renglones, que crearon el activo espiritual o inmaterial de nuestra acción editorial. Esta red autorizada, nutrida, rica y enriquecedora fue fruto del esfuerzo acumulado de muchos años y a su vez actuó como causa del buen nombre universal alcanzado por la BAC.

La organización y el personal de la BAC

No puede faltar en estos Apuntes históricos de la BAC una breve exposición de la estructura, que se montó para el trabajo editorial; y también una mención del benemérito personal, que integró las diferentes secciones laborales. Adelanto que en ese trabajo del personal BAC destacó permanentemente la nota de intensidad, acompañada de un entusiasmo colectivo, que no pocos directivos de EDICA reconocieron en más de una ocasión.

La BAC no fue empresa singular, ni jurídica, ni económicamente. Se montó y vivió hasta 1989 como departamento de libros de EDICA, empresa dedicada originaria y totalmente a la edición de periódicos. Era la BAC un cuerpo en cierto modo un tanto extraño dentro de una empresa periodística. Algo así como la buhardilla amplia del edificio de Alfonso XI 4, y posteriormente, de Mateo Inurria 10. Y lo curioso fue que el sujeto habitante de la buhardilla era en el extranjero el gran conocido y estimado. Si fuera de España se conocía a EDICA, era por BAC y en cuanto BAC. Hay que añadir que la BAC, desde sus inicios en 1942 hasta su separación de EDICA en 1989, se sintió favorecida, apoyada e incluso alentada por todos los equipos dirigentes de La Editorial Católica. Cosa que no continuó a partir de la entrada en EDICA de los sucesivos equipos dirigentes, desconcertantes, que sufrimos desde 1982. Y baste, por el momento, este último inciso.

1. Estructura de la BAC

La estructura de la BAC era sumamente sencilla: la sección de corrección de estilo; la secretaría conjunta para la dirección y la subdirección; la administración; el almacén; y la distribuidora para España. Esto era todo. Paso a una indicación sumaria de tareas y de menciones personales, punto de obligada justicia histórica, que debe quedar manifiesto en estos Apuntes.

Primero, la *corrección de estilo*. Era su función recibir del autor el original completo y prepararlo para la labor de la imprenta, linotipias, monotipia, máquinas de imprimir y control previo de la encuadernación. La Sección

dependía directamente de la cúpula rectora de la BAC. Una larga experiencia me obliga gratamente a afirmar que la labor de los correctores fue en todo momento espléndida; perfección reconocida con general frecuencia por los autores, particularmente por aquellos que tuvieron la dicha de publicar en la BAC la mayor parte de su producción escrita. Repito, la corrección de estilo en la BAC tuvo una nota constante de sobresaliente.

Cinco fueron las personas que trabajaron en esta sección. Debo recordarlas. El primero y principal, Santiago Fernández Abuin, jefe de la corrección hasta su jubilación, abril de 1974. Había trabajado como corrector de pruebas de El Debate y del YA. Sujeto de mala salud, pero con salud de hierro, trabajador infatigable, dominaba todos los secretos del arte de la tipografía, conocía las lenguas clásicas, y era dueño de la ortografía y de la sintaxis castellanas, hasta el punto de saber corregir oportunamente deficiencias explicables de algún que otro autor. Logró fijar en un denso folleto, que se editó varias veces, las normas elementales, que debían observar los autores en la redacción de los originales. Fue en cierto modo maestro y cicerone de guienes le sucedieron en la labor correctora. Cuatro nombres debo mencionar. Como correctores ayudantes de Santiago, y previa oposición, trabajaban José Torcal Herré, recio zamorano, y Honorato Martínez García, que sucedió a Fernández Abuin en la Jefatura de la Sección, año 1974. Digno continuador de plena confianza. Dominaba las lenguas antiguas y era señor no sólo de la gramática, sino además de la estilística. Poeta, buena pluma y como tercer renglón de su haber, músico. Mantuvo en plenitud el nivel recibido y a él le tocó llevar a cabo el salto técnico de la impresión tradicional a la nueva fotocomposición. Se le agregaron posteriormente, también por oposición, dos nuevos ayudantes: Ventura Rodríguez, gallego, de notoria profesión como tal, bondadoso, profesor de latín y griego en una academia privada madrileña; y Guillermo Ayuso, el cual, procedente de la Regencia de la imprenta, se distinguía por la meticulosidad de sus observaciones y el perfeccionismo un tanto puntilloso, que causaba a veces cordiales discusiones con los autores corregidos.

La Sección de Administración –pulmón de la obra– era sumamente reducida, pero sumamente eficaz. Cuando yo entré en la BAC, otoño de 1953, la Administración y la Secretaría ocupaban una sala común. Posteriormente, tras el traslado al edificio de la calle Mateo Inurria, ocuparon departamentos propios. Trabajaban en las tareas administrativas tres personas, Antonio González Calabuig, que había entrado en EDICA en 1943; Francisco Cernuda Álvarez, desde 1946; y Manuel Medina Marquece.

Cernuda, familiarmente Paco, era un ejemplo de laboriosidad y de puntualidad. No recuerdo que faltase jamás al trabajo, salvo situaciones, numéricamente escasas, de enfermedad. Y lo que sí recuerdo muy bien es que jamás

faltó a la puntualidad. Si hubiéramos creado un premio BAC a este dato laboral, se lo habría llevado él y por unanimidad. He sabido de fuente auténtica que existía una compensación económica anual en EDICA como premio a la puntualidad, y que con razón lo percibía casi todos los años Paco Cernuda. Al menos en los tiempos de Alfonso XI 4.

Al frente de la Sección se hallaba Antonio González Calabuig, superexperto en el manejo de las cifras administrativas, identificado plenamente con EDICA y con la BAC, y hombre de plena confianza de don Máximo. Concurría en él un hecho sobremanera singular, del que quiero dar constancia por su significación, no meramente laboral, sino por la identificación que suponía con la empresa. Coincidieron en EDICA su abuelo y su padre, con lo que se producía la concurrencia, un tanto histórica, de tres generaciones, que simultáneamente trabajaban en aquélla. Antonio, el abuelo, Eduardo, el padre, y Antonio, el hijo, con el aditamento de los otros tres hijos de Eduardo: Joaquín, Rafael y Eduardo, incorporados también a EDICA. Caso único y ejemplar, por el significado de identificación con la empresa, que caracterizaba a los hombres de aquella para mí inolvidable generación.

No resisto el silenciar un curiosísimo dato. El abuelo, Antonio, era el Jefe de los talleres y en una ocasión se planteó la necesidad de imprimir en la rotativa alemana Winkler, no con solos los dos colores normales, negro y rojo. Había que añadir el azul y el amarillo, para imprimir el *Jeromín*, semanario infantil de la empresa. Consultada la casa Winkler, fabricante de la rotativa, manifestó aquélla que no era posible tal ampliación. Pues lo fue. El abuelo logró, por medio de unos rodillos hábilmente situados, que los cuatro tambores de la rotativa funcionaran y salieron los cuatro colores. La inventiva de la experiencia hizo posible lo que la técnica no preveía.

Manuel Medina, sencillo, y laborioso fue el tercer hombre de la Administración. Debo aclarar que el trabajo de esta sección ofrecía una particularidad. Su trabajo, la contabilidad y el control de los pagos, pasaba a la administración general de EDICA, por formar la BAC una mera sección de los globales controles económicos de la empresa. Y un dato más. Cuando el último día del año había que proceder al inventario, para fijar los datos globales del ejercicio, el personal de la Administración tenía que quedarse a veces hasta la media tarde de mismo día 31 de diciembre.

Entraron en la sección administrativa años más tarde, ya en Mateo Inurria, dos nuevos sujetos, Saturnino Onrubia y Gerardo Chinea, que fueron los que quedaron en la BAC, junto con Bartolomé Parera en la Secretaría Técnica, cuando aquélla pasó a manos de la Conferencia Episcopal Española.

Y queda la Secretaría de la BAC, que, repito, en los años iniciales se encontraba unida localmente a la Administración. Funcionaba como servicio inmediato de la dirección y de la subdirección. Cuando llegué en octubre de 1953, se hallaba al frente de la sección Francisco Pelayo Berra, experto en las labores del cargo, que falleció a los pocos meses de mi entrada en la BAC. Y trabajaban con él dos sujetos más. El primero, que recuerdo perfectamente, era José María Bastián Mañas, persona cualificada, que dejó la Secretaría, cuando marchó al servicio de Torcuato Fernández Miranda, Director General de Enseñanza Media, quien sustituyó en este cargo al anterior Director General, José María Sánchez de Muniain, Subdirector de la BAC. El otro era Ángel Otero Díaz, que estaba encargado de ordenar los pedidos de libros, que recibía la Dirección, para pasarlos inmediatamente a la Distribuidora.

Posteriormente, se fueron agregando a la Secretaría Juan Castillo Viñas, José Luis Antón, Lucía Franco y Enrique Francés Montoya. Puedo afirmar que en Juan y en José Luis encontré en todo momento perfectos ayudantes, como trabajadores y como personas. Más tarde nos dejaron. José Luis Antón pasó a la secretaria del Director General de EDICA, Manuel Jiménez Quiles; y Juan nos dejó para volver a la Diputación Provincial de Madrid, de la que era funcionario. Lucía permaneció con nosotros hasta nuestra marcha de la BAC en 1989. Enrique unía en su persona una capacidad laboral excelente, una ejemplar caballerosidad y una experiencia consolidada como secretario de confianza. Y como cierre de este breve apunte laboral debo concluir diciendo que todos fueron excelentes taquígrafos y consumados mecanógrafos, amén, repito, de excelentes personas. Estaban todos cordialmente identificados con la empresa en general y con la BAC en particular. En una ocasión, Manuel Jiménez Quiles, Director general de EDICA, me dijo que en la BAC el verbo trabajar tenía, en sus tres sílabas, plena y probada realización. Más que colaboradores laborales, nos unía a todos una honda, sincera y probada amistad.

Debo mencionar ahora a Rafael García Arteaga. Vino a la BAC, en los años 50, procedente de la Oficina de Accionistas, en la que era taquígrafo de su Director, Fernando Martín Sánchez, de cuya Secretaría era Jefe Eloy Ramos. Rafael trabajó primeramente como secretario de correspondencia de la Dirección. Y pronto don Máximo se percató de su valía y le nombró jefe de la Secretaría con plena dedicación. Sabía desenvolverse con notoria soltura en el ámbito de los números y en el trabajo administrativo. Si mal no recuerdo, era profesor o intendente mercantil. Supo ganarse el favor de Muniain, con quien, como más adelante explicaré, montó le sección de los fascículos. Tuvo que dejar la BAC, cuando pasó como Director a la nueva empresa creada fuera de EDICA para los fascículos.

Quedaría incompleto este grato y obligado recuento, si no mencionara la presencia, en el trabajo colectivo de la BAC, de los ordenanzas de aquella cuarta planta del edificio de Alfonso XI, 4. Tres he de recordar personalmente: Juan Iglesias Pozo, Venancio Catalá García y el cuñado de éste José Jara. Pertenecían los tres al cuadro de los grandes trabajadores identificados con EDICA, leales en los días azarosos de la República, y constantes en los años 50, que es cuando los conocí y pude disfrutar de su ejemplar laboriosidad. Recuerdo todavía algunas de mis conversaciones con Iglesias, en la que pude comprobar la veneración que sentía por don Ángel Herrera, y las atenciones que tuvo con un advenedizo como yo en la Editorial Católica. Respecto de la imprenta, con la que tuve frecuente contacto, casi diario, tres nombres debo recoger, los tres sucesivos Regentes de ella: Florentino Zamora, Antonio Regidor y Pedro Bádenas Rodrigo. De todos ellos afirmo lo que he dicho de nuestros ordenanzas.

Y queda el último nombre, agregado a la BAC ya en Mateo Inurria, a comienzos de los setenta. Me refiero a Bartolomé Parera Galmes, que me sucedió en la Secretaría Técnica, cuando pasé por decisión de Sánchez de Muniain, a la Subdirección de Ediciones y luego a la Dirección adjunta de la BAC. Entró de la mano de Sánchez de Muniain, por fundada recomendación de Sergio Rábade, catedrático de Filosofía en la Complutense. Era Bartolomé sujeto de excelente preparación técnica en el campo de la teología y en el de la filosofía, de la que era conocedor especializado. A su labor de asesoramiento técnico unió la tarea de traducir con excelencia varias de las obras, que en los años 80 incorporamos a nuestro catálogo. Permaneció hasta su jubilación en la Secretaría Técnica, dentro ya de la nueva titularidad jurídica de la BAC, cuando ésta pasó a la Conferencia Episcopal Española.

Dos datos más de carácter económico doméstico de la BAC. En el decenio de los 50 se produjo la primera modificación contractual de las relaciones de los dos fundadores de la BAC con La Editorial Católica, S. A. A petición de ésta, ambos aceptaron reducir en un 50% el porcentaje inicial, que con independencia de su sueldo, tenían en el resultado de las ventas.

Aprovecho la ocasión para consignar un hecho singular. Cada año, don Máximo dedicaba una parte de sus beneficios personales como fundador de la BAC a un reparto de los mismos entre todo el personal de la BAC. No puedo determinar con exactitud la cantidad de ese tanto por ciento, de esa parte de sus beneficios totales. Se repartía a mediados de año, cuando se consolidaba el balance de la BAC. Una mañana se iba por el dinero, y en unos sobres cerrados, con el nombre de cada trabajador de la BAC, don Máximo procedía al reparto individual. Se notaba en el rostro de los beneficiarios, como es natural, la satisfacción del momento. Don Máximo hacía que cada perceptor contase exactamente los billetes, para que no hubiese error. Y firma del recibo. Era en

realidad una forma de participación de los beneficios personales del Director entre todos los que trabajábamos con él. Y en cierto modo recompensa por la intensidad con que laboraban los hombres todos de la BAC. No había en este punto excepciones.

No era bien visto este reparto –complemento económico– por el restante personal de EDICA. Pero don Máximo lo mantuvo contra viento y marea. Cuando le sucedió en la dirección Sánchez de Muniain, se suprimió el reparto, que respondía a la manera de ser de don Máximo, quien solía repetir que "si quieres ganar dinero, debes hacer que también lo ganen los que trabajan contigo".

2. Las secciones editoriales de la BAC

Antes de entrar en el área extensa de los capítulos detallados de la acción editorial de la BAC, parece conveniente adelantar tres datos generales y manifestar la norma que voy a seguir en la explicación de la materia.

Al fijar el previo plan general de las ediciones, fue Sánchez de Muniain, quien debidamente asesorado determinó, en un folleto explicativo, las secciones generales del plan aprobado por la Comisión Asesora de la Pontificia de Salamanca. Fueron las siguientes:

Sección I: Sagradas Escrituras.

Sección II: Teología y Cánones.

Sección III: Santos Padres

Sección IV: Ascética, Mística y Liturgia.

Sección V: Historia y Hagiografía.

Sección VI: Filosofía.

Sección VII: Pensamiento social y político cristiano.

Sección VIII: Literatura y Arte.

Al principio, en el lomo del volumen encuadernado se hacía constar el autor y el titulo de la obra, y al pie del lomo, la correspondiente Sección. Esta última indicación temática desapareció en los años sesenta, siendo sustituida simplemente por el número que la obra tenia en la colección.

El segundo dato genérico resume numéricamente la total producción de la BAC. Importa conocerlo ya desde ahora. Desde 1944 a 1986 la producción total de libros, en sus diferentes líneas de edición, alcanzó la cifra de 29.459. 592 ejemplares. Las ventas habidas en ese tiempo ascendieron a 27.680.935

ejemplares, es decir, el 93% de la producción. Las existencias en almacén al 30 de diciembre de 1986 eran de 1.778.657 ejemplares, o sea, el 6,04 % de lo producido, teniendo en cuenta que estaban ya amortizados 544.411 ejemplares, la tercera parte de las existencias. Este fue el resultado hasta la fecha de diciembre de 1986. En octubre de 1989 los datos eran prácticamente iguales.

Tercer hecho común, del que debe darse previa información general, sin merma de la explicación detallada, que este punto recibirá en posterior capítulo propio. Me refiero a toda una serie de nuevas vías editoriales, impuestas por la experiencia o aconsejadas por la demanda. Así, junto a la BAC Normal, fueron apareciendo la BAC Maior, la BAC Minor, la BAC Popular, los Cuadernos BAC, los Documentos BAC. Y también la creación de Ediciones Rioduero, cuya motivación, naturaleza y desarrollo debo exponer en su momento.

Y paso al punto explicativo de la norma, que he seguido en la confección de cuanto sigue. Al historiar el curso de una Casa editorial, puede seguirse, como en tantos otros, uno de estos dos caminos: el de recorrer, con estricto rigor cronológico, paso a paso, la cadena temporal sucesiva de los hechos; o el de intentar la agrupación temática plural, un tanto monográfica, en todos y en cada uno de los sectores de los mismos. En nuestro caso, la historia de la BAC, para alivio del lector y claridad en la materia, he preferido seguir el segundo sistema. Quedan, pues, ordenados los capítulos por materias, con la ventaja de que cada uno de ellos presenta lo hecho, como diría san Ignacio, según *subiecta materia*, según la materia elegida.

Las ediciones de la Biblia

Fue el campo primero abordado por los editores. La Sección I: Sagradas Escrituras. Y tuvo un amplísimo desarrollo, que intento resumir.

1. La Biblia Nácar-Colunga

Este volumen inaugural, del que poseo un ejemplar, primer título de la serie Normal, ostentó cierta solemnidad y despertó general interés. Era una nueva versión completa de las lenguas originales de la Biblia, hecha por dos profesores de la Pontificia Universidad de Salamanca: don Eloíno Nácar, sacerdote y profesor de hebreo, y el P. Alberto Colunga, dominico, profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología del convento de San Esteban y en la Pontificia. La prologó el Nuncio en España, Monseñor Gaetano Cicognani. Llevaba en cabecera el texto íntegro de la reciente encíclica de Pío XII *Divino afflante Spiritu*.

La crítica y el público dijeron su palabra sobre esta excelente versión, la cual ha quedado como hito destacado en la gran recuperación escriturística, que el catolicismo español vivió en la primera mitad del pasado siglo XX.

Doy a conocer un dato inédito, recibido directamente de los fundadores. En principio, esta traducción estaba destinada a la Editorial Aguilar, S. A., de Madrid. Eran los años inmediatos de la posguerra y don Manuel Aguilar, hombre de extraordinario sentido editorial y benemérito de la cultura española, se hallaba interesado por la publicación de esta nueva versión de la Biblia en castellano, ya que además, tangencialmente, suponía para él un aval en la situación política y económica de aquellos años. El compromiso de los dos traductores con la Editorial Aguilar había llegado a la fase contractual previa, no sé si solamente verbal o también escrita.

Pues bien, don Máximo Cuervo se las arregló para hacer que la traducción girara hacia la BAC. Intervino en este giro de forma decisiva el Obispo de Salamanca, Barbado Viejo, dominico, quien realizó las gestiones necesarias para detener el anterior compromiso y lograr el contrato escrito, gracias al cual tuvo la BAC, con su primer volumen, su primer gran éxito clamoroso.

Apareció la Biblia Nácar-Colunga en la Pascua de Resurrección de 1944. Su precio: Cuarenta pesetas. La distribuyó la empresa-librería Afrodisio Aguado, de Madrid, la cual pagó anticipadamente y por entero la edición, que iba a dos tintas y con ilustraciones de Durero, escogidas por Muniain. Las reediciones se sucedieron con rapidez inusitada. En cuanto a origen, esta Biblia debe atribuirse en gran parte a la Pontificia Universidad de Salamanca.

De esta Biblia salmantina se hicieron numerosas y amplias ediciones: 33 hasta 1974. Y luego se fue ofertando toda una variedad de formatos, por iniciativa de Muniain: la edición, también en BAC Normal, número 40, del Nuevo Testamento, del P. Colunga; la edición de bolsillo de la Biblia completa, y la llamada, por su tamaño, de breviario; las ediciones de bolsillo, en varios tamaños, del Nuevo Testamento y de solos los cuatro Evangelios; y finalmente la edición popular de la Nácar-Colunga, con más de 23 ediciones. Y como corona, la presentación en 1964 de una edición espléndida en tamaño, letra y comentarios, con la adición de 50 láminas en color tomadas de varios códices bíblicos históricos. No sé si exagero al calificar esta presentación como una de las más logradas en el mercado de las versiones de la Biblia en lengua castellana.

Concluyo indicando que han sido varios cientos de miles los ejemplares vendidos de esta Nácar-Colunga, cuyas sucesivas reediciones fueron puestas al día por el dominico Maximiliano García Cordero, sucesor, como titular, de la cátedra del P. Colunga en la Facultad de San Esteban y en la Pontificia de Salamanca.

2. Bover-Cantera, nueva versión de la Biblia

Apareció esta segunda versión en dos volúmenes en 1947. Al reeditarla por quinta vez en 1951 se hizo en un solo volumen. También directamente del hebreo y del griego. Sus autores, dos magnos especialistas. Un gran hebraísta, Francisco Cantera Burgos, catedrático de hebreo, primero en la Universidad civil de Salamanca y más tarde en la Complutense, de Madrid. Y el P. José María Bover, profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología, que la Compañía de Jesús tenía en Sarriá, Barcelona. Como escribió el sustituto de la Secretaría de Estado, Monseñor Juan Bautista Montini, en la carta que el 21 de mayo de 1951 dirigió a los autores, la nueva versión era prueba manifiesta del "espléndido reflorecimiento de los estudios bíblicos en España", a la vez que enviaba la bendición de S. S. Pío XII "a la benemérita Editorial Católica, que tan espléndidos servicios está rindiendo a la cultura cristiana y a la ciencia española".

Añado dos datos sobre los autores. Era Cantera no sólo insigne hebraísta y persona de ejemplar sencillez, sino además miembro vocal de una de las grandes instituciones judías en el mundo de los especialistas paleotestamentarios; e historiador de la presencia hebrea en la historia de España. Por lo que respecta al P. Bover baste indicar que había preparado una excelente edición crítica del texto griego del Nuevo Testamento, que publicó, con varias ediciones, el entonces joven y pujante Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Era además el P. Bover especialista destacado en los estudios paulinos.

También ahora se hizo en BAC Normal una edición separata de la versión Bover del Nuevo Testamento y una posterior edición de bolsillo. Hago constar que en esta nueva versión la iniciativa y las gestiones se llevaron a cabo desde la BAC, Madrid, con el apoyo positivo de la Comisión de Salamanca.

Posteriormente se produjo un cambio, con la sustitución de la versión del P. Bover con la del P. Manuel Iglesias, también jesuita y profesor un tiempo de griego en el Instituto Bíblico de Roma. La Bover-Cantera pasó a ser la Cantera-Iglesias. Vino motivado este cambio por dos razones. La primera estaba impuesta por la incorporación de la versión castellana del P. Bover al Nuevo Testamento Trilingüe preparado por el P. José O´Callaghan. Y la segunda, el probado valor de la traducción del P. Iglesias, sobremanera rica en la captación en castellano de numeroso matices, no siempre recogidos por anteriores versiones, del texto griego.

3. La Biblia interconfesional

Tercera operación traductora de las Sagradas Escrituras en la BAC. No nació esta iniciativa en la BAC, pero la asumió cordialmente. Partió la idea del Secretario de la Comisión Episcopal de Ecumenismo, hoy de Relaciones Interconfesionales, don Julián García Hernando, sacerdote ejemplar, que mantenía amistosas relaciones con miembros de la Iglesia ortodoxa y de otras confesiones cristianas asentadas en España. El clima, tiempos del posconcilio, era favorable. Finales de los años sesenta. El referido Secretario había hablado sobre una nueva versión de la Biblia, que podría ser elaborada por escrituristas y lingüistas de las varias confesiones cristianas. Una Biblia interconfesional. Cundió la idea, el episcopado español la alentó, los promotores reunieron el equipo necesario, fijaron los criterios comunes, y por el momento se pensó sólo en la traducción del Nuevo Testamento.

En un viaje a Roma de don Máximo, al que acompañé, habíamos hablado con los representantes de la Sociedad Bíblica de Stuttgart sobre el proyecto de la Interconfesional. Recuerdo que los visitamos en un hotel cercano a Plaza Venecia, muy cercano al Angelicum de los dominicos.

Nos reuníamos en la BAC. Era al comenzar las conversaciones Director Muniain. Estuve yo en la Comisión rectora del proyecto, al principio como Subdirector de Ediciones, y posteriormente como Director de la BAC. La Comisión eligió como Presidente al Obispo anglicano español, que estaba al frente de la colonia inglesa y de la iglesia sita en el distrito madrileño de Salamanca. Formaron parte de la Comisión un joven escriturista de la confesión calvinista, excelente y grata persona, fácil para la concordia; un representante de los Hermanos de Plymouth, el Secretario de la citada Comisión Episcopal, y yo, como hombre de la BAC. Nos reuníamos en el despacho de la dirección. Las reuniones se celebraban los jueves en un clima de amistad distendido y fraterno. Las cuestiones que se planteaban, se resolvían con facilidad. Aceptaron todos el que la versión llevara algunas notas.

Se puso en marcha el equipo de traductores. Se fijó un calendario y recabamos para la BAC el controlar el cumplimiento de los plazos, la última revisión del texto, y todo el trabajo de imprenta y distribución comercial. La financiación corrió a cargo nuestro. Salió el volumen, editado en rústica, y se vendió bien, aunque con cierta lentitud. Poco tiempo después nos reunimos de nuevo para tratar de la versión del Antiguo Testamento. Pero las conversaciones no lograron resultado positivo, por las dificultades que surgieron para encontrar el cuadro de traductores disponibles. Posteriormente se ha realizado este segundo sector, la versión castellana del Antiguo Testamento, de la Biblia Interconfesional.

Resulta curioso, y lo hago a modo de comentario, el hecho de que muy probablemente sea España el país de Occidente que dispone en la actualidad de un número mayor de versiones de la Biblia. Ignoro si somos el país donde es mayor el índice de lectores de la misma.

4. La Vulgata latina

En los albores de la BAC, en 1946, con el número 14 de la Normal, se publicó una cuidada edición completa de la Biblia Vulgata Clementina. Preparadores de la obra, de nuevo dos profesores de Sagrada Escritura, de la Pontificia de Salamanca: el P. Alberto Colunga y don Lorenzo Turrado. En 1977 se publicaba la quinta edición. Y últimamente ha tenido una novísima edición con el mismo texto y características de la edición primera.

A la fiel reproducción del texto latino de la Vulgata, añadieron los preparadores algunos valiosos elementos complementarios, que ayudan al estudio e inteligencia de la palabra sagrada. Se intercalaron títulos y epígrafes en cada libro, para facilitar la lectura; cada libro se vio precedido de un sumario orientador para las consultas; y, sobre todo, los autores de esta edición, tipográficamente excelente y manualmente grata, añadieron al final un Índice bíblico doctrinal, sumamente útil para el análisis teológico, para preparar la predicación en cualquiera de sus géneros, y para la misma vida espiritual del lector del latín. Tuvieron los autores y la BAC el acierto de poner en el libro de los Salmos el texto latino de la Vulgata y, en columna paralela, la nueva versión latina, elaborada por el Instituto Bíblico de Roma, promovida y aprobada por Pío XII. Alguien ha dicho con toda razón que es esta moderna versión latina del Bíblico la mejor por el momento en fidelidad, claridad y eufonía. Soy de su parecer.

5. El intento de la Biblia Políglota Matritense

Merece mención propia este proyecto, iniciado con entusiasmo y suspendido posteriormente. Ya desde 1947 se venía considerando por la BAC. El motivo era doble. Por un lado, se venía preparando el material dentro del Instituto Francisco Suárez, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Y dos de los mentores de la iniciativa, Francisco Cantera Burgos y José María Bover, eran grandes amigos de los fundadores de la BAC. Por otro lado, la BAC se sentía capaz, no sin cierta ingenuidad, de albergar aquel monumental proyecto.

Graves dificultades retrasaron la aparición de la obra; entre ellas el comprensible retraso en la preparación de los complicados originales, la adquisición de la monotipia tipográficamente adecuada en tipos, y también la preparación del personal adecuado que la composición requería.

En 1957 apareció el primer volumen y el segundo en 1960. Se editaba esta políglota conjuntamente por el Consejo y por la BAC. En el Premio, en latín y en castellano, se explicaban las 10 series de que constaría la obra. En esos dos volúmenes se reproducían con perfección técnica el Salterio visigótico mozárabe y el salterio jerominiano. Los 5 últimos volúmenes fueron editados fuera ya de la BAC. No pudo ésta soportar el peso económico, que sobre ella gravaba en la edición, y se retiró a en 1962.

Quiero mencionar los autores de la edición: T. Ayuso, P. Ballet, J. M. Bover, F. Cantera, A. Díez Macho, M. Fernández Galiano, J. M. Millás Vallicrosa, J. O´Callaghan, I. Ortiz de Urbina y F. Pérez Castro. Toda una pléyade de especialistas de gran altura, cuyo conjunto muestra el alto nivel de la ciencia escriturística española de aquellos años. No era, lo repito de nuevo, un páramo.

6. El Nuevo Testamento Trilingüe

A mediados de los años sesenta, en uno de mis frecuentes viajes a Roma, mantuve una larga entrevista con el P. José O´Callaghan, profesor de crítica textual neotestamentaria en el Instituto Bíblico, de Roma. Le hablé de la posibilidad de una edición trilingüe del Nuevo Testamento. La propuesta le pareció de perlas, y pasamos de inmediato al despacho del Rector del Instituto, el P. Carlo M. Martini, futuro Cardenal y Arzobispo de Milán, recientemente fallecido. Le expusimos la idea y nos alentó a realizarla sin demora. Pocas ediciones trilingües había en el mercado bibliográfico internacional. Y allí se decidió la operación.

Era toda una labor de taracea la que acometíamos. En cuanto a la preparación técnica de los originales y por lo que tocaba a la confección tipográfica. Para la preparación, porque teníamos que recabar permisos y concesiones previas. El texto griego elegido fue el del P. José María Bover, editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se obtuvo la licencia. El texto castellano ya lo teníamos en la separata del Nuevo Testamento, de Bover, publicada en 1962 con la supervisión del P. Félix Puzo, profesor en la Facultad de la Compañía de Jesús, trasladada ya de Sarriá, Barcelona a San Cugat del Vallés. Y quedaba el texto latino, para el cual se logró el previo permiso del últimamente fijado; texto, cuyos derechos pertenecían a la Libreria Editrice Vaticana. Para las notas bibliográficas, la selección de variantes, los lugares paralelos y otros elementos técnicos relativamente secundarios para la edición, dispusimos de la colaboración de varios autores de la BAC, escrituristas de valor reconocido. Me refiero a los PP. Mario Sala, José Alonso Díaz y Manuel Benéitez, miembros los tres de la Compañía de Jesús.

Reunido, pues, el triple texto completo, hubo que realizar ya en la BAC todo un detenido estudio para combinar con seguridad tipográfica los complejos elementos del original, labor complicada que pudo realizarse gracias a la maestría de la gerencia de la imprenta de EDICA y a la sabiduría práctica de nuestros correctores de estilo, los cuales realizaron un certero trabajo técnico, justamente reconocido por el propio autor de la Trilingüe, el P. O´Callaghan. Presentó la obra el propio Rector del Bíblico, P. Martini. Sólo cabe añadir que ha tenido esta edición trilingüe hasta el momento seis ediciones con un claro mercado paneuropeo. Con el obligado añadido de que ya anteriormente, en 1961, la BAC había publicado una modélica edición de bolsillo del texto latino del Nuevo Testamento, según la Sixto-Clemetina de 1592, preparado, con los lugares paralelos, por el P. Juan Leal, profesor en la Facultad de Teología, que en Granada tenia y tiene la Compañía de Jesús.

Como dato curioso consigno el hecho de que ya en 1957 se pensaba en una edición trilingüe del Nuevo Testamento. Se advierte expresamente en el Proemio de la Biblia Políglota Matritense, publicado en dicho año. En conexión con la Trilingüe debo recoger, en el marco bibliográfico neotestamentario de la acción editorial de la BAC, la espléndida *Sinopsis de los cuatro Evangelios*, que preparada por el P. Leal se publicó en 1954 y de la que se hicieron cinco ediciones. El texto castellano se ajustó al de la edición crítica bilingüe del P. Agustín Merk, profesor de la Gregoriana. La disposición tipográfica de los textos paralelos, yuxtapuestos en cuatro columnas, y acompañados de notas críticas, explicativas, permite al lector contemplar en fácil visión panorámica la total narración de los hechos de la vida del Señor. Colaboraron con el P. Leal, los PP. Francisco Fernández-Pertíñez y Rafael Carbonell Cadenas de Llano.

7. El libro de los Salmos

Tanto don Máximo como don José María, no sé si por propia iniciativa o por sugerencia de algunos Padres agustinos, pensaban en la conveniencia de editar el libro de los salmos. No estaban previstos en el primer plan agustiniano de los 18 volúmenes de las obras de san Agustín , como más adelante explico, los maravillosos comentarios del santo Obispo de Hipona a estos cantos inmortales del alma hebrea. Y puestos los dos fundadores al habla con el P. Félix García, agustino gran colaborador de la BAC, decidieron acometer la tarea. Y se publicaron los comentarios de san Agustín en cuatro volúmenes –1964-1967–, precedidos de una amplia y enjundiosa introducción del P. José Morán, profesor en el *Agustinianum*, de Roma, y en el Centro de estudios que la Orden de san Agustín tiene en Valladolid.

Pero con anterioridad, la BAC, había decidido publicar una edición manual del libro de los salmos. Se disponía de la reciente versión directa del hebreo de don Eloíno Nacar. Y desde 1945, por un *Motu proprio* de Pío XII, estaba a disposición de todos, sacerdotes, religiosos y seglares, el nuevo texto latino elaborado "con el requerido cuidado y diligencia" por el Instituto Bíblico de Roma. Era la nueva versión latina, que atenta a la Vulgata jerominiana, daba a los textos sálmicos claridad asequible, seguridad textual críticamente probada, y además nueva sonoridad grata al oído y receptiva para la memoria.

Preparó el original el ya citado P. Maximiliano García Cordero. Volumen de bolsillo, de fácil manejo, con texto bilingüe, encuadernación en tela y tirada de 30 000 ejemplares.

A propósito de los salmos, concebimos bajo la dirección de Muniain un nuevo proyecto, que no llegó a realizarse. En una de mis visitas al Bíblico, el P. O'Callaghan me presentó al P. Lahood, profesor del Instituto y especialista mundialmente reconocido de los salmos. Fui a visitarlo. Era un domingo por la tarde. Lo encontré barriendo el pasillo, al que daba su cuarto. Me habló sobre la singularidad de este libro sagrado, en el que Dios habla con el hombre y el hombre habla con Dios. Es el gran texto oracional del judío y del cristiano. Le pregunté si podría escribir un comentario de tipo espiritual para la vida interior del lector de la BAC. Quedamos en que sí. Hablaríamos. Pero nada pudo hacerse. A los pocos días falleció repentinamente, mientras rezaba el Breviario en la Iglesia de San Marcelo, cercana a la Gregoriana y próxima a la Vía del Corso.

Los estudios escriturísticos

La atención de la BAC, en su Sección I: Sagradas Escrituras, no se limitó al texto sagrado de los dos Testamentos. Se extendió, además, dentro de esta Sección, a los estudios escriturísticos. Eran éstos una como conexión natural y prolongación obligada de la edición de los textos revelados. Y tuvo la BAC el acierto de comenzar el esfuerzo con la publicación en castellano de la gran obra del P. Juan de Maldonado *Comentario a los cuatro Evangelios*. En tres volúmenes, que fueron apareciendo en 1947, 1951 y 1954. Era una edición dirigida al gran público, sin pretensiones técnicas, ya que se estaba preparando una edición crítica, que por desgracia no se ha publicado. Autores, dos jesuitas, el P. José Caballero y el P. Luis M. Jiménez Font. Tuvo una segunda edición, que se vio agotada prontamente.

En 1948 añadió la BAC otra obra de este sector de grandes comentarios escriturísticos y teológicos de los Siglos de Oro españoles: los Misterios de la vida de Crísto, la magna construcción mariológica y cristológica levantada por el granadino Doctor Eximio, el jesuita Francisco Suárez. Se publicó en los años de alborada de la BAC en dos volúmenes: el primero, en 1948, los misterios de la Santísima Virgen y de la infancia y vida pública del Señor; el segundo, en 1950, los misterios de la Pasión y Resurrección del Señor y de su última venida. El motivo era la conmemoración del cuarto centenario del nacimiento del P. Suárez. Traductor y comentarista, el P. Romualdo Galdós, profesor de la Universidad Gregoriana y anteriormente de la Facultad de Teología, de Oña. Resulta curioso, y no es conocido, el hecho de que se había pensado en publicar las Obras completas del Doctor Eximio. Se había estudiado esta posibilidad en la Facultad de Oña. Y, en efecto, en una de las primeras páginas de esta edición BAC se consigna el proyecto de nada menos que 11 volúmenes, proyecto que quedó en fase de mera intencionalidad. La publicación de la citada obra suareziana se hizo para ponerla al servicio de "toda clase de lectores y lectoras". No pudo reeditarse y el sentido intuitivo de don Máximo aconsejó aplazar sine díe el intento de las obras completas.

Al repasar la amplia y concienzuda introducción del P. Galdós, me ha llamado la atención una sentencia del P. Suárez, que bien merece recogerse en

estos Apuntes: "La piedad sin la verdad es flaca y débil. La verdad sin la piedad es estéril y ayuna". Magna sentencia, que, como compendio de la ascética y garantía teológica, recuerda que la piedad ha de apoyarse siempre en la verdad y que la verdad debe investigarse siempre con la ayuda de la piedad.

La Dirección de la BAC pensó desde la primera hora, si por propia decisión o por consejeros autorizados, no lo sé, que a las versiones de los textos sagrados debían seguir los comentarios escriturísticos dirigidos a un amplio público culto, clerical y seglar. Con dirección y autores españoles. Tanto Máximo Cuervo como sobre todo José María Sánchez de Muniain conocían el alto nivel, que habían alcanzado también en España los estudios de la Sagrada Escritura, y por ello no recurrieron al expediente fácil de meras traducciones de comentarios extranjeros, que los había y algunos excelentes, sino que tuvieron el acierto de hispanizar, sin xenofobia alguna, la versión de los libros sagrados y el comentario correspondiente. Naturalmente tuvieron a la vista el mercado hispanoamericano.

Como he dicho, pusieron en marcha dos operaciones: una, ubicada en la entonces pujante y joven Facultad de Teología del Sagrado Corazón, de la Compañía de Jesús en Granada; y otra, encomendada a los profesores de la también joven Universidad Pontificia de Salamanca y del venerable centro dominicano de estudios –Facultad de Teología– del Convento de San Esteban, de la ciudad del Tormes. Paso a explicar ambas operaciones.

1. Versión y comentarios de Granada

Acudió la dirección de la BAC en 1956 al claustro de la citada Facultad granadina de Teología. Y en concreto al hombre que llevó el timón del encargo, el P. Juan Leal, profesor de Nuevo Testamento y sujeto de gran capacidad organizadora. "Este comentario de las Sagradas Escrituras –manifiesta el P. Leal en el prólogo del primer volumen– se debe a los deseos y orientación del propio Director-Fundador de la BAC, quien en el año 1956 nos pidió 'un comentario denso, crítico, literal, seguro y de actualidad'. Queremos públicamente agradecerle su primera sugerencia y los estímulos y facilidades, que siempre nos ha prestado. El título de la obra es también suyo: *La Sagrada Escritura. Texto y comentario*".

Conviene adelantar que, en realidad, se publicaba una nueva traducción al castellano de las lenguas originales, hebrea y griega. Era, pues, la tercera de la BAC. Se hicieron tres ediciones, en 1965 la segunda, y en 1973 la tercera. Pronto quedaron agotadas las tres. Primero aparecieron los comentarios al Nuevo Testamento, en tres volúmenes, que en realidad fueron cuatro. El primero en

junio de 1961; el segundo en octubre siguiente; y el tercero en mayo de 1962. Las previsiones se fueron cumpliendo con cadencia ejemplar. Y luego le tocó el turno al Antiguo Testamento. Seis volúmenes, que fueron saliendo a la venta, en primera edición, desde 1967 el primero hasta 1971 el sexto y último. Se reiteró el ritmo de publicaciones, gracias a la capacidad rectora del P. Leal, de su ayudante, el P. Antonio Torres Fernández, y a la seriedad con que cumplieron sus compromisos los autores.

Debo mencionarlos, aunque la lista sea elocuentemente larga. Autores del comentario al Nuevo Testamento: Severiano del Páramo, José Alonso Díaz, Juan Leal, José I. Vicentini, Pastor Gutiérrez, Augusto Segovia, Justo Collantes, Sebastián Bartina, Miguel Nicolau, Ricardo Franco y Francisco Rodríguez Molero. Comentaron los libros del Antiguo Testamento: Félix Asensio, Frederick L. Moriarty, Rafael Criado, Fidel Back, José Vilchez, Carlos Bravo, Francisco F. Marín, Luis Brates, Ricardo Arconada, Justo J. Serrano y Juan Vella.

2. La Biblia comentada, por profesores de Salamanca

Fue este un segundo comentario de la Biblia, simultáneo con el anterior. Partió la propuesta de la Universidad Pontificia, dotada de un cuerpo excelente de profesores de Escritura. Y la dirección de la BAC hizo suya de inmediato la propuesta salmantina. No me consta sobre quién recayó la personal dirección de la obra, pero no resulta aventurado sugerir que corporativamente actuó sin duda la Facultad de San Esteban y de modo particular el P. Maximiliano García Cordero. Quede la comprobación de esta sugerencia en manos de futuros historiadores.

Constaba la obra de 7 volúmenes, que se convirtieron de hecho en 9 por duplicación del V y VI. Se aceptó como texto bíblico el de la Nácar-Colunga, que por entones llevaba camino de convertirse en "verdadera Vulgata española". Hizo la presentación, como prólogo, el Gran Canciller de la Universidad, fray Francisco Barbado Viejo, quien expuso la finalidad, las características y el sentido de la obra. "La actual exégesis católica" había llegado en aquel decenio de los 50 a un estado de madurez reconocida. Se habían adiestrado sus expertos en el manejo de los instrumentos de la crítica filológica y eran expertos conocedores de los avances históricos, arqueológicos y lingüisticos. Por eso, la serie "orientaba su labor a desentrañar el contenido teológico de los libros sagrados". Se tenía a la vista al lector culto no especializado.

Cuatro gruesos volúmenes se dedicaron al Antiguo Testamento: Pentateuco, libros históricos, libros proféticos y los sapienciales. Autores del primero, 1960, Alberto Colunga y Maximiliano García Cordero; del segundo, 1961, Luis Arnaldich, O.F.M., profesor en el Seminario de Sigüenza; del tercero, 1962, de nuevo García Cordero; y del cuarto, 1965, García Cordeo y Gabriel Pérez Rodríguez. Se concentró el comentario del Nuevo Testamento en cinco volúmenes: dos a los Evangelios, 1962, redactados por el P. Manuel de Tuya, dominico; dos a los Hechos de los Apóstoles y a las cartas paulinas, 1962, por Lorenzo Turrado; y uno quinto y último, 1965, Epístolas católicas y Apocalipsis, a cargo de José Salguero, catedrático de exégesis en el Angelicum, de Roma.

Iniciado el comentario en 1960 y concluido en 1967 fue otro ejemplo de puntualidad editorial por parte de los autores y de la BAC. Se reeditaron todos los volúmenes, unos con tres reimpresiones y otros con dos. La obra se cerró con un nutrido y utilísimo índice general de los nueve volúmenes confeccionado por el infatigable exegeta dominico Maximiliano García Cordero.

Dos breves comentarios a este soberano comentario bíblico. Uno, el reconocimiento del alto nivel, que la Pontificia Universidad salmantina poseía ya en aquellos años de su primera andadura académica. Y otro, la promesa que se hacía, en la presentación de la obra, de dos proyectos complementarios, una *Introducción general a la Sagrada Escritura*, y una *Teología de la Biblia*. Proyectos, que pronto tuvieron verificación en la propia BAC.

3. Estudios bíblicos

En efecto, dicho y hecho. Primero apareció la *Introducción a la Biblia*. Luego siguieron la *Problemática de la Biblia* y la *Teología de la Biblia*; y a continuación *Biblia y legado del Antiguo Oriente*. Cuatro obras que presentan unidad temática, convergencia docente, y común origen corporativo. Fueron propuestas por la Comisión Asesora de Salamanca y elaboradas por reconocidos escrituristas de la Orden de Predicadores.

Comienzo con la *Introducción a la Biblia*. Sus autores, el P. Manuel de Tuya, profesor de la Facultad de teología de San Esteban, en Salamanca, y el P. José Salguero, profesor de la Pontificia Universidad Santo Tomás, el famoso Angelicum, de Roma. Dos volúmenes, el I, de Tuya, número 262 de la Normal; y el II, número 268, de Salguero, ambos publicados en 1967. Con toda razón, en el prólogo, los autores acentúan que "la Biblia no es un libro más... Es el libro por antonomasia". Es el bestseller comprobado de todos los años a nivel mundial. Y define Tuya la introducción a la Biblia como "aquella disciplina que, estudiando los problemas comunes o cuasi comunes a todos los libros de la Escritura, capacita al lector para una recta comprensión del contenido en ellos encerrado".

Como destinatarios, los autores tuvieron a la vista tanto al estudioso de la Sagrada Escritura como al lector culto no especializado. En cuanto al contenido, se exponen todos los tópicos o temas, incluidos en la disciplina correspondiente –Inspiración, canon, textos, versiones, hermenéutica, historia, instituciones y geografía—. Exposición atenida a los criterios de claridad, síntesis, y adaptación al lector previsto. Por supuesto, la obra recogía las enseñanzas del Vaticano II, particularmente las incluidas en la Constitución *Dei Verbum*.

Segundo momento: el de la *Problemática de la Biblia*. Autor, un asiduo nombre en el catálogo de la BAC, Maximiliano García Cordero, profesor de Escritura en San Esteban y en la Pontificia de Salamanca y posteriormente en la Facultad de Teología de Burgos. Publicada en 1971, apareció como número 318 de la BAC Normal. Tema genérico: los grandes interrogantes de la Sagrada Escritura. Dos grandes secciones componen la obra: una, la primera, dedicada a las cuestiones relativas al Antiguo Testamento; y otra, la segunda, referida a los temas del Nuevo Testamento.

Respondía la obra, como indica el autor, a "la necesidad de un libro no muy denso en páginas, en el que se presentaran sintéticamente los principales problemas bíblicos", para facilitar el conocimiento, científicamente fundado, de los lectores no especializados. Ni que decir tiene el valor que la obra alcanza en este sentido. Modelo de certera adaptación al lector medio por parte de un consagrado especialista en la materia. Debe destacarse el valor de los tres índices finales, sobre todo, del tercero, ideológico general. Recomendable el capítulo dedicado, con loable extensión, a la parusía del Señor.

En conexión temática con la *Problemática*, en 1970 se publicó el volumen I de la anunciada *Teología de la Biblia*. Constaba la obra de tres tomos: el segundo y el tercero aparecieron en 1972. Autor de este magno esfuerzo escriturístico fue de nuevo el P. Maximiliano García Cordero, que profesaba laboralmente el lema litúrgico del *in labore requies*. Declaraba en el prólogo que con este estudio quería "rematar la tarea, que emprendimos al iniciar la *Biblia comentada*", cuyo impulso e iniciativa atribuía claramente al Obispo Barbado Viejo. Para confirmar la pincelada del lema litúrgico laboral, que he aplicado al P. Maximiliano, debo añadir que en 1971 publicó en la BAC otro libro, en este caso, de alta vulgarización titulado *Problemática de la Biblia*. Y más aún, anunciaba en el segundo volumen de su *Teología*, que estaba preparando *La Biblia y el legado del antiguo Oriente*, trabajo, que, en efecto, publicó poco después la BAC, y del que hablaré a continuación.

Tres fueron los volúmenes de la *Teología de la Biblia*. El I, número 307, año 1970, dedicado al tema en el Antiguo Testamento. Y el II y III, sobre el Nuevo Testamento, número 335 y 336, aparecidos ambos en 1972. Adelantaba

en la introducción del volumen inicial que tenía muy en cuenta el contexto histórico, literario y cultural de la época de cada libro revelado. En la fijación de la teología paleotestamentaria abordaba cuatro puntos: la fijación del concepto Dios, la esperanza mesiánica, las obligaciones religiosas del hombre para con Dios y las morales para la vida en sociedad, y finalmente el sentido del pecado y el retorno a Dios por la penitencia. Los dos restantes volúmenes se centran en la amplia temática de la cristología evangélica, paulina y joannea. Obra monumental, un tanto alejada de los niveles de la vulgarización, la cual torna a presentarse en el último trabajo del incansable dominico García Cordero.

El subtítulo de la obra de García Cordero *Biblia y legado del Antiguo Oriente* anticipa el contenido de la misma: "El entorno cultural de la historia de la salvación". Publicado en 1977, con el número 390 de la BAC Normal, como volumen adicional de la anterior *Teología de la Biblia*, estudia "las concomitancias e interferencias de las tradiciones bíblicas con las de los pueblos del Próximo Oriente". Se halló Israel en todo momento entre los dos imperios culturales de la época, Mesopotamia y Egipto, línea de unión y paso obligado entre África y Asia. Tiene esta obra el mérito de reunir y sintetizar los datos, que las modernas investigaciones arqueológicas y literarias han descubierto, mostrando la plena historicidad de los relatos paleotestamentarios. Merecen mención propia los cinco índices, con que termina la obra.

Complemento de este magno esfuerzo de los especialistas dominicos españoles, es otra obra, que debo situar aquí: *Los métodos histórico-críticos en el Nuevo Testamento*. Publicada en 1969, número 295 de la BAC Normal, era la versión en lengua castellana de la edición alemana de la magistral exposición hecha por el profesor Heinrich Zinmmermann, catedrático de la Universidad del Ruhr, en Bochum. Traducida por el P. Gumersindo Bravo, jesuita y profesor de la Universidad Comillas, de Madrid, constituye este volumen una preciadísima y autorizada introducción al estudio de las ciencias bíblicas, particularmente del Nuevo Testamento.

Se exponen los grandes cuatro métodos de la disciplina: crítica textual, crítica literaria, historia de las formas, e historia de la redacción. Dado el sentido pedagógico, que informa la obra, se reprodujeron los ejercicios prácticos y el conjunto de láminas para facilitar tales ejercicios. Fue este uno de los volúmenes del sector de traducciones, en que la BAC supo reunir la excelencia de la traducción con el cuidado técnico de la complicada tipografía, en nada distante de la clásica perfección germana en este campo.

4. En torno a Qumran

Al recorrer la trayectoria de las iniciativas editoriales de la BAC, puede concluirse que disponía ésta de algo así como una especie de radar temático, de corto alcance y detección segura. Lo digo a propósito de las dos obras, que seguidamente recuerdo. Conviene precisar que las informaciones detectoras de los temas provenían de dos fuentes: una, la propia y original de sus directores; y otra, la aportada por los mismos autores y consejeros de la BAC. El trato frecuente, cordial y de amplio horizonte ofrecía datos, que la dirección técnica editorial aprovechaba. Es el caso, que los dos volúmenes sobre Qumran demuestran.

La obra *Los descubrimientos del Mar Muerto* constituye el primer argumento probatorio. El subtítulo desarrolla la generalidad del título: "Balance de 25 años de hallazgos y estudios". Su autor, el especialista Antonio González Lamadrid, había intervenido en 1954 en las excavaciones del monasterio de Qumran, y participó posteriormente en Jerusalén en los estudios del equipo preparador de los manuscritos esenios. Tuvo la obra, número 317 de la Normal, tres ediciones, 1969, 1973 y 1985.

Poseía este estudio un claro, completo y objetivo carácter informativo. Tres partes lo constituían: la historia de los descubrimientos, el estudio de la comunidad esenia, y la significación y valor de los hallazgos. Un insigne hebraísta, catedrático de la Universidad de Barcelona, Alejandro Díez Macho, hizo la presentación del volumen. Subrayó la excelencia del contenido del trabajo; indicó la simultaneidad temporal del material de Qumran con el nacimiento del cristianismo; y felicitó al autor y a "los editores de la BAC por haber incluido en sus colecciones una obra sobre el tema".

En conexión con este volumen de González Lamadrid, publicó la BAC después la conocida obra del P. José O´Callaghan, *Los papiros griegos de la Cueva 7 de Qumran*, BAC número 353.

5. Los papiros de Qumran y la hipótesis O'Callaghan

En 1974 publicó la BAC, número 353 de la Normal, la obra del P. José O´Callaghan, profesor del Bíblico, Roma, titulada *Los papiros griegos de la Cueva 7 de Qumran*. A petición de la BAC recogió el autor varios artículos de ardua investigación sobre los papiros griegos, en los que el P. O´Callagahan exponía la hipótesis de que el papiro 7Q5 reproducía los versículos del Evangelio de Marcos 6, 52-53. En todo momento sostuvo su interpretación como hipótesis

fundada en el hecho de que todos los intentos de identificación textual habían resultado negativos, y la tesis de la atribución de Marcos se mantenía como probabilidad suma.

Naturalmente la propuesta fue acogida por varios investigadores serios con aprobación, positivamente. Otros expresaron reservas. Pero la hipótesis de O´Callaghan sigue ahí enhiesta. Naturalmente con la mirada puesta en la fecha de composición del Evangelio de Marcos, perspectiva que está en el horizonte inmediato, sin pretensiones de certeza todavía. Con este volumen la BAC quiso dar audiencia y clamor a la hipótesis del profesor del Instituto Bíblico de Roma, institución con la que la BAC se sentía editorialmente vinculada.

6. Los Evangelios de la infancia de Jesús

Magna obra sobre el tema, en cuatro volúmenes. Hablo primero de la edición. Luego hablo del autor. Tuvo la obra dos ediciones. La primera, 1962 en el hoy extinto Instituto Francisco Suárez, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La segunda en la BAC, entre 1986 y 1990. En ambos casos, con cuatro volúmenes, números 488, 397, 508 y 509.

De la importancia y significación de la obra baste el hecho de que el antiguo Cardenal Josef Ratzinger y luego Papa Benedicto XVI, en su reciente libro *La infancia de Jesús*, cita en su selecta y reducida bibliografía la obra de Salvador Muñoz Iglesias. Constituyó y constituye una de las grandes aportaciones en el campo de la investigación mundial sobre el tema. Muñoz Iglesias era escriturista y teólogo¹⁵. Quedaron recogidos en ellos treinta años de estudio.

Con esta monumental obra concluí el tiempo de mi dirección en la BAC, en 1989. Y añado que, a causa de las circunstancias económicas que atravesaba entonces EDICA y, por tanto, la BAC, don Salvador costeó parte del presupuesto total de los cuatro volúmenes.

7. Los evangelios apócrifos

Completa esta edición el presente capítulo de los estudios bíblicos, singularmente de los neotestamentarios. No intervine en las gestiones previas de este volumen. Sé que las llevó a cabo Muniain por encargo de don Máximo. Había habido una indicación autorizada del Dr. Sala Balust, bien conocido de la BAC, sugiriendo la publicación de *Los evangelios apócrifos* y apuntando el nombre de Aurelio de Santos Otero, doctor en Filología eslava y oriental,

Publicó en los Cuadernos BAC dos trabajos, uno sobre La autoridad como servicio; y otro titulado La Revelación. Fue además Consiliario Nacional de la Adoración Nocturna Española.

afincado en la Alemania Federal y persona de plena garantía en todos los sentidos. Dicho y hecho. Se formalizó el contrato en 1954 y en 1956 estaba la obra en las librerías, con el número 148 de la Normal.

En 1988 se hacía la sexta edición y sigue viva la obra en el catálogo actual de la BAC. Se trata de una obra de valor sobresaliente. Por la acuciosa fijación crítica de los textos originales, la versión española fiel al pensamiento original y al genio castellano, los estudios introductorios de cada fuente –evangelios y fragmentos papiráceos–, y los índices completísimos de nombres, fuentes, códices y materias. En suma, un gran resultado técnico de largo alcance cultural. Mereció la obra de Santos Otero una extraordinaria acogida crítica internacional, que llegó a considerarla como la edición más completa de loa evangelios no canónicos.

Con posterioridad a la primera época de la BAC, la dirección ha tenido el acierto de completar la serie de los escritos apócrifos con tres volúmenes, *Los hechos apócrifos de los Apóstoles*, preparados por A. Piñero Sáez y G. del Cerro: el volumen I, número 646, *Hechos de Andrés, Juan y Pedro*; el II, *Hechos de Pablo y Tomás*, número 656; y el III, número 701, con los restantes textos no canónicos.

8. Los documentos bíblicos

Concluyo este denso capítulo con una obra sobresaliente, el volumen I de la serie *Doctrina pontificia*, titulado *Documentos bíblicos*, cuyo autor fue Salvador Muñoz Iglesias, catedrático de Escritura en el Seminario Conciliar y luego Facultad Teológica de San Dámaso, Madrid; y Jefe de la Sección Bíblica del Instituto Francisco Suárez. Una obra, que bien merece la nota de matrícula de honor. Publicada en 1953, con el número 136 de BAC Normal.

La Introducción general es toda una exposición de la temática bíblica expuesta por el Magisterio romano, que se complementa con una amplia bibliografía. Ofrecía además la correspondencia entre la numeración del *Enchiridion biblicum* y la numeración del volumen, un índice alfabético de los documentos reproducidos o citados, otro de nombres de personad y lugares. Y uno final, de materias. El texto, bilingüe.

Tuvieron el volumen y la entera serie el episcopal homenaje, que le rindió el entonces Obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo Garay, quien alabó con razón los méritos de la obra y tuvo la gentileza, nada extraña en él, de alabar la obra editorial de la BAC, por el servicio que estaba prestando tan espléndidamente a la gloria de Dios.

El Código de Derecho Canónico

Los primeros esfuerzos de la BAC se centraron en dos de sus secciones: la primera, la Biblia; y la segunda, Teología y Cánones. Y de estos dos campos, el teológico y el canónico, fue el canónico el que tomó la delantera. Ordeno, pues, la materia anticipando lo canónico. Y ello, no sólo por respeto a las fechas, sino, además, por una segunda razón: la amplitud de la finca teológica en el total catálogo de la BAC exige extensa y particularizada consideración en varios capítulos.

1. La edición bilingüe del Código

La edición bilingüe del Código de Derecho Canónico de 1917, –número 7 de la serie Normal– constituyó, noviembre de 1945, el segundo gran éxito de las primeras horas de la BAC. Aquí tuvieron que moverse los fundadores en dos localidades: Roma y Salamanca. De Roma lograron lo que ningún editor católico había conseguido hasta entonces: el permiso expreso para reproducir el texto latino. Fue el Nuncio, Mons. Gaetano Cicognani, quien facilitó cerca de la Secretaría de Estado el resultado positivo de las gestiones. Primer éxito.

La segunda sede de actuación fue la Pontificia de Salamanca y aquí don Máximo halló de nuevo el apoyo del Obispo, Barbado Viejo; apoyo al que hay que añadir la cordialísima colaboración, que prestó un sacerdote benemérito, astorgano ejemplar, eximio canonista y hombre de extraordinario sentido común. Me refiero a don Lorenzo Miguélez, Rector entonces de la Pontificia, quien con el P. Sabino Alonso Morán, dominico, y don Marcelino Cabreros de Anta, claretiano, pusieron en marcha la versión castellana y las notas pertinentes. Lo hicieron en un tiempo récord. Su trabajo se vio facilitado por la consolidada experiencia, que los autores tenían como profesores de sus respectivas disciplinas en la Pontificia. Presentó la edición el entonces Vicario General Castrense y eminente canonista, don José López Ortiz, O.S.A. Segundo acierto con esta obra.

La respuesta de la demanda fue extraordinaria, aunque naturalmente menor en comparación con la que había obtenido la Biblia Nácar-Colunga. Es obra que se ha mantenido intacta en ventas, con once ediciones, a lo largo de todo el período de vigencia del Código pío-benedictino. Se vendieron más de 200.000 ejemplares. Y recientemente, la dirección de la BAC ha tenido el gran acierto de proceder, en abril de 2009, a una nueva reedición de dicho Código. Interesa subrayar cómo el contacto con Roma fue clave de esta edición. Y también la gran confianza que Roma depositó en la BAC desde primera hora.

En aquel decenio de los 40, y no sólo en él, destacaba notablemente en la Pontificia de Salamanca la Facultad de Derecho Canónico. En una de las primeras reuniones de don Máximo con la Comisión Asesora propuso el Rector, don Lorenzo Míguélez la conveniencia de complementar la edición del Código con una serie de comentarios. La propuesta, apoyada por el Obispo Barbado Viejo, como Gran Canciller, fue inmediatamente aceptada por la BAC. Era el segundo momento. Quedaron encargados como comentaristas tres insignes canonistas, don Lorenzo, Marcelino Cabreros de Anta, claretiano, y el dominico Sabino Alonso Morán. Se agregó posteriormente otro maestro y futuro Rector de la Pontificia salmantina, Tomás García Barberena. En cuatro volúmenes quedaron contenidos los *Comentarios al Código de Derecho Canónico*. Se reproducía el texto de los cánones en latín y en su versión castellana; y el comentario procuró "un estilo conciso, claro y de técnica moderna".

Fueron luego, de hecho, cinco los comentaristas. Se encargó del primer tomo –196– (cánones 1-681) Cabreros de Anta; del segundo, publicado en el mismo año (cánones 682-1321) Arturo Alonso Lobo y Sabino Alonso Morán; del tercero –1964– (cánones 1322-1998) los dos anteriores y don Lorenzó Míguélez; y por último, del cuarto –1965– (cánones 1999-2414) don Tomás García Barberena. Con la publicación del Código y el complemento de los comentarios, subrayaba el Gran Canciller de la Pontificia que "se han hecho servicios inestimables a los españoles". "El asombroso número de ejemplares vendidos" probaba el interés que habían despertado.

2. Ediciones intermedias

Pasaron varios lustros. Comenzó y concluyó el concilio Vaticano II. Y como uno de sus encargos, recibido como herencia de la convocatoria misma del Concilio, que Juan XXIII hizo en enero de 1959, se fijó la reforma y actualización del Código vigente. De nuevo, Salamanca actuó con prontitud alerta, participada plenamente por la BAC. En 1967 aparecía una oportuna iniciativa canónica, el *Suplemento al Código de Derecho Canónico*, redactado por los tres autores de la anterior edición del Código y de los comentarios: Mígueles,

Alonso y Cabreros de Anta. Era un suplemento de la edición bilingüe del Código, impuesto por las disposiciones canónicas, que surgían al tiempo del Vaticano II. Se recogieron en esta tempestiva publicación los diversos documentos normativos promulgados durante el desarrollo del Concilio y los emanados tras la terminación de éste. Se hicieron 6 ediciones, la última en 1978 y cesó su presencia, cuando se anunciaba ya la publicación del nuevo Código.

Esta edición intermedia y provisional muestra la prontitud con que la BAC y los autores procuraban ajustarse a las exigencias de los tiempos. Y recuerdo que al proceder a la última edición, don Lorenzo Mígueles, enfermo, tuvo la valioso ayuda de un discípulo suyo, aventajado canonista también, Celestino Blanco Cordero. En aquella ocasión llevé personalmente más de una vez las pruebas de imprenta a don Lorenzo, recluido ya en su casa de la avenida Reina Victoria. Visitas que me permitieron comprobar la grandeza de alma de quien tanto había hecho en favor de la BAC.

3. El nuevo Código

Pocos años después, promulgado el nuevo Código, la BAC se dispuso inmediatamente a editarlo en texto bilingüe; y nuevamente la Pontificia de Salamanca intervino con encomiable diligencia. Lo hizo con un equipo nuevo de canonistas, a cuyo frente estuvo Lamberto de Echeverría, catedrático de Canónico en la Universidad del Estado y profesor de la misma disciplina en la Pontificia.

Había sido promulgado el posconciliar *Cód*igo de Derecho Canónico con la Cons*t*itución Apostólica *Sacrae disciplinae leges* de Juan Pablo II el 23 de enero de 1983. Conservó la BAC la facultad de reproducir el texto latino y publicó inmediatamente una edición bilingüe sin notas en la BAC Minor. Digo inmediatamente, esto es, tan pronto como se dispuso de la traducción castellana aprobada por la Junta de Asuntos Jurídicos de la Conferencia Episcopal Española, versión realizada con la aportación conjunta de la Pontificia Universidad de Salamanca y la Universidad de Navarra.

En agosto de 1983 publicaba la BAC, número 442 de la Normal, la edición bilingüe del nuevo texto, que sustituía la del Código anterior, de 1945. Era entonces Gran Canciller de la Pontificia de Salamanca el Cardenal Ángel Suquía. Presentó la edición el Nuncio de Su Santidad en España, Monseñor Antonio Innocenti. Los autores fueron todos ellos profesores de Salamanca: Juan Luis Acebal, Federico Aznar, Lamberto de Echeverría, Teodoro J. Jiménez Urresti, Julio Manzanares y Juan Sánchez y Sánchez. Confeccionaron el índice de materias José Luis Albizu, José Luis Legaza y Bartolomé Parera.

En 1989 esta edición del nuevo Código había alcanzado 9 ediciones con un total de más de 60 000 ejemplares. Y no paró aquí la atención canónica de la BAC. Surgieron tres nuevas iniciativas, de las que doy cuenta necesariamente breve.

4. Tres nuevas iniciativas

Al tiempo de la referida edición bilingüe del Código, habló con la BAC Lamberto de Echeverría sobre la conveniencia evidente de que el nuevo Código hiciera acto de presencia y fuera introducido en la correspondiente disciplina de las Facultades civiles de Derecho. La dirección de la BAC aceptó de inmediato no meramente la propuesta, sino el mismo texto, que ya estaba preparado. Era en realidad un manual para universitarios. Lamberto, hombre de amplias relaciones en el ramo, había logrado la respuesta positiva de cinco catedráticos. Se tituló la obra *Nuevo Derecho Canónico. Manual universitario.* Y concurrieron como autores Antonio Mostaza Rodríguez (Complutense), Alfonso Prieto (León), José de Salazar (Autónoma, de Madrid), José Luis Santos (Alcalá de Henares) y Francis Vera Urbano (Málaga). Dos ediciones, ambas en 1983.

En la presentación de este manual, el Director de la obra, Lamberto de Echeverría, declaraba que "cuando el proyecto entraba en su fase final, hubo que pensar en una editorial". Y añadía: "La trayectoria de la BAC, que editó en 1945 la primera traducción completa anotada del Código entonces vigente, que apareció en el mundo; y la difundió en dos centenares de miles de ejemplares; que ofreció después un comentario del mismo en cuatro volúmenes; que hizo coincidir la entrada en vigor de los Acuerdos españoles con la Santa Sede con la publicación del mejor comentario, que hasta ahora se haya hecho de los mismos, hizo que se volvieran nuestros ojos a ella. Aceptó su Director el reto de hacer esta edición en pleno verano. Y a mediados de agosto cerramos esta Presentación con nuestra gratitud a él y a cuantos han ayudado en tan difícil empeño".

Tres años antes –en febrero de 1980– la BAC había publicado un volumen titulado *Los Acuerdos entre la Iglesia y España*, que establecían el sistema nuevo de relaciones entre ambas potestades, tras el cambio operado por la transición política del anterior Régimen a la llamada Democracia. Partió la iniciativa de dos Facultades de Derecho Canónico, la Pontificia de Salamanca y Comillas, de Madrid. Directores de la obra, por Salamanca, Lamberto de Echeverría; y por Comillas, Carlos Corral. Se reproducían el texto de los 5 Acuerdos, acompañados de los correspondientes comentarios, con un propósito de alta divulgación.

Respondía esta obra a la nueva situación de aconfesionalidad positiva fijada por la Constitución de 1978. Quedaba abandonado el Concordato de 1953. Se carecía de un precedente modelo inmediato y había que definir dos objetivos: delimitar los espacios de mutua independencia y definir centros de leal colaboración. Presentó la edición el Nuncio, Mons. Luigi Dadaglio. Y no resultó corto el número de los colaboradores, 20. Los directores ofrecieron la publicación a la BAC, la cual "gracias a la eficacia, excelente voluntad y excepcionales medios técnicos", de que disponía, logró sacar la obra en tiempo récord.

Y queda la tercera obra del área canónica, el *Nuevo derecho parroquial*, aparecido en 1988, cuyos autores fueron tres consagrados canonistas: dos catedráticos de la madrileña Complutense, Antonio Mostaza y José Luis Santos; y un acreditado profesor de la Pontificia salmantina y de la Gregoriana, de Roma, Juan Manzanares. La motivación era evidente. Quedaba desfasada la obra del famosos profesor comillés, el P. Eduardo Fernández Regatillo; y era menester recoger en una nueva obra "toda la normativa canónica y civil concerniente al ejercicio del ministerio parroquial", a la luz de la eclesiología del concilio Vaticano II.

Se hicieron 6 ediciones, la última en el año 2010. Fue una de las obras publicadas durante las postrimerías del fecundo período fundacional seglar de la BAC. En la presentación que hizo don Antonio Rouco, a la razón, Arzobispo de Santiago de Compostela, se subrayaba la necesidad de que la parroquia, "como célula de la diócesis" pasara de ser simplemente parroquia para los fieles a parroquia de los fieles. Y en sus líneas de presentación, agradecía a la BAC "su voluntad de servicio a la Iglesia y su bien probada sensibilidad para detectar las necesidades más urgentes de la Iglesia".

Hasta aquí la presencia del derecho canónico en la acción editorial de la BAC. Huelga subrayar el trabajo técnico de las instituciones y de los autores, que sostuvieron este esfuerzo bibliográfico. Tres centros, la Universidad Pontificia de Salamanca, el histórico convento dominicano de san Esteban, y la Pontificia Universidad de Comillas, todavía en la villa montañesa de los Arzobispos. Y los señalo, porque además sostuvieron el magno edificio, que la BAC, con su ayuda y la de otros muchos, levantó por aquellos años en el fraterno campo de los estudios de teología. Es el tema del siguiente capítulo.

Las cumbres cimeras de la teología medieval

Adelanto que la presencia de la teología en la BAC resulta, en cierto modo, abrumadora, y exige una clara ordenación de la variada materia de tan capital ramo. Al querer clasificar la masa de obras teológicas, amplísima en número y excelente en calidad, que el catálogo de la BAC reunió durante las décadas historiadas en estos Apuntes, he querido colocar al frente de la formación, con dos de sus obras, al gran Maestro, al Doctor Ángélico, santo Tomás de Aquino, incluso por razón de su presencia en el catálogo, 1951. Pero debo situar primero la obra de quien, dos siglos antes, fue preludio de la gran Escolástica del Aquinate. Me refiero a san Anselmo, el gran Arzobispo de Canterbury, el estrenuo defensor de la dignidad de la primacía de la Santa Sede frente a los primeros intentos absolutistas de los reyes ingleses de la época. Y he considerado necesario concluir este capital capítulo con la gran aportación teológica de dos maestros de la venerable Orden de San Francisco. Cuatro grandes cimas de la Escolástica medieval.

1. San Anselmo, en la BAC

Fue una novedad inesperada. Por primera vez se presentaba en la bibliografía católica española moderna la obra del benedictino italiano, nacido en Aosta, y afincado en la vieja Inglaterra: Las *Obras completas de san Anselmo*, en dos volúmenes, 82 y 100 de la serie Normal, publicado el I en 1952 y al año siguiente el II.

El P. Julián Alameda fue el autor de la totalidad de la edición: traducción, introducciones y anotaciones. Con el texto latino fijado por el P. Schmidt, benedictino austriaco. En la extensa introducción general el P. Alameda reproduce, traducida al castellano, la *Vida* de san Anselmo escrita por su discípulo y testigo personal de tal vida, Eadmero. La obra anselmiana se alza como precedente de la magna creación teológica y filosófica de santo Tomás de Aquino.

Desconozco el origen de esta iniciativa, pero me parece que probablemente su procedencia debió de ser silense, dadas las frecuentes relaciones anteriores de los dirigentes de *El Debate* y de la misma Junta Central de la Acción Católica con los monjes de la venerable Abadía de Santo Domingo de Silos y particularmente con su gran Abad, dom Luciano Serrano.

2. La Suma de Teología, de santo Tomás

Largo y denso tiene que ser este epígrafe. También ahora fue la Orden de Predicadores la que, continuando su espléndida, generosa y cordial colaboración, preparó la edición de la *Suma de Teología*.

Nuevamente disponemos de un significativo precedente histórico, que no es conocido, aunque de él he hecho mención en otro lugar¹6. La idea de publicar por entero la *Suma* surgió en 1935 en el seno de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. En 1942 y 1943, decidió la Asociación en las Asambleas Generales de estos dos años proceder a la edición, distribución y venta de la *Suma*. Se había obtenido el permiso del Maestro General de la Orden y se contaba ya con los equipos de traductores y comentadores. El gran convento salmantino de san Esteban actuaba como responsable. Pero se produjo un cambio, ya que al mismo tiempo Máximo Cuervo y José María Sánchez de Muniain habían incluido la edición de la *Suma* dentro de su inicial programa BAC. Se habló de la cuestión en la Asociación y en EDICA y todo se arregló. Se formalizó el traspaso del trabajo de la Asociación a la BAC. Sujeto decisivo en la solución concordada fue el entonces segundo Presidente, de venerada memoria, de la Asociación, Fernando Martín Sánchez.

Formalizado el traspaso, la BAC llevó a cabo dos operaciones. La primera, la edición de solo el texto latino en cinco volúmenes. La Curia generalicia de la Orden reiteró el necesario permiso para reproducir el texto original de la edición leoniana. Los cinco volúmenes fueron apareciendo dentro del año 1951. Pero era la segunda operación la que cobró mayor relieve. Una edición bilingüe con texto y comentarios y un magno índice final. Toda la preparación corrió a cargo de los dominicos de San Esteban y otros centros teológicos de la Orden en España.

En la página de presentación de esta notabilísima edición se leen tres menciones, que deben recordarse. La edición se hacía "bajo los auspicios de la Pontificia de Salamanca", punto en que intervino el Gran Canciller de la misma, el Obispo Barbado Viejo, con la unanimidad de la Comisión Asesora. En segundo lugar, se hacía constar que "la iniciativa era de la Asociación Católica

Véase Estudios sobre Ángel Herrera Oria, p. 230-232, Madrid 2009.

Nacional de Propagandistas". Y finalmente, que la edición corría a cargo de la Biblioteca de Autores Cristianos. Tras estas menciones, se indicaba, en la página noble, que todo se hacía bajo la dirección de una Comisión presidida por Barbado Viejo y que era todo un gran equipo de Padres dominicos los que se responsabilizan como traductores y comentaristas.

En total, 17 volúmenes. Pero este número requiere una explicación. Se había redactado y firmado el contrato. Todo parecía discurrir con facilidad, mas he aquí que surgió una dificultad tan inesperada como grave. Algunos Padres dominicos, como autores, consideraban que el proyecto debía constar de unos cuarenta volúmenes. El Director de la BAC se negó, con toda razón, a esta inmane estatura de la obra. Le parecía desproporcionada. Tuvo que forcejear, primero, con varios ilustres maestros de San Esteban; luego con algunos provinciales; e incluso tuvo que oponerse al propio Maestro General de la Orden, entonces el P. Suárez, quien apoyaba en principio la desmesurada pretensión de los cuarenta tomos.

Así las cosas, tuvo don Máximo la fortuna de encontrarse con una persona, con cuya ayuda se resolvió la cuestión: el P. Aniceto Fernández, Provincial, antiguo profesor en el Angelicum romano y anteriormente Socio del Maestro General de la Orden. Conocido el tema, oídas las posiciones discordantes, y expuesta por la BAC la envergadura económica real del intento, comprendió el P. Aniceto, prodigio de serenidad y buen sentido, la razón que asistía al Director de la BAC; logró convencer a tirios y troyanos; y la serie se redujo a los 17 volúmenes de que consta. Conozco el proceso de esta resuelta dificultad por las referencias directas de Sánchez de Muniain. Más adelante volveremos a encontrarnos con el P. Aniceto.

La serie comenzó con una impresionante obertura, digna de su autor y del sujeto anunciado. Me refiero a la Introducción magistral, que redactó el P. Santiago Ramírez, el cual había enviado a San Esteban con anterioridad, septiembre de 1944, desde Friburgo, de Suiza, donde enseñaba, un plan general de la edición. La Comisión le encargó que redactara la Introducción de la obra, encargo que realizó con su genial dominio del tema. Consta la Introducción de 227 páginas.

El volumen 1º de la *Suma teológica* bilingüe apareció en 1947. Hasta 1987 se hicieron tres ediciones. La BAC ha tenido el acierto de comenzar una nueva edición, anastática, en 2010. Se publicará de nuevo entera la serie de los 17 tomos. Existe una demanda constante, movida sin duda por el valor de los densos comentarios, que enriquecen los diferentes tratados de la gigantesca obra de santo Tomás.

No puedo dejar de mencionar el largo catálogo de los traductores y de los comentadores. Todos ellos dominicos. Traductores: Raimundo Suárez, Jesús Valbuena, Juan José Ungidos, Jesús García Álvarez, Francisco J. Ayala, Manuel García Miralles y Jesús Plá. Comentaristas: Francisco Muñiz, Aureliano Martínez, Alberto Colunga, Manuel Cuervo, Manuel Úbeda, Cándido Aniz, Fernando Soria, Armando González, Teófilo Urdánoz, Pedro Lumbreras, Carlos Soria, Francisco Pérez Muñoz, Marceliano Llamera, Antonio Royo Marín, Arturo Alonso Lobo, Emilio Sauras, Armando Bandera, Sabino Alonso Morán. Nombres todos autorizados y muchos de ellos autores de la BAC.

No paró entonces la atención de la BAC al Aquinate. Las ediciones "to-místicas" se vendían con notoria rapidez en la década de los cincuenta. Se celebró el concilio Vaticano II. Se inició el abandono del latín como lengua común de la Iglesia latina. Comenzaron los síntomas del despego de la gran escuela tomista, y durante varios años la presencia de Tomás de Aquino parecía que se desdibujaba en los centros teológicos. Tal despego no afectó, ni de lejos, a la dirección de la BAC. Pero la demanda bajó sensiblemente. Y actuamos.

En uno de los frecuentes viajes de la BAC a Roma, fuimos don Máximo Cuervo y yo a Santa Sabina, iglesia maravillosa, cabe la cual está la Curia generalicia de la Orden dominicana. Nos recibió el entonces Maestro General, el P. Aniceto Fernández, nuestro antiguo conocido, uno de los grandes hombres, que como robles he conocido en mi vida, leonés de un pueblo apartado –Pardesivil–, en el norte de la provincia, y sujeto de excepcionales prendas de gobierno, de enorme sentido común, de extraordinaria cordialidad, de prendas naturales y de genuinas virtudes cristianas en grado extraordinario.

Nos reunimos con él en su despacho y en la sala contigua, donde se debaten los asuntos generales y se toman las grandes decisiones de la Orden. Pudimos ver las bolas, blancas unas y otras negras, con que se expresan los votos positivos o negativos de los consultores. Hablamos de varias cosas. Y entre ellas, planteó don Máximo la conveniencia de recuperar e intensificar la atención a las obras de santo Tomás. El P. Aniceto nos animó. Más aún, nos empujó. Me acuerdo de una gran frase suya: "Hay que conservar las cosas y los valores que deben conservarse". Nos añadió que la cuestión había que plantearla con los provinciales de España y con los regentes de estudios de las distintas provincias. Esto era a finales de los sesenta¹⁷.

Vueltos a Madrid, me encargó don Máximo que viera qué podía hacerse respecto de la *Suma*. Lo primero que hice fue consultar con la Comisión

El P. Aniceto Fernández fue Provincial de la Provincia de España desde 1950 a 1962 y fue elegido Maestro General de la Orden de Predicadores en 1962, cargo que desempeñó hasta 1974. En total 24 años. Véase JAIME R. LEBRATO, Padre Aniceto Fernández. Recuerdos y testimonios, Roma 1981.

Asesora de la BAC en la Pontificia de Salamanca. Al exponer el deseo de recuperar a santo Tomás y su obra, el decano de una de las facultades me dijo que era preferible que la BAC se dedicara más bien a obras de frontera, de vanguardia, dada la situación posconciliar. A esta avanzada sugerencia respondió el que entonces era Vicerrector de la Pontificia, Antonio Rouco, quien, dirigiéndose nominativamente al referido decano, comentó que la BAC sabía lo que hacía, y añadió que era la BAC la editorial católica en España que se ajustaba al pensamiento católico sin partidismo alguno. El Rector, Fernando Sebastián, dio la razón a Rouco. Y yo no insistí en mi alegato tomístico, porque lo que buscábamos en aquellas reuniones de Salamanca eran pareceres enriquecedores, no decisiones periféricas.

Por indicación de Muniain, me puse al habla con el Provincial de la Provincia de España, el P. Cándido Aniz, que tenía su despacho en la comunidad de Claudio Coello, Madrid. Tuvimos una reunión, en la que se decidió estudiar el asunto y poco después se encargó al Regente de estudios, de Salamanca, que expusiera lo que podía hacerse. Se dijo que sí, que se preparara una nueva edición actualizada de la Suma de teología. Pero pasó el tiempo, largo tiempo, y nada se advertía. Al cabo de dos años logramos una nueva reunión. Esta vez con todos los provinciales de España. Se decidió hacerlo inmediatamente. Hubo una reunión posterior con todos los regentes de estudios. Se definieron varios puntos para dar homogeneidad a la versión y a los comentarios. La edición se haría sólo en castellano y pasaría a la BAC Maior en 5 volúmenes. Quedó excluido el Supplementum por decisión unánime de los regentes de estudios, decisión que la BAC respetó. Se cerraba el volumen V con una cuidada serie de índices -281 páginas-, que facilitan por distintas vías -referencias, léxico, materias, bíblico, y de autores- el acceso expedito a los lugares de eventual consulta.

La edición, dirigida por los Regentes de estudios de las Provincias dominicanas de España, fue presentada por el P. Damián Byrnen, Maestro General de la Orden. El primer volumen apareció en marzo de 1988. Los cuatro restantes entre 1989 y 1999, cuando yo había dejado por jubilación la dirección de la BAC, y ésta, con motivo de la lamentable decadencia de EDICA, había pasado a manos de la Conferencia Episcopal Española.

Una vez más debo consignar los autores de esta edición en la BAC Maior. Si larga fue la lista en la anterior edición de los años 50, no le cedió en número y calidad el catálogo completo de la de los años 80. Si cansa al lector, puede saltarse estas líneas, pero considero deber de justicia consignarlos. José Martorell, Gregorio Celada, Alberto Escallada, Sebastián Fuster, José M. Artola, Armando Bandera, Eliseo Rodríguez, Fernando Soria, Ángel Martínez, Donato González, Luis López de las Heras, Jesús M. Rodríguez, Rafael Larrañeta,

Victorino Rodríguez, Antonio Sanchos, Esteban Pérez, Antonio Osuna, Niceto Blázquez, Ramón Hernández, Emilio García, Ovidio Calle, Lorenzo Jiménez, Luis Lago, Martín Gelabert, Herminio Paz, Pedro Arenillas, Jesús Espeja, José Luis Espinel, Hipólito Fernández, Donato González, Justino López, Aristónico Monte, Gerardo Sánchez, Manuel Morán, Jesús Hernando y Luciano Gómez.

3. Dos propuesta tomísticas

Quedan dos apartados más en esta mantenida atención al Doctor Angélico. La dirección de la BAC pidió a la Facultad dominicana de Torrente, Valencia, la preparación de la otra gran Suma de santo Tomás. La respuesta fue afirmativa e inmediata y se publicó la *Summa contra gentes*, en dos volúmenes, con el texto latino, la versión castellana y comentarios. Autores de la obra los dominicos L. Robles Caicedo y A. Robles Sierra. Se ha publicado recientemente –año 2007– una reimpresión.

El segundo apartado se refiere a la última gestión que en los años ochenta hicimos cerca de las autoridades de la Orden en España. De nuevo hablé con los provinciales reunidos en la casa de Claudio Coello. Como siempre, el P. Cándido Aniz, cordial amigo y promotor de la BAC, nos facilitó la reunión y la tarea. El planteamiento se concretaba en la pregunta que hacíamos a la Orden, sobre si la presencia de santo Tomás en la circulación del pensamiento actual debía limitarse a la Suma de teología, o si convenía proceder a la edición de otras obras del santo Doctor, ya que nosotros pensábamos que debía ampliarse el catálogo tomístico de la BAC. Los provinciales respondieron afirmativamente y me recomendaron que hablara con los dominicos del estudio teológico o filosófico de Valladolid. Allá fui. La recepción y el trato, cordialísimos. Pero pude ver con sorpresa que el interés investigador de aquellos jóvenes estudiosos derivaba más hacia autores modernos de moda. Los senderos permanentes de Tomás no parecían atraerlos demasiado. Pero volví a insistir y entregué a los provinciales listas de obras, cuya publicación podría acometerse. Entre ellas las grandes Quaestiones disputatae y algunas quodlibetales. Algo también dijimos sobre los comentarios de santo Tomás a los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Pero nada se materializó entonces. Aunque últimamente he visto con satisfacción que tanto la Orden como la BAC han decidido publicar en la Serie Maior algunas de las obras, que hace cuarenta años nosotros proponíamos.

4. San Buenaventura

Fueron las obras del Doctor Seráfico otra de las grandes y acertada iniciativas iniciales de la producción de la BAC. Iniciada en los años 40 quedó concluida en la década de los 50. Seis nutridos volúmenes, 6, 9, 19, 28, 36 y 49 de la serie Normal, Con tres ediciones hasta 1989.

Coetáneo San Buenaventura de Santo Tomás de Aquino, ambos figuras centrales del siglo XIII, la publicación de las obras completas del primero constituyó una aportación valiosa al renacimiento de la cultura católica en el mundo de habla española. El texto latino reproducido fue el de la edición de Quaracchi. Los 10 volúmenes de ésta quedaron reducidos a 6, aun con la adición de la versión castellana.

La edición estuvo dirigida y realizada, con anotaciones e introducciones, por los Padres franciscanos León Amorós, Bernardo Aperibarry, Miguel Oromí y Miguel Oltra, El primer volumen iba precedido de un Prólogo redactado por Fray León Villuendas Polo, Obispo de Teruel. Seguía a continuación una extensa bibliografía, 32 páginas, puesta al día en 1967, fecha de la tercera edición del primer tomo. Tras este elenco, la Introducción general de la edición consignaba la biografía de San Buenaventura, la relación detallada de todos sus escritos, las anteriores versiones españolas de éstos, la autoridad doctrinal del Santo, y la exposición detenida de su pensamiento. Tras todo lo cual los autores exponían los criterios seguido en su trabajo. En total, 140 páginas de Introducción general. Cada obra iba precedida a su vez de una cuidadosa introducción particular. Mención especial merecen los índices. Uno de ellos, el primero, el "Lexicón bonaventuriano" se repitió en todo los volúmenes. En cambio los índices de nombres y de materias se ajustaron al contenido del respectivo tomo.

Causa asombro, a la vista de esta edición y en concreto de su contenido, el que San Buenaventura, hombre de gobierno, Ministro General de la Orden y en cierto modo segundo fundador de la misma, viajero incansable, consejero de Gregorio X, y presidente del segundo concilio Ecuménico de Lyon, pudiera tener tiempo y sosiego para dejarnos el monumento, inmune a la erosión del tiempo, de su inmensa obra escriturística, teológica y espiritual.

En 1984, con el número 68 de la BAC Minor, pudimos publicar la *Introducción a San Buenaventura*, obre del P. Jacques Guy Bougerol, profesor en Roma del Pontificio Ateneo Antonianum y especialista reconocido en la moderna investigación bonaventuriana. Logramos con esta obra complementar la edición de las obra completas del Doctor Seráfico, propósito que veníamos abrigando desde los años sesenta.

Tenía el estudio del P. Bougerol la ventaja de ofrecer con brevedad, a quienes se acercaran al estudio de san Buenaventura, los tópicos fundamentales introductorios, a saber, la cronología del santo, las fuentes para su estudio, la técnica estilística, el vocabulario del Santo, y finalmente el conjunto de su obra distribuido en cinco secciones, coronadas con una ejemplar conclusión sobre "la teología del pobre".

5. Juan Duns Scoto

En la estela del éxito de las obras del Doctor Seráfico, la BAC aceptó la propuesta de acometer la edición de las obrad del Doctor Subtilis, Juan Duns Scoto. Se publicaron dos volúmenes en la BAC Normal.

El primero, con el tratado entero del *Dios trino y uno*, número 193, apareció en 1960. Con el texto bilingüe, contenía este tomo el texto crítico completo, sin el aparato de notas técnicas, de los dos primeros volúmenes de la edición crítica fijada por la Comisión de la Orden, dirigida por el P. Carlos Balic. La introducción general estuvo a cargo del P. Miguel Oromí. La versión castellana fue realzada por los Padres Bernardo Aperribay, Bernardo de Madariaga, Isidro de Guerra y Félix Alluntis. Ni que decir tiene el cuidadoso, fiel y no fácil trabajo que la traducción supuso, pues si sutil es el pensamiento del gran Scoto, no lo es menos su expresión latina. Volcarla en lengua neolatina ofrecía y ofrece serias dificultades, que los traductores supieron vencer con garbo mediterráneo.

La segunda obra escotista publicada por la BAC en 1968, número 277, fueron las 21 *Cuestiones cuodlibetales*. Dos años antes se había celebrado el nacimiento de Scoto y Pablo VI había publicado la Carta Apostólica *Alma parens*. La introducción, los resúmenes y la versión castellana de la Cuestiones fueron elaboradas por el P. Félix Alluntis, el cual contó una vez más con la fraterna colaboración de los redactores de la revista *Verdad y Vida*, nuestros ya conocidos Celestino Solaguren, Bernardo Aperribay y Antonio Eguiluz. Se reprodujo el texto latino crítico del volumen I, de la edición Balic, publicado en 1950. Y los preparadores de la edición introdujeron algunas pequeñas reformas, en el aparato de notas, para facilitar al lector moderno la lectura –adiciones o interpolaciones, lugares paralelos, remisiones a otras obras del autor y a obras de otros autores–.

Sólo resta, para inteligencia del lector, que el llamado "cuodlibeto" era un ejercicio escolar magistral de disputa, que se celebraba en las universidades dos veces al año y podía versar, a diferencia de las disputas ordinarias –*quaestiones disputatae*–, sobre cualquier problema planteado por cualquier oyente.

Las grandes series teológicas

Se abre con este capítulo, –temáticamente homogéneo con el anterior por el contenido teológico de las series, que paso a exponer; y estrictamente unitario por razón de sus respectivos autores– se abre, repito, la labor que la BAC llevó a cabo en este campo a lo largo del período abarcado por los presente Apuntes. Labor desarrollada con cuatro series, de las cuales las dos primeras pertenecen a la época preconciliar –años 50–; y las dos últimas a la posconciliar –años 60 y 70–. Con el dato añadido de que la iniciativa en las primeras partió de un grupo de autorizados teólogos de la Compañía de Jesús en España; y la postrera, de la propia dirección de la BAC.

1. La Sacrae theologiae Summa

Ya en las primeras conversaciones con los profesores de Oña, años 45 y siguientes, habían expuesto algunos profesores a la dirección de la BAC la suma conveniencia de disponer de un texto pedagógico completo, que sirviera de manual actualizado de la teología católica, tanto de la fundamental como de la dogmática. Y también de otro manual, con el mismo destino, de teología moral. Al amparo de estas dos propuestas saltó otra, tercera, referida con el mismo sentido a los tratados de la filosofía escolástica. Me limito en esta capítulo a las dos primeras. De la filosofíca hablaré en el capítulo propio, que a ese campo dedico posteriormente.

Quedaron comprometidos contractualmente para realizar la tarea las Facultades de teología y filosofía de la Compañía de Jesús en Oña, Granada, Sarriá, Comillas, y Chamartín. Garantía plena en cuanto al contenido, puntualidad en la entrega de los originales, y ajuste exacto a los destinatarios: profesores y alumnos de los centros de formación del clero diocesano y del religioso. Tres grandes teólogos, el P. José F. Sagüés, de Oña, el P. Joaquín Salaverry, de Comillas, y el P. José Antonio de Aldama, de Granada, fijaron el cuadro de autores, la distribución de las materias, y la fecha de entrega de los originales. Ninguno de los colaboradores faltó a la cita.

Salió a luz el primer volumen en 1949 y tres años más tarde estaban en la calle los cuatro tomos que formaban la obra. El éxito fue inmediato. Se realizaron cinco ediciones. Texto en latín, cubriendo el área total de la teología, la fundamental y la dogmática. Se ajustaron los autores a lo preceptuado por la Constitución Apostólica *Deus scientiarum Dominus*, de Pío XI. En cuanto al orden y engarce en la exposición de los tratados, siguieron el fijado por santo Tomás en la *Suma de teología*. Por lo que toca al método, combinaron el positivo con el escolástico, conforme a los principios y doctrina del Aquinate, al que los autores reconocían y seguía como *Dux et Magíster*.

Cierro estas líneas con la mención de los beneméritos y recordados autores de la *Sacrae theologiae summa*: Miguel Nicolau, Joaquín Salaverry, José María Dalmau, José F. Sagüés, José A. de Aldama, Severino González, Jesús Solano, Ricardo Franco y Francisco de P. Solá.

Pasados los años, comentando con José María Sánchez de Muniain el éxito de la *Suma* y la difusión de la misma alcanzada en Hispanoamérica y Europa, me contó el incidente que se había producido con los originales del cuarto y último volumen. Se retrasó algún autor en la entrega y se paralizó el trabajo de imprenta. Don Máximo urgió la entrega. El P. José Antonio de Aldama, responsable de los plazos de entrega, expuso que no se había causado ningún retraso en los tres volúmenes anteriores y que estaba justificada la tardanza producidas. Insistió don Máximo y el P. Aldama, que además de excelente religioso era un perfecto caballero, decidió callar y suspendió su presencia en la BAC, presencia que reanudó cordialmente a mitad de los sesenta, gracias a la intervención de Muniain, en la que alguna parte tuve como amigo y admirador agradecido del P. Aldama, que siempre me honró no sólo con su amistad, sino con un cariño que nunca agradeceré bastante. El incidente quedó olvidado por todos.

2. La Theologiae moralis Summa

Se preparó y se publicó esta obra al mismo tiempo que la anterior y con la misma finalidad docente e idénticos destinatarios. Con una diferencia en la autoría: un solo autor, el P. Marcelino Zalba, profesor en Oña, y posteriormente en la Gregoriana. Se publicó la primera edición –año 1958– en dos extensos y densos volúmenes, en los que el autor supo concentrar con prodigiosa concisión todo el material propio de la disciplina. Texto naturalmente en latín y contenido actualizado, conforme a la época. También en este sector de la enseñanza de la moral el autor procedió de acuerdo con la *Deus scientiarum Dominus*. Esta obra, cuyo contenido no carece de actualidad en los grandes principios y criterios permanentes de la moral natural y cristiana, corrió la

suerte de la *Sacrae theologiae summa*, con la desaparición del latín, tras el concilio Vaticano II, en la enseñanza de la teología moral.

Cabe incluir aquí el llamado incidente Arregui-Zalba. Pertenece el hecho, en efecto, a la atención que la BAC prestaba al campo moral. Para información del lector recuerdo que "el Arregui" era el Summarium theologiae moralis, que, redactado por el P. Antonio M. Arregui, jesuita, se había publicado en 1918 y se había convertido, por su condensada exposición de la moral, en una especie de vademécum para los sacerdotes en el ejercicio de las confesiones y en el ministerio de la dirección espiritual. Desde 1918 hasta el comienzo de los sesenta se hicieron 24 ediciones con más de 200 000 ejemplares vendidos. "Era el tratado más claro, mejor ordenado, y más preciso de todos los publicados en la primera mitad del siglo XX"18. En las últimas ediciones se encargó de la actualización del "Arregui" el P. Zalba. De ahí la denominación dual del Arregui-Zalba. Y llegó el Vaticano II. Y la necesidad de conservar y cambiar afectó también al compendio. A mediados de la década de los sesenta, crucial en tantos campos, nos preguntó el P. Zalba si la BAC podría continuar con el Compendio, que no había sido editado por nosotros, traducido al castellano y actualizado en lo canónico y en lo civil. Me encargó don Máximo que sondease los terrenos de la probable demanda, a saber, el sector de los sacerdotes confesores y directores de espíritu y el parecer de la Comisión de Salamanca.

La respuesta de los primeros fue que se hiciera y pronto. En cambio, en Salamanca algunos asesores me dijeron que reeditar el Arregui-Zalba era un error en aquella hora. Quedamos un tanto perplejos. Y fue Muniain el que apuntó la vía de solución, al advertir a don Máximo que teníamos publicada una moral para seglares, que podría ser la respuesta a la duda que teníamos. Lo explico, previa una aclaración.

Al tiempo de las series teológicas en latín para la formación del clero, la Dirección de la BAC apuntó la idea de hacer algo parecido, pero para los laicos. Una teología dogmática y una teología moral también para seglares. Para la dogmática se habló con los Padres de la Compañía. Y para la moral tuvimos la providencial oferta, que a mediados de los 50 nos hizo uno de los grandes autores de la BAC, el dominico P. Antonio Royo Marín, del que más adelante he de hablar.

En efecto, la *Teología moral para seglares*, en dos volúmenes, del P. Royo Marín, aunque concebida y dirigida en primera intención a los seglares, fue orientada intencionalmente por el autor hacia los sacerdotes en el desempeño de sus ministerios con el laicado. Publicada la primera edición en 1957 y 1958,

¹⁸ CHARLES E. O'NEILL y JOAQUÍN DOMINGUEZ MARTÍN, Diccionario histórico de la Compañía de Jesús, s. v. Arregui, Roma-Madrid 2001.

logró la obra hasta 1989 6 ediciones –actualmente está en la 9ª–, con más de 70.000 ejemplares vendidos. Tuvo el P. Royo el acierto de ir actualizando cada edición, con la incorporación de las orientaciones del Vaticano II y de la documentación pontificia posterior. Con estos dos volúmenes, quedó resuelta la propuesta de reeditar el Arregui-Zalba, solución que se vio reforzada por la justificada atención que el P. Zalba y la propia BAC tuvieron que prestar a la promoción y defensa, desde 1968, de la encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI.

Con respecto a la idea de una teología dogmática para seglares, se pensó en una acción paralela por parte del profesorado de la Compañía. Una exposición en castellano del entero panorama teológico. No recuerdo los términos concretos del acuerdo, a que se llegó. Sí quedó un volumen del proyecto, el de la *Teología fundamental para seglares*, elaborado por los PP. Francisco de Borja Vizmanos, de Oña, e Ignacio Riudor, de san Cugat del Vallés. Salió el volumen en 1963, en pleno desarrollo del concilio Vaticano II. Como método y finalidad se fijó el objetivo de "proponer orgánicamente ordenadas y didácticamente iluminadas, las diversas cuestiones de los tratados teológicos, que se crean más oportunas para el acervo cultural del cristiano moderno: darle todo metódicamente elaborado... a un nivel propio de la persona culturalmente formada". El proyecto quedó reducido a la teología fundamental. Hubo que esperar algunos años para llevar a cabo la exposición de la teología dogmática, con la gran serie *Historia salutis*, de que hablaré luego.

3. La serie Semina Verbi

Toda la producción BAC hasta aquí explicada fue realizada en los años preconciliares, y doy a este adjetivo un valor meramente cronológico, exento de todo matiz crítico. Tras el Vaticano II, la BAC siguió su marcha, atenta a los cambios y a las permanencias. Llevó a cabo, en el campo teológico estricto dos nuevas series, la llamada *Semina Verbi* y la denominada *Historia salutis*. Las expongo a continuación. Y primeramente, la *Semina Verbi*.

Fue ésta una iniciativa surgida en Roma, concluido el Vaticano II, como realización oportuna y comentario autorizado de la Declaración conciliar *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia católica con las religiones no cristianas. Autor de la iniciativa y director de la serie fue el P. Jesús López Gay, entonces decano de la Facultad de Misionología, de la Universidad Gregoriana de Roma, y anteriormente misionero en Japón.

Surgió la decisión, una vez más, en uno de mis frecuentes viajes de trabajo a Roma, a finales de los sesenta, cuando visité al Cardenal Sergio Pignedoli, Presidente del Secretariado para las relaciones con los creyentes no cristianos. La idea promotora de la serie se ajustaba a la advertencia del Señor en un texto evangélico no siempre bien entendido, o al menos, no bien practicado, el de Mc 9,39. Y respondía a la realidad subrayada por el Concilio sobre las semillas del Verbo, que la Providencia esparce generosamente sobre todos los pueblos, como preparación para la predicación y aceptación del Evangelio. La elección de los credos religiosos, que debían ser objeto de estudio, resultó fácil. Buscar y encontrar los autores adecuados no resultó tan hacedero. Era menester encargar cada volumen a un especialista destacado y a ser posible, español. Al Director, López Gay, de la serie, buen conocedor del panorama y de los autores adecuados, tocó encontrarlos y los fue encontrando. Y la serie se puso en marcha y se concluyó.

Ocho volúmenes la integraron. Elaborados todos por autores cualificados y publicados con una perfecta y continuada cadencia. El volumen primero, *La expresión de lo divino en las religiones no cristianas*, hecho por el profesor valenciano Vicente Hernández Catalá, número 334, presentaba una visión panorámica de conjunto. Los credos religiosos analizados en sendos estudios y tomos particulares, fueron: *El budismo*, número 355, por el propio Director de la serie, el P. López Gay; *las religiones del Oriente lejano*, número 388, por el P. Carmelo Elorduy; *el hinduismo*, por Daniel Acharuparambil; *el islamismo*, número 374, por el superespecialista, el jesuita P. Félix M. Pareja, 1975; *las religiones africanas*, número 407, por Vicente Mulago; y *las americanas precolombinas*, número 463, por el catedrático Manuel Ballesteros. Cerró esta luminosa serie posconciliar, como corona, el estudio de la *religión judía*, número 611, que elaboró Antonio Rodríguez Carmona.

De la respuesta del público selecto, normal destinatario de esta serie, baste decir que todos los volúmenes se han ido agotando.

4. La Historia salutis

Fue ésta –la *Historia salutis*– una de las *magna opera* de la BAC en la época del posconcilio. Tenía un precedente muy valioso, la ya consignada edición en cuatro volúmenes de la *Sacrae theologiae summa*. Tras el concilio Vaticano II, tres grandes teólogos de la Compañía de Jesús, los Padres Jesús Solano, José Antonio de Aldama y Cándido Pozo, presentaron a la BAC el proyecto detallado de una amplia serie teológica, titulada *Historia salutis*, que fue inmediatamente aceptada por don Máximo. Proyecto audaz y valioso para construir una plena teología dogmática, que respondiera a las nuevas exigencias conciliares, que en el campo de la enseñanza contribuyera a una sólida, completa y sana formación teológica. Había que percatarse de los nuevos avances y también importaba tener en cuenta la confusión, que mostraban algunos sectores eclesiales proclives a ciertas desorientaciones.

La serie se dividió en cinco grandes secciones o capítulos: la fase prescristiana, Cristo y su obra, los tiempos de la Iglesia y el final de la historia de la salvación, el último novísimo. Y como cierre, en 1983, un volumen de síntesis, del que más adelante hablaré, impresionante trabajo preparado por el P. Justo Collantes, con toda la documentación conciliar y pontificia promulgada a lo largo de la bimilenaria historia de la Iglesia: *La fe de la Iglesia católica. Las ideas y los hombres en los documentos doctrinales del Magisterio.* El número total de los títulos proyectados fue de 21, de los que en mi época se publicaron 19.

Al morir inesperadamente en Roma el P. Jesús Solano, me hallaba allí y pude rezar ante sus restos en la Casa Generalicia de la Compañía, le sustitu-yó en la Comisión directora el P. Justo Collantes, de la Facultad de teología, de Granada. Durante toda la duración de esta impresionante serie actuó el P. Cándido Pozo como preparador inmediato, continuo e infatigable, de la edición, lo cual supuso una eficaz ayuda sensible para el propio trabajo editorial. Cuando falleció el P. Aldama, gloria genuina de la moderna teología española, ocupó su puesto en la Comisión, el P. José Caba, profesor de Nuevo Testamento en la Universidad Gregoriana.

Recuerdo perfectamente las frecuentes reuniones de trabajo que teníamos en el despacho del Director con los PP. José A. de Aldama, Cándido Pozo y Justo Collantes. La serie quedó incompleta, de los 21 títulos previstos se publicaron 19. Posteriormente, con la nueva dirección de la BAC la *Historia salutis* se vió sustituida por la llamada *Sapientia fidei*, colección proyectada y realizada por la Pontificia Universidad de Salamanca.

5. El intento de nuevos textos

Habíamos publicado las series de teología, que quedan consignadas. Con posterioridad al Vaticano II y tras la serie de la *Historia salutis*, de gran envergadura, continuábamos en la BAC con una idea, que en parte era preocupación. Pensábamos que era menester una posterior iniciativa en este campo: la de unos textos más sencillos, más elementales. Textos reducidos, que no fueran de profesores para profesores, sino de profesores para alumnos, esto es, textos cortos, que contuvieran todo lo fundamental y nada más. Uno por cada tratado de teología, con solos los materiales, que el alumno debía tener en cuenta para la preparación seria del examen, o lo que es igual, para dominar la sustancia de una disciplina. Sin excesivo número de páginas, concentración en lo fundamental, y cultivando la concisa claridad máxima.

Muniain y yo veíamos claramente la suma conveniencia de tal proyecto. Conocíamos el texto que un jesuita, profesor de Granada, el P. Jesús Bujanda, había publicado con toda la teología, fundamental y dogmática, en un pequeño volumen. Algo así queríamos, pero ampliando la materia en torno a cada tratado. Hablé del asunto dos veces en Salamanca, con la Comisión Asesora. Tratamos del tema en visita al Angelicum y en la Gregoriana. Llegamos a un principio de aceptación de la iniciativa. Redactamos unos criterios orientadores con algunos teólogos españoles. Pero la cosa quedó en fase de mero proyecto.

Luego, tras nuestra marcha de la BAC, ésta ha realizado con la Pontificia de Salamanca, como he indicado anteriormente, la serie llamada *Sapientia fidei*. No es lo que nosotros habíamos deseado en cuanto a extensión, pedagogía y fondo.

6. Una anticipación preconciliar de la BAC

Debo terminar este capítulo de las grandes series teológicas de la BAC, incluyendo en él una trilogía, que por una parte ofrece sintonía clara con lo expuesto, y por otra constituye un anticipo de la Declaración del concilio Vaticano II *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas. Me refiero a la obra colectiva y superautorizada *Cristo y las religiones de la tierra*, dirigida por el Arzobispo de Viena, Cardenal Franz König, y publicada por la Casa Herder, de Alemania.

Hago la salvedad de que esta obra colectiva podría verse incluida en el capítulo dedicado a la cristología, pues no en balde los llamados *Semina Verbi* se ven providencialmente esparcidos por la misericordia divina en todo tiempo y lugar, como ha recordado el Vaticano II en la Constitución *Lumen gentium*¹⁹. He preferido, sin embargo, colocarla aquí como colofón de este capítulo dedicado a las grandes series teológicas de la BAC.

Fue iniciativa de Sánchez de Muniain, amigo personal del Cardenal austriaco Franz König, Arzobispo de Viena. Solía éste venir en verano a pasar unos días en la casa de Muniain, en la provincia de Tarragona. Había dirigido el Cardenal König un trabajo enciclopédico colectivo, redactado por 24 especialistas sobre todas las religiones históricas. Se había editado la obra en tres volúmenes por la Casa Herder, de Friburgo de Brisgovia. El acuerdo se formalizó antes de llegar yo a la BAC. Pero intervine posteriormente en la impresión y publicación de la edición española. Hizo la traducción Ramón Valdés del Toro, etnólogo y especialista de primer rango en la materia. Presentó la edición el propio Cardenal de Viena.

Véanse los números 13 y 16 de dicha Constitución conciliar.

Integraban esta enciclopedia el estudio del hecho religioso en el mundo prehistórico y protohistórico –volumen I–; en los pueblos y en las culturas de la antigüedad –tomo II–; y en el III y último las grandes religiones no cristianas hoy existentes. Terminaba la obra con un estudio sobre el cristianismo como corona positiva y providencial cima revelada del hecho religioso, de la definitiva historia de la salvación y de la gloria de Dios.

Presentaba la obra una insuficiencia y padecía una limitación. Insuficiencia, por la escasa atención a las religiones del mundo americano. Y limitación, perfectamente natural, por los numerosos, continuados y significativos avances, que también en este campo se habían ido realizando.

La presencia de la filosofía

También a la filosofía, tercero y supremo peldaño de los grados del saber racional humano, y adecuado instrumento cognoscitivo y expresivo de la fe religiosa, particularmente de la católica, dedicó, y sigue dedicando, la BAC la constante atención preferente, que por ambos motivos merece y exige. Este es el motivo de que la sitúe en estos Apuntes del recuerdo, tras los capítulos dedicados en general a la teología.

1. Un espléndido precedente

Me refiero al volumen 60 de la BAC Normal, la *Theologia naturalis* del P. José Hellín, profesor y gran maestro de la filosofía suareziana en la Facultad de Filosofía, que la Compañía de Jesús tenía en Madrid, Chamartín de la Rosa. Fue editado el volumen en 1950. Aparecía como número V de una obra colectiva, que abarcaría todas las disciplinas filosóficas, el *Cursus philosophicus*, e iba a ser preparado por los profesores de las Facultades de Filosofía –Comillas, Oña, Sarriá-Barcelona y Chamartín de la Rosa–, de la Compañía de Jesús. Obra elaborada según la normativa de la *Deus scientiarum Dominus*.

Este proyecto colectivo amplio no continuó con ese título. Fue sustituida por la *Philosophiae scholasticae Summa*, que con el mismo contenido, la misma autoría y en solos tres volúmenes aparecería después en la BAC.

A la vista del volumen del P. Hellín y el propósito de que cada disciplina filosófica ocupara un volumen, la dirección de la BAC se negó a tal extensión. No podían programarse ocho o diez volúmenes. Y apuntó la conveniencia de hacer con la filosofía lo que se estaba preparando con la teología dogmática y la teología moral.

2. La Philosophiae scholasticae Summa

Fue esta una de las tres grandes iniciativas editoriales, que en materia de estricta docencia eclesial, llevó a cabo la BAC, secundando el proyecto

que también en el campo de los estudios de filosofía habían elaborado las Facultades de la Compañía de Jesús en España. Constó de tres volúmenes. La primera edición apareció en 1954. La tercera y última en 1964. Redactada en latín, ajustada en contenido y orientación a la Constitución Apostólica *Deus scienatiarum Dominus*, de Pío XI, no volvió a reeditarse tras el cambio lingüístico operado, a partir del año 1965, en los estudios eclesiásticos.

Debo mencionar los autores de los diversos tratados. Algo tiene esta mención de obligado y grato recuerdo. El P. Luis Salcedo redactó la Introducción general a la filosofía y los dos tratados iniciales, la Lógica y la Teoría del conocimiento. De la Metafísica general y de la Teología natural fueron autores los Padres Clemente Fernández y José Hellín respectivamente. De los tratados de la Cosmología, la Psicología racional y la Ética fueron redactores el citado P. Hellín, el P. Fernando M. Palmés y el P. Ireneo González. Comillas, Chamartín-Madrid y Sarriá-Barcelona. Los autores actuaron, con ejemplar sintonía de fondo en cuanto a tiempo de redacción y notable puntualidad en la entrega de los originales. Ellos fueron los promotores y ejecutores de este magno proyecto.

Los índices onomástico y de materias, las amplias bibliografías de cada tratado, y las calculadas ventanas abiertas en la exposición de cada sector evidencian que los autores tuvieron a la vista no sólo el campo inmediato de la exposición docente, clara, moderna, segura y asequible, sino también la indicación de las pistas, que apuntan a la investigación filosófica en el campo de las respectivas materias.

Pero no sólo fue este uno de los servicios que la BAC ha prestado al noble campo de la filosofía. Hubo otros complementarios del anterior.

3. La historia de la filosofía

No asistí a la negociación de esta magna obra de la BAC. Sí presencié la aparición de los volúmenes, que la componen. Fue una vez más el P. Aniceto Fernández, quien facilitó a la dirección de la BAC el nombre del autor adecuado, el dominico Guillermo Fraile, profesor de la disciplina en la Facultad de Teología de San Esteban, Salamanca.

Debo precisar que esta extensa historia fue luego obra de dos especialistas: el citado P. Fraile y el también dominico P. Teófilo Urdanoz. Duplicidad causada por el inesperado fallecimiento en 1970 del P. Fraile. La obra que, en un principio, iba a constar de cinco volúmenes, estuvo formada por nueve. Cambio que requiere explicación. En 1956 apareció el tomo I; en 1960 el II; y el III hubo que desdoblar en dos. Los cuatro fueron escritos por el P. Fraile. Fallecido éste, se hizo cargo de la continuación, de acuerdo con la BAC, el P.

Teófilo Urdanoz, quien preparó el resto de la obra, esto es, los tomos IV al VIII. La obra quedó concluida en 1985. El volumen IV, obra ya de Urdanoz, vio la luz en 1975.

Cada volumen tiene dos índices, el onomástico y el de materias, así como una amplia y cuidada bibliografía. Ha alcanzado esta Historia cinco copiosas ediciones, la última con posterioridad al año 1989, fecha límite de estos Apuntes. En la Nota Preliminar, con la que el P. Urdanoz inicia el volumen IV, se recoge la aceptación elogiosa y la vasta difusión alcanzada por la obra del P. Fraile; y explica que ésta "supera ampliamente los límites de un manual al uso; y por su exuberante erudición de autores, por la clara, metódica y profunda exposición de los sistemas, representa no sólo un texto completo de estudio, sino también una fuente de documentación permanente para todos los cultivadores del pensamiento filosófico". Juicio sobre la obra de su antecesor, que vale también claramente para el espléndido trabajo posterior, que nos dejó con sus cinco tomos el propio P. Urdanoz.

4. La historia de la filosofía española

Con esta segunda obra, la historia, en dos volúmenes, de la filosofía española, enriqueció el P. Guillermo Fraile, profesor de la materia, el legado filosófico, que la BAC ha dejado al mundo de sus lectores.

También en esta ocasión intervino como continuador el P. Urdanoz, el cual supo concluir esta historia particular con numerosas adiciones y complementos perfectamente encajados en el texto dejado a su muerte por el P. Fraile. Se publicaron los dos volúmenes en 1971 y 1972. El primero abarca el desarrollo de nuestra filosofía desde la época romana hasta el final del siglo XVII. El segundo, número 330 de la BAC Normal, comprende la evolución desde la Ilustración hasta los años treinta del pasado siglo.

A diferencia de la *Historia de la filosofía*, proyecto monumental expositor de la filosofía universal, esta segunda obra responde a un criterio de concentrada brevedad en torno a lo español. Era una obra manual suficientemente completa, avalada por las características de fondo y forma del P. Fraile: claridad, hondura, riqueza de fuentes y erudición de datos en cuanto a autores, fechas y bibliografía. Con ello se ofrecía a profesores y alumnos un instrumento adecuado para la enseñanza y el estudio de la entonces recién nacida disciplina nueva, la historia autónoma del pensamiento filosófico español. No está de más recodar que con este manual rendía la BAC un debido homenaje al P. Guillermo Fraile.

5. Los filósofos en sus textos

Otro gran capítulo –el cuarto– del servicio prestado por la BAC a la filosofía. Capítulo complementario de las dos obras anteriores; y singular desarrollo textual de las cimas históricas del pensamiento filosófico. Autor de esta magna obra, el P. Clemente Fernández, de la Compañía de Jesús, profesor de Metafísica en la Pontificia Universidad de Comillas, tanto en su sede primera, la Villa de los Arzobispos, como en su posterior ubicación en Madrid, Cantoblanco.

Abarcó la obra cuatro épocas: la antigua, la medieval, la renacentista no escolástica, y la moderna, pero la segunda y la cuarta ocuparon cada una dos tomos. En total fueron, por ello, seis los volúmenes. El primero, *Los filósofos antiguos*, número 368, reunió los textos de la antigüedad, desde el presocratico Tales de Mileto hasta el neoplatónico Proclo. *Los filósofos medievales* en su volumen primero, número 409, 1979, partía de la filosofía propia de la época patrística—de san Justino a Boecio—y concluía con la arábiga y la judía. El siguiente volumen, número 418, 1980, arrancaba con Escoto Eriúgena y terminaba con Nicolás de Cusa. Al grupo de los filósofos renacentistas no escolásticos—de Marsilio Ficino a Hugo Grocio—dedicó el P. Clemente Fernández *Los filósofos del Renacimiento*, número 506, 1980, dando especial relieve a Giordano Bruno, Galileo, Bacon, Maquiavelo y Grocio. Finalmente, *Los filósofos modernos*, en dos volúmenes, cerraban la obra. El primer volumen, número 310, 1976, iba de Descartes a Kant; el segundo, número 311, 1976, recorría el tramo que va de Fichte al positivista Ayer.

Tuvo la obra amplia respuesta positiva, ya que hasta 1989 alcanzó tres ediciones. Acogida, que reconocía las características de fondo y de forma de la serie. Finalidad de ésta: "ofrecer los textos, que ilustran los temas doctrinales fundamentales; y a la vez dar a conocer el ideario de los pensadores". Como criterios rectores de la selección de textos se indicaban: "La utilidad para el estudio de los grandes temas doctrinales y el de las particularidades de las doctrinas de los grandes autores". Y en cuanto al carácter definidor de la serie: el auxiliar al estudioso de la filosofía tanto en la visión del desarrollo de ésta como en el conocimiento de la sistemática o filosofía pura propia de cada gran pensador.

Debo mencionar finalmente los índices, que, como ayuda subsidiaria, cierran cada época: el onomástico; el de materias, atento en cada entrada a los conceptos fundamentales; y el bibliográfico, desdoblado en el general sobre cada pensador y el particular sobre temas concretos,

En suma, otra de las notables aportaciones de la BAC a los estudios de la filosofía, si siempre necesarios, hoy más necesarios que ayer.

6. Dos proyectos no concluidos

Reúno en este epígrafe dos iniciativas, que surgieron en el paso de la década de los sesenta a los setenta del pasado siglo XX. Se iniciaron y no se concluyeron. El primero miraba hacia el panorama global de la filosofía europea. El segundo se centraba en el conjunto de las disciplinas filosóficas.

Alfonso López Quintás, catedrático de Estética en la Universidad de Baleares, publicó el volumen, número 274, titulado *Pensadores cristianos contemporáneos*. Apareció en 1968 y ha tenido nueva edición en 1997. Era el primero de una serie de tres. En él estudiaba el autor el pensamiento de Haecker, Ebner, Wust, Przywara y Zubiri. Posteriormente apareció un segundo libro, número 298, *Filósofos españoles contemporáneos*, que puede considerarse segundo de la serie. No se publicó el tercero. El autor menciona que se debió la interrupción a razones editoriales.

Curiosamente, resulta complementario de los libros de López Quintás la traducción de la *Filosofía de la existencia*, del profesor vienés Leo Gabriel, BAC 352, 1974. Expone el autor con objetividad y sano sentido crítico el origen, desarrollo y contenido de los fundadores del moderno existencialismo: Kierkegard, Heidegger, Jaspers y Sartre.

El segundo proyecto inconcluso fue el de la nueva serie *Dios, hombre, mundo*, esfuerzo que, en la docencia católica de la filosofía, pasada a la lengua castellana, buscaba, conforme a las directrices posconciliares, suplir la *Philosophiae scholasticae summa*, dedicando un volumen a cada una de las disciplinas del pensamiento filosófico.

Sólo se publicaron tres volúmenes: dos de ellos redactados por el P. José María Alejandro, profesor de la Universidad Comillas, Madrid. En 1969 se publicó su *Gnoseología* o teoría del conocimiento, con una segunda edición en 1974, número 290 de BAC Normal. Y el año siguiente, 1970, apareció *La lógica y el hombre*, número 308. El tercer volumen, sobre la Estética como disciplina filosófica lo redactó el P. Plazaola. Volveré sobre él en el capitulo dedicado a la literatura y el arte.

No hubo continuidad. ¿A qué se debió la suspensión de las serie? No recuerdo bien la causa. Faltó, muy probablemente, la organización corporativa previa por parte de las Facultades de la Compañía de Jesús. Por otra parte, al filo de la década de los setenta comenzó a sentirse en la BAC los efectos de la mutación, que se estaba iniciando aceleradamente en el campo doméstico de la enseñanza eclesial cualificada.

7. Balmes en la BAC

No podía faltar Jaime Balmes en la BAC. Vivía y vive en la escuela de Herrera Oria como uno de los grandes maestros del pensamiento y de la acción. He dudado sobre la ubicación de la obra de Balmes en estos Apuntes: si situarla aquí en el campo de la filosofía, o llevarla a la Sección del Pensamiento social y político cristiano. Serias razones militaban a favor de cualquiera de ellos. Pero he decidido respetar la decisión de los fundadores de la BAC al incluir a Balmes en la sección de Filosofía.

Fue una edición en 8 densos volúmenes de la BAC Normal, que concentraban los 33 de la edición original de la Fundación Balmesiana. Edición original dirigida, anotada y realizada con ejemplar cuidado por el benemérito P. Ignacio Casanovas, jesuita, asesinado, en paraje desconocido, por los rojos en los primeros días de la Guerra Civil en Barcelona. El motivo de la nueva edición vino dado por la celebración en 1948 del primer centenario de la muerte del filósofo Vicense. La propia Fundación Balmesiana, propiedad de la Provincias de Aragón de la Compañía de Jesús, dirigió la edición de la BAC. Pensaba ésta, en un primer momento, publicar solamente algunas de la obras fundamentales de Balmes, pero la dirección de la Balmesiana propuso las obras completas y la BAC aceptó inmediatamente. El volumen I, número 42 de la BAC Normal, apareció en 1948, y el VIII y último, número 66, en 1950.

Al texto de las obras del Vicense se añadieron algunos elementos. Presentó la edición el entonces Obispo de la Diócesis de Vich, Juan Perelló y Pou, quien declaraba que "las obras de Balmes son de perenne duración, porque son un reflejo de las enseñanzas de la fe y de la recta razón". Seguía a continuación el prólogo de la edición "princeps", redactado en 1941 por el P. Miguel Florít, profesor de historia de la filosofía en la Facultad de Sarriá-Barcelona. Fue el P. Florít sujeto decisivo en las gestiones previas de la edición BAC. En este volumen I se reprodujo íntegramente la magna biografía de Balmes escrita por el P. Casanovas, biografía perfecta no superada hasta ahora. En el volumen VIII se incluyen un extenso y bien organizado índice onomástico y otro de materias, que ocupa 170 páginas.

Como nota complementaria hay que añadir la edición de *El criterio*, que se publicó en 1974, dentro de la BAC Minor, n 34, con un prólogo amplio, sólido y cordial de Alberto Martín Artajo, que reconocía agradecido que "desde mi juventud tuve a Balmes por maestro". Declaración que no pocos jóvenes de entonces podemos hacer nuestra.

A Balmes siguió prestando atención la BAC con una obra, publicada en 1981, de José María García Escudero titulada *Antología política de Jaime Balmes*.

Pero queda remitida, por razón de la materia, al capítulo del Pensamiento social y político cristiano.

8. Recuerdo de un filósofo

Para concluir esta presencia de la filosofía en la BAC, quisimos rendir homenaje a un filósofo, catedrático olvidado de la antigua Universidad Central, de Madrid, hoy Complutense, don Manuel García Morente. Publicamos, en efecto, año 1987, número 489 de la Normal, sus *Escritos desconocidos e inéditos*, como anticipo de la edición de sus obras completas. La BAC aceptó de inmediato la propuesta de los autores de la recopilación R. Rovira y J. J. García Norro.

Con este volumen rendíamos el debido homenaje a un hombre insigne de gran rectitud moral toda su vida, que recibió en París la visita personal de Jesús, en el hecho, que él denominó con plenitud de verdad el "hecho extraordinario" de su instantánea, total y definitiva vuelta y entrega a Dios.

Los tratados particulares de la teología

Singular es por su amplitud el contenido de este capítulo; extensión, que impone ciertos límites a su desarrollo. Se trata de recoger el conjunto de obras de la BAC, cuyo objeto era un determinado tratado de la teología, tanto de la fundamental como de la dogmática. Y debo limitar el repaso por varias razones. En primer lugar, los diferentes tratados están expuestos con suficiencia y autoridad, y con autoridad más que bastante, en los capítulos dedicados a los diferentes tratados en la *Suma de teología* de santo Tomás de Aquino, y en la *Sacrae theologiae summa*. Segunda razón limitadora: el crecido número de títulos susceptibles de entrar, por su tema, bajo el rótulo de este capítulo. No puedo recogerlos todos. Y tercera y definitiva razón: el carácter de estos Apuntes, definido por mis recuerdos personales, que naturalmente son limitados. Sólo incluyo los luminosos; prescindo de los nebulosos.

Los volúmenes que integran la serie *Hostoria salutis* son todos y cada uno de ellos tratados particulares de una determinada disciplina teológica. Menciono a título de ejemplo cuatro obras del teólogo José Antonio Sayés Bermejo, profesor de la Facultad de Teología del Norte de España, Burgos: la *Antropología del hombre justificado*, sobre el pecado original, 514, 1991; *La gracia de Cristo*, 535, 1993; *El misterio eucarístico*, 482, 1986; y *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, 386, 1976.

1. Un volumen excepcional

Califico de excepcional el trabajo del P. Justo Collantes titulado *La fe de la Iglesia Católica*. Y ello por dos motivos: su valor intrínseco y el criterio rector de su ordenación temática. Debo justificar este segundo elemento, de neta y oportuna actualidad.

En las conversaciones preliminares, finales de los años 70, Justo Collantes y Cándido Pozo me expusieron la suma conveniencia de seguir en la ordenación de los materiales del Magisterio bimilenario de la Iglesia, no el orden meramente cronológico, que seguía el clásico Denzinger, desde su primera

edición en 1854 hasta su trigésima edición en 1976, sino el orden temático, sistematizado, de los tratados teológicos. La respuesta de la BAC fue que decidieran ellos. Y eligieron el orden sistemático de los tratados. Y esta es la razón de que sitúe este volumen en la cabecera del presente capítulo.

El subtítulo de la obra es aclaratorio: "Las ideas y los hombres en los documentos doctrinales del Magisterio". Publicada en 1983, con el número 446 de la Normal, fue traducida inmediatamente al italiano por la Librería Editrice Vaticana. Ha tenido hasta ahora cuatro nutridas ediciones.

2. El panorama global

En el paso de los años sesenta a la década de los setenta, se amplió el panorama de la producción de la BAC, en el sentido de que se buscaron autores y obras extrapeninsulares. De teólogos españoles, que enseñaban fuera de España, y de obras editadas por empresas católicas europeas. Tal fue el caso de la *La teología en el siglo XX*. Editada en tres volúmenes por la Casa alemana Herder y dirigida por Herbert Vorgrimler y Robert Vander Gucht, la publicamos en 1973 dentro de la BAC Mayor, con los números 5, 6 y 7. Redactó la presentación de nuestra edición Olegario González de Cardenal, insigne teólogo formado en Alemania y decano entonces de la Facultad de Teología de la Pontificia de Salamanca.

Como obra colectiva de amplio panorama tenía la ventaja de presentar un balance autorizado de los progresos de la teología católica en el pasado siglo, balance llevado a cabo con fidelidad al pasado y apertura al futuro inmediato. La envergadura del intento requería el concurso de no pocos autores especializados. Fueron, en efecto, 45 los colaboradores, de los cuales 21 atendieron en el volumen I al medio cultural de la época; 9, en el volumen II, expusieron la situación de la teología en las Iglesias y en las confesiones cristianas no católicas; y finalmente, en el último volumen 13 autores explicaban los progresos y el estado actual de todos y de cada uno de los diferentes tratados de la teología católica. Las conclusiones estaban redactadas, al final de la obra, por el conocido teólogo alemán Karl Rahner.

En la misma línea de concentración global de los tratados iniciamos la versión en castellano de la monumental obra, editad también por la Casa Herder, la *Historia de los dogmas*. Cada cuaderno atendía a un tratado dogmático. Debo una explicación, porque intervine personalmente en esta edición. En una de las visitas a la Casa Herder, hablamos con el Director General, cuyo nombre no recuerdo, antiguo oficial del AfrikaKorp, de la *Dogmengeschicte*, cuya publicación había comenzado. Los directores de la obra eran una garantía,

M. Schmaus, L. Scheffczyk y A. Grillmeier. La obra constaba de 4 grandes volúmenes integrados por cuadernos. El volumen I, la existencia en la fe. El II, Dios uno y trino, la creación y el pecado. La cristología, la soteriología, la mariología y el tratado de la gracia se incluían en el volumen III. Y el IV con los sacramentos y la escatología. Los redactores constituían un equipo de especialistas de máxima solvencia en cuanto a dominio de la materia y seguridad de doctrina.

Se hizo el contrato y comenzamos la edición española en 1974. Era Director Muniain, Sometimos la traducción a un riguroso examen teológico, del que fueron actores los PP. Aldama, Pozo, Collantes y Bravo. Publicamos 7 cuadernos y hubo que interrumpir el plan. La respuesta de la demanda no fue la prevista y habían comenzado las restricciones del gasto editorial por la situación general de EDICA. Fue una lástima. La Casa Herder, con la que habíamos consolidado nuestras relaciones, nos eximió de la continuación. Lo menciono en su honor.

3. La teología trinitaria

La teología trinitaria tiene que ocupar el primer puesto en este capítulo. Dios es la primera y suprema realidad de la consideración teológica. La BAC publicó dos grandes tratados sobre la santísima Trinidad, el de san Agustín y el de san Hilario de Poitiers. Y en la referida *Historia salutis* dedicó dos volúmenes del P. Salvador Vergés: el primero en 1969, *Dios revelado por Cristo*, 292 de la Normal, consagrado al misterio trinitario; y el segundo, en 1980, *Dios y el hombre. La creación*, 412 de la misma serie, que renovaba con manifiesta plenitud y temática actualizada los antiguos tratados *De Deo uno* y *De Deo elevante*.

Pero además, y dentro de la serie de Cuadernos BAC, atendió nuestra intención editorial a este capitalísimo sujeto teológico con los cuadernos *Dios, el gran misterio*, de Lamberto de Echeverría; *Creador de cielo y tierra*, escrito por Juan José Ayán; y *Presencia de la Trinidad en el hombre*, redactado por Augusto Guerra.

Hubo algo más. Muniain y el autor de estos Apuntes estábamos seriamente preocupados por lo que considerábamos relativo olvido del Espíritu Santo en la piedad y la devoción del pueblo cristiano. En cierta ocasión hablamos de ello con el P. Royo Marín, que participaba de la misma impresión. Y no hizo falta gestión alguna. Se ofreció nuestro autor a subsanar en lo posible tan lamentable fallo. Y publicamos en la Minor, número 29, su obra *El gran desconocido*, la cual ha alcanzado 12 ediciones. En ella se explicaba la realidad de la Tercera Persona de la beatísima Trinidad y se añadía un prieto comentario espiritual de los siete dones del Espíritu Santo. No sólo esto. También se incluyó

en los Cuadernos BAC el redactado por Juan Esquerda Bifet con el título *Creo en el Espíritu Santo*.

4. Las virtudes teologales

En cuanto al tratado dogmático sobre las virtdes teologales, ampliamente expuesto en las grandes series teológicas generales de la BAC, se publicaron tres obras, todas también del P. Royo Marín. *La fe de la Iglesia*, en 1990, Minor 16, con 5 ediciones hasta 1996; la segunda en la Normal, número 192, 1963, *Teología de la caridad*, con 2 ediciones; y la tercera, *Teología de la esperanza*, en 1969, Minor 13, con 3 ediciones.

5. La Cristología

Dentro de este capital epígrafe entra el género consagrado de las vidas de Jesús. Era un terreno ya suficientemente atendido. En España disponíamos de las vidas de Señor, del P. Vilariño, del P. Bover, y la entonces reciente y popular del P. José Julio Martínez. Y además estaban ya disponibles las "vidas de Jesús", de grandes escritores: Lagrange, Fillion, Fouard, Grandamaison, Lebreton, Prat, Adam, Guardini, Riccioti, Papini. Todas traducidos al castellano. Tuvo, sin embargo, la BAC, en este sector, dos iniciativas, que debo mencionar.

La primera fue la publicación de la *Vida de Jesucristo*, redactada por el P. Andrés Fernández, S.I., profesor del Instituto Bíblico, que había vivido durante varios lustros en Tierra Santa. Tenía esta obra su propia originalidad, ya que atendía con singular cuidado y conocimiento inmediato a la topografía, la historia y la arqueología. Tuvo dos ediciones este número 82 de la BAC Normal. Nada puedo decir de su génesis, pues salió la obra en su primera edición antes de mi entrada en la BAC.

Tuve, en cambio, parte activa en la segunda iniciativa, la obra del P. José Antonio de Sobrino, jesuíta, titulada *Así fue Jesús*, con un subtítulo definidor: *Vida informativa de Jesús*. Prologaba la obra el Cardenal Arzobispo de Sevilla, Carlos Amigo Vallejo. Tenía el P. Sobrino todas las cualidades necesarias para la novedad de esta Vida del Señor. Supo reunir con acierto todos los materiales necesarios y configurarla sobre la base de sus acreditadas intervenciones en los programas de radio y de televisión en torno al tema. A dicha base unía una claridad meridiana en el estilo, un sentido de plena adaptación al lector, el dominio de los temas, y una singular unción evangelizadora en el tratamiento de los pasajes evangélicos.

En los años iniciales de la BAC Maior, con el número 9, publicamos la obra *Jesús de Nazaret*, de uno de los grandes teólogos de la Pontificia de Salamanca, Olegario González de Cardenal, catedrático del tratado de cristología. Concebida como aproximación, su contenido rebasaba las limitaciones de esta valoración. Es todo un gran tratado, que felizmente ha tenido tres ediciones, con la singularidad de que en cada una de éstas el autor ha puesto un prólogo propio, el tercero de los cuales destaca por su extensión.

Con toda razón advertía el autor al lector, ya en el prólogo de la edición primera, que "se deje guiar no solamente por la razón adámica, es decir, la que obedece a los impulsos del hombre natural y viejo, sino ante todo guiarse por la razón pneumática, es decir, la que obedece a los dinamismos que el Espíritu de Cristo desencadena en el hombre".

Cristo, el misterio de Dios. Con este título, en dos volúmenes, 1976, números 380 y 381 de la BAC Normal, y dentro de la serie de la Historia salutis, publicamos la obra del P. Manuel M. González Gil de Santivañes, profesor de la Facultad de Teología de la Universidad Sophia, de Tokio, regida por la Compañía de Jesús. Tuvo esta obra una curiosa gestación. El autor la había compuesto para publicarla en japonés. Pero el Comité de dirección de la serie propuso al P. González Gil el que la pasara a la lengua de Castilla y la publicara en la BAC. Aceptó el autor la propuesta y quedó la obra dentro de la Historia salutis. Tiene este estudio la gran ventaja de que combina la cristología con la soteriología, combinación lograda por quien era al mismo tiempo teólogo dogmático, misionero y recio escriturista.

Una magna contribución a la Cristología

De gran aportación exegético-teológica a la cristología califico los estudios del P. José Caba, jesuita, profesor de Sagrada Escritura en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Cinco grandes volúmenes, de los que debo dar sucinta cuenta, avalada por mis recuerdos personales. Sujetos activos de esta singular presencia fueron, por un lado, el P. Cándido Pozo, miembro del Comité de dirección de la serie *Historia salutis*; y de otro la dirección de la BAC. Y debo precisar que el inicio de las gestiones correspondió a esta última, concretamente en una de las conversaciones mantenidas con el P. Caba, en su despacho de la Gregoriana.

Cinco volúmenes integran esta magnífica contribución. Los indico por orden cronológico. Dos obras entraron en la referida serie de textos teológicos. Las tres restantes constituye toda una magna trilogía, en la que la exégesis se combina con el estudio teológico e incluso con la más honda y evangélica espiritualidad.

Primera obra, *De los evangelios al Jesús histórico*, BAC normal 316, 1970. Todo un análisis de la base de la cristología, fijado a lo largo del recorrido de los evangelios, que configura la personalidad única del Jesús histórico; y precedente de la obra del P. González Gil de Santivañez, recogida en los párrafos anteriores. Prologó la edición el Prefecto de la Congregación romana para la Educación Católica, el Cardenal Gabriel M. Garrone.

Segundo momento, dentro también de la *Historia salutis, El Jesús de los Evangelios*, 1977, Normal 392. De nuevo destacan la seriedad, la competencia y el rigor científico del autor. Tras el anterior recorrido, queda dibujada toda una cristología germinal y primera, como base previa de toda la posterior sistemática estrictamente dogmática.

Y a continuación tres nuevos títulos, centrados ya en temas particulares. El primero, *Resucitó Cristo, mi esperanza*, Normal 475, 1980. Un estudio exegético sobre el hecho y la virtud de la resurrección de Jesús, punto central de la fe de la Iglesia y núcleo básico de la predicación de san Pablo. Y en 1993, con el número 531 de la Normal, *Cristo, pan de vida*, análisis exegético de la teología eucarística del IV Evangelio, y exposición de la densidad de su contenido doctrinal y vivo. Me advirtió el P. Caba que este capítulo de san Juan era uno de los textos más estudiados del evangelio de san Juan. De 1900 a 1980 se habían publicado más de 280 títulos dedicados al sermón eucarístico. Debo decir que este volumen se publicó, cuando yo había dejado ya la BAC, pero la contratación se había hecho antes de mi marcha.

Tuvo posteriormente la nueva dirección de la BAC el acierto de editar el quinto y último volumen del P. Caba, titulado *Cristo ora al Padre*, Normal 665, año 2007. Estudio exegético de Jn 17, en el que no sabe uno qué admirar más, si la capacidad analítica del escriturista, el conocimiento cordial del tema abordado, y sobre todo la maravillosa invitación que para la oración del lector, y del cristiano en general supone este volumen.

Curiosamente sobre la oración había vuelto Caba en 1980 a petición nuestra con el volumen de la BAC. Minor 62, titulado *Pedid y recibiréis*. Tuvo esta obra, no extensa, pero densa y clara, un precedente y una motivación inmediata. Precedente, el autor había tratado el tema, año 1974, en su tesis doctoral en el Bíblico. Y posteriormente, en Toledo en dos ocasiones, en sendas Semanas de Teología Espiritual, 1976 y 1977, había vuelto sobre la oración. La motivación inmediata estuvo a nuestro cargo. Hablé con Caba, manifestándo-le nuestra extrañeza por la opinión que habíamos escuchado de un sacerdo-te madrileño teológicamente cualificado sobre la no necesidad e incluso inconveniencia de la oración de petición. Y decidimos editar un nuevo trabajo, que ampliara los estudios anteriores. Con ello, como declaraba el autor en el

prólogo de la obra, se ajustaba él al propósito de la BAC Minor de proporcionar a lectores no especializados "el conocimiento cálido y vital de la Escritura".

Y con esto queda concluida la ejemplar y rica aportación del P. José Caba en la BAC.

7. Más aportaciones a la Cristología

Pasamos de la Gregoriana, Piazza della Pilotta, al edificio de enfrente, el Instituto Bíblico regido por la misma Compañía de Jesús e íntimamente relacionado con aquella. Allí vivía el P. Ignacio de la Potterie, maestro insigne de la exégesis católica y especialista en el Evangelio y las epístolas de san Juan.

En plenitud de experiencia como profesor y sobre todo investigador, amigo de España y admirador de la BAC, al exponerle nuestro deseo de editar alguna de sus obras, me apuntó la que había publicado hacía poco en italiano, con el titulo de *La verdad de Jesús*. Me añadió que la mayor parte de sus conclusiones sobre el evangelio de san Juan estaban apuntadas e incluso a veces desarrolladas por el Cardenal Francisco de Toledo, jesuita español, en su célebre obra *Comentarios al Evangelio de san Juan*; y me enseñó la edición que tenía en su cuarto. No recuerdo si era la primera, de Roma, o una posterior. Interesante sería, me sugirió, que se hiciera una nueva edición, rigurosamente crítica, de este capital comentario.

Reunió el autor en esta nueva obra de la BAC varios estudios anteriores, nueve, de cristología joannea, y cuatro de teología. En la teología de Juan, como revelación, me explicó, la cristología ocupa el puesto central. Se publicó el volumen, 405 de la BAC Normal, en 1979.

Con posterioridad a mi marcha de la BAC, ha tenido la nueva dirección el acierto de presentar en 2007 otra gran obra del P. La Potterie. Me refiero al volumen *La Pasión de Jesús según san Juan*, en el que el autor combina con perfecto encaje el análisis exegético y la gran tradición teológica de los Santos Padres. Volveremos a encontrarnos con el P. De la Potterie en el tratado de la Mariología.

8. La obra de un gran maestro de la Cristología patrística

Me refiero al P. Antonio Orbe, profesor de la Gregoriana y autoridad mundial suprema en el estudio de la patrística inicial, siglos II y III, y en concreto de la obra y la influencia del santo Obispo de Lyon, Ireneo. Fueron muchas

las visitas, que le hice en su austero despacho. Era investigador consumado, y religioso ejemplar, en el que se combinaban armónicamente la ciencia y la piedad, el saber teológico y la dirección de espíritu. Era confesor experto de la Hermanas de la Cruz, que vivían en la Vía del Pellegrino, 19, a las que solía yo visitar en mis estancias en la Ciudad Eterna.

No puedo rebasar los límites que me impone el carácter de estos Apuntes. Sólo mencionaré, con algún leve comentario, las obras del P. Orbe en la BAC. Fue ésta, como declaró en la introducción de su *Antropología de san Ireneo*, "el hogar en el que han encontrado cobijo muchas de mis obras". Fue esta *Antropología* la primera presencia de Orbe en la BAC, año 1969, serie Normal número 286. Era en cierto modo su obra predilecta, que sería seguida de otras, de mayor envergadura, atentas todas a "las hondísimas páginas del santo Obispo de Lyon".

Siguió el estudio de *Las parábolas evangélicas en san Ireneo*, dos volúmenes, 331 y 332, publicados en 1972. Son 18 las parábolas analizadas a la luz de los escritos del Santo. Tres años más tarde, nueva bina de tomos, 384 y 385, siempre en BAC Normal. *La cristología gnóstica*, densa y luminosa introducción a la soteriología de los siglos II y III. En 1976, dentro esta vez de la BAC Minor, número 42, presentó Orbe una serie de meditaciones, que recojo en el capítulo de la espiritualidad, sector al que dedicó varias otras obras.

Y llegó la gran construcción, auténtico monumento levantado por el P. Orbe, la *Telogía de san Ireneo*, en cuatro volúmenes de la BAC Maior, números 25, 29, 33 y 53. Toda una serie de comentarios a los libros IV y V del *Adversus haereses* ireneano. Debo declarar un aspecto sustancial de esta edición, referente a su apoyo financiero. La dirección de la BAC, años 1983-1989, se sentía gratamente obligada a esta edición, cima del ciclópeo trabajo de investigación del P. Orbe. Pero se tropezaba con la grave situación económica, que padecía EDICA. Y hubo que buscar financiación exterior y se encontró en la generosidad de la "Fundación Cardenal González Martín", que a través del Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo, permitió que la BAC realizara el proyecto, que era homenaje al creador de toda una gran escuela de nuevos patrólogos, y al mismo tiempo agradecimiento a don Marcelo González Martín, Cardenal Arzobispo de Toledo. Y me satisface dejar constancia de la generosa labor de mecenazgo cultural, que don Marcelo supo llevar a cabo sin alharacas, pero con probado realismo efectivo.

9. Tres obras más

Para lectores no especializados, paso a mencionaros tres obras, de contenido estrictamente cristológico. De la primera no conservo recuerdo alguno sobre las gestiones previas, ni de quién partió la iniciativa. Me refiero a la obra *Cristo, vida del mundo*, del jesuita Bertrand de Margerie, BAC Normal 361, publicada en 1979. Autor de la traducción, José Luis Legaza. El original había sido publicado en portugués por Herder, de Brasil, Sao Paulo. Era una exposición de la devoción al Corazón de Jesús, como instrumento de la renovación espiritual y moral de la Iglesia, tras el magisterio del Vaticano II.

Conservo, en cambio, recuerdos nítidos de otra obra, *Jesucristo y la vida cristiana*, del P. Antonio Royo Marín, editada en 1971, 210 de la Normal. Esta obra es un resumen del tratado *De Verbo incarnato*, al que el autor califica como la parte más bella de toda la teología dogmática. Procuró, y logró poner al alcance de los seglares, el temario de la obra, con la claridad, precisión y sentido del destinatario, que caracterizaron todas sus obras. Fue el P. Royo Marín uno de los autores, que están presentes en varios capítulos de estos Apuntes, por su fecundidad teológica. En todas sus obras pensaba más en el gran público que en los círculos necesariamente restringidos de los lectores especializados. Aquí estaba el secreto de su evangelizador éxito.

Profesor de teología en la Facultad del convento dominicano de san Esteban, de Salamanca, predicador consumado, en el que se unían voz poderosa, dicción clara, dominio de la teología, sentido del auditorio, y unción de espíritu, ofreció a la BAC sus originales, y tuvo en los directores de ésta editores y amigos. Siempre que se presentaba con un nuevo texto, manifestaba con humilde ingenuidad que era lo mejor que había escrito. Sujeto de gran corazón, tuvo que dejar el magisterio y la predicación por razones de salud. Y hubo de concentrarse en la redacción de originales, periódicamente ofrecidos a la BAC. Tuve ocasión de visitarle ya retirado en la casa que la Orden de Santo Domingo tiene en Madrid, en la Basílica de Atocha.

En una de las grandes instituciones romanas, el *Agustinianum*, regido por la Orden de San Agustín, amén de la gran Patrología, que publicamos y de la que hablo en otro lugar, tuve la dicha de encontrarme, en una de mis visitas, con un gran teólogo español, el P. Santos Sabugal, especialista en la cristología, del que pudimos publicar en 1985 un estudio excelente sobre la oración del Padrenuestro, titulado *Abbá! La oración del Señor*, BAC Normal 467.

Era este trabajo el fruto de largos años de investigación y docencia. Estudiaba el autor el tema de la gran oración cristiana en la liturgia, en el arte sagrado, y sobre todo en el marco de la teología, con un previo y simultáneo

análisis escriturístico. No sólo esto. Ofrecía base ungida para apreciar el inimitable valor espiritual de la oración dominical. No sólo teología, también sabiduría oracional. Para todos. Por ello no se dudó en publicar esta obra del P. Sabugal.

10. Eclesiología

Paso a otro gran tratado de la teología, de la fundamental y sobre todo de la dogmática.

Con el elocuente lema de *La Iglesia de la palabra*, publicó la BAC la obra que me sirve de pórtico en este sector de la teología. Todo un gran tratado, completo, vital y actualizado, de la disciplina académica y de la misma vida cristiana. Dos volúmenes: el I, número 338, y el II, número 339, ambos aparecidos en 1972. Obra de madurez de un profesor en plenitud de experiencia docente y en energías de espíritu, el P. Justo Collantes, titular de la cátedra en la Facultad de Teología, de Granada.

Todos los elemento del tratado están incorporados y expuestos con rigor técnico y expresión diáfana, con atención permanente a lo enseñado por las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Dei verbum*. Se estudia, como parte introductoria, la misma historia de la eclesiología, continúa con el origen, primeros desarrollos, naturaleza y misión evangelizadora de la Iglesia.

Formaba parte esta obra del espléndido conjunto de la serie *Historia salutis*. Y quiero reproducir, como recuerdo, algunas líneas finales de la introducción general del autor. "Es posible que más de uno, al leer las páginas que siguen, se vea sorprendido ante la belleza ideal del cuadro, que se muestra, y el contraste con las miserias, que sus ojos contemplan en la realidad concreta de la Iglesia. Sin embargo, ese cuadro ideal no es una ciencia-ficción, ni un vano deseo utópico para soñadores. Es el misterio salvífico de Dios, que lucha por liberar al hombre de todas las injusticias. Y la primera de todas, la que el hombre comete consigo mismo no viviendo la más profunda autenticidad de su ser, a la que le llama la voz de Dios por medio de la Iglesia. Creemos más útil poner el acento en las claras sonoridades de esa voz constante antes que en el contrapunto de las roncas y mezquinas respuestas, que damos los hombres".

Paso de Granada a Roma. Universidad Gregoriana. Enseñaba allí un gran eclesiólogo español, el P. Ángel Antón, jesuita leonés, con quien siempre conversaba en mis visitas romanas de trabajo. Eran los años del posconcilio. Lógicamente surgía el tema de la situación eclesial y me hablaba el P. Antón de sus trabajos. Consecuencia natural. Acordamos publicar en la BAC tres de

sus obras: dos de magnitud grande y la tercera, corta en extensión. Para las dos primeras estaba la BAC Maior. Para la tercera la BAC Minor.

En 1977, con el número 15 de la Maior se publicó *La Iglesia de Cristo*. El subtítulo indicaba el contenido: el Israel de la Vieja y de la Nueva Alianza, tema de fondo, que recorre toda la obra, demostrando la continuidad esencial, providencialmente regida, del mismo Pueblo de Dios a lo largo de toda la historia de la salvación.

Tres años más tarde, 1980, aparecía la segunda obra, *El misterio de la Iglesia*. Por su extensión ocupo dos volúmenes de la Maior, los números 26 y 30. El tema, en perfecta conexión con el de la obra precedente, era la evolución histórica de las ideas en torno a la eclesiología y un impresionante y detallado recorrido del dogma correspondiente.

No debo callar que esta obra se pudo editar con la ayuda económica, que de nuevo prestó a la BAC el entonces Arzobispo de Toledo, don Marcelo González Martín, a quien cabe el más que merecido título de Mecenas de la teología española contemporánea. El P. Antón, en su presentación, y la BAC agradecieron al Primado su gran patrocinio, que tuvo ocasión de ejercer en otras ocasiones.

En la Minor, con el número 15, publicamos en 1970 el estudio *Primado y colegialidad*, tema eclesial, de central significación, actualizado por el Vaticano II, y que había sido estudiado por el reciente Sínodo extraordinario de los Obispos. La obra se centró en el análisis de las conclusiones sinodales, estudiadas a la luz de los trabajos expuestos en dicha reunión. El texto no entra tanto en la inmediata dimensión práctico-pastoral de las conclusiones cuanto en el contenido objetivo de las relaciones, que, fijadas por la Revelación y reiteradas por el Concilio, median y unen los dos elementos del binomio eclesial: primado y colegialidad. Era este el motivo compartido del autor y de su publicación por la BAC.

Con el sugestivo título de *La cara oculta del Vaticano I* publicó la BAC en 1970, a los cinco años de concluido el Vaticano II, un trabajo, que demuestra la razón de ser de la BAC Minor. Un tema eclesial importante y actual. Un texto breve, denso, claro. Y un autor especializado, el P. Justo Collantes, profesor de eclesiología en Granada

El Vaticano I fijó dogmáticamente y definió el primado pontificio. Y tenía preparados los materiales para estudiar el necesario complemento, la colegialidad episcopal. No pudieron los Padres conciliares entrar en su discusión, porque el Vaticano I quedó interrumpido e incompleto por la guerra francoprusiana, 1870. Al Vaticano II correspondió la tarea de desarrolla la colegialidad

episcopal, tema que expuso en la *Lumen Gentium*, con el aditamento de la conocida Nota explicativa, que la cierra. Era importante recordar que el Vaticano I la había previsto, como previó también la palabra conciliar sobre la cuestión social. Todo esto es lo que el P. Collantes revela en este volumen de eclesiología, que tenía el número 18 de la entones recién nacida BAC Minor.

Otra aportación eclesiológica

En 1978, con el número 401 BAC Normal, publicamos la obra titulada *La infalibilidad de la Iglesia*, que el teólogo Karl Rahner dirigió y la Casa Herder había editado en 1971. Hizo la versión castellana el P. Gumersindo Bravo, de la Pontificia Universidad Comillas, de Madrid. Tuvo su pequeña historia esta traducción.

Tanto Muniain como yo no éramos devotos cualificados de Rahner, algunas de cuyas obras conocíamos. Participábamos ambos en la suma conveniencia de hacer frente editorialmente a los errores de Hans Küng. Algo se nos había indicado, y bastante más supimos por las informaciones de algunos profesores de la Gregoriana y las indicaciones de ciertas personalidades de Roma. Por otra parte, el Director de la Casa Herder, amigo personal, nos facilitó la edición para la lengua española.

Kart Rahnrt requirió, para oponerse a los graves errores teológicos contenidos en el libro de Hans Küng titulado ¿Infalible?, 1970, la colaboración de 14 teólogos alemanes de segura doctrina, entre los cuales se contaba el entonces profesor de la Universidad de Regensburgo Josef Ratzinger. Antes de proceder nos cercioramos del contenido del libro. La respuesta fue claramente positiva. Nos informamos de las declaraciones críticas, que sobre el libro de Küng habían hecho algunos episcopados europeos. Nueva confirmación. E hicimos la edición. Pronto se agotó.

Con el título de *Creo en la Iglesia*, capítulo del Credo apostólico, publicamos en 1974, número 341 de la BAC Normal, una obra del Primado de España don Marcelo González Martín. El subtítulo marca el sentido y el contenido del volumen: "Renovación y fidelidad", esto es, la gran bina regidora del curso de la santa Iglesia en el tiempo.

Presenta este volumen, que tuvo dos ediciones, una nota singular, la de tener un prólogo redactado por el propio Director de la BAC, José María Sánchez de Muniain. Prólogo extenso y cordial –48 páginas–, que es en realidad todo un espléndido estudio introductoria, hecho a petición del mismo autor. En este prólogo, en cuya gestación actué como testigo y previo lector, Muniain, tras un breve memorial de algunas de las tribulaciones posconciliares, expuso en su tercera parte lo que él llamó las sacudidas, que sufría "el

zarandeado Pueblo de Dios". Aprovecho la ocasión para dejar consignada en este punto la cordial relación y la admirativa amistad, que nos unió a Muniain y a mí con don Marcelo, por motivos primeramente personales y además de gratitud por sus generosas y desinteresadas ayudas económicas en las horas difíciles de la BAC.

En 1972, dentro de la Minor, número 27, publicamos una obra titulada *Sobre la crisis de la Iglesia*, de la que era autor el P. Migual Nicolau, profesor de teología fundamental, primero, en Granada y luego en Salamanca. Al mismo tiempo atendía en este estudio y en toda su labor docente a la teología espiritual. En *La crisis de la Iglesia*, el P. Nicolau analiza dos sectores de la crisis, la general de la fe y la específica de los institutos religiosos, teniendo siempre a la vista la situación actual del mundo. Y expone de forma lúcida los caminos de la renovación, comentando la Profesión de Fe, de Pablo VI, y otros documentos posconciliares del Magisterio. Con razón subrayaba el autor el papel, que en la recuperación interna de la Iglesia tiene el culto litúrgico.

En 1981 hablé con Lamberto de Echeverría sobre la conveniencia de publicar una obra de alta catequesis acerca de lo que es y significa en la Iglesia el Obispo de Roma como Sucesor de san Pedro, cabeza del cuerpo temporal de la Iglesia. Pasado un tiempo, Lamberto aceptó nuestra propuesta y redactó un texto ejemplar, que lejos del simple ensayo y sin pretensiones de especialista, ilustra al lector sobre la realidad dogmática y la función ministerial del Papa. Se titulaba la obra *Sucesor de Pedro*, Apareció en 1982, obtuvo el número 48 de la BAC Popular y se agotó la edición a los pocos meses.

11. Dos grandes teólogos europeos en la BAC

En este sector de la eclesiología me es grato incluir sendas obras de dos grandes teólogos alemanes contemporáneo, Von Balthasar y Ratzinger.

De Hans Urs von Baltasar, publicamos *El complejo antirromano*, en la Normal, 420, en 1981. Algo debo recordar como gestor inmediato de la edición. El nombre y la obra teológica de Von Balthasar eran conocidos y superestimados en la BAC. A finales de los años 70 viajé a Suiza para hablar con el P. Utz., dominico, en Friburgo. Y aproveché la estancia en Suiza para visitar en Basel a Von Balhtasar. Concertada previamente la entrevista, le visité en su casa. Me sorprendieron dos cosas. La primera, la cordialidad con que acogió al Director de la BAC, la cual conocía de antiguo y por la que me manifestó su admiración. Me alabó la fidelidad, que caracterizaba toda nuestra acción editorial. Nos conocía. Este era el primer dato. El segundo hecho que recuerdo perfectamente era el de las paredes de su casa. No se veía ninguna pared. Todas

estaban cubiertas por anaqueles repletos de libros y carpetas. Incluso las paredes del comedor. Nunca había visto cosa semejante. Tenía un sector dedicado al Instituto secular femenino por él dirigido espiritualmente, cuyo nombre no recuerdo, y del que me hizo grandes alabanzas.

Pasamos al tema editorial. En la BAC queríamos publicar alguna de sus obras. Y surgió la propuesta, que personalmente nos hizo: la de una obra para él muy querida, la del complejo antirromano, que extrañamente e irracionalmente anida en ocasiones en el seno mismo de nuestra propia Iglesia católica. Complejo, ante el cual era, y es, menester situar con firmeza teológica el ministerio de Pedro, establecido en el Nuevo Testamento y recordado y confirmado por los dos concilios Vaticanos, el I y el II.

La conversación no fue corta. Se decidió hacer la versión castellana de *El complejo antirromano*, publicado originariamente en 1974 por Herder, Alemania, Casa editorial, que nos concedió a mi regreso a Madrid la cesión contractual correspondiente. Me invitó Von Baltasar a comer en su casa, pero discretamente decliné la invitación, pretextando trabajos inmediatos en la ciudad de Basel.

Tres años más tarde, y recordando otro tema abordado en nuestra visita, escribí a Von Balthasar, pidiéndole permiso para publicar otra de sus obras, *Puntos centrales de la fe.* No se trataba de una dogmática sistematizada, sino de un conjunto de reflexiones sobre las realidades fundamentales, que nuestra fe evidencia, en el momento eclesial presente, hechas desde la ribera de nuestro tiempo, acentuando intensamente la auténtica peculiaridad cristiana frente a todo intento de reduccionismo.

El segundo teólogo alemán, al que acudimos, era el profesor Josef Ratzinger, perito en el Vaticano II, magno profesional de la teología. Cuando le visitamos, era Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cuya significativa sede se alza a la derecha de la gran Plaza central del Vaticano. Era estación de nuestros recorridos romanos y visita gratamente obligada por muchas razones, de entre las cuales me limito a señalar el beneficio, que suponía para la BAC la certeza del camino, que seguíamos. El primer Prefecto, que me recibió en el antiguo Santo Oficio, fue el Cardenal Seper, yugoeslavo, quien me confió que durante la segunda Guerra Mundial aprendió español para poder leer directamente a santa Teresa de Jesús y a san Juan de la Cruz. Ni que decir tiene que, al regresar a Madrid, le enviamos sendos ejemplares de las últimas ediciones de ambos maestros de la espiritualidad católica, hoy una y otro Doctores de la Iglesia. Posteriormente nos recibió el cardenal Hamer, Prefecto más tarde de la Congregación de Religiosos. Y últimamente fue el Cardenal Josef Ratzinger, quien tuvo la bondad de recibir en dos ocasiones al

autor de estos Apuntes. Y fue en una de estas visitas, cuando a petición nuestra nos dio los derechos de editar la traducción de una de sus últimas obras, titulada *Iglesia*, *ecumenismo y política*, número 494 de la BAC Normal. Los tres sustantivos del título expresan las tres partes de su contenido.

Debo añadir dos datos más de aquellas visitas. Nos agradeció el Cardenal Ratzinger la colaboración que estábamos prestando al CELAM, respecto de la llamada teología de la liberación; y nos añadió que deseaba que fuera la BAC la que se encargara de la versión castellana de algunas otras de su obras, si nos parecía bien. Y a este propósito –segundo dato– quedamos en que publicaríamos otra obra, no muy extensa, Mirarán al traspasado, cuyo texto tenía ya en su poder el P. Cándido Pozo, jesuita y autor de la BAC, con el encargo expreso que el Cardenal personalmente le había hecho, de preparar las notas. Y así fue. Ya en Madrid hablamos con el P. Pozo, estuvimos manejando el original. Pero sobrevino la crisis de EDICA, tuve que dejar la BAC, pasó ésta a la Conferencia Episcopal y por el momento desapareció el original. Es probable y deseable, que en la edición de las Obras completas del Cardenal Ratzinger, alta cima de la teología católica contemporánea y hasta su renuncia Sucesor de Pedro, Benedicto XVI, se recupere esta obrita perdida. Me satisface comprobar que el deseo, que me manifestó en Roma hace ya más de cuatro lustros tenga plena verificación en fecha próxima.

12. La encíclica Ecclesiam suam

En agosto de 1964, meses antes de la última sesión del Vaticano II, Pablo VI publicó su encíclica entronística, la *Ecclesiam suam*. En 1968 la BAC editó un nutrido comentario de la misma con el título de *El diálogo según la mente de Pablo VI*. Con el texto italiano a pie de página y el original latino, se publicaba la versión española hecha por el autor de estos Apuntes. Promovida por el Instituto Social León XIII, contó con los estudios de 21 colaboradores. Era precedida la edición de una semblanza biográfica de Pablo VI, hecha por Cipriano Calderón; y una introducción escrita por el propio Director de la BAC, José María Sánchez de Muniain, quien poco después sería nombrado miembro del Governatorato de la Ciudad del Vaticano. Una amplia bibliografía, y entonces actualizada, iniciaba la edición; su autor, el jesuita César Sánchez Aizcorbe.

Fue este uno más de los títulos que la BAC editó como cauce de las obras colectivas, que para comentar documentos pontificios recientes organizó y dirigió el Instituto Social León XIII. Colaboración que merece una breve consideración aquí. Fue fundado el Instituto a finales de los años 40 en Málaga por el entonces Obispo de la ciudad, don Ángel Herrera Oria. Pasó luego a Madrid, ubicado en los locales de La Editorial Católica. Posteriormente se trasladó al

edificio construido junto a la Universidad Complutense. Quedó cobijado bajo la alta dirección de la Fundación Pablo VI, creada en los años sesenta por don Ángel, quien logró que quedara como Facultad de Sociología de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Cuidó don Ángel que la Fundación mantuviera su conexión originaria con la Asociación Católica de Propagandistas y poseo el original de la carta que en ese sentido dirigió a Sánchez de Muniain y por medio de éste a Alberto Martín Artajo. Hago esta declaración para dejar sentado el cambio, que se ha producido a comienzos de este siglo. Con motivo del cese, por edad y enfermedad, del anterior Director de la Fundación, Ángel Berna Quintana, hombre de Herrera, en una reunión del Patronato de la Fundación se eliminó del Patronato a los representantes natos de la Asociación, desatendiendo la correspondiente cláusula de los Estatutos.

13. Mariología

Entramos en otro gran campo de los tratados teológicos publicados por la BAC. Ya en sus mismos comienzos apareció, número 8 de la Normal, en el otoño de 1945, todo un extenso compendio de la mariología, el *Tratado de la Virgen santísima*, cuyo autor era Gregorio Alastruey, profesor de la Pontificia de Salamanca y canónigo del Cabildo vallisoletano. Prologó la obra el entonces Arzobispo de Valladolid, Antonio García y García. Tuvo esta obra 4 ediciones, la última en 1956.

Dos años más tarde, se publicó el volumen *La Asunción de María*, número 27 de la Normal, obra propuesta a la BAC por su autor, el P. José María Bover, profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología, de Sarriá-Barcelona. Era un gran estudio teológico histórico sobre la Asunción de la Virgen a los cielos en cuerpo y alma. Colaboraron en la redacción del texto los PP. José Antonio de Aldama, insigne mariólogo, y Francisco de P. Solá, ambos jesuitas, profesor el primero de la Gregoriana y el segundo de la citada Facultad de Sarriá.

Tuvo esta segunda obra mariológica de la primera hora de la BAC una singular circunstancia: la primera edición se publicó antes de la proclamación del dogma de la Asunción –1947–; y la segunda –1951– después de dicha proclamación –1 de noviembre de 1950–.

Como comprenderá el lector, estos datos no pertenecen al cuadro de mis recuerdos en la BAC. Los consigno para hacer ver la atención que desde su arranque prestó la dirección de la BAC a la mariología. Puedo, en cambio, para descanso del lector, manifestar una notable confidencia, que en una conversación me expuso en Barcelona el P. Bover. Durante los años de la segunda

República y de la Guerra Civil que la siguió, el P. Bover estuvo desterrado en Italia. Pues bien, una mañana de octubre de 1936, al levantarse, tuvo la extraña y clara percepción de que estaban fusilando los rojos a su hermano Isidoro, sacerdote Operario Diocesano, en Tarragona. Pasó el tiempo. Regresó en 1939 el P. Bover a Barcelona y supo inmediatamente que, en efecto, en aquella fecha del octubre del 36 su hermano Isidoro había sido fusilado. Hoy es el Beato Isidoro Bover. Hecho y manifestación, que consigno, por haberla recibido personalmente del autor del volumen *La Asunción de María*.

14. Dos nuevos tratados mariológicos

En la década de los 60 publicó la BAC dos nuevos tratados, de distinta contextura y diferentes destinatarios. Uno, estrictamente técnico; y el segundo, de carácter directa y técnicamente divulgador, evangelizador.

La *Mariología*, de J. B. Carol, número 242 de la Normal, estaba escrita por una Comisión Internacional de especialistas en la materia bajo la dirección del franciscano Carol. Se había publicado en Milwaukee, Estados Unidos. Era todo un gran tratado pleno de la especialidad. Prologó la edición española, prólogo amplio de 46 páginas, Narciso García Garcés, presidente de la Sociedad Mariológica Española, incluyendo las enseñanzas del Vaticano II y fijando con fundada libertad de apreciación algunas expresiones producidas con ocasión y no a causa del magisterio conciliar. No recuerdo cómo se decidió la edición. Por aquellos años yo trabajaba por las mañanas en la BAC y por las tardes en el Consejo de Redacción del diario YA, en el que estuve desde marzo de 1958 hasta el verano de 1968.

La segunda obra de esta década, que he calificado de tratado, fue obra de un solo autor, figura permanente de esta historia, el P. Antonio Royo Marín, dominico de San Esteban, de Salamanca. Título conciso y definidor, *La Virgen María*, número 278 de la BAC Normal. Subtítulo explicativo del contenido y de su intencionalidad: "Teología y espiritualidad marianas". En la primera parte, el P. Royo concentraba toda la doctrina sobre los grandes dogmas marianos. En la segunda, se detenía en la exposición teológicamente fundada de la espiritualidad mariana y de la devoción sólida a la Virgen María. En la segunda edición, de 1997, el autor añadió al texto de la primera las aportaciones del Vaticano II. De este volumen sí recuerdo la gestión previa. Bastaba la presencia del P. Royo en la BAC para saber que traía un nuevo original. Y baste añadir que era aceptado inmediatamente. Aunque siempre comenzaba, anteriormente lo he recordado, con una auto-recomendación: "es –advertía– lo mejor que he escrito".

En esta obra sobre la Virgen, el autor tuvo el acierto de agregar un largo apéndice sobre la devoción a san José como esposo de la Madre de Dios. Tema que con ejemplar previsión había atendido la dirección de la BAC, publicando ya en 1953 un magnífico volumen, el 108, titulado *Teología de san José*. Era la gran tesis doctoral, ampliada y puesta al día, del P. Bonifacio Llamera, insigne teólogo dominico, que estuvo gestionada directamente por el Obispo de Salamanca, el Dr. Barbado Viejo, y se vió prologada por otro gran maestro de teología en Torrente, Valencia, Marceliano Llamera. La obra quedó enriquecida con el texto bilingüe de la *Suma de los dones de san José*, del dominico Isidoro Isolano.

15. Dos obras de gran altura

La década de los 70 vio ampliado el catálogo BAC de obras marianas de gran altura. Comienzo con el estudio del P. José Antonio de Aldama titulado María en la Patrística de los siglos I y II, aparecido en 1970 con el significativo número 300 de la serie Normal. Recuerdo perfectamente la reunión que tuvimos en el despacho del Director, Muniain. Ya sólo el nombre y la persona del autor eran garantía plena para la aceptación. Pero además avalaba la edición el contenido de la obra: la presentación en sus orígenes de los dogmas y de la inicial teología mariana. Lo explicaba en su prólogo el P. Aldama con palabras que expresaban la gran criteriología editorial de la BAC: "Un teólogo católico no puede escribir la historia de los dogmas marianos, dejándose guiar con exclusividad absoluta por un método puramente positivo e histórico. El sentido de la tradición viva de la Iglesia tiene que acompañarle siempre en su estudio. No para viciar la verdadera investigación, contaminando desde fuera la interpretación austera de la línea histórica; sino para utilizar un elemento más, de valor incalculable, en la tarea sutil de sorprender un sentido a veces apenas perceptible, en el que, sin embargo, late realmente la fe perenne de la Iglesia".

El P. Aldama, que había sido, primeramente, profesor en la Gregoriana, después, en la Facultad de Granada, más tarde, en la Pontificia salmantina, redactó esta obra en los años que pasó –década de los 60– en el Colegio de la Compañía de Jesús en Eegenhoven, Bélgica. Conocíamos en la BAC las circunstancias históricas especiales de aquellos años, a las que discretamente alude el autor en su prólogo; circunstancias, que reforzaron la decisión de publicar esta obra sin dilación alguna. Era el P. José Antonio de Aldama todo un cumplido caballero, un ejemplar religioso y un más que sobresaliente teólogo.

En las alturas de la mariologia levantada editorialmente por la BAC destacan varias obras de otro insigne teólogo español, el P. Cándido Pozo Sánchez, discípulo fiel del P. Aldama. Fue el P. Pozo un eminente teólogo con presencia

internacional consolidada y alta estima personal de Pablo VI, de Juan Pablo II y del Cardenal Ratzinger y luego Obispo de Roma Benedicto XVI. Enseñó primero en la Facultad de Teología, de Granada, de 1957 a 1965. Luego pasó a la Gregoriana, donde estuvo de 1965 a 1977. Volvió posteriormente a la ciudad del Darro. Juan Pablo II le nombró miembro, durante varios trienios sucesivos, de la Comisión Teológica Internacional. Perteneció a la Pontificia Academia Mariana Internacional y a la Sociedad Mariológica Española. Y trabajó incansablemente y decisivamente en la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, en varias de las sesiones de este organismo consultivo. Juan Pablo II le distinguió personalmente, dispongo de documentación fotográfica; y trabajó en varias ocasiones con el Cardenal Josef Ratzinger en la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Debo añadir algo que no es conocido, pero de lo cual obtuve información completo y fidedigna. En una ocasión, el Cardenal Ratzinger llamó a Roma al P. Pozo. Estaba ya concluida la versión latina del *Catecismo de la Iglesia Latina*. Iba a publicarse, pero surgió una seria dificultad. El latín de la versión hecha adolecía de un estilo excesivamente curial. No era el propio de un texto catequético universal. Y el Prefecto de la Congregación romana para la Doctrina de la Fe encargó al P. Pozo que revisara la traducción y la adaptara, en vocabulario, sintaxis y estilo, a la forma propia del latín de escuela, de los textos escolásticos. Seis meses dedicó el P. Pozo a esta labor de reconversión del teto latino oficial del Catecismo. Dispongo de la fotografía en la que Juan Pablo II y el entonces Cardenal Ratzinger comentan agradecidos, sonrientes y diría que admirados, la labor del P. Pozo.

Hago esta declaración y he hecho la anterior enumeración, para justificar la categoría católicamente eclesial del autor de una obra, que disfrutó de dos títulos, singularidad, que paso a explicar. En abril de 1974 se publicó, dentro de la *Historia salutis*, la obra titulada *María en la obra de la salvación*, que se reeditó en 1990. 30 años más tarde, en 2005, se volvió a publicar, actualizada y por ello ampliada, con un nuevo título *María, nueva Eva*. Un misma obra, con dos títulos, providencialmente complementarios por razón de la serie, en que apareció el primero; divinamente personalizado, el de la segundo. Pero no sólo hubo cambio de lema. Cambió también el número de la colección Normal, pues pasó del 360 al 652.

Fue *María, nueva Eva* obra de alta investigación mariológica, regida por dos criterios operativos: el propio de la sede académica estricta para la enseñanza de la teología, y el de incorporar los avances habidos en el campo ecuménico en torno a la teología mariana. Es, en suma, una obra de valor permanente. Y no huelga añadir que en el 2003 el P. Pozo recibió merecidamente el

premio "René Laurentin-Pro Ancilla Domini" por sus numerosas, constantes y certeras aportaciones al diálogo ecuménico sobre la Virgen María.

No paró aquí el magisterio eclesial mariológico del P. Pozo. En 1979 la BAC publicó, en la Popular con el número 18, un nuevo trabajo suyo, titulado *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, que puede, con toda razón, considerarse como el hermano menor de la precedente obra del mismo autor.

Tuvo hasta 1988 cuatro ediciones. Estaba dirigida al entero Pueblo de Dios, como ejemplarmente declaraba el autor en el prólogo: "Soy miembro de ese Pueblo por gracia de Dios en el bautismo. Como teólogo me debo al servicio de ese Pueblo". Escrito sin pretensiones técnicas documentales, que estaban fuera de lugar, el P. Pozo logró resumir, para lectores no cualificados profesionalmente, toda la inmensa realidad de la Virgen Madre de Dios, con sencillez, claridad y perfecta adaptación. Sencillez en la dicción, claridad en el contenido, y adaptación en la carga selectiva de las materias. Por otra parte, como reza el mismo título de la obra, se combina el retrato de María trazado por Dios en la Escritura Sagrada con los rasgos de ese retrato divino, transmitidos por vía extrabíblica en la Iglesia, sobre María, Madre de la Iglesia y prototipo de ésta. Por ello, se cierra la obra con un capítulo dedicado a los fundamentos del culto a la Señora devotamente serio y bíblicamente fundado. Dentro de este capítulo merece mención especial el epígrafe dedicado a la riqueza encerada en el título de Reina y Madre, la *gebirá* del eterno Reino de Dios.

16. Últimas aportaciones mariológicas

Reúno bajo este epígrafe algunas obras de contenido variado, unificadas por el culto a la Santísima Virgen.

Ya en 1954, dentro de la serie *Doctrina Pontificia*, publicó la BAC el volumen *Documentos marianos*, en el que su autor, el P. Cándido H. Marín reunía todos los grandes documentos de los Papas contemporáneos sobre la Santísima Virgen, y la devoción mariana.

En 1993, número 533 de la Normal, se publicó, traducida por Bartolomé Parera Galmes, otra obra del P. Ignacio de la Potterie: *María en la obra de la salvación*, cuya gestión para la lengua española se había hecho llevado a cabo en los años 80.

Tres años antes habíamos editado un estudio de don Laureano Castán Lacoma, Obispo de Siguenza-Guadalajara, titulado *Las bienaventuranzas de María*, estudio mitad teológico, mitad espiritual, que tuvo hasta 1985 5 ediciones, en BAC Minor 22. Atendía el autor a la necesidad de preparar y consolidar

la urgente acción evangelizadora, que los tiempos imponen, con el previo y simultáneo cultivo de la vida interior y el ejercicio sacrificado de las virtudes, y todo ello con la ayuda de una honda y bien ordenada devoción a la Virgen.

En 1988 publicamos una singular Mariología. Me refiero a la *Mariología poética española*, obra monumental, BAC Maior 34, preparada por Laurentino M. Herrán, antiguo profesor de Literatura en el Seminario de Palencia y miembro de la Sociedad Mariológica Española y de la Academia Internacional Mariológica. Prologó la obra el cardenal don Marcelo González Martín, quien contribuyó económicamente a la edición con su proverbial generosidad.

Era una mariología un tanto insólita, afectiva y efectiva. Como declaraba el autor, el tema de la obra "en vez de de tratarlo con método teológico,... su desarrollo trascurre por los poetas de España desde el origen de las distintas lenguas hasta el momento actual". Y añadía con razón que "para muchos fue siempre la vertiente de la literatura mariana como una especie de *locus theologicus* para la expresión total del tema en cuestión". No en balde el *sensus fidei* utiliza la poesía ayer y hoy como elocuente cauce expresivo. Están recogidas en este volumen muestras poéticas de todas las lenguas, que se hablan en el suelo español, con el natural predominio numérico de la universal y común lengua castellana.

Y junto a ella, María, su esposo José. Meses antes de dejar la dirección de la BAC, el mismo autor, Laurentino M. Herrán, nos ofreció el complemento de la singular Mariología anterior, con una obra similar, pero josefina, *San José en la poesía española*. La oferta merecía el sí y la publicamos. Y salvamos una vez más la extenuante dificultad económica de los años ochenta con la ayuda económica, una vez más, del Cardenal don Marcelo González Martín. Aceptada la obra en el año 1989, apareció en abril del 2001.

17. Sobre los novísimos

Había concluido el Vaticano II. Entre el inesperado oleaje, que se suscitó tras el Concilio, no a causa de éste, sino con ocasión y extramuros del mismo, la dirección de la BAC comenzó a observar ciertos hechos curiosos. Uno fue el silencio que empezó a cubrir ciertas grandes realidades fundamentales de la fe, y algunas novedades extrañas, Entre estas últimas se aireaba la negación de ciertos aspectos de la escatología tradicional. Me explico. Sabemos por los mismos catecismos y la enseñanza religiosa normal que existen dos períodos escatológicos: el final y el intermedio.

La escatología final es la del último día de la humanidad, la que seguirá al Juicio Final, la del cierre del tiempo, conclusión de la historia, y apertura

del comienzo definitivo del llamado *aevum*, eterno para todos, para los bienaventurados y para los precitos. Es el período anunciado por el *Iudex crederis esse venturus* del Te Deum: creemos que el Jesús, el Señor, vendrá como Juez al final de la historia. La escatología intermedia es, a su vez, la que trascurre inexorable, desde el momento de la muerte y el juicio particular hasta el último día, con el paso, tras la muerte, del alma separada a su destino definitivo. Es el indicado por el Señor en la cruz, respondiendo a la petición del Buen Ladrón: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". Pues bien, afirmaban algunos la escatología final y negaban la intermedia.

Ya en 1956 habíamos publicado, en este sector de la teología dogmática, una espléndida obra del P. Royo Marín titulada Teología de la salvación, en la que se exponían todas las realidades y etapas de la escatología, la intermedia y la final. Publicada con el número 147 de la Normal, tuvo 4 ediciones hasta 1997. Prologó este estudio el Obispo de Salamanca, Francisco Barbado Viejo. Ante la extraña tesis de la pretendida supresión de la escatología intermedia, acudimos a nuestros autores, que eran también con frecuencia nuestros consultores. Y tuvimos la suerte de que uno de ellos nos presentara a finales de los 60, concluido el Vaticano II, un original titulado expresamente Teología del más allá. Autor, un ya entonces conocido nuestro, miembro destacadazo de la Comisión Teológica Internacional, el P. Cándido Pozo, especialista precisamente en este tratado teológico. Con el número 282, de la BAC Normal, apareció en 1969, con una tirada de 12 000 ejemplares. La edición se agotó con tal rapidez, que hubo que hacer una segunda tirada al año siguiente. Formó parte de la serie de la Historia salutis y sigue manteniendo su actualidad -año 2008en el catálogo de la BAC.

Hicimos algo más, dada la importancia del tema. Publicamos en los Cuadernos BAC, con el nivel de los lectores comunes, *La resurrección de los muertos*, –1986– de J. A. Domínguez Asensio, profesor en el Centro de Estudios Teológicos, de Sevilla; y *Vida más allá de la muerte*, –1984– redactado precisamente por el P. Cándido Pozo. Antes de abandonar la BAC en 1989, encargamos al P. Royo Marín que ampliase la realidad de la voluntad salvífica universal de Dios, tema que, por su conexión con la escatología, había abordad como parte de su anterior *Teología de la salvación*. Aceptó el encargo y se publicó en 1995 un nuevo libro, Minor 81, con el título de ¿Se salvan todos?

18. Dos noes

Concluyo este ya largo capítulo sobre los tratados teológicos con el recuerdo de dos noes. El primero, en el campo de la eclesiología. El segundo, en el sector del ecumenismo. A comienzos de los años 80, un autor, no hace al caso su nombre, con obras ya en la BAC, nos presentó un original, en el que a propósito de la colegialidad y en el nuevo marco orgánico de las conferencias episcopales, propugnaba la tesis de que éstas constituían un como escalón intermedio entre la plena colegialidad con Pedro y bajo Pedro, y la autoridad del obispo en su diócesis. Y que podía afirmarse la autoridad magisterial de ese nuevo escalón eclesial con la garantía del *iuris divini*. Nos extrañó tal novedad. Consultamos con las personas y los órganos autorizados, todos los cual apoyaron desde el primer momento nuestra negativa. El autor insistió y hubimos de recurrir al oportuno argumento de la difícil situación económica, en que se hallaba la BAC. Y no se publicó.

Segundo no: en 1987 no pude acudir a la Feria Internacional del Libro en Frankfurt. Fue a ella Bartolomé Parera, nuestro Subdirector Técnico entonces, quien acordó con las Edizioni Paoline, de Roma, editar en la BAC un libro titulado *Mil cien años de fe*, con una larga entrevista que su autor, el columnista del diario italiano *L´Unità* sobre asuntos vaticanos, había mantenido con el Patriarca ortodoxo de Moscú, Pymen. Repasé detenidamente el libro y encontré varios pasajes poco fraternos con la Iglesia de Roma y poco respetuosos, y soy comedido en la adjetivación, con el Obispo de Roma, el Papa Juan Pablo II. Decidimos que no. Escribimos justificando la negativa y nada pasó. Y conviene añadir que gracias a Dios hoy las relaciones con el Patriarcado de Moscú han cambiado a mejor, como declaró en abril de 2009 el Arzobispo Hilarion de Volokolamska, en su visita oficial a Roma: "Nunca han sido tan buenas nuestras relaciones...Sólo juntos podremos proponer al mundo los valores espirituales y morales de nuestra fe". Y mostró su pleno apoyo a Benedicto XVI "por su compromiso en defensa de los valores cristianos"²⁰.

Y a este propósito de los dos noes, menciono, para aviso de editores noveles, una sabia sentencia de Máximo Cuervo: "El éxito de un editor está más en los noes que da a ciertas originales que en los síes de los libros que publica".

²⁰ Véase *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de abril de 1909.

Intervalo autobiográfico

No me ha parecido inconveniente introducir este intervalo, que en mi intención se asemeja a un entreacto, para cierto descanso del lector, y sobre todo por una razón de fondo. Todos los elementos de estos Apuntes son ya en sí mismos autobiográficos, testimonios personales de una gran obra corporativa realizada dentro de EDICA, por miembros de la Asociación Católica de Propagandistas. Y no resulta, a mi juicio, inoportuno que justifique ante el lector cómo, cuándo y por qué entré a trabajar en la BAC y consiguientemente en EDICA.

He huido siempre de toda vana ostentación personal. Pero aquí y ahora debo exponer las circunstancias, que considero providenciales de mis primeros pasos en las instituciones referidas. Se ha escrito recientemente que el autor de estos Apuntes fue "uno de los más estrechos colaboradores de Cuervo", "uno de sus más directos colaboradores".

1. Una llamada telefónica

Retrocedo en el tiempo. Hace más de 50 años. En abril de 1953 estuve unos días en Madrid. Me albergué en el entonces recientemente inaugurado Colegio Mayor José Antonio, del Sindicato Español Universitario, hoy convertido en Rectorado de la Universidad Complutense. Por medio de un antiguo amigo de El Puerto de Santa María, visité a José María Sánchez de Muniain, cofundador y Subdirector de la Biblioteca de Autores Cristianos –BAC–. No tenía esta visita propósito alguno preconcebido. Quería simplemente comprar, como en efecto compré, un ejemplar, en cinco volúmenes, de la *Suma de Teología* en latín, que acababa de publicar la BAC.

Me recibió Muniain cordialmente. Hablamos largo rato. Me preguntó sobre mis estudios anteriores en la Compañía de Jesús. Di cuenta detallada de ellos. Me interrogó sobre mis nuevos estudios y proyectos. Le dije que estaba

MANUEL GUTIÉRREZ NAVAS, General Máximo Cuervo Radigales, p. 415 y 438, Instituto de Estudios Almerienses, Almería 2012.

estudiando Derecho, como libre, en la Universidad de Sevilla. Que me examinaría en junio del primer curso y en septiembre del segundo. Esto le sorprendió. Y me dijo, al final de esta larga conversación, que cuando yo viniera por Madrid, le visitara de nuevo. Y esto fue todo.

Pasó el verano. En junio aprobé el primer curso. Y en septiembre fui a Sevilla para los exámenes del segundo curso. Era, lo recuerdo bien, el 20 de septiembre de 1953. Hora, las 8 de la tarde. Me hallaba en mi habitación del Hostal Don Pedro, repasando el texto de Einaudi de Hacienda Pública. En esto me avisaron que tenía una llamada telefónica de Madrid. Bajé, no sin cierta extrañeza, a la recepción y me puse al habla. Era don Ángel Herrera, Obispo de Málaga, que me llamaba desde Madrid. Ouedé sorprendido. Me había llamado a Cádiz y logró que le pusieran en Sevilla conmigo. Nueva sorpresa. Me preguntó sobre los resultados de mis exámenes de junio. Le informé globalmente que había aprobado, pero no le declaré las notas. Me pidió que se las dijera y me interrogó sobre cuando terminaba los exámenes del segundo año. Le repuse que al día siguiente. Y entonces -tercera interrogación- me preguntó si el día 30 de aquel mes de septiembre podía yo visitarle en Málaga, a las doce del mediodía, en el Palacio episcopal. Naturalmente contesté que por supuesto. Y al concluir la conversación telefónica me deseó buenos resultados en los exámenes.

Llegó el 30 de septiembre. Fui en autobús de Cádiz a Malaga vía Algeciras. A las doce en punto me recibió don Ángel en su despacho. Yo no le conocía personalmente. Pero sabía de él desde mis años en el Colegio de san Felipe Neri, de los marianistas, en Cádiz, porque nuestros profesores nos habían hablado con frecuencia de la ejemplar personalidad de don Ángel Herrera, de sus intervenciones como orador en dos actos celebrados en el patio del Colegio, y del periódico madrileño por él dirigido *El Debate*. Pero, repito, nunca le había visto.

Desde el primer momento de la entrevista observé, con nuevo asombro y no sin cierta confusión, que me hablaba paternal y confiadamente, como si ya me conociera. Volvió sobre el tema de los estudios y me preguntó sobre las notas recibidas en el segundo curso de Derecho. Gracias a Dios, le dije, no son malas. Se rió, y me pidió que se las dijera, las de los dos cursos. Lo hice. Del resto de la no corta conversación no me acuerdo. Pero sí me acuerdo del final. Me preguntó si estaría dispuesto a ir a Madrid el 7 de octubre siguiente, para hacerme cargo de la secretaría organizadora de un Seminario sobre la dignidad de la persona humana, que él había iniciado en el Instituto Social León XIII, trasladado hacía poco a Madrid, y fundado anteriormente por él en Málaga. Me precisó que tendría por este trabajo un sueldo de dos mil pesetas.

Mi contestación inmediata fue que estaba por completo a sus órdenes. Y el 7 de octubre dejé Cádiz y entré en el equipo dirigente del León XIII, que ocupaba toda una planta, la tercera, si no recuerdo mal, del edificio de La Editorial Católica, en el que estaban la redacción y la imprenta del YA y los locales de la BAC. Conocía el edificio por mi anterior visita de abril.

2. En el Instituto Social León XIII

Dirigía el mencionado Seminario sobre la dignidad de la persona humana Leopoldo Eulogio Palacios, catedrático de Lógica en la Complutense y miembro de la Asociación Católica de Propagandistas. Nos entendimos perfectamente desde el primer momento. Además de la labor de la secretaría impulsora de los trabajos, don Ángel me encargó que estudiara y redactara el artículo de la persona humana en san Agustín. Eran varias las colaboraciones, que se estaban preparando con vistas a un futuro libro. Hice el trabajo en aquel mismo mes y lo entregué a fines de noviembre a don Ángel. Le gustó.

Pero héte aquí, que me llamó en ese mismo mes desde la BAC José María Sánchez de Muniain para un asunto editorial que requería examen serio. Acudí a su despacho de la planta cuarta de Alfonso XI, 4. Y desde este momento se cruzó definitivamente en mi vida la BAC. Tuve que combinar durante los meses restantes de 1953 y a lo largo de 1954 el trabajo del León XIII con los encargos de la BAC y la preparación de los cursos tercero y cuarto de Derecho, ya en la Complutense, previo el traslado de mi matrícula a Madrid. Conocí entonces personalmente a don Máximo Cuervo, Director de la BAC.

En el curso académico 53-54 se concluyeron los trabajos del seminario. Recuerdo el de José María González Ruiz, canónigo de Málaga, escriturista, hombre de gran talento. Había escrito un excelente estudio sobre la dignidad de la persona humana, nada menos que en san Pablo. Con Leopoldo E. Palacios mantenía largas charlas en un café situado en la calle Princesa, en la acera de la izquierda, según se sube, y pasado el cruce del paseo de Marqués de Urquijo. Le gustaba que intentáramos hablar en latín, que él lo hacía con suficiente vocabulario y algún que otro tropezón en la sintaxis. Era una gran persona, a la que no le agradaron posteriormente ciertas determinaciones del Vaticano II.

Durante aquellos meses tuve que suplir en varias ocasiones, como profesor ayudante eventual, a Carlos Ollero, sevillano, catedrático de Derecho Político en la Complutense, y profesor del León XIII. También con él entablé cordial y sólida amistad. Fui por ello varios meses profesor del Instituto Social León XIII, repito que eventualmente, y, entre otras cosas, me acuerdo que al explicar el pensamiento de las grandes encíclicas políticas del gran León XIII,

pude comprobar ya, con sorpresa, las críticas negativas de algún sacerdote, críticas precursoras de lo que sobrevendría tras el Vaticano II y no a causa del mismo.

Dos nombres debo recordar de mi paso por el León XIII, de Alfonso XI, 4. Don Félix Ovieta, sacerdote de la diócesis de Bilbao, y hombre de confianza de don Ángel. Llevaba la dirección general del Instituto. Y José Jiménez Mellado, Gerente del Instituto, propagandista, de cuya fraterna amistad gocé hasta su cese en la dirección de la Fundación Universitaria del CEU. Nombres de personas, que para el lector poco dirán por el paso inexorable del tiempo, pero que en mi memoria permanecen cordialmente grabados, como la totalidad de la riqueza nominativa personal de otros muchos sujetos, genuinos actores y autores de los recuerdos, que consigno en estos capítulos.

3. De cómo entré en la BAC

Dejo, en esta suma de evocaciones autobiográficas e institucionales, el León XIII y paso ya a la BAC. Me incorporé, sin contrato escrito y sin seguridad social, en noviembre de 1953. Me llamó Muniain para pedirme un parecer sobre un original de la BAC. Me presentó a don Máximo, a quien ya conocía, aunque muy poco.

Era el primer encargo que yo recibía. Me pidió don Máximo que repasara estilísticamente y preparara tipográficamente la traducción castellana, que de algunas obras de Dante Alighieri había hecho y enviado a la BAC el profesor Giovanni María Bertini, titular de Literatura española en la Universidad de Turín. Acepté el encargo y cuál no sería mi sorpresa al comprobar que la traducción del Bertini, tanto del libro *Sobre la monarquía* como la de *El convite* eran reproducción literal exacta y continuada, y por consiguiente plagio evidente, de las versiones castellanas, que de la primera obra había publicado hacía poco la Editorial Losada, de Buenos Aires, y de la segunda había hecho Espasa Calpe, en la benemérita colección Austral.

Comprobé detenidamente el hecho y las dimensiones totales del plagio, y a los dos días me presente a don Máximo y le expuse el curioso hallazgo. Quedó sorprendido, y me dijo, con su acostumbrada energía pronta, que no lo creía y llamó a Sánchez de Muniain. Acudió éste, oyó mi explicación, le pasé los ejemplares de las ediciones referidas, y le indiqué unas cuantas muestras. Examinó los datos y le dijo inmediatamente a don Máximo unas palabras que literalmente reproduzco, porque no las he olvidado: "Máximo, José Luis tiene toda la razón. Es un plagio. Mira a ver qué haces".

Excusado es decir que don Máximo me encargó que hiciera una traducción nueva y por eso en el volumen 157 de la colección Normal – Obras completas del Dante – aparece mi colaboración, que no fue simplemente tal, ya que en sentido exacto tendría que haberse suprimido la mención de Bertini, al cual se le adjudicó una "interpretación literal", que desapareció por completo en la versión nueva. Me pagó don Máximo el trabajo de varios largos meses. El traductor foráneo no recibió una peseta. Y no hubo reclamación alguna.

4. Nuevas llamadas del Director de la BAC

Esto era en noviembre, 1953. Al mes siguiente, nueva llamada de Máximo Cuervo. Me dijo simplemente que fuera a ver a don Ángel, que quería verme. Residía entonces don Ángel, cuando venía a Madrid, –no estaba levantado el edificio del León XIII–, en la calle del Bosque, en una residencia de las Carmelitas de la Caridad. Acudí inmediatamente a la llamada. Habló el señor Obispo y me expuso con la breve claridad, que acostumbraba y que a mí me encantaba, la situación de una obra por él dirigida, que estaba ya editorialmente en marcha en la BAC. Se trataba de la monumental obra *La Palabra de Cristo*.

La realización de los diez volúmenes iba con una lentitud inconveniente y por ello inaceptable. Actuaba como secretario coordinador y alma operativa del proyecto un ejemplar propagandista vallisoletano, alto funcionario en el Ministerio de Trabajo, Tomás Cerro Corrochano, que pocos años más tarde fue gran amigo mío en el Consejo de Redacción del YA. Al paso que se llevaba, me advirtió don Ángel, la obra tardaría diez o doce años en publicarse. Esta tardanza era mortal. En dos años y medio se habían publicado sólo dos volúmenes, el I y el VIII. Don Ángel me expresó su deseo de que me hiciera cargo de la secretaría y de la dirección operativa de la edición. Era la obra uno de sus sueños para potenciar la predicación homilética en España e Hispanoamérica. La había pensado, organizado en esquema previo y en parte redactado, sólo en parte, durante sus estudios de teología en Friburgo, de Suiza, y en los años de su estancia como coadjutor en la parroquia de Santa Lucía, en Santander. Concluimos que yo estudiaría el asunto y respondería enseguida a don Ángel.

Hablé inmediatamente con Tomás Cerro, quien me entregó, sin disgusto alguno, antes bien con muestras de agrado, los materiales que tenía. Repasé los dos volúmenes publicados y el cuadro de colaboradores. Hablé también con Muniain, Subdirector de la BAC. Y a los tres días me presenté a don Ángel con la respuesta articulada, o sea, condicionada. Le manifesté que si la preparación de los originales por los distintos colaboradores se hallaba en la fase avanzada, que él me decía, podrían publicarse los ocho volúmenes restantes en dos años

y medio o tres. Y me repuso que adelante. No me mostró la menor duda por su parte.

El encargo era complejo y laborioso, porque bajo la tarea principal del control, revisión, preparación tipográfica y corrección de pruebas, quedaban dos delicadas tareas particulares: una, el control y preparación de los guiones homiléticos, parte principal de la obra; y además, rehacer en futuras ediciones, y concretamente en el volumen I y en el VIII, ya publicados, dos secciones, la de los textos escriturísticos en la sección de Liturgia; y por entero la reelaboración de la sección llamada Miscelánea histórica y literaria.

Me puse inmediatamente al habla con don Máximo. Éste, como solía, me dijo que no creía lo del tiempo previsto por mí. Llamó otra vez a Muniain, quien le dijo que confiara en mí. Yo le repuse a don Máximo que se atuviera a los resultados, y le anuncié que el volumen inmediato, que era el II, lo tendría disponible para la imprenta en febrero de 1954.

Y para explicar cómo trabajaba don Ángel debo añadir dos cosas. Primero, me dijo que los diferentes guiones homiléticos, que él personalmente redactaba para este importante sector de la obra , quedaban a mi decisión en cuanto a la disposición tipográfica. Él, por su parte, reuniría a los colaboradores de Málaga, para que me obedecieran en cuanto a los plazos de entrega. Pero le indiqué que para rehacer las dos secciones señaladas, la litúrgica y la hagiográfica, necesitaría ciertas obras. Le dije cuáles. Y el Consejo de Administración de EDICA concedió a la BAC, a petición de don Ángel, una ayuda de 25.000 pesetas para las compras, que hubo que hacer del necesario material bibliográfico. Se compró un ejemplar completo del gran diccionario teológico de D´Ales, el Butler´s Lifes of the Saints, y los doce volúmenes de las biografías de los santos y de los beatos, elaborados y publicados por los benedictinos de París. Puso además don Ángel a mi disposición los 5 tomos de las obras completas del inmenso Bossuet, de su propia biblioteca.

Se cumplió el plazo previsto y la obra se concluyó en la fecha inicialmente señalada. Y hago constar que don Ángel me llamó al final para agradecerme lo hecho.

Tercera operación: San Agustín. Se había concluido la publicación prevista en el contrato con la Orden, firmado con el P. Félix García, de los 18 volúmenes de las obras del santo Obispo de Hipona. Director de la publicación fue el P. Félix . Y don Máximo planteó la necesidad de que el volumen XVIII se cerrara con un nutrido índice de materias de todos los volúmenes. Habló con el P. Félix y éste dijo a don Máximo que la confección de tal índice requería el concurso de varios Padres agustinos y la entrega a la BAC del original completo

del índice de los diez y ocho volúmenes tardaría aproximadamente dos años. Plazo que se consideró inaceptable. Me llamó una vez más don Máximo. Le había dicho Muniain que yo había estudiado recientemente en el León XIII las obras de san Agustín, en la edición de la BAC. Me preguntó don Máximo si podría yo elaborar ese índice. Examiné el asunto y tras un detenido examen del trabajo, le manifesté que podría confeccionarlo con amplitud temática en seis meses. Lo aceptó y cumplí el plazo. Y me pagó don Máximo espléndidamente, no recuerdo la cantidad.

Hubo otra tarea, la de la publicidad de las obras de la BAC. En este punto el trato y el encargo vinieron directamente de Muniain, con quien me había identificado plenamente desde el primer momento. Dos tareas: dar cuenta, en puro anuncio de publicidad de las obras que iban publicándose. Y ello en el *YA* y en *Ecclesia*, Y otra labor: enviar ejemplares de tales novedades a las revistas, para su crítica y comentario. Comencé a cumplir este encargo desde diciembre de 1953. A lo anterior se añadió la preparación y edición de los catálogos de la BAC, en los cuales a la mera secuencia numérica de las obras, se añadió una sección por agrupación temática de los títulos.

Naturalmente, con estas intervenciones editoriales, don Máximo y Muniain fueron dándome cada vez mayores márgenes de confianza. En realidad, estaba actuando como una especie de servicios de bombero de la BAC, para los casos que surgían de hundimiento de obras; o como división móvil de reserva, para cubrir sectores del frente editorial seriamente amenazados. Y como cierre de este procedente capítulo autobiográfico se me dio un recoleto despacho, situado al otro lado del pasillo de la BAC, que daba la espalda a la sala de reuniones del centro madrileño de la Asociación Católica de Propagandistas. Todo un acercamiento físico y espiritual.

Los Santos Padres

En el elenco inicial de las grandes Secciones de la BAC la Patrología, los Santos Padres, ocupaban el tercer puesto, la Sección III. Y a ellos han ido dedicando su atención los sucesivos equipos directores de la obra. Como pauta ordenadora de cuanto debo recoger en este capitulo, precederán los volúmenes dedicados al cristianismo primitivo; irán a continuación las obras de algunas de las grandes figuras de la Patrística; y finalmente la edición de una obra colectiva y de conjunto, la del profesor Quasten sobre la entera Patrología.

Adelanto dos avisos. Uno, sobre dos grandes nombres, san Ireneo y san Bernardo. El primero ha quedado recogido en el capítulo de los tratados teológicos. El segundo, lo remito al sector de la espiritualidad.

Pero debo añadir una consideración de conjunto sobre la forma de operar de la dirección de la BAC en este campo de la patrología. Hubo autores, que desde el primer momento fueron objeto de especial y continuada atención. Y hubo autores, sobre los cuales se actuó en virtud de ofertas e iniciativas sobrevenidas. A título de ejemplo, son muestras del primer grupo san Agustín, san Isidoro y otros Padres españoles. Dentro del segundo sector, se alinean los demás Santos Padres.

1. Un primer gran traductor

Conservo dos recuerdos iniciales, el que acabo de indicar sobre la pronta presencia de los Santos Padres en el catálogo editorial, y el de un traductor especializado y constante. Me refiero a don Daniel Ruiz. Bueno, sacerdote, licenciado en Teología, y dueño expedito de los secretos de la sintaxis y de la estilística tanto latinas como griegas.

Tuvo la dirección de la BAC el acierto, apuntado ya en Oña, de publicar primeramente varias obras sobre la época post-apostólica, de la Iglesia. Y así, traducidas por don Daniel fueron apareciendo las *Actas de los mártires*, número 75, que tuvo hasta 1989 tres ediciones; los *Padres Apostólicos*, 65; y los *Padres Apologistas griegos* (siglo II), 116 en el catálogo de la Normal. Siempre con el

texto bilingüe. En 2009 la nueva dirección ha tenido el acierto de reeditar en un solo volumen los Apostólicos y los Apologistas, con solo el texto castellano y una nueva versión hecha por un gran especialista, el patrólogo Juan J. Ayán, profesor en la Facultad teológica de San Dámaso, Madrid.

También intervino Ruiz bueno como traductor y preparador de los volúmenes dedicados a las *Homilías sobre san Mateo*, de san Juan Crisóstomo, en dos volúmenes, 145 y 146, que posteriormente se han visto reeditados; las *Cartas de san Jerónimo*, también en dos volúmenes, 219 y 220; y el *Contra Celso*, de Orígenes, 273. Nuevamente, con el original y la versión correspondiente. Como puede comprobar el lector, la presencia de Ruiz Bueno se mantuvo durante casi dos decenios. De trato sencillo, siempre afable, nunca, que yo recuerde, hubo fricción alguna durante su larga colaboración patrológica con la dirección.

2. Los textos eucarísticos primitivos

Con este título publicó la BAC los dos densos y ricos volúmenes sobre la primitiva literatura eucarística, preparados por un consumado teólogo, de cuya persona conservo grato recuerdo personal, el P. Jesús Solano, de la Compañía de Jesús. Fueron los números 88 y 118 de la Normal.

Era el P. Solano profesor de Teología. Fue Rector de la Pontificia Universidad Comillas. Y consejero asiduo de la dirección de la BAC. Capellán, durante la Guerra, del crucero *Canarias*, unía a su dominio de la ciencia teológica, la sabiduría del espíritu. Maestro de la devoción al Corazón de Jesús, dedicó sus últimos años a la dirección general, desde la Curia romana de la Compañía, al Apostolado de la Oración.

3. Los Santos Padres españoles

Fue esta una iniciativa de la Pontificia de Salamanca. Disponía la Pontificia salmantina de un excelente grupo de patrólogos, entre los que destacaba Ursicino Domínguez del Val. En 1971 y 1973 aparecieron dos volúmenes bajo el título de *Santos Padres españoles*, números 320 y 321 de la Normal. Preparó la autorizada Nota introductoria el propio Domínguez del Val. Texto bilingüe, con nueva fijación crítica del texto latino. Contenido: las Reglas monásticas de la España visigótica, la de san Leandro, la de san Fructuoso y la de san Isidoro; los tres libros de las *Sentencias* de san Isidoro de Sevilla; y las obras de san Ildefonso de Toledo.

Recuerdo el interés por la edición crítica y la primera versión española del *De virginite perpetua sanctae Mariae*, con una depurada fijación nueva del original. Autores del estudio fueron dos catedráticos de filología latina de Salamanca, Julio Campos e Ismael Roca, y el catedrático también de filología latina de la Universidad de Zaragoza, Vicente Blanco García. Fui testigo directo de esta contribución patrística, que sigue ostentando valor de mantenida actualidad.

Continuó Salamanca su presencia en la patrología de la BAC con una nueva iniciativa, las *Obras de san Cipriano*, con varios tratados y 81 carta del gran campeón y mártir africano de la fe católica. Apareció en 1964, número 241 de la Normal. Fue también Julio Campos el autor de la introducción, la biografía, la versión castellana, las notas y los tres índices. Enriquecida con el texto original, constituyó esta edición una valiosa novedad en la bibliografía patrística española, con la que se quiso remediar el escaso valor que hasta entonces se había concedido al ejemplo y a los escritos del Santo.

San Gregorio Magno estuvo a la vista de los proyectos BAC desde el principio. Y ya en 1958 se publicó el volumen 170, gracias a la colaboración de Melquíades Andrés, catedrático de la Universidad de Cáceres, quien encomendó la tarea traductora a Paulino Gallardo, y elaboró él personalmente una nutrida introducción general, las numerosas notas, y cuidó la fijación del texto latino. El volumen recogía, en primer lugar, la *Regla pastoral*, monumento de sabiduría ascética y experiencia de gobierno; e incluía las homilías sobre la profecía de Ezequiel y sobre los evangelios.

4. Dos Santos Padres más

Me refiero a san León Magno y san Ambrosio. Cuidó la edición de sus obras un monje benedictino, que honró a la BAC en varios momentos con su colaboración, dom Manuel Garrido, de la Abadía de Silos, primero, y más tarde de la Abadía de Santa Cruz del Valle de los Caídos.

En 1966 publicó la BAC el tomo I de las *Obras de san Ambrosio*, número 256 de la Normal. Incluía el tratado sobre el Evangelio de san Lucas. Y en 1969 aparecía con el número 291, *San León Magno. Homilías sobre el Año litúrgico*, con un prólogo de don Demerio Mansilla, Obispo de Ciudad Rodrigo. Ambas obras con el texto latino y la versión española. En la Introducción del volumen dedicado a san Ambrosio, el P. Garrido hacía una declaración, que merece recogerse. Advertía, en efecto, que "la tradición de la BAC, que se remonta a sus mismos origen y planes de primera hora", incluía entre dichos planes "la edición en lengua española, juntamente con el texto original, de las principales

obras de los Santos Padres. Más de treinta volúmenes (en 1964) de su importantísima colección están dedicados a obras patrísticas".

5. Las obras de san Agustín

Efectivamente, dentro de esos 30 volúmenes estaban varios dedicados al inmenso Agustín, Obispo de Hipona.

Desde las conversaciones de Oña y las entrevistas de Santander, san Agustín quedó incluido en el programa primero de las publicaciones de la BAC. Era natural que el más genial y más completo de los Padres de la Iglesia latina y uno de los hombres más extraordinarios de la historia humana figurara en la lista de los primeros volúmenes de la colección. La Comisión de la Pontificia de Salamanca hizo suya esta previa decisión de los dos fundadores de la BAC.

Se puso en marcha la ejecución del proyecto, para lo cual contaron don Máximo y José María Sánchez de Muniain con el apoyo decidido de los Superiores de la Orden y sobre todo con el entusiasmo del P. Félix García, alma de la preparación de los volúmenes. Debo precisar que se contó además y principalmente, desde el primer momento, con la aportación corporativa, de sobresaliente calidad científica, de la comunidad del Monasterio de El Escorial. Y no debo olvidar que en esta corporativa aportación escurialense destacó la labor del P. Ángel Custodio Vega, de quien tendré ocasión de hablar en el capítulo de la espiritualidad.

La edición agustiniana en la BAC tuvo dos momentos. La primera operación discurrió a lo largo de casi veinte años. Se ceñía a una selección de las obras fundamentales de san Agustín: 18 volúmenes. Proyecto ambicioso, por completo nuevo en el panorama bibliográfico español. Incluía el tratado de *La Trinidad*, las *Confesiones*, la *Ciudad de Dios*, los *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, una amplia selección de sermones y otra de cartas. Pero sucedió que al concluir la publicación de los 18 volúmenes, la BAC y los agustinos decidieron ampliar la programación con las *Enarraciones sobre los salmos*, publicadas en cuatro tomos. En el volumen 18 se publicó un extenso y sistemático índice general de conceptos, elaborado por el redactor de estos Apuntes y que he recordado con cierto aire anecdótico en capítulo anterior.

Esta primera operación abarcaba así 22 tomos. El I, con el número 11 de la colección, publicado en 1946. El tomo 22, con el número 264, apareció en 1967. La edición fue bilingüe. El volumen I dispuso de una excelente introducción general escrita por un agustinólogo de primera división, el P. Victorino Capánaga. Las ventas de todos los volúmenes fueron excelentes. Y así terminó la primera operación de obras del santo Obispo de Hipona.

Hubo, como he dicho, un segundo momento, una segunda operación de gran envergadura: la de editar las obras completas del Santo. Estuve presente en todas las fases de la tramitación. Década de los 70. En uno de mis viajes a Roma, estuve una mañana, toda la mañana, en el *Agustinianum*, Instituto patrístico dirigido sabiamente por la Orden de San Agustín un Centro modelo de investigación seria y fecundo trabajo. Hablamos con el Director sobre el trabajo, que el Instituto estaba realizando, de la edición crítica completa de todas las obras agustinianas, texto latino y la traducción italiana correspondiente. Aquello me llamó la atención. Al regresar a Madrid, informé a Muniain, que quedó impresionado por la iniciativa oficial de la Orden. Y nos preguntamos si algo parecido podría hacerse en España, contando con los especialistas, numerosos, que la Orden tenía en España, y la capacidad técnica probada de la BAC.

Había fallecido el P. Félix García. Nos pusimos al habla con el Provincial, que vivía en la Residencia que la Curia tenía, supongo que allí sigue, en una calle que da a la avenida de Arturo Soria, casa aneja a una moderna parroquia dirigida por los Padres agustinos. Tema de la visita: ¿Podría la Orden, podrían las provincias de España, acometer la ingente tarea de continuar la edición de las obras de san Agustín hasta hacerla completa y por supuesto bilingüe? Al P. Provincial la idea le pareció desde el primer momento digna de estudio. Pero se planteaban dos cuestiones previas no ligeras. Primera cuestión: hombres, traductores e introductores. Segundo tema: el dinero, el presupuesto económico.

Tuvimos una segunda reunión. En la misma casa, ya con otros Provinciales y algunos ecónomos de la Orden. Yo manifesté que la BAC por sí sola no podría aportar, como había hecho en la primera operación, el capital necesario. En consecuencia, tendría que ser la Orden la que se comprometiera en cuanto al presupuesto. Días más tarde se reunieron los Provinciales y tuvimos la satisfacción de que, en efecto, la Orden se hacía cargo de la financiación de los nuevos volúmenes y nosotros de la reedición de los anteriormente publicados, es decir, los 22 ya editados.

Se formalizó y se firmó el contrato y se puso en marcha la primera edición bilingüe de las obras completas de san Agustín, promovida por la Federación Agustiniana Española. Seguidamente se nombró una Comisión responsable, a la que debe atribuirse el mérito de lo realizado. Edición monumental de 41 volúmenes, que es gloria conjunta de la Orden, de los autores y de la BAC.

Sólo cabe añadir, como epifonema de esta exposición, que la BAC tuvo el honor de publicar también –año 1961– una obra agustiniana excepcional, el *Enchiridion theologicum sancti Augustini*, confeccionado por un superespecialista en lo técnico y en lo espiritual, el P. Francisco Moriones Benedit. Se contiene en dicha obra toda una exposición sistematizada de la total

teología agustiniana. La obra fue premiada en el concurso celebrado con motivo de la conmemoración del XVI centenario del nacimiento de san Agustín. Posteriormente la BAC ha publicado en 2004, como obra complementaria del *Enchiridion*, una excelente *Teología de san Agustín*.

6. San Isidoro

No podía faltar en la BAC una de las altas cimas españolas de la patrística latina, san Isidoro de Sevilla. Han tenido sus *Etimologías* dos momentos.

En 1951 se publicó una primera edición, en la Normal, número 67. Con solo el texto castellano, en versión de Luis Cortés Góngora, canónigo y párroco de San Isidoro, de Sevilla. Tenía esta edición un elemento digno de mención especial: la amplia –87 páginas– y rica introducción general y los índices de tecnicismos isidorianos y de nombres de lugares y personas, elaborados aquélla y estos por el catedrático de la Complutense Santiago Montero Díaz, gran medievalista de los años cuarenta. Fue y es su introducción una gran pieza histórica y literaria. La edición se agotó inmediatamente.

Entre los proyectos de reedición de obras agotadas, que la BAC puso en marcha durante los años setenta, estaban las *Etimologías*. Pero había que acometer una edición totalmente nueva. Y en 1982 los volúmenes 433 y 434, ofrecieron esta nueva edición ahora bilingüe, preparada por consagrados especialistas. La versión estuvo a cargo del decano de la Facultad de Filología trilingüe, de la Pontificia de Salamanca, el P. José Oroz Reta, agustino; y de Manuel A. Marcos Casquero, catedrático de Filología Latina, de la Universidad de Salamanca. El texto latino fue el de Lindsay, publicado en la Biblioteca Oxoniensis, que se reprodujo con el permiso de la Universidad de Oxford. Los índices enriquecieron la edición: 83 páginas de letra menuda: índice de palabras, de nombres, geográfico, botánico, zoológico, de piedras y metales, de términos griegos, y de los autores citados en el texto isidoriano y en las notas.

No sólo esto. Logramos, tras un viaje a Santiago, la valiosa colaboración de un gran maestro medievalista, el catedrático de la Facultad de Filología Latina, de la Universidad de Santiago de Compostela, Manuel C. Díaz y Díaz, quien accedió, desde el primer momento, a enriquecer la edición con una espléndida introducción general, que con sus 257 páginas constituye por sí sola una obra en plenitud de tema y de tratamiento.

La nueva edición se mantiene como uno de los hitos capitales en el estudio de la obra isidoriana. Ha tenido dos reediciones posteriores y sigue con plena vitalidad. Me ofrece este recuerdo ocasión adecuada para expresar mi agradecimiento especial al P. Oroz, del que haré mención nueva en otro

capítulo, y con él a la Facultad samantina de la Trilingüe, por la cordial, pronta y magistral colaboración, que prestaron en todo momento a las iniciativas de la BAC.

7. San Hilario de Poitiers

Con el número 481 la BAC Normal acogía el magno tratado *De Trinitate*, del gran debelador del arrianismo san Hilario de Poitiers. Fue fruto de una de las conversaciones romanas con el P. Luis Ladaria, profesor de dogma en la Gregoriana. El P. Ladaria es, en la actualidad, Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cargo para cuyo desempeño mucho le debe haber valido su espléndido dominio de la teología, aunque algo le habrá costado cambiar su concentración de estudioso por una labor de gobierno tan responsable y grave.

Pues bien, en una de mis visitas a Roma, le expuse el deseo que en la BAC teníamos de completar nuestra atención editorial al gran tratado teológico *De Trinitate*. Habíamos publicado ya el inmenso estudio de san Agustín. ¿Se podía ampliar algo nuestro esfuerzo en este sector? Me respondió con la posibilidad, que a este propósito ofrecía san Hilario, al que él había dedicado algunos estudios particulares. Y dicho y hecho. Acordamos que preparara una edición bilingüe del *De Trinitate* del Santo: La versión castellana de los doce libros de la obra, la anotación, el texto latino y la introducción.

Fue la primera traducción castellana de la obra capital del Doctor de Poitiers, tan notable desde el punto de vista histórico como desde la perspectiva teológica. Recuerdo que le rogamos que no alargase la introducción, ruego que aceptó con ejemplar aquiescencia. Quisimos reproducir el texto latino del *Corpus Christianorum*. No fue posible. Y se reprodujo el texto de Migne, pero advirtiendo en su momento todas las variantes. Resultó una edición en todo acorde con los criterios rectores de puestras ediciones de los años 80.

Posteriormente la BAC ha editado en 2010, número 694 de la Normal, el *Comentario al Evangelio de san Mateo*, de san Hilario de Poitiers.

8. La Patrología de Quasten

Una palabra previa sobre esta espléndida Patrología.

Desde la primera hora los fundadores de la BAC pensaron en una obra de conjunto sobre la Patrología. Hasta entonces había cubierto esta necesidad la obra de Altaner, editada, si mal no recuerdo, por Espasa Calpe. En 1950 apareció en los Estados Unidos una nueva síntesis amplia, la del profesor Quasten.

Era Johannes Quasten catedrático de la disciplina en la Universidad Católica de Washington. Vino a la BAC por aquel tiempo Ignacio Oñatibia, sacerdote, profesor en la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Vitoria. Venía para proponernos la versión española de la edición de Quasten, publicada en ingles en 1950. Aceptó don Máximo inmediatamente la propuesta y se publicaron en 1968 y 1973 los dos primeros volúmenes, 206 y 217 de BAC Normal. Dirigió Oñatibia ambos tomos y contó para el primero con la colaboración de dos monjes de la Abadía benedictina de Montserrat, los Padre Pedro U. Ferrer y Estanislao M. Llopart. Del segundo cuidó personalmente el director Oñatibia. Ambos volúmenes tuvieron hasta cuatro ediciones en nuestro tiempo.

Esta edición española aparecía con nuevos elementos de texto y bibliografía, aportados por el propio Quasten. Pero se produjo un paréntesis, causado por la enfermedad del autor. Ante esta situación, nos pusimos al habla con el *Agustinianum* de Roma, centro especializado en la patrística. Y se nos informó que la obra continuaría. Se había puesto al habla con Quasten el Director del *Agustinianum*, el P. Angelo di Bernardino, y habían acordado que el *Agustinianum* completara lo que faltaba. Convinimos inmediatamente que la BAC se encargaba de continuara con la edición española de los volúmenes, que iba a publicar en italiano la conocida Casa editorial Marietti. De esta forma, firmado el contrato con el *Agustinianum*, publicamos en 1980, el tomo III, 422 de la Normal, dirigido por el P. Di Berardino con la colaboración de 8 reconocidos especialistas. Posteriormente, en 2002, 605 de BAC Normal, ha aparecido el volumen IV, traducido por el patrólogo, ya citado, Juan J. Ayán.

Los grandes fundadores

Cuando se divisa, en vuelo de síntesis panorámica y baja cota de altura, todo el territorio de la labor de la BAC en el largo período historiado por estos Apuntes, se observa con perfecta claridad y preciso deslinde topográfico, los campos, a los que atendió y cultivó con continua, calculada y certera atención. Una de esas fincas perfectamente delimitadas es la que da título a este capítulo.

Me refiero a los santos fundadores y a las santas fundadoras, que, como dóciles instrumentos de la Providencia, han ido enriqueciendo y sosteniendo a la Iglesia con los institutos por ellos y por ellas fundados. Al ordenar la materia, nada corta, sigo el orden cronológico, pero no el estrictamente temporal del curso de la historia, sino el de la aparición de cada fundación en el catálogo de la BAC.

Por otra parte, adelanto que la figura de san Agustín, como fundador de la Orden y de los institutos regidos por la Regla que él compuso, queda ubicada dentro de la sección de los Santos Padres. Y por lo que se refiere a san Bernardo, remito, lo he indicado anteriormente, su presencia en la BAC a la sección de espiritualidad.

1. El santo de Asís y la Hermana Clara

Es San Francisco el primer gran fundador, que hizo acto de presencia en nuestra colección, y se ha mantenido en ella con justificada permanencia. La primera edición apareció en el alba de la BAC, con el número 4: *Escritos de san Francisco y biografías de su época*. Preparado por los PP. Juan R. de Legísima y Lino Gómez Canedo, tuvo siete ediciones. Pero en los años 80, la BAC decidió renovar la obra y san Francisco reapareció con el número 399 de la colección. Era obra nueva, aunque el contenido biográfico y documental fundamentalmente era el mismo. En realidad, se intentó una sustitución, mejorada y actualizada, del esfuerzo anterior.

Habló la BAC con la Junta de Provinciales de la Orden en España. Se nombró una Comisión presidida por el P. José Antonio Guerra, quien, como Director, preparó con sus colaboradores el nuevo texto. La obra se titulaba ahora *Escritos. Biografías. Documentos de la época*. Se publicó en 1978 y hasta 1985 alcanzó dos ediciones más. Como muestra de la seriedad del trabajo realizado, menciono los colaboradores del volumen: Sebastián López, Celestino Solaguren, Francisco Sagüés, Leonardo Celaya, Jesús Larrínaga, Pierre Beguin, José Ángel L. de Guevara, Enrique Gutiérrez, Lázaro Iriarte, Salvador Biain, Joaquín Beltrán, Daniel Elcid, Jesús M. Iraola e Ignacio Omaecheverría. La traducción resultó cuidadosísima. Y puede afirmarse que actualmente es este volumen el más completo en torno a la figura gigantescamente humilde del *poverello de Asis*.

El intento de los autores no fue otro que "continuar creando un espacio de encuentro entre Francisco y los que a él quieran llegarse", y procurar al lector "todo lo que pueda ayudarle a acercarse más y mejor al Santo".

Merece precisarse que la publicación en 1945 de los escritos y biografía del Santo no se ciñó a aquel volumen. Inició la BAC con él una especie de fraterna conexión corporativa con los franciscanos, gracias a la cual se lograron ediciones –San Buenaventura y místicos de la Orden– de las que, por razón de la materia, he hablado y hablaré en su momento.

Pero una de esas ediciones pide su puesto aquí: los *Escritos de Santa Clara y documentos complementarios*. No podía faltar junto al Hermano Francisco esta gran Santa, medieval y moderna, de ayer y de hoy. Se publicó, número 314, la primera edición en 1970, y la segunda, ampliada, en 1982. Director de la obra el P. Ignacio Omaechevarría. Texto bilingüe. La traducción fue diligentemente revisada. Como colaboradores en la preparación y traducción de los originales intevinieron los PP. Daniel Elcid, Celestino Solaguren, José Antonio Guerra, Jesús María Iraola, José A. Ladrón de Guevara, Carlos M. Omaechevarría y Francisco Martínez de Apellániz, es decir, casi todos ellos colaboradores también del volumen de san Francisco. Con esta franciscana iniciativa la BAC albergaba el propósito de dar a conocer el valor de santa Clara como escritora, redactora de una Regla monástica, maestra de espíritu y fundadora. En la época de su aparición esta edición podía considerarse como la más completa en la bibliografía comparada.

2. Santo Domingo de Guzmán

Fue nuestro santo Domingo el segundo gran fundador, al que prestó inmediata atención la BAC. Y en él y con él a la venerable Orden de Predicadores. Y ello en dos momentos: el primero, en los mismos comienzos de la BAC; y el segundo, en los años 80 del pasado siglo. Similitud de coherencia duplicada con las ediciones de san Francisco. El volumen 22 de la colección Normal, publicado en 1947 con una segunda edición en 1966, se titulaba *Santo Domingo de Guzmán, visto por sus contemporáneos. Su vida. Su Orden. Sus escritos.* Elaboró la extensa y cuidada introducción general el P. José María Garganta. Los Padres Miguel Gelabert y José María Milagro redactaron el esquema biográfico, las introducciones particulares de los textos, la versión y las notas. Los textos constitucionales de la Orden se publicaron en latín y en castellano. En cuanto a calidad técnica, la edición cubría con creces las más depuradas exigencias de la investigación histórica del momento.

En 1987 se procedió, con el nuevo tomo, el 490, "a una reelaboración y reestructuración de las fuentes históricas referentes a santo Domingo". Por eso, el título del nuevo volumen rezaba así: *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*. En su política de reediciones 80, la dirección de la BAC sintió la necesidad de actualizar los grandes títulos de la colección, dados los procesos positivos de la historiografía y de los avances documentales. Se reunió con la Junta de Provinciales de la Orden de toda España y quedó encargada la Provincia dominicana de Aragón de modernizar la obra. Hizo la presentación el P. Damián Byrne, Maestro General de la Orden. Dirigieron la preparación del nuevo contenido los PP. Lorenzo Galmés y Vito F. Gómez, con quienes colaboraron Adolfo Robles y José Martorell. Todos ellos notorios especialistas en la materia.

Importa reproducir unas cabales palabras del P. Maestro General: "La figura de Santo Domingo de Guzmán no se ciñe al plano exclusivo de la Familia Dominicana. Es figura de la Iglesia y para la Iglesia, a la que sirvió con absoluta dedicación durante toda su vida. Como personaje histórico... mantiene todo su interés centrado en su alcance humano y cristiano. Por eso, publicaciones de esta índole están llamadas a rendir un gran servicio a los historiadores y a los maestros de espíritu...La Orden entera considera parte de su sagrado patrimonio los textos publicados y se siente honrada de ponerlos a contribución de todos los interesados en el conocimiento del carisma dominicano". Palabras que hacia suyas con gozo la dirección de la BAC.

Huelga manifestar que esta segunda versión de la obra presenta una excelencia de calidad y plenitud, en todo semejante a la edición del Santo de Asís.

3. San Ignacio de Loyola

La tercera lumbrera del firmamento fundacional, que en este capítulo contemplo, es la de otro español, Ignacio de Loyola, el santo fundador y Padre de la Compañía de Jesús. También hay que distinguir dos momentos en su

presencia en la BAC. Pero momentos no distanciados en el tiempo, sino consecutivos e inmediatos.

Como derivación de las primeras conversaciones, ya mencionadas, de Oña, se pensó en una edición de las obras de San Ignacio. Con cierta ingenuidad se habló al principio de obras completas. Completas no podían ser. Quedó encargado del proyecto el P. Victoriano Larrañaga, quien manifestó que con tres volúmenes sería bastante. Esta cifra alarmó a don Máximo, quien recabó el parecer de su amigo el P. Pedro Leturia, Director, en Roma, del Instituto Histórico de la Compañía.

Al comprobar que en el volumen publicado en 1947, número 24 de la Normal, la extensión de las notas ocupaba dos tercera partes en no pocas página, dedujo el P. Leturia que las obras completas requerirían entre ocho o diez volúmenes de la BAC. Ante esta prevista revisión numérica, el Director se negó a seguir con el proyecto Larrañaga. Intervino el P. Severiano Azcona, Asistente de España en la Curia Generalicia, y el propio P. General, Juan B. Janssens. Ambos dieron la razón a la BAC.

Y se inició de inmediato la segunda gestión. Se encomendó la edición al Instituto Histórico, en concreto a los P. Leturia e Ignacio Iparaguirre. Apareció la obra en 1952 con el escueto título de *Obras de san Ignacio de Loyola*. Tuvo hasta 1989 cinco ediciones, todas ellas actualizadas, tarea de la que se encargaron primero el P. Cándido de Dalmases, al fallecer el P. Leturia; y más tarde, tras la muerte del P. Iparaguirre, Manuel Ruiz Jurado, profesor de teología espiritual en la Gregoriana.

Vuelve a sobresalir en este caso la sobresaliente calidad técnica de la obra, que he subrayado en el recuerdo de los dos fundadores anteriores. Merece subrayarse la introducción general del volumen, el prieto índice general de materias, las 180 cartas del epistolario ignaciano recogidas en la obra, el texto íntegro de los Ejercicios, y el de las Constituciones de la Orden, igualmente entero; las dos obras maestras de san Ignacio, que han servido de pauta orientadora para no pocas congregaciones religiosas contemporáneas.

Debo decir que en el episodio primero nada tuve que hacer, ya que discurrió poco antes de mi entrada en la BAC. Sí intervine en el segundo momento, tratando con los tres últimos preparadores de la obra. Y quiero consignar las atenciones, que en el Instituto Histórico recibí en mis numerosas visitas a sus moradores. Tuve ocasión de ver maravillado las numerosas y altas salas repletas de estanterías del Archivo histórico de la Compañía, en las que se albergan, con la elocuente palabra callada de los documentos, siglos de historia de la Orden, de la Iglesia, de las misiones y de los mismos anales universales de los últimos cinco siglos.

4. San Benito

En 1954 acogía la BAC en su catálogo de fundadores al Patriarca del monacato en Occidente, San Benito, fundador de la más que milenaria Orden benedictina y Padre de todas las fecundas derivaciones de la santa Regla por él fijada.

En 1954, con el número 115, apareció *San Benito. Su vida y su Regla.* Había quedado encargada de la preparación de la obra la Abadía de Montserrat. Como director actuó dom García M. Colombás, quien redactó las amplias introducciones, la general y las particulares. La edición era bilingüe; traductor León M. Sansegundo. De los comentarios y de las notas cuidó Odilón M. Cunill. Monjes de Montserrat los dos primeros y prior de El Paular, Madrid, el tercero. Colaboraron Guido M. Camps, Anscario M. Mundó y Pedro M. Puig. La vida del Santo fundador se tomó del libro II de los *Diálogos* de San Gregorio

Se hizo una segunda edición en 1968. Y en los años 80, la BAC, dentro de su plan de reediciones, se puso de nuevo al habla con la Abadía de Montserrat. Y se publicó un nuevo volumen, que sustituía al anterior, número 406 de la Normal. En 2006 ha logrado la cuarta impresión. Su título *La Regla de San Benito* señala su contenido. Sólo la Regla, de acuerdo con los resultados de la moderna investigación. La introducción y el comentario ocupan 370 densas páginas, en las que el director y autor de la obra, nuevamente dom García M. Colombás, recoge el estado actual de la investigación más reciente. El texto de la Regla, reproducido en el original latino, fue traducido al castellano por Iñaqui Aranguren, monje cisterciense. No se reprodujo en esta segunda presentación el libro II de los *Diálogos* gregorianos.

5. San Juan Bosco, educador de la juventud

En la secuencia cronológica del catálogo de la BAC se observa un salto al siglo XIX, con la aparición de uno de los gigantes de aquel siglo, y califico así la personalidad de San Juan Bosco, porque en todos los aspectos de su poliédrica figura pastoral alcanzó alturas de cima superdestacada en la historia de Italia y de la Iglesia. También tiene este santo fundador dos momentos en la historia de la BAC. En 1957 y en 1977.

Primer momento, 1957, con la *Biografía y escritos de San Juan Bosco*. Segunda edición en 1967. Preparador del primer volumen, el P. Rodolfo Fierro. Contenido: las *Memorias del Oratorio*, el *Ideario pedagógico*, las *Meditaciones ascéticas*, la *Vida de Domingo Savio*, la *Vida de Domingo Magote*, y artículos, discursos y parte del epistolario del Santo, 116 cartas de las más de 21 000, que se conservan. Colaboraron en la preparación Eugenio Ceria y Basilio Bustelo.

Segundo momento. 1977. Es en este año cuando aparece un nuevo volumen, el 402, con el título de *San Juan Bosco. Obras fundamentales*. Prepararon la obra dos especialistas salesianos, Juan Canals Pujol y Antonio Martínez Azcona, con la ayuda de Juan Santaeulalia Guibert y Pedro Castellví. El extenso estudio introductorio lo redactó Pedro Braido. Contamos con el previo asesoramiento del "Centro de Estudios Don Bosco", de Roma. Tenía tres partes el contenido: cinco biografías, ocho escritos pedagógicos, y siete documentos de la obra de don Bosco como fundador. En 1995 se ha hecho la tercera edición y merece mencionarse la excelente y completa cronología de la vida del Santo, con que se ha enriquecido el volumen.

6. San Alfonso María de Ligorio

Del fundador de los Padres Redentoristas publicó la BAC prestamente dos volúmenes, los números 78 y 113, con introducciones y versión en castellano. Pensó la dirección que debíamos introducir de nuevo al gran Doctor de la moral en el mundo de habla española. Nos pusimos al habla con los provinciales de la Congregación en España. Tuvimos varias reuniones en la BAC y en la residencia de la calle Manuel Silvela, Madrid.

Se confeccionó un programa que abarcaba todo lo sustancial de la obra del Santo: ocho volúmenes, tres de los cuales recogerían los magnos tratados sobre la moral, y el restos dedicado a las obras ascéticas. Se constituyó un equipo integrado por siete profesores redentoristas. En octubre de 1989 estaban preparados los originales de dos volúmenes. La Congregación se comprometía a adquirir 700 ejemplares de cada tomo como mínimo. Se redactó y se firmó el contrato. Ignoro la suerte que corrió el proyecto. Me parece que el buque naufragó. Hicimos también en los años ochenta una magna biografía de San Alfonso María de Ligorio, de la que hablaré en posterior capítulo.

7. San Antonio María Claret

Pasamos de nuevo al siglo XIX. De Italia a España. En 1959 publicó la BAC, colección Normal 188, los escritos autobiográficos de san Antonio María Claret, fundador de la Congregación de los Misioneros Claretianos. Era la primera vez que tales escritos se ponían a disposición del gran público. La edición se agotó rápidamente. Pasaron los años y la BAC sentía la necesidad de recuperar la gran figura y la obra ascética de este gran santo del XIX español.

Hablé de ello, a mediados de los setenta, en Roma con el Prepósito General de los claretianos y con los miembros del Archivo Histórico de la Congregación, particularmente con el P. Jesús Bermejo. Acordamos publicar dos volúmenes, en lugar de uno, y puestos al día. El primero, BAC Normal 188, con los escritos autobiográficos; y el segundo, con los escritos espirituales. El de la autobiografía salió enseguida, en 1981, Normal 471. Lo prepararon –transcripción, introducciones y notas– José María Viñas y Jesús Bermejo. Honró la edición, con la presentación del volumen, el propio Superior General de la Congregación, Gustavo Alonso. El siguiente tomo, con los escritos espirituales salió posteriormente, 471 de la Normal.

Esta segunda edición ha superado a la anterior por la cuidadosa puesta al día en lo historiográfico, y la acuciosa revisión crítica de los manuscritos del Santo, que con pleno éxito llevaron a cabo los autores citados. Debo mencionar sus colaboradores: Manuel Garde, José Luis Albístut, Jordi Alsina, Augusto A.Ortega, Eleuterio Briongos, José María Ciller, Juan M.Lozano, Ángel del Molino, Jaime Torras y Francisco Vives.

He recordado mi visita a la Curia generalicia de los claretianos y debo mencionar la cordialidad con que fui recibido. Pude contemplar la parte de la biblioteca personal de san Antonio María, que se conserva en el Archivo de la Congregación, y también algunos recuerdos de sus cosas. Pero me impresionó sobremanera ver el ejemplar del Breviario, que portaba aquel falso sacerdote, que con el pretexto de confesarse con el Santo ocultaba en el libro, interiormente preparado, una pistola para asesinarle. El Breviario se muestra, en una vitrina, abierto y se ven sus páginas recortadas para albergar el arma homicida, que providencialmente no fue utilizada. Aquel individuo se convirtió en el confesionario de san Antonio. ¿Qué pasó? Dios lo sabe. Pero la prueba sigue en la vitrina.

8. San Bruno, en la BAC

En los años sesenta, y tras la conclusión del Vaticano II, hablé varias veces con Sánchez de Muniain, ya Director de la BAC, de la conveniencia de que publicáramos algo sobre la figura, elocuente en su silencio y presente siempre en su soledad, de san Bruno de Colonia, fundador de la Cartuja.

Aducía yo como primer motivo el hecho de que la BAC hubiera atendido con razón en su catálogo a la personalidad, escritos y obra de los grandes fundadores, cuya presencia y cuyo recuerdo quedaron consignados en los volúmenes comentados anteriormente. Dejar en indebido silencio a Bruno parecía comparativamente poco aprecio, o al menos desatención y olvido. Segunda razón: la santidad ya pluricentenaria de la Orden de la Cartuja y su eficaz papel en la misión evangelizadora de la Iglesia. En otras palabras, la gloria a Dios debida y a la parte que en ella tenía esta severa y santa Orden, "numquam

reformata, quia numquam deformata". Debo confesar una tercera razón, estrictamente personal, que no esgrimí en la argumentación: la devoción que de siempre he tenido por este Santo de "la música callada y la soledad sonora".

Teníamos en cuenta que san Bruno no redactó regla alguna. Se limitó a dar normas de vida. Y que fue Guigo, el quinto Prior General de la Orden, quien consignó las Costumbres. La respuesta de Muniain fue plenamente positiva. Le parecía bien, estaba justificada la idea, pero había que buscar y encontrar autor. Y me encargó que hiciera las gestiones oportunas. Como teníamos a nuestro alcance no pocos grandes historiadores, empecé a mover teclas. Francisco Martín Hernández y José I. Tellechea, ambos de la Pontificia de Salamanca; García Villoslada y Martínez Fazio, de la Universidad Gregoriana; Manuel Revuelta González, de la de Comillas. Y otros, que no recuerdo. De todos ellos recibí un parecer unánime positivo, pero de autoría nada.

En uno de mis viajes a Roma, visité el Instituto Bíblico, pues allí estaban el P. de La Potterie, el P. Lahood, especialista de los salmos, el P. Martini, Director del Instituto, y el P. José O´Callaghan, viejo amigo mío de Sarriá, Barcelona. Fui a ver a este último, porque estaba preparando la edición del Nuevo Testamento Trilingüe. En la conversación le expuse las dificultades, que encontraba para el volumen de san Bruno; y hete aquí que se me ofrece espontáneamente para hacer él la biografía. Cambiamos impresiones y quedó decidido que a mi regreso a Madrid, le enviaría el correspondiente contrato.

Regreso a Madrid. Y una mañana, cuando literalmente estaba redactando el proyecto de contrato con el P. O´Callaghan, me avisa el ordenanza que un religioso desea verme, que es un fraile de hábito blanco muy amplio. Ordeno que pase inmediatamente. Y me veo con la sorpresa de que entra en mi despacho todo un monje cartujo. Pensé que san Bruno me visitaba. ¿Quién era aquel venerable cartujo? Venía de Jerez, pertenecía a la Cartuja de Santa María de la Defensión, y traía consigo, para ofrecerlo a la BAC, el original terminado de una biografía del Fundador de la Orden. No me lo quería creer.

Suspendí la redacción del proyecto romano. Hablamos un largo rato. Ni entonces, ni ahora violo su humilde discreción cartujana. Su nombre no podía aparecer en la edición. El contrato debía hacerse con el Prior de la Cartuja jerezana. Derechos de autor, los normales. Al repasar yo ligeramente el original, observé admirado que estaba hecho con tal perfección técnica de contenido, preparación de notas y aparado bibliográfico, que se evidenciaba un autor ducho en tareas de altos estudios universitarios. Al exponerle esta primera impresión mía, me confesó, amén de su nombre, que era antiguo jesuita y profesor en una Universidad de la Compañía. Le dije que no me extrañaba la perfección del original. Lo acepté y quedamos en que le enviaríamos el contrato al prior y que iniciaríamos el trabajo de imprenta lo más pronto posible.

Mi sueño cartujano y el hueco fundacional quedaban el primero, realizado, y el segundo, cubierto. Pero no paró aquí la cosa. Tras la publicación de *Maestro Bruno, padre de monjes*, número 413 de la BAN Normal, tuve que ir a Burgos, a la Facultad de Teología del Norte. Me habían encargado una conferencia a los teólogos. Aproveché mi estancia allí para visitar la Cartuja de Miraflores. Me recibieron el Prior y el Ecónomo. Pasé con ellos toda la mañana. Me agradecieron la atención de la BAC a la Orden y al referirles que dentro de la colección de Cuadernos BAC pensábamos dedicar algunos a las grandes órdenes monásticas, con el doble propósito de recordarlas y suscitar vocaciones, les comuniqué que el primer cuaderno de esta serie lo dedicaríamos a la Cartuja. Les agradó, como era natural, la noticia.

En efecto, a poco salió el cuaderno titulado *Los cartujos*, perfecto trabajo escrito por José Luis Legaza, redactor del diario *YA* y sujeto de espléndida cultura y excelente estilo. Se agotó bien pronto este Cuaderno, y los cartujos de Miraflores encargaron a la BAC una tirada especial para su distribución por la propia Orden. Con posterioridad a mi marcha de la BAC, ésta ha tenido el acierto de publicar en el año 2001 una nueva obra, número 614, con el título de *San Bruno. Biografía y carisma*. Autor, el mismo de la obra anterior. Y sin otro nombre que el común y venerable de "un cartujo".

9. Sor Ángela de la Cruz

En 1974 tuvo la BAC la dicha de publicar un magnífico volumen, número 362, con los *Escritos íntimos* de Sor Ángela de la Cruz, hoy ya canonizada. Autor de la obra, un gran biógrafo de la santidad española contemporánea y magno estilista, José María Javierre, sacerdote Operario Diocesano. Le he calificado de autor, porque no sólo reunió, clasificó y ordenó todo el riquísimo material de los escritos, 600 páginas, sino que además, elemento capital del tomo, elaboró una lúcida biografía de la Santa fundadora –en 1904– de las "Hermanas de la Compañía de la Cruz".

Dedicadas al cuidado amoroso de los enfermos, sobre todo de los más necesitados y humildes, supo inculcar Sor Ángela en sus hijas el amor sacrificado a la cruz, inspirado en la más pura espiritualidad franciscana. En mis viajes BAC a Roma no dejaba de visitarlas en su sevillano piso de la Vía del Pellegrino.

10. Soledad de los enfermos

Con este ajustado título había publicado José María Javierre cuatro años antes, número 296 de la Normal, una fidelísima biografía, retrato perfecto, de

Soledad Torres Acosta, a la que llamó con toda razón y cariño Soledad de los enfermos, fundadora de la Congregación de las Siervas de María. Toda la narración trascurre sobre el fondo histórico de mediados del siglo XIX y se vio precedida y honrada con el prólogo que redactó Pedro Laín Entralgo, catedrático y por unos años Rector de la Universidad Complutense.

Tuvo esta edición una nota singularísima. La entrega de los originales se retrasó. Y la fecha del domingo de la canonización en Roma se echaba encima. Era menester disponer de ejemplares en Roma. Todo se aceleró. Y pudimos enviarlos a Roma, entregándolos personalmente en Barajas al comandante de un vuelo de Ibería. Los recogieron casi a pie del avión en la Ciudad eterna.

11. San José de Calasanz

A la inmensa obra pedagógica y a la probada santidad de vida de San José de Calasanz había dedicado la BAC un volumen, el 159, en la colección Normal, con las *Obras pedagógicas* del santo Fundador. Se agotó rápidamente. Había que recuperarlo y ponerlo al día, preparando una nueva edición. Para ello, tuve ocasión de tratar despacio el asunto en la misma Casa generalicia de la Orden en Roma, sita en la Via dei Scolopi, si mal no recuerdo, en cuyo Padre General, que era español, encontramos toda clase de facilidades.

Se decidió publicar primero una breve biografía del Santo en la BAC Popular, y hacer luego una gran biografía extensa completa para la BAC Maior. La Orden tenía el sujeto adecuado para preparar los originales: el P. Severino Giner Guerri. Todo fue saliendo felizmente a su tiempo.

En 1985 publicamos una biografía breve, número 67 de BAC Popular. Dentro de los términos de esta serie, el P. Severino logró incorporar los resultados de la reciente investigación. En 1993 tuvo una segunda edición. En una de las conversaciones con el autor me asombró un dato: eran más de 80 las biografías que hasta entonces se habían hecho del Fundador. Se inició el trabajo de otra obra, biográfica también, pero extensa y detallada. En la BAC Maior número 41, con el título de *San José de Calasanz. Maestro y fundador*. Apareció el volumen en 1992, cuando yo había ya cesado en la dirección de la BAC. Obra de plenitud, en la que se aprovechaba, con singular destreza investigadora y expositiva, la reciente publicación de las fuentes originales, en cerca de treinta volúmenes, de los fondos archivísticos de la Orden.

12. San Vicente de Paúl

Pronta fue la atención de la BAC al gigante de la caridad, Vicente de Paúl, fundador de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad. Ya en diciembre de 1950 apareció el volumen titulado *Biografía y escritos*, preparado por los PP. José Herrera y Veremundo Pardo. La biografía, extensa; la selección de los escritos, corta numéricamente. Explicaron los autores con sólidas pruebas la ascendencia española del Santo. Era la biografía una auténtica novedad en el público católico culto. La 1ª edición se agotó antes de lo previsto y hubo ue hacer una 2ª, revisada y algo ampliada en 1955. Este fue el primer momento vicentiano de la BAC.

En los tan repetidos años 80 se reiteró la atención al Santo fundador. La talla humana y cristiana de Vicente exigía dos cosas, que justificaban la dualidad de volúmenes, que entonces le dedicó la BAC. Poner al día la biografía del santo desde el punto de vista de la investigación histórica y de la historia francesa y europea de entonces; y ampliar la gigantesca obra de caridad y la altura de su magisterio espiritual, ascético y místico. A todo lo cual se añadía el hecho del cuarto centenario del nacimiento de san Vicente, que entonces concurría (1581-1981).

El primer volumen apareció en 1982, número 424 de la Normal, con la biografía, trabajo de valor sencillamente extraordinario, realizado por el P. José María Román, y presentado por el propio Superior General de la Congregación, el P. Richard McCullen, a quien la BAC agradeció el gesto, que nos honraba, y las palabras sobre nuestro trabajo, que él generosamente calificó de "esfuerzo cultural católico de proyección universal". El segundo volumen, *Espiritualidad y selección de escritos*, salió a luz también en 1982, 425 de la misma serie Normal, y se reeditó en 1984. El trabajo de preparación corrió a cargo de los PP. Antonio Orcajo, para el estudio de la espiritualidad, y del P. Miguel Pérez Flores, en cuanto a la selección de los escritos. Con ello subrayaron la altura del magisterio espiritual de San Vicente de Paúl, al lado de su capacidad de gobierno y el complejo mundo de relaciones, en que hubo de moverse.

13. San Francisco de Sales

Ofrece la programación BAC de las obras del fundador de la venerable Orden de la Visitación una nota singular: en un primer momento, –años 50–, edición concentrada; en un momento posterior –años 80– ediciones fragmentadas.

Se publicaron en los años 50 en dos volúmenes las obras en cierto modo completas, salvo en el campo de su epistolario. En 1953, número 109 de la BAC Normal, la *Introducción a la vida devota, Sermones escogidos* y las *Conversaciones espirituales*. Al año siguiente apareció el segundo tomo: *Tratado del amor de Dios, Constituciones y Cartas esogidas*, y el *Directorio espiritual*. Autor de la edición fue el P. Francisco de la Hoz, salesiano, quien supo ajustarse a la edición típica de las "Obras completas" de Annecy. Como declaraba el autor, "los hijos de don Bosco son discípulos fidelísimos de san Francisco de Sales". Colaboraron en la preparación los P. Rómulo Piñol y Francisco Villanueva, como también los estudiantes del Teologado Salesiano, de Madrid-Carabanchel.

A distancia de casi treinta años, la dirección de la BAC consideró que convenía ofrecer algunas obras básicas de san Francisco de Sales en ediciones manuales baratas y de fácil manejo. Y así al lado de las *Meditaciones so*bre la Iglesia, BAC Normal 468, fueron apareciendo en volúmenes propios la Introducción a la vida devota, -1982, BAC Popular 45- en la clásica traducción de Francisco de Quevedo, en edición cuidada y presentada por Lamberto de Echeverría, con cuatro reediciones hasta 1989. Tres años más tarde -1985, BAC Minor 82- el Tratado sobre el amor de Dios, con traducción del salesiano Francisco de la Hoz, y presentación y notas del P. Andre Ravier, S. I., uno de los grandes conocedores de la vida, de la obra y de la espiritualidad del Santo. Y en 1988 Lamberto de Echeverría preparó, en el volumen de BAC Popular 88, una cuidada selección del epistolario del Santo dirigido a religiosas, precedida de una introducción justificativa de la elección. Ha sido posteriormente, año 2005, cuando la BAC ha tenido el acierto de reunir nuevamente en un solo volumen toda la producción fundamental del perenne magisterio espiritual del santo Obispo de Ginebra.

14. San Juan Bautista de La Salle

Nos pasaba con La Salle en la BAC lo que nos sucedía con san Bruno. Admirábamos la obra educativa y espiritual del santo fundador de las Escuelas Cristianas y no habíamos descubierto el filón bibliográfico adecuado. La solución se halló en los años 80. Habíamos encontrado al hombre adecuado para llenar el hueco. Fue iniciativa de la BAC, que halló inmediata acogida positiva en los superiores de la Congregación: nos indicaron la persona preparada, el H. Saturnino Gallego. Hablamos con él en la BAC. Y todo discurrió sobre ruedas. Adelanto que hizo un trabajo excelente, con los dos volúmenes que preparó: el primero, con la *Biografía*, y el segundo, con los escritos. Publicados ambos en el mismo año, 1986, números 477 y 478 de la Normal.

La obra conjunta llevaba como título común, *Vida y pensamiento de San Juan Bautista de La Salle*, e iba precedida de una presentación del Superior General de la Congregación, el H. José Pablo Basterrechea. Era la primera biografía críticamente concebida y desarrollada en lengua española. El autor procuró ofrecer con certeza al lector "todo lo que hoy se sabe sobre el itinerario del fundador de las Escuelas Cristianas, así como lo más selecto y original de su pensamiento".

Debo subrayarlo. Por primera vez, al lado del tradicional conocimiento de la maravillosa obra educativa de La Salle, se exponía y se acentuaba algo, que con anterioridad no se había subrayado suficientemente. Me refiero al espléndido magisterio espiritual del Santo. La BAC tuvo la satisfacción de servir de cauce a este descubrimiento de la alta vertiente espiritual del gran maestro de la educación cristiana.

15. San Luis María Grignon de Monfort

He hablado antes de san Bruno y del hueco que había que rellena en el catálogo de la BAC. Algo parecido nos sucedía con otro gran santo, el gran apóstol de la devoción a la Virgen, maestro de espiritualidad, ejemplo de misionero popular y fundador de la Congregación de Misioneros de la Compañía de María, san Luis María Grignon de Monfort. Ya en los años 40 se había publicado un volumen, el 111 de la Normal, con algunas de sus obras más destacadas. Pero en los años ochenta había que colocar al gran debelador del jansenismo en el sitial que le correspondía. Se hicieron las gestiones correspondientes cerca de los superiores monfortianos y tuvimos la suerte de que quedara encargado de la nueva edición, BAC Normal 451, el P. Louis Salaün Perrot. Fue precedida la edición de una densa introducción del P. Louis Pèrouat, historiador francés especializado en la obra del santo fundador. Presentó la obra el P. Gérard Lemire, Superior General de la Congregación de los Misioneros de la Compañía de María.

16. Cimientos para un edificio

Es este el título que con acierto pleno puso Inmaculada Yañez a la biografía que publicó en la BAC en 1979, número 408, de Santa Rafaela María del Sagrado Corazón, Fundadora de la Congregación de Esclavas del Corazón de Jesús. Para la rectoría de la BAC fue una gran satisfacción que la autora y el Instituto de las Esclavas la eligiera como cauce editorial.

Es esta biografía un modelo. Cumple todos los requisitos más exigentes de la actual metodología normativa del género biográfico. Y en cuanto a la

figura de la biografiada, baste reproducir las palabras de Pío XII en la beatificación de la M. Rafaela el 18 de mayo de 1952: Veintisiete años de vida juvenil, no exenta de penas y aflicciones; dieciséis de fundadora y superiora general de su Instituto; y sobre todo, trecho admirable, treinta y dos de "aniquilación progresiva y de martirio en la sombra". Con razón, el P. Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús, elogia, en la presentación de la obra, a la Congregación religiosa de las Esclavas, y subraya la ejemplaridad ignaciana de la hoy ya Santa, poniendo, a continuación, de manifiesto la perfección del trabajo hecho por la autora, "excelente conocedora de la vida y del espíritu de su santa Madre".

17. Enrique de Ossó

Contó la BAC, en el nutrido elenco de los biógrafos, que la honraron con sus obras, a don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo y Cardenal Primado de España. Con su biografía del Fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, *Enrique de Ossó. La fuerza del sacerdocio*, BAC número 440, publicada en 1983. Era reedición actualizada de una obra anterior, pero de permanente ejemplaridad.

Fue san Enrique de Ossó, canonizado en Madrid por Juan Pablo II, una de las magnas figuras del catolicismo en la España del siglo XIX. Figura evangélicamente polifacética: predicador, pedagogo, periodista, promotor de asociaciones apostólicas de seglares, devoto y admirador de la gran Teresa de Jesús. Vivió y supo hacer vivir, en perfecta combinación en todas sus obras, la actividad apostólica intensa con la prioridad permanente del espíritu contemplativo. Es por ello maestro, consejero y guía. Y su herencia capital, la Compañía teresiana, fundada en 1876.

18. Madre Sacramento

En 1981 pudo publicar la BAC, número 425, la *Autobiografía* de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, vizcondesa de Jorbalán y fundadora de la Congregación de las Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad. Preparó la edición y anotó el texto, con perfección técnica y plenitud de fuentes, María Milena Toffoli. Presentó la obra el Cardenal Tarancón, Arzobispo de Madrid. Y llevó un espléndido prólogo de don Baldomero Jiménez Duque, el cual esboza un perfecto retrato de la Santa Madre Sacramento. La edición de la BAC recoge por primera vez las Relaciones, que Madre Micaela redactó de sus viajes para fundar las casas de la Congregación por toda España. La *Autobiografía* fue escrita por la M. María Micaela por orden expresa y reiterada de su último director espiritual, san Antonio María Claret.

Con razón, Lamberto de Echeverría ha considerado a M. Sacramento como "una de las más colosales figuras de todo el santoral cristiano...El estampido que en la buena sociedad madrileña causó la decisión de Micaela Desmasières López de Dicastillo y Olmedo, vizcondesa de Jorbalán, de ponerse al servicio de las pobres mujeres caídas, y consagrarse a la tarea de redimirlas era tal, que, usando frase ignaciana, podríamos decir que ´el mundo no tenía oídos para escucharlo ´"²².

18. Monseñor Amigó y Ferrer

En 1980 publicó la BAC, serie Normal, 474, las *Obras completas* de Monseñor Luis Amigó Ferrer, capuchino, Obispo de Segorbe y fundador de dos institutos religiosos, las Terciarias capuchinas de la Sagrada Familia, en 1885, y los Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, en 1889. Preparadores de la edición fueron Agripino González y Juan Antonio Vicens. Presentaron la obra, con unas páginas introductorias, los Superiores Generales de ambas instituciones, Alicia Zea, por las Terciarias, y José Oltra, por los Terciarios.

Desde el punto de vista técnico, la obra resultó perfecta. Respondía a los criterios de las ediciones BAC de los años 80. Por primera vez se reunían todos los escritos de este santo capuchino y fundador, la autobiografía, los escritos pastorales, un amplio epistolario, las dos constituciones de los institutos de terciarios, las ordenaciones y circulares. Recuerdo que para nosotros fue una satisfacción contribuir al conocimiento de esta santo fundador, ejemplo de evangelizadora atención pastoral nueva a nuevas necesidades: la juventud extraviada, las jóvenes necesitadas de protección, y la asistencia a los penados en las cárceles.

19. Otro santo de la gran caridad con el prójimo

Cuando en 1985 publicamos en la BAC Popular, con el número 68, el volumen titulado *Benito Menni, testigo de la caridad*, fundador y padre de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, no había sido elevado todavía a los altares. Hoy lo veneramos como Santo. Y con toda razón.

Cuando a principios de ese año me visitó una Hermana, cuyo nombre no recuerdo, pero sí su capacidad organizadora, –luego ha sido provinciala de la Congregación–, y me explicó el original y sobre todo la dimensión espiritual del Fundador, aceptamos de inmediato la oferta. No nos equivocamos.

²² Véase *Año cristiano*, vol. III, p. 463, BAC 185, Madrid 1966.

La figura de Benito Menni como fundador de la rama femenina de la ejemplar Orden Hospitalaria de san Juan de Dios, y como Superior General de ésta, presenta el cuadro completo del ejercicio heroico de las santas virtudes sólidas y perfectas. Supo callar, sin defenderse, ante graves calumnias; y no vaciló en aceptar sin protestas postergaciones y hundimientos humanos, que eran elevaciones supremas de su espíritu y de su acendrado amor a Dios.

20. Un fundador, apóstol de la familia

En 1984, con motivo de su beatificación, publicó la BAC, número 61 de la Popular, la biografía de José Manyanet y Vives, escrita por J. M. Blanquet y Jordi Piquer, y prologada por el Cardenal Narciso Jubany, Arzobispo de Barcelona. Era el P. Blanquet Superior General de los dos institutos religiosos, fundados por el biografiado, que hoy aparece en el gran catálogo de los fundadores canonizados.

Dos congregaciones religiosas: en 1865, los Hijos de la Sagrada Familia; y en 1874, las Misioneras Hijas de la Sagrada Familia. Tuvo el P. Manyanet la clara intuición de la necesidad de proteger la familia, y de los riesgos numeroso y cercanos que la amenazaban; y consiguientemente la urgencia que presentaba la defensa de los matrimonios y de los hijos. Con toda razón se le califica como uno de los grandes educadores, por la labor que desarrolló en los colegios por el nuevo instituto creados, sobre todo a favor de los pobres. Profeta de la familia, participó además en la inspiración del temple de la Sagrada Familia, que supo iniciar y alzar en la Ciudad Condal el genio de Gaudí.

Nuevas series en la BAC

La década de los años sesenta tuvo peculiar importancia en la historia de la BAC.

Tras el concilio Vaticano II, al cual dedico más adelante capítulo propio, y ante las nuevas circunstancias, internas y externas, de todo orden, que se fueron produciendo en la Iglesia tanto en España como en Europa, Máximo Cuervo y José María Sánchez de Muniain decidieron abrir dos nuevos canales de publicaciones. Fue primero la *BAC Minor* y a continuación la *BAC Maior*. Unas palabras sobre cada una de ellas.

1. La BAC Minor, 1968

Consigno primeramente los motivos, que llevaron a crear la *Minor*. Estamos en los años sesenta avanzados. Varias circunstancias concurrían. La BAC funcionaba en lo económico con el criterio de precios bajos asequibles, sobre la base de amplias tiradas. Los precios habían subido, la demanda bajaba, y consiguientemente las tiradas disminuían. La crisis interna, que en algunos sectores cualificados de la Iglesia siguió a la terminación del Vaticano II, redujo el área de la demanda de nuestros libros.

Se daba otra circunstancia concurrente, que no era nueva y que nos venía preocupando. Con frecuencia recibíamos originales excelentes, pero de reducida extensión. Eran valiosos, actuales y seguros. Pero no podían entrar en la colección Normal. Y años más tarde, con la elección de Juan Pablo II, tendríamos a la vista los discursos de sus numerosos viajes apostólicos. Consecuencia, se decidió abrir un cauce nuevo. Era la *BAC Minor*. Fue Muniain, apoyado plenamente por Máximo, su creador e impulsor.

Y el primer número, el inicial, publicado en 1967, se dedicó precisamente a los textos conciliares, con el título de *Concilio Vaticano II. Documentos*. Cuando en 1989 dejé la BAC, se habían hecho 42 ediciones. A partir de la edición 42, 1985, vigésimo aniversario de la conclusión del Concilio, el volumen se habío visto honrado y enriquecido con la presentación del Cardenal Ángel

Suquía, Arzobispo de Madrid, y una espléndida introducción del P. Cándido Pozo, miembro a la sazón de la Comisión Teológica Internacional.

El segundo volumen albergaba, bajo el título de *Cinco grandes mensajes*, el texto de los principales documentos de los Papas contemporáneos sobre la Doctrina Social de la Iglesia. Diez y seis ediciones se hicieron hasta 1989. Con el tiempo, el título ha ido variando en lo numérico de su título, al incrementarse su contenido con nuevos documentos sociales. Actualmente aparece como *Once grandes mensajes*.

En cuanto a autores, puede afirmarse que constituían el mismo cuadro, ampliado, de la serie Normal. Por lo que toca a materias, se amplió el territorio de las mismas, pero manteniendo el criterio operativo de la fidelidad plena al Magisterio de la Iglesia.

Debo añadir en este recuerdo fundacional, que en la Minor se publicaron posteriormente dos obras, con un éxito extraordinario por su notoria actualidad. Al ser elegido Papa el cardenal Albino Luciani, Juan Pablo I, publicamos sus cartas *Ilustrísimos señores*. A fin de recabar los derechos para la edición española en la BAC viajamos inmediatamente Antonio González Calabuig, Jefe de Administración de la BAC, y yo a Padua, a la sede del editor italiano, Edizioni Messaggero. Allí se concertó la edición y se firmó el contrato. Del éxito de la obra dan cuenta las 14 ediciones, que se hicieron y los 150 000 ejemplares vendidos en dos años y medio.

Y cuando el Cardenal Karol Wojtila sucedió a Juan Pablo I, se tuvo el acierto de publicar inmediatamente *Signo de contradicción*. Las ediciones se repitieron durante muchos años. Se vendieron 170 000 ejemplares. Hago constar que tales aciertos se debieron a los contactos permanentes, que la BAC y sus rectores mantenían con la Santa Sede. Y pide la justicia que haga constar que fueron causantes informativos de estas dos ediciones el corresponsal entonces del diario *YA*, en Roma, Miguel Ángel Velasco, y sobre todo Cipriano Calderón Polo, a la sazón Director de la edición en lengua española de *L'Osservatore Romano* y más tarde Obispo Vicepresidente de la CAL, Comisión Pontificia para la América Latina.

2. La BAC Maior, 1972

Paso a la BAC Maior. Su creación –1972– se debió, mutatis mutandis, a las mismas circunstancias que motivaron la BAC Minor. Con una variante. Los originales de algunas obras aceptadas por la BAC superaban con creces el tamaño tipográfico de los tomos de la BAC Normal. La decisión creadora de la nueva serie surgió, cuando el gran historiador de la Pontificia de Salamanca,

José Ignacio Tellechea Idígoras, nos ofreció la edición crítica del *Catecismo* de Bartolomé de Carranza, dominico y Arzobispo de Toledo, trágicamente encausado por la Inquisición española.

Se publicó la obra en dos volúmenes, que presentamos en la Feria Internacional del Libro, la *Buchmesse*, de Frankfurt, con motivo del Año Internacional del Libro. Era la contribución de la BAC en tal ocasión. Obra espléndida, crítica y tipográficamente ejemplar, con la que su autor, gran amigo de la BAC, y sus editores contribuyeron a la justa y sobremanera tardía recuperación del sufrido Primado de las Españas, muerto en Roma.

Se incorporaron a esta monumental serie obras de gran envergadura. Puede verse, para comprobarlo, el catálogo actual de la BAC. Baste mencionar la edición en 5 volúmenes de la *Suma de teología*, de Santo Tomás, de la que antes he hablado; los impresionantes estudios del P. Antonio Orbe, sobre San Ireneo; los dos volúmenes, dirigidos por Fernando Guerrero, con toda la gran documentación de las modernas encíclicas pontificias; los 7 volúmenes de la *Historia de la Iglesia en España*, empeño de alto porte y gran novedad, que dirigió desde la Gregoriana el P. Ricardo García Villoslada, cuya gran biografía de Lutero fue también publicada en esta serie. A todo lo cual cabe añadir en el sector de grandes biografías, la de San Francisco Javier, por el P. J. M. Recondo, la de san Alfonso María de Ligorio, *El Santo del siglo de las luces*, traducción del monumental estudio del P. Theodule Rey-Mermet, y la obra póstuma del P. Ricardo García Villoslada, *San Ignacio de Loyola*, canto de cisne del que fue gran maestro de historiadores y durante tantos años enseñó con creciente éxito en la Universidad Gregoriana.

Felizmente, a diferencia de lo ocurrido, como luego expondré, con los Cuadernos BAC, estas dos series, iniciadas por los anteriores equipos seglares, que fundaron y dirigieron la BAC, han tenido continuación con los equipos sacerdotales directivos de la obra desde 1989. Para concluir con este apartado de variantes editoriales de la BAC, repito lo anteriormente indicado. La Minor y la Maior se diferenciaron de la BAC Normal en cuanto a tamaño y presentación exterior. Pero las tres series procuraron mantener el mismo nivel alto en cuanto a autores, idéntica capacidad orientadora, e igual autoridad en el dominio de las respectivas materias. Eran tres colecciones hermanas, de edad y tamaño diferentes.

3. La BAC Popular y los Cuadernos BAC

Era criterio común de todos los miembros de la cúpula rectora de la BAC la convicción de que no debían multiplicarse las series. Cumplían el sabio

apotegma clásico de que no deben crearse nuevas iniciativas sin probada necesidad. Y la necesidad iba presentándose de vez en cuando. Pero ahora, años setenta y ochenta, fue tomando cuerpo una línea nueva de actuación, indicada y urgida por las circunstancia. Bien estaba atender a los niveles altos y medios de la demanda católica de obras. Pero era menester y urgía atender a un nuevo campo, el de la atención a los fieles, a los lectores sencillos, al pueblo cristiano, necesitado de información asequible, orientación segura y aliento espiritual confortador. En algunas conversaciones frecuentes e informarles que manteníamos en el despacho de don Máximo, expusimos Muniain y yo la suma conveniencia de atender a todos los niveles del laicado, y con cierta urgencia a los más sencillos. Esta era la motivación de las dos nuevas series editoriales BAC, que paso a recordar.

4. La BAC Popular. 1975

Fue la BAC Popular una vía nueva, que se inició, cuando pasé a la dirección de la BAC. Se abrió de acuerdo con los estudios previos, que se habían hecho a este propósito en la época anterior, siendo Director Muniain.

Se quería una colección en rústica, portada sin colores, originales de poca extensión, de precio asequible, y destinatarios no técnicos. Como áreas de contenido se pensó en biografías de santos, tratamiento elemental de cuestiones de actualidad, y también dar cauce tipográfico fácil a los discursos de Juan Pablo II en sus frecuentes viajes apostólicos. Un tipo de libro intermedio entre la colección Normal y los futuros Cuadernos BAC.

La carátula que elegimos al principio para la colección fue un fracaso. La tuvimos que cambiar, con notable mejora, muy pronto. Quisimos pasar a la entonces novedosa encuadernación a la americana, esto es, sin pliegos, y con hoja simplemente cortada. Fue un total fracaso con el libro, en el que aplicamos la nueva técnica de encuadernación. Era, si mal no recuerdo, la *España cristiana*, del profesor de la Pontificia y previo autor de otros trabajos en la BAC, Francisco Martín Hernández.

Repasando los catálogos antiguos se comprueba en cuanto a materias que fueron publicados: 27 vidas de santos, 12 títulos de cuestiones sociales, 18 de espiritualidad para todos, altos y bajos, y preferentemente sencillos, 5 de liturgia y 7 con los viajes de Juan Pablo II. Publicamos un volumen, que alcanzó extraordinario éxito. Me refiero al *Informe sobre la fe*, cuyo contenido era, y es, la larga entrevista concedida por el entonces Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el Arzobispo Josef Ratzinger, al periodista italiano Vittorio Messori. Se hicieron doce ediciones. Y sigue teniendo actualidad esta obra, cuya última aparición en la BAC Popular es de 2010.

Al cesar yo en la dirección, habíamos llegado al número 79. La nueva rectoría de la obra editorial BAC ha sabido continuar con la serie, que alcanza actualmente, en los últimos 22 años, el número 175. Se ha mantenido el cuadro de áreas temáticas propio de la colección.

4. Los Cuadernos BAC. 1978

Tiene este epígrafe puesto propio en la historia de la BAC. Nacieron los *Cuadernos* con posterioridad, pero constituyeron una sección preferida por su sencillez, e incluso sana humildad, en el cuadro histórico total de nuestra obra de apostolado seglar. No pocas veces habíamos hablado Muniain y yo de la superioridad, que providencialmente tiene, en las tareas de la evangelización genuina, el uso de los medios pobres sobre el despliegue de los medios temporales ricos. Los *Cuadernos* respondían a esta convicción. Forman parte, por ello, inexcusable y primaria de las presentes memorias.

Nacieron los Cuadernos BAC de esta preocupación y de dos encuentros, que fueron tan imprevistos como providenciales. Preocupación previa, surgida, como he dicho y reitero, en el seno de la institución, cuando era Director Muniain. Y dos encuentros providenciales, en Friburgo, de Suiza, primeramente; y en Mönchen-Gladbach después, de la entonces República Federal Alemana, todavía separada de la llamada República Democrática Alemana.

En Friburgo, de Suiza, en el Albertinum, primero, y luego en Zurich, hablé detenidamente con el Padre dominico, Fridolin Utz, gran amigo, especialista en Doctrina Social de la Iglesia, y antiguo admirador de la BAC. Nos había llamado y Muniain me encargó que fuera a ver al P. Utz. Tema central sobre el que quería hablarnos: La BAC había realizado una gran obra, se mantenía en una línea de orientación correcta tras el Concilio, había atendido a las grandes fuentes, se movía en el alto terreno de los estudios para lectores, eclesiásticos y civiles, de elevado nivel cultural. Era menester, me decía, incluso necesario y urgente, añadir un nuevo esfuerzo: que la BAC atendiera también al pueblo católico, a los lectores sencillos. Debíamos innovar líneas editoriales de corte, estilo y contenido pedagógicamente adaptados a un público fiel nuevo, sencillo, necesitado de ilustración religiosa para mantener y fortalecer su devoción. Y esto, pensando tanto en España como en Iberoamérica. Que lo pensásemos. Y nótese que no sólo nos aconsejó. Tuvo la gentileza de redactarnos uno de los primeros *Cuadernos*, el 11, titulado: "Que es la Doctrina Social de la Iglesia".

Poco después tuve que ir a Mönchen-Gladbac acompañado por don Jesús Iribarren, fraterno amigo, consejero nuestro, redactor editorialista del *Ya*, autor de la BAC y primer Director de la revista *Ecclesia*. Tuvimos una larga

charla con el P. Antón Rauscher, jesuita, Director del Secretariado de Doctrina Social de la Iglesia, en la Conferencia Episcopal Alemana. Nos habló, sin previo concierto, precisamente del mismo tema que el P. Utz: la necesidad de ediciones sencillas, baratas, de contenido asequible para un público amplio. En una palabra, de folletos, cuadernos: pocas páginas, bajo precio, tiradas largas, estilo adecuado y adaptación pedagógica. Volvimos a vernos en Roma. Y me añadió que él, como Director del referido Secretariado, estaba autorizado por la Conferencia episcopal alemana para ayudarnos, si nos decidíamos a realizar este trabajo. Y nos prometió una ayuda de doce millones de pesetas para iniciar la serie. En cuanto a la programación de la serie –temas y autores– éramos completamente autónomos.

Ante la conjunción de estas dos sugerencias –suiza una y alemana la otra– y a la vista del informe que redactamos don Jesús y yo, Muniain, Director, nos dijo que adelante. Llegó puntual la ayuda económica alemana. Y así nacieron los *Cuadernos BAC*. 32 páginas, papel barato, color sólo en la portada, tipografía sencilla y letra legible. Muchos fueron los autores, bien preparados, que ajustaron contenido y redacción a las características de fondo y forma de la nueva colección. Se publicaron 131 cuadernos. La respuesta de la demanda resultó un éxito. Y tuvimos el P. Rauscher y yo la dicha de presentar una colección completa de nuestros *Cuadernos* a Juan Pablo II en plena Plaza de San Pedro, encuentro del que guardo la correspondiente fotografía.

En cuanto a la temática, fuimos fijando los asuntos, bien por iniciativa de la propia BAC, bien por asesoramiento de personas cualificadas, conocedoras de los problemas. Dividimos la temática en dos grandes grupos: temas o problemas de máxima actualidad nacional o internacional; y temas estrictamente espirituales, dogmáticos o ascéticos. Y siempre para lectores de la base católica, que con su lectura se vieran orientados correctamente y enriquecidos espiritualmente.

Dentro de este programa, montamos algunas operaciones especiales. Se hicieron sendos comentarios completos a todas las peticiones del Padrenuestro, a todos los artículos del Credo, y a cada uno de los siete sacramentos. Y se proyectó otro sobre los dones del Espíritu Santo, que ya no pudo realizarse por la circunstancia, que al final indicaré. Se inició, y no se continuó, una serie dedicada a las grandes órdenes religiosas de monjes, frailes y clérigos regulares. Sólo se publicó un cuaderno, por cierto espléndido, dedicado a los cartujos, cuyo autor fue un recordado redactor del *Ya*, José Luis Legaza.

Hago constar que en cuanto al donativo de los obispos alemanes, se hacía con la condición de que sirviera para cubrir los primeros gastos y eventuales pérdidas. Curiosamente las autoridades económicas de EDICA hicieron

caso omiso de esta condición verbal, pues la suma recibida –principios de los ochenta– fue destinada al montaje e instalación de la novísima Aula Jovellanos, de EDICA, que nada tenía que ver ni con los Cuadernos ni con la BAC. Cosas de la vida.

La colección cesó de golpe, cuando, con motivo de la crisis mortal de la tan benemérita Editorial Católica, pasó la BAC a depender de la Conferencia episcopal española. Quienes dirigieron a partir de 1989 la BAC suspendieron la publicación de los *Cuadernos BAC*. Medida que no puedo dejar de sentir.

5. La serie Documentos BAC. 1980

Se inició esta nueva serie a comienzos de los años 80 para publicar en sendos folletos los grandes documentos de Juan Pablo II.

Se tenía el antecedente, un tanto lejano ya, pero intencional y temáticamente homogéneo, de la publicación de los documentos pontificios, que durante los años 20 y 30 llevó a cabo con notable éxito la Asociación Católica de Propagandistas. Partió la idea del entonces Presidente y Director de *El Debate*, Ángel Herrera, y pronto quedó al frente de la ejecución de la iniciativa el Secretario General, Fernando Martín Sánchez, quien supo encomendar la tarea al entonces joven propagandista Máximo Cuervo Radigales, el futuro fundador de la BAC. Baste recordar que fueron más de 600 000 ejemplares los que se vendieron de 1928 a 1936.

Se respondía ahora, en la década de los 80, a la creciente necesidad de dar a conocer prontamente y con ediciones sencillas y superbaratas los documentos del Magisterio pontificio. Tuvo éxito la iniciativa, que se ha ido prolongando felizmente hasta ahora.

Y estas cinco variantes son las que, tras el Vaticano II, creó la BAC para cubrir sectores del apostolado seglar en el campo del libro y de la lectura. Hubo una sexta innovación oportuna e importante: La de las ediciones litúrgicas. Pero esta innovación, que tenía antecedentes en nuestro catálogo, requiere capítulo propio.

Las ediciones litúrgicas

Debo sentar un precedente al iniciar este capítulo. Cuantos trabajamos en la BAC, sobre todo los miembros sucesivos de su cúpula dirigente, habíamos vivido la renovación litúrgica, que en España se inició en los años treinta y tuvo posteriormente el valioso incremento, que supo darle con pasos sabiamente sucesivo Pío XII. Y en particular se había vivido este profundo enriquecimiento espiritual en el seno de la Asociación Católica de Propagandistas. Nada, pues, tiene de extraño que Máximo Cuervo y José María Sánchez de Muniain, ambos propagandistas, colocaran la liturgia en la terna de materias, que formarían la sección IV de la BAC: "Ascética, Mística y Liturgia".

Como apunto en la introducción del capítulo, que dedico posteriormente a las obras de espiritualidad, me ha parecido conveniente separar la liturgia, como materia especial, que merece capítulo propio, por la singular y capital importancia que posee en la vida cristiana. Es lo que aquí y ahora llevo a cabo, tras las variantes de edición BAC explicadas en el capítulo anterior.

Es este –el litúrgico– un tema grato, que debe recogerse en la historia de la BAC; y epígrafe, que además debo explicar, pues intervine directa y continuamente en su desarrollo. La atención a la liturgia entre nosotros tuvo dos momentos, dos épocas: la anterior al concilio Vaticano II y la posterior al mismo. Comienzo, por ello, con la labor editorial anterior a la magna reunión conciliar.

1. Con anterioridad al Vaticano II

1.1. Tres obras capitales

Inició la BAC sus ediciones litúrgicas en 1951 con la publicación de una obra monumental, *El sacrificio de la Misa. Tratado histórico-litúrgico*. Obra del jesuita Joseph A. Jumgmann, publicada en 1948 por la Editorial Herder, de Friburgo, Alemania, con el título de *Missarum solemnia*. Tuvo en Alemania cinco ediciones. El autor era uno de los investigadores más destacados en la materia. En España la obra había alcanzado en 1963 cuatro ediciones.

Verdadera enciclopedia sobre la Misa, traducida a todos los idiomas más comunes, presenta curiosamente en la edición española mayor claridad de estilo que la propia edición original. Y tuvo el valor adicional de contribuir poderosamente a la mayor participación del pueblo en el culto, fin al que la BAC y los traductores tendieron con esta versión. No aparece en la edición de la BAC el nombre del traductor. Se mencionan los nombres de Alejandro Barcenilla y Constantino Ruiz Garrido, amén de la especial gratitud manifestada al P. Gumersindo Bravo, profesor de Comillas, Santander, revisor de la traducción y de las pruebas de imprenta de toda la obra.

El segundo cuadro de esta galería de obras litúrgica previas al Concilio lo ocupa la *Historia de la liturgia*, publicada en tres volúmenes por Editrice Ancora, de Milán, y de la que era autor Mario Righetti, consultor de la Sagrada Congregación de Ritos. La versión de la BAC se hizo en dos volúmenes: el I, número 132, apareció en 1955, y contenía la Introducción general, el Año litúrgico y el Breviario. El segundo volumen, número 144, vio la luz en 1956, con la liturgia de los sacramentos y sobre todo con la exposición de la Eucaristía como sacrificio, comunión y sacramento. Preparó con cuidado sumo la edición BAC don Cornelio Urtasun Irisarri, profesor en el Seminario de Valencia y gran amigo de Ángel Herrera.

La tercera aportación litúrgica preconciliar de la BAC merece subrayado especial. Por su autor y por la perfección de la versión castellana. Autor, dom Cipriano Vagaggini, profesor en el Pontificio Ateneo Anselmiano, de Roma. Traductor, dom Manuel Garrido Bonaño, monje de Silos. Ambos benedictinos. Obra traducida también a todas las lenguas principales, por la sencilla razón de su extraordinario valor. Dos ediciones en español: la primera en 1959; la segunda en 1965. Consiguientemente fue una edición de la BAC simultánea con las sesiones del Vaticano II.

La lectura de esta obra, que afortunadamente sigue viva en el catálogo de la serie Normal, posee la virtud de enriquecer al lector con la vista lúcida y la honda experiencia de las alturas y de las profundidades, en las que se mueven las realidades del culto litúrgico. Bien puede decirse que en la atención litúrgica preconciliar de la BAC, marca esta obra la cima más alta. Antes y después del Concilio. Marcó una época en la historia del moderno renacimiento litúrgico.

1.2. Más aportaciones

Hubo más. En 1965 la BAC presentó otra muestra del gran movimiento litúrgico preconciliar, el *Año litúrgico*, de Joseph Pascher, publicado en 1963 por la Casa Max Hueber Verlag, de Munich, y traducido por la BAC dos años después, 1965. Traductor, Daniel Ruiz Bueno, asiduo colaborador de la BAC.

Levantó esta versión otro hito básico en el creciente despliegue de la conciencia litúrgica en el mundo de habla española. Merece cita particular el estudio de los distintos tiempos del Año litúrgico y la incorporación de las grandes piezas de la himnodia latina, así como el análisis de las grandes fiestas litúrgicas, material que incluso hoy, pese al cambio de fechas, resulta sumamente orientador y espiritualmente elevante.

En 1961, apareció el *Curso de liturgia*, preparado por dos monjes benedictinos, dom Manuel Garrido y dom Augusto Pacual. Lo relativo a la liturgia eucarística fue escrito por Pascual. Todo lo demás de la obra –partes I, III y IV–quedó redactado por el P. Garrido. Mención especial merece el tratamiento del Año litúrgico y la magna realidad de la alabanza divina, el tradicional *opus Dei* del Oficio divino.

Con esta obra se cerró el período de las obras preconciliares de la BAC, con las que ésta quiso servir de cauce editorial al creciente movimiento litúrgico, que la Iglesia en España venía viviendo desde los años veinte del pasado siglo.

Algo queda por consignar y exponer en este período preconciliar. Me refiero al *Año cristiano*, que por su contenido y significación vive estrechamente unido al desarrollo temporal del Año litúrgico. A mediados de los años cincuenta, dos autorizados catedráticos de la Pontificia de Salamanca emprendieron la preparación de un nuevo Año Cristiano, adaptado al santoral entonces vigente. Hablaron con el Director de la BAC, quien aceptó inmediatamente el ofrecimiento salmantino. Eran los proponentes Lamberto de Echeverría y Bernardino Llorca. Fue todo un éxito.

Tuvo la obra, en cuatro volúmenes, dos copiosas ediciones. La primera en 1957; la segunda, en 1966. Todo el gran santoral de entonces queda recogido en varios centenares de biografías. Más de 300 autores. Y lo sorprendente es que los dos directores desplegaron tal capacidad de organización y convocatoria, que todos los originales estuvieron a punto en la fecha convenida.

La introducción general es un modelo de concentración de los elementos propios del saber hagiográfico. Toda una enciclopedia sobre la santidad y su desarrollo en el tiempo. Actas de los mártires, martirologios y calendarios, vidas particulares, el "Flos sanctorum", los Bolandos y los numerosos y modernos Años cristianos. Y además, el dogma de la comunión de los santos y el iter canónico procesal de las canonizaciones. Preludio adecuado de la inmensa galería siguiente de la santidad católica.

Podría detener aquí el curso de la referencia. Pero debo añadir un dato. Este *Año cristiano* de la BAC comenzó antes del Vaticano II y su segunda

edición apareció, terminado éste. Naturalmente, autores y editor pensaron hacer una nueva edición conforme a las directrices del Concilio. Había que esperar a la publicación oficial del Martirologio Romano revisado. Y he aquí que nada pudo hacerse, por la sencilla y compleja razón de que la revisión histórica del Martirologio, como libro litúrgico oficial, se demoró notablemente por las dificultades, que encontraba en no pocos casos la necesaria investigación histórica. En una ocasión, don Máximo me envió a Roma para conocer de fuente autorizada el estado del asunto. Pude hablar detenidamente con Monseñor Luigi Dadaglio, secretario de la Congregación para el Culto de los Santos y anterior Nuncio en España. Me dijo que había que esperar. Y, en efecto, hubo que seguir esperando, porque fue el *Martirologio Romano* el último libro litúrgico revisado oficialmente conforme a las normas emanadas del Concilio. Y no hubo tercera edición del *Año cristiano* de Echeverría y Llorca.

Hasta aquí las ediciones litúrgicas anteriores al concilio Vaticano II.

2. Con posterioridad al Vaticano II

Concluido el Vaticano II en diciembre de 1965, se procedió en España a realizar la reforma de la liturgia y de la Misa, ordenada por la constitución *Sacrosanctum Concilium*. No entro para nada en su despliegue. Me limito a lo que la BAC hizo, colaborando en ese despliegue.

Era Presidente entonces de la Comisión de Liturgia, de la Conferencia Episcopal Española, el Cardenal Vicente Enrique Tarancón, y Director del correspondiente secretariado, el P. José María Martín Patino, de la Compañía de Jesús. Se procedió inmediatamente a la preparación del nuevo Misal castellano y con ella a la correspondiente traducción. Se formó un equipo de trabajo. Y un buen día –noviembre de 1964– don Máximo me ordenó que fuera inmediatamente a Roma y hablara con el Arzobispo de Madrid, don Casimiro Morcillo, que pertenecía al secretariado del Concilio, y con el P. José María Martín Patino, que ya llevaba el asunto de la versión castellana.

Fui a Roma. Era mi primer viaje a la Ciudad Eterna. Me recibió en el aeropuerto de Fiumicino Jesús Iribarren, quien había seguido todas las sesiones del Concilio como corresponsal del diario *YA*. Al día siguiente, en la propia Basílica Vaticana, pude hablar con don Casimiro; y luego, en la misma Plaza de San Pedro, con el P. Patino. Les hablé del propósito de la BAC de editar el nuevo Misal. Y quedé con el P. Martín Patino en vernos en Madrid, en la sede de la Conferencia, que era entonces la de Alfonso XI, 4, la antigua sede de La Editorial Católica. Asistí a algunas de las reuniones de trabajo de los traductores y nos hicimos cargo del material, a la espera de la aprobación de los nuevos

textos por la Santa Sede. La BAC quedó oficialmente incorporada a la Comisión de editores litúrgicos, de reciente creación, que estaba ligada a la Comisión Episcopal Española de Liturgia.

2.1. El Leccionario provisional

El Consilium creado para la reforma de la Misa, que según mis recuerdos estaba dirigido por Monseño Bugnini, publicó pronto las nuevas perícopas de la Misa. Tres lecciones, tres pasajes –Antiguo Testamento, epístolas y evangelios– para tres ciclos A, B y C. Era la edición oficial en latín. Había que proceder a la traducción castellana. Y el cardenal Tarancón habló con Máximo Cuervo para ver si podía hacerse una edición inmediata provisional. Respuesta positiva por parte de don Máximo. Y en 1966 y 1967 se publicaron los Leccionarios de los ciclos A y B con los textos de las perícopas tomados de la Biblia Nacar-Colunga. No se publicó el ciclo C, porque la Conferencia Episcopal recibió de Roma la aprobación de las nuevas traducciones y ella publicó la edición oficial de los nuevos Leccionarios. La BAC cumplió el encargo recibido y se retiró, cumplida su colaboración.

2.2. El nuevo Misal

Mientras tanto nos pusimos en contacto con un sacerdote joven, palentino, experto en el campo litúrgico, Andrés Pardo, que comenzó la labor de montar la disposición del nuevo Misal, en lo técnico y en lo tipográfico. Así, cuando vino la aprobación de Roma pudimos preparar y publicar el *Nuevo Misal* en dos volúmenes, con excelente papel biblia, cuerpo y letra legibles, y fácil manejo. Desde el primer momento fue un éxito. Generosamente el propio Cardenal Enrique y Tarancón, ya Arzobispo de Madrid, presentó y prologó la edición.

No paró aquí la cosa. Manteníamos en la BAC relaciones muy cordiales con el CELAM, al cual atendíamos a fin de publicar cuanto interesaba para la correcta aplicación del Concilio, ante la desviación que se estaba operando en Hispanoamérica por la llamada teología de la liberación. Vino a vernos un sacerdote colombiano, llamado Jairo Mejía, para comunicarnos que el episcopado colombiano deseaba que la BAC hiciera para Colombia, y casi seguro para toda Hispanoamérica, una edición oficial del nuevo Misal y de los Leccionarios. Creo que se formalizó el contrato con el episcopado colombiano. Y pusimos manos a la obra a toda velocidad. Recuerdo que para confeccionar tipográficamente las páginas con notación musical, pasamos una noche en la imprenta Honorato Martínez, corrector de estilo y experto conocedor de la notación musical gregoriana, y el autor de esto Apuntes, cuidando el ajuste exacto del texto y de las notas musicales. ¿Qué pasó? No supe bien lo sucedido.

El hecho es que se suspendió el trabajo del Misal hispanoamericano. Se perdió el dinero invertido. Y lo que sí recuerdo muy bien es que por parte de la BAC no hubo reclamación alguna.

Se hizo sobre la marcha una excelente edición de *Laudes, vísperas y completas*, primer intento de versión en castellano, que se compuso bajo la dirección técnica de un sacerdote belga, experto liturgista, que nos enviaron de la Casa Desclée, de Brujas, el cual llevó la parte de confección del volumen. Obra pasajera, muy bien hecha, que se vendió pronto en su totalidad.

Ampliamos posteriormente el arco de las nuevas ediciones litúrgicas con la ayuda y el saber de Andrés Pardo. Se hizo una edición reducida, sumamente manejable y grata del *Misal dominical y festivo*. Se publicó un *Oracional*, como nuevo devocionario del cristiano. Y sobre todo, una obra que tuvo y sigue teniendo demanda sólida, *La oración de la Iglesia. Selección de Laudes y vísperas*, preparada oficialmente por el Secretariado Nacional de Liturgia.

3. Las Oraciones de la familia

Y queda la postrera edición cuasi litúrgica. Me refiero al pequeño volumen *Oraciones de la familia*, publicado en 1977. Merece esta obrita una breve explicación.

En los viajes de trabajo, que como hombre de la BAC, hacía a Roma, en varias ocasiones fui recibido en su despacho por el Secretario de Estado, de Su Santidad. Me recibió, en una de esas ocasiones, el Cardenal Agostino Casaroli, a quien hicimos el regalo de un ejemplar de la biografía de su Patrono, san Agustín, hecha por el P. Victorino Capánaga, conocido agustinólogo, y publicada en la BAC Major.

En aquella entrevista me indicó el Cardenal Casaroli el deseo de Pablo VI de que la BAC se encargara de la edición española del librito *Oraciones de la familia*, que Pablo VI había promovido para fortalecer la vida espiritual de la familia cristiana. Aceptamos la propuesta y se hizo inmediatamente la edición. Y meses antes del fallecimiento de Pablo VI, fuimos a Roma Mariano Rioja, Consejero Delegado de Administración de EDICA, José María García Escudero, Secretario de la Junta de Gobierno, y yo, como subdirector de la BAC, a presentar oficialmente al Papa la edición.

Nos recibió en audiencia especial, en una de las salitas que hay junto al aula Pablo VI, alabó la belleza de la obra, y nos agradeció vivamente el trabajo hecho. Le recuerdo, era en marzo de aquel año, rostro demacrado, voz débil, varios meses antes de su fallecimiento en agosto. Debo hacer constar que en la preparación de este librito familiar, nos prestó su siempre valiosa ayuda,

Cipriano Calderón, encargado de la edición de *L'Osservatore Romano* en lengua española, y colaborador eficiente de la BAC en Roma. Era como nuestro delegado en la Santa Sede. Había sido años antes corresponsal en Roma del diario *YA*.

4. Otras obras litúrgicas

Aquí podría concluir el tema de este litúrgico capítulo. Pero queda algo más. Tras el Concilio, la dirección de la BAC consideró con razón que debían publicarse obras de liturgia, que actualizaran el esfuerzo de apoyo ilustrativo, que la BAC había realizado antes del Vaticano II. Y se publicaron tres obras, con las que cierro el desarrollo del tema. De las tres, dos aparecieron antes de 1989. Una tercera se publicó posteriormente en 1992, pero había sido promovida por nosotros.

Julián López Martín publicó *El Año litúrgico*, en 1984, con la historia y la teología de los tiempos festivos cristianos. El autor era, y es, eminente especialista en la liturgia. Se había doctorado en Roma en el Anselmianum, Instituto Pontificio dirigido por los benedictinos. Tiene esta obra de Julián López, entre otros méritos notables, el de facilitar de forma sencilla y breve la asimilación de los contenidos espirituales de los tiempos litúrgicos tal como han quedado configurados tras la reforma conciliar.

El segundo volumen litúrgico de la BAC tras el Concilio se titulaba *Vivamos la santa Misa*. Fue obra de otro insigne liturgista español, leonés, Bernardo Velado Graña, consultor de la Comisión Episcopal de Liturgia y autor de amplia bibliografía sobre temas litúrgicos. Tiene la obra tres partes perfectamente enlazadas. La primera, sobre la realidad teológica de la Eucaristía; la segunda, acerca de la evolución histórica de la celebración de la misa; y la tercera, a propósito de la actual celebración de la Eucaristía. Fue este volumen una respuesta perfecta a los deseos de la BAC de colaborar en la ejecución pronta y fiel de las nuevas formas del culto litúrgico.

Una palabra final sobre la tercera obra, *El domingo, fiesta de los cristia-nos*. Fue su autor, nuestro conocido Julián López Martín, que elaboró la obra a petición de la BAC. Éramos conscientes de la crisis general, que el domingo, como fiesta del Señor estaba atravesando y queríamos hacer algo eficaz para contrarrestar tal decadencia. Era anticipo de lo que años más tarde diría Juan Pablo II en 1989 con su encíclica *Dies Domini*.

Subrayo, al terminar, el dato de que estas tres últimas ediciones litúrgicas se publicaron, conforme al propósito común de editores y autores, en la BAC Popular, como sede propia. Y las tres por iniciativa de la dirección de la BAC.

Catequesis, catecismos y predicación

Con estos tres eclesiales sustantivos, que no son sinónimos, pero están íntimamente conectados, intento reunir unos cuantos títulos de la BAC publicados a lo largo de los casi cinco decenios abarcados por estos Apuntes.

Separo la catequesis y los catecismos, dadas las diferencias que los caracterizan, aunque el término "catequesis", en sentido general, los engloba. La catequesis es mucho más amplia que los tradicionales catecismos, montados sobre la sapientísima técnica pedagógica de las preguntas y de las respuestas y el ejercicio grabador de la memoria. E incluyo la predicación, por ser ésta uno de los más importantes, permanentes y obligados instrumentos de la amplia catequesis evangelizadora, conforme a lo que urgen dos centrales exhortaciones apostólicas pontificias, la *Evangelio nuntiandi*, de Pablo VI, diciembre de 1975, y la *Catechesi tradendae*, de Juan Pablo II, octubre de 1979. La Iglesia católica ha considerado siempre la catequesis, en este sentido amplio, como una de sus tareas más importantes. Y dentro de esa total catequesis tiene la predicación puesto superdestacado, como manifestó Benedicto XV en su encíclica *Humani generis redemptionem*, junio de 1917, sobre el ministerio de la predicación sagrada.

1. El Catecismo Romano

Era y es el gran Catecismo del Concilio de Trento, verdadera joya de la literatura eclesial. Se publicó en la BAC, año 1956, con el número 158 de la serie Normal. Fue iniciativa de la propia Dirección de la BAC, que pensó con razón que convenía rescatar del inmerecido olvido esta obra tridentina de alta catequesis no periclitada. Apoyada la idea por el Obispo de Salamanca, Barbado Viejo, se tuvo la fortuna de encontrar en la propia ciudad del Tormes, al adecuado realizador de la propuesta. .

Fue el Operario Diocesano Pedro Martín Hernández, del Seminario Mayor San Carlos Borromeo, el que hizo la traducción castellana, nada fácil a veces, redactó las introducciones y anotó el texto, que mantuvo en su traducción la plenitud de significado del original latino. La Introducción general, que encabeza el volumen, fue redactada por el preparador bajo la inspiración estimulante del inmenso magisterio de Pío XII, una de las grandes cimas de gobierno, magisterio y virtud del Papado contemporáneo. Tras esta presentación, se reproduce la Introducción particular –historica– del propio Catecismo, obra realizada por orden de los Padres conciliares tridentinos, que acordaron "redactar un formulario seguro y un método fácil y eficaz de presentación de las doctrinas elementales del cristianismo".

El autor anotó el hecho significativo de los destinatarios inmediatos de este gran Catecismo tridentino, que estaba dirigido casi exclusivamente a los párrocos.

2. El Catecismo del Arzobispo Carranza

Fue esta obra una sorpresa y un acierto. Sorpresa, porque no habíamos pensado en ella. Y acierto, porque recuperó un Catecismo olvidado del Siglo de Oro español.

Se presentó en la BAC un día, a finales de 1971, José Ignacio Tellechea Idígoras, catedrático de Historia de la Iglesia en la Pontificia Universidad de Salamanca y viejo amigo nuestro. Nos traía el original completo de los *Comentarios sobre el Catecismo cristiano* de fray Bartolomé Carranza, Arzobispo de Toledo, publicados en Amberes en 1558. Carranza, el hombre y la obra, que fueron objeto del famoso proceso de la Inquisición española y de la romana. Era a la sazón Director de la BAC Sánchez de Muniain. Examinamos por encima el original, conocíamos al autor, algo sabíamos del proceso, y la respuesta fue inmediata y afirmativa. Y en 1972 apareció la obra en dos volúmenes, inaugurando con ella y con ellos la nueva serie, la Maior, números 1 y 2.

No sólo esto. Fue este Catecismo la obra que la BAC presentó en la Feria Internacional del Libro, la *Buchmesse* de Frankfurt, dentro de la exposición abierta con motivo del Año Internacional del Libro. La obra de Tellechea lo merecía. Por la amplia Introducción, en la que se dibujaba la figura del gran navarro Carranza, el contenido de los Comentarios y las vicisitudes del consiguiente proceso. Como edición crítica reunía la obra, en grado sobresaliente, todos los requisitos de la investigación y de la redacción técnica de los textos clásicos. Más aún, con su obra Tellechea logró recuperar y supo fijar los términos objetivos del proceso y la limpieza doctrinal del Catecismo de Carranza.

Y me es grato añadir que otro gran Arzobispo de Toledo, don Marcelo González Martín, tuvo, poco antes de su muerte, el acierto, tras los debidos permisos, de exhumar los restos de Carranza, que se encontraban en Roma,

para trasladarlos a la toledana Catedral primada. Allí reposan, en la espera de la hora final, los despojos mortales del Arzobispo que murió procesado sin haber alcanzado la decisión absolutoria, que se le debía.

3. El Catecismo alemán

Con el número redondo del 500 de la BAC Normal editamos en 1988 la versión castellana del *Catecismo católico para adultos*, que la Conferencia Episcopal Alemana había publicado en 1985, con la presentación oficial del Cardenal Josef Höpffner, Arzobispo de Colonia. Ha tenido cinco reediciones hasta hoy.

Está dividido este actualizado y ejemplar Catecismo en tres partes: la primera, Dios Padre; la segunda, Jesucristo; y la tercera, el Espíritu Santo. Presentó la edición española José Manuel Estepa Llaurent, Arzobispo Presidente de la Subcomisión Episcopal de Catequesis. Con acierto destacó el presentador que "el mérito principal de este *Catecismo* alemán consiste en haber conseguido exponer la doctrina católica –con orden, claridad y sin titubeos– a partir de una sistematización de las enseñanzas del concilio Vaticano II,...siguiendo los enunciados de dos venerables Símbolos de la fe de la Iglesia antigua: el Símbolo de los Concilios de Nicea y de Constantinopla y el Símbolo Apostólico".

4. El Astete y el Ripalda

De los grandes Catecismo paso ahora a los pequeños, los de las preguntas y respuestas, de los que fuimos beneficiarios generaciones pluriseculares de españoles e hispanoamericanos. En particular, de dos de ellos, los de los jesuitas Gaspar Astete y Jerónimo Ripalda.

En sus tres primeros lustros la BAC no editó estos venerables catecismos. El mercado estaba suficientemente atendido. Algo se hizo, como explico luego, dentro de este capítulo, en el campo de los nuevos catecismos. Pero en los años 80 se celebraba el cuarto centenario de la publicación de los dos catecismos tradicionales, el del P. Gaspar Astete, 1581, y el del P. Jerónimo Ripalda, 1591. Debo declarar que esta fecha centenaria no la habíamos previsto en la BAC. Y un día, a mediados de los 80, se nos presentó Luis Resines, sacerdote especializado en el tema de ambos textos, con un original, técnicamente perfecto sobre la historia y los avatares cuatriseculares del Astete y del Ripalda. Una edición crítica de los *Catecismos Astete y Ripalda*, BAC Normal 493, publicada en el otoño de 1987.

Resines estudió y recogió con paciencia benedictina todo el curso de variantes, cambios, acentuaciones y supresiones, que fueron recogiendo los textos primitivos en el devenir histórico a lo largo de sus más de mil ediciones. Con el complemento de la influencia, que Ripalda recibe del Astete, y la parcial dependencia de ambos del texto anterior de san Juan de Ávila.

Y paso a los nuevos catecismos de preguntas y respuestas, que la BAC editó en los años sesenta.

5. Los nuevos catecismos

Es este un dato, olvidado, que es necesario consignar. En 1957, si mal no recuerdo la fecha, la BAC fue encargada por la Junta de Metropolitanos, y en concreto por la Comisión Episcopal de Catequesis, de editar los nuevos catecismos para los diferentes grados de la enseñanza religiosa. El acuerdo se hizo a petición del entonces Arzobispo de Sevilla, don José María Bueno Monreal, presidente de la referida Comisión.

Era Director Máximo Cuervo, quien naturalmente se puso a disposición del episcopado. Todo el trabajo previo de diseño, dibujo, maquetación, imprenta y encuadernación corrió a cargo de la BAC. Los textos de cada grado los fijaba la Comisión de Catequesis. Todo era previamente visto, corregido y aprobado por ella. Durante el segundo lustro de los 50 y a lo largo de los primeros años de los 60 la BAC produjo y vendió más de cinco millones y medio de catecismos de los diferentes grados. Mantuvimos esta actividad editorial de servicio hasta que vino al secretariado de la Comisión Episcopal de Catequesis un canónigo, creo que era de la archidiócesis de Tarragona, Lamberto Font, quien, con sorpresa de todos nosotros, ordenó que todo pasara de inmediato y en exclusiva a la Comisión episcopal.

6. La catequesis en los Cuadernos BAC

De los motivos que impulsaron a la dirección de la BAC para iniciar esta nueva serie, he dicho algo en el capítulo de las que llamo variantes editoriales. Desde el primer momento dedicamos, en su programación, buena parte de su temática a la catequesis.

Concretamente hicimos sendos comentarios al Credo, al Padrenuestro y a los siete sacramentos. 15 título al Credo. 7 al Padrenuestro. Y otros 7 a los sacramentos. Buscamos autores especialistas y sobre todo con sentido de adaptación catequética a los lectores. Era uno de los fines, que me señaló el P. Fridolin Utz, en la visita que le hice en Suiza. Por otra parte, éramos conscientes

de la necesidad de contribuir al robustecimiento de la fe del pueblo sencillo, con objeto de que la piedad y la religiosidad populares estuvieran siempre alimentadas y dirigidas por las realidades de la fe conocida, ilustrada y vivida. Procurábamos atender a los diferentes niveles de lectores y, por ello, se decidió cuidar de la ilustración religiosa también del pueblo fiel.

7. La predicación como instrumento de la gran catequesis

También éramos conscientes en la BAC de la importancia capital de la predicación sagrada. En parte, porque habíamos disfrutado del beneficio de las variadas formas de su ejercicio, y por la abundancia relativa de excelentes predicadores, bien formados en la oratoria, densos y seguros en la doctrina, y en general dotados de preocupación genuinamente evangelizadora. Se añadía a todo ello nuestro conocimiento de la encíclica anteriormente citada de Benedicto XV, la *Humani generis redemptionem*, y la atención que Ángel Herrera Oria, de seglar, de sacerdote y de obispo había dedicado y dedicaba al género homilético, que el Vaticano II urgiría posteriormente.

Consecuencia de esta convicción operativa fue la publicación en la BAC, de la monumental obra por don Ángel dirigida, *La palabra de Cristo*, magna y oportuna contribución, en 10 volúmenes, al desarrollo de la gran catequesis ajustada a las condiciones de nuestro tiempo. He hablado anteriormente de mi colaboración en este esfuerzo, en el capítulo dedicado a mi entrada en la BAC en los años 50. Sólo debo recordar y subrayar aquí que en esta obra aparece una sección, la de los "Guiones homiléticos", que sigue manteniendo suma actualidad y sigue constituyendo una espléndida ayuda para la predicación de este género sagrado, que bien podrían ser aprovechadas por cuantos hoy tienen el evangélico ministerio capital de la homilía dentro de la Misa.

Pero debo añadir algunos datos, que no deben quedar en el olvido. Fue don Ángel el promotor, director y alma de la iniciativa. Siempre le preocupó la predicación, preocupación, que se acentuó desde que fue ordenado sacerdote. Ya en Friburgo, primero, y luego en Santander inició los trabajos de preparación. Y desde Málaga, ya Obispo, puso en marcha la preparación inmediata de la obra. Contó con la colaboración de sacerdotes expertos y de seglares de su confianza. Entre los primeros, Luis Vera Ordás, Francisco Carrillo Rubio, José María Eguaras, Rafael González Moralejo, Manuel Díez de los Ríos y Alejandro Sierra de Cózar. Como seglares Tomás Cerro Corrochano, Luis Ortiz Muñoz y el autor de estos Apuntes.

Puede observarse una coincidencia curiosa. La estructura temática de los comentarios de cada domingo en *La Palabra de Cristo* reproduce el orden de las Secciones de la BAC: Liturgia, comentario escriturístico, Santas Padres, teólogos, autores espirituales, textos pontificios de carácter social, y miscelánea de historia y literatura. Varios volúmenes tuvieron segunda edición. El volumen I alcanzó en 1960 la tercera. Se inició la traducción para las ediciones de Italia y del Reino Unido. Pero todo quedó detenido. La reforma litúrgica del Misal Romano, ordenada por el Vaticano II, al introducir las tres lecturas y los tres ciclos de las mismas, dejaba obsoleta la ordenación, binaria y unitaria, de *La Palabra de Cristo*, atenida al orden binario en lecturas y unitario en ciclos del anterior Misal Romano.

No debo olvidar, por último, un volumen, que publicamos en los años 80, del entonces Obispo de Jaén, don Miguel Peinado, con el titulo expresivo de *La predicación del Evangelio en los Padres de la Iglesia*, BAC Normal 519. Era una cuidada antología de textos patrísticos ordenados en torno a la secuencia festiva del Año litúrgico. Constituyó la última aportación de la BAC de entonces al sector de la catequesis por la vía de la predicación.

8. La religiosidad popular

En 1976, con el número 2 de la entonces recién nacida BAC Popular, publicamos *La religión del pueblo*, redactada por don Rosendo Álvarez Gastón, párroco entonces de Almonte, trono de la popular Virgen del Rocío. Obedeció esta edición a un cuidado de los rectores de la BAC, confirmado por las palabras de Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, número 48, sobre la religiosidad popular. Tras el Vaticano II urgía reivindicar los valores de la religiosidad popular, negados por algunos, deformados por otros, y descuidados por terceros. Y encontramos en don Rosendo, futuro Obispo de Almería, el sujeto preparado para regular la devoción plurisecular de los pueblos cristianos en el nuevo contexto social, manteniendo el cuadro de sus ejemplares valores.

La religiosidad popular sigue siendo, si se la sabe cultivar, un poderosísimo recurso espiritual en la hora de la nueva evangelización y un fuete impulso en las obras del apostolado seglar. Tiene este volumen, no reeditado, mucho que decir y que aconsejar en esta hora de la nueva evangelización y del Año de la Fe.

La recepción del Vaticano II en la BAC

La BAC, innecesario es decirlo, siguió con atención suma, más que cordial, filial, las sesiones del concilio Vaticano II. Simultaneaba yo entonces dos labores: pertenecía a la redacción del YA como editorialista y Secretario del Consejo de Redacción, y al mismo tiempo continuaba prestando servicios en la BAC. Dispusimos de información amplia, veraz y continuada, y en más de una ocasión, confidencial. Teníamos la información de primera mano, que nos suministraban a diario Luis León de la Barga, excelente corresponsal veterano del YA en Roma; don Jesús Iribarren, miembro del Consejo de Redacción destacado como informador diario de los trabajos conciliares; y Cipriano Calderón Polo, sacerdote, antiguo corresponsal del diario en la Ciudad Eterna y valioso colaborador constante de la BAC. Era en cierto modo el hombre de la BAC, nuestro eficacísimo delegado cerca de la Santa Sede.

Debo añadir algo. Nos situamos desde el primer momento dentro del espíritu del Concilio, dentro de la fe. Por ello, procuramos eludir la visión del Concilio, que con frecuencia cercana a la generalidad presentaba el mundo informativo exterior. Idéntica postura mantuvimos durante el agitado período posterior inmediato. Nos adherimos al genuino posconcilio y huimos del variado paraconcilio, tanto del exterior como del doméstico o interior de algunos sectores eclesiales.

1. La edición de los documentos del Concilio

Desde el primer momento, me encargó don Máximo que siguiera el desarrollo del Concilio y atendiera sobre todo a los documentos, que se fueran publicando. Había decidido editar lo más pronto posible todos los documentos del Concilio en texto bilingüe. Se desplegó para ello, concluida la magna reunión conciliar, una actividad inusitada, pero que era muy propia de la BAC en determinados momentos. La Secretaría de Estado nos comunicó su autorización para usar el texto latino oficial. Logramos así disponer a tiempo de todos los textos latinos y de la traducción castellana y pudo aparecer la primera edición bilingüe –volumen 252 de la colección Normal– el 6 de enero de 1966,

es decir, dos días antes de cumplirse el mes de la solemne clausura del Vaticano II –8 de diciembre de 1965–. Hago constar que todas las secciones laborales de la BAC contribuyeron a esta temprana publicación, particularmente la corrección de estilo y la propia Secretaría, dirigida por Rafael García Arteaga, quien cuidó del papel biblia disponible para una amplia tirada y la indispensable rapidez en la encuadernación.

Fue todo un récord: la primera edición completa bilingüe en el mundo católico. La presentación, en forma de Prólogo, nos la envió desde Roma don Casimiro Morcillo, que formaba parte de la Secretaría del Concilio. Fecha del Prólogo, el 8 de diciembre de 1965, solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen y día de la solemne clausura del Vaticano II. El propio Pablo VI, en el Ángelus de la Epifanía de aquel año 1966²³, añadió unas palabras al texto que leía, improvisando y refiriéndose al volumen de la BAC, que le había llegado la víspera; palabras improvisadas, que, como sucede en los anales pontificios, no quedaron recogidas en la redacción oficial del Ángelus, en el correspondiente volumen de los Acta Apostolicae Sedis. La alusión clara fue hecha y nos enviaron el texto al día siguiente nuestros amigos desde Roma. Las palabras de Pablo VI fueron las siguientes: "En este ambiente de interés por las cosas del Concilio, España ha sabido dar un ejemplo de solicitud. La Biblioteca de Autores Cristianos, tan benemérita en la difusión de la verdad y en su servicio, acaba de sacar ya a la luz un volumen, magníficamente editado, que contiene todos los documentos conciliares en latín y en castellano. ¡Bravo por los españoles!". El 19 de enero el Cardenal Secretario de Estado, Hamleto Cicognani, envió una carta al Director de la BAC en el mismo sentido. En aquel año y en el siguiente "se vendieron 100.000 ejemplares de este volumen conciliar"²⁴.

Algo parecido presencié yo personalmente, en cuanto a añadidos ocasionales y subsiguiente silencio en la documentación oficial, en otra audiencia pontificia de los miércoles en el Aula Pablo VI, a la muerte de Giorgio La Pira. Oí estas palabras en el elogio que de él hizo Pablo VI: "Hombre tal vez más diestro en las ciencias de los fines que en las ciencias de los medios". Estas palabras, que yo oí y de las que doy testimonio, no aparecieron en el texto oficial de la audiencia. Era cosa normal.

Como he dicho, recibimos a tiempo el texto latino. Hicimos una traducción, corrigiendo la que nos habían enviado de Roma. Cada documento iba precedido de una breve introducción y de un esquema o sumario del contenido. Las introducciones fueron redactadas por Jesús Iribarren. Los esquemas eran los publicados posteriormente por *L'Osservatore Romano*, cuyo Director,

Algún testimonio de segunda línea sitúa la fecha de las palabras de Pablo VI en la audiencia general del miércoles siguiente a la fiesta de Epifanía. Pero el texto es exactamente el mismo.

Testimonio aportado por la Memoria del Ejercicio 1965, leída en la Junta General ordinaria de La Editorial Católica, 20 de junio de 1966.

don Raimondo Manzini, nos concedió la previa autorización. Tuvimos que pasar algunas noches de claro en claro en el último día de 1965 y primeros de 1966, pero se logró lo que pretendíamos. Fue un éxito. Se sucedieron las ediciones. En 1975 se publicó la octava edición. Las siete anteriores totalizaron 200.000 ejemplares.

Posteriormente fuimos mejorando la versión de cada documento, encomendando la corrección a teólogos españoles, como consta en la nota introductoria del volumen. Y es de justicia, y sirve de información para los lectores de estos Apuntes, el mencionar sus nombres, aunque resulta larga la relación: Julio Jiménez - Universidad Católica de Chile-; Bernardino Marina, Pedro Arenillas, Antonio Osuna, Jesús Cordero y Armando Bandera -Facultad de Teología de San Esteban, Salamanca-; Luis Alonso Schökel -Instituto Bíblico, de Roma- y Juan Leal -Facultad de Teología, de Granada-; Manuel Garrido Bonaño – Comisión Episcopal Española de Liturgia –; José Luis Gutiérrez García -BAC-; Daniel Ruiz Bueno y Lorenzo Mígueles con el P. Marcelino Cabreros de Anta -Pontificia Universidad de Salamanca-; José Luis Legaza -redacción de YA-, y don Ángel Suquía, Arzobispo de Santiago de Compostela; Antonio Royo Marín - Pontificia de Salamanca-; Manuel M. Sotomayor, Ricardo Franco y Estanislao Olivares -Facultad de Teología, de Granada-; Teodoro Jiménez-Urresti -Seminario de Bilbao-; Manuel Unciti, José Gómez Caffarena, Luis Ortiz Muñoz y Felipe Ugalde.

Cuatro índices cerraban el volumen: el primero, el escriturístico, elaborado por los estudiantes españoles del Seminario Marianista de Friburgo, Suiza; el segundo, el litúrgico; a continuación, uno de documentos; y finalmente, el de materias, amplio y detallado, compuestos el segundo y el tercero, bajo la dirección de José Luis Legaza, por Javier Sanmartín, Manuel Fernández, Ángel Sáiz y Miguel Serrano.

En esta línea de ediciones documentales del Concilio y también por iniciativa de don Máximo, se hizo una edición bilingüe catalana, de la que se encargó la Facultad de Teología de San Cugat, Barcelona, y cuyo director fue el P. Eusebio Colomer, viejo amigo mío y posteriormente consiliario del Centro de Barcelona de la Asociación Católica de Propagandistas. Se hizo esta edición de acuerdo con el entonces Arzobispo coadjutor de Barcelona, don Marcelo González Martín. Gracias a las hábiles gestiones de don Máximo, la edición fue vendida íntegramente a DELSA, distribuidora del Opus Dei en Barcelona.

Posteriormente publicó la BAC una esmerada y completa edición no bilingüe de los documentos conciliares en la BAC Minor. Era el volumen inaugural, año 1965, de la nueva colección. Se suprimió el texto latino. Se mantuvieron las introducciones de Iribarren y los sumarios de *L'Osservatore Romano*. Se reprodujo íntegro el espléndido índice de materias del anterior volumen

de la BAC Normal. A partir de la 41ª edición, 1986, se introdujeron varias significativas novedades. El extenso Prólogo del Cardenal Ángel Suquía, en el que felicitaba a la BAC "por esta nueva edición en tamaño de bolsillo, de elegante y cuidada presentación". Y seguía una nota de presentación elaborada por el P. Cándido Pozo, de la Comisión Teológica Internacional. Y hubo dos añadidos más: uno, sobremanera necesario, la Instrucción pastoral *Communio ac progressio*, con la que se explicaba, desarrollaba y ponía al día el escueto Decreto conciliar *Inter mirifica* sobre los medios de comunicación social. Y otro, igualmente orientador, la *Relación final* del Sínodo extraordinario de los Obispos de 1985, celebrado a los diez años de terminado el Vaticano II.

2. Los comentarios a los documentos del Vaticano II

Queda un tercer momento en torno a las ediciones conciliares de la BAC. Me refiero al proyecto de una serie de volúmenes con comentarios a todos y a cada uno de los documentos. La idea surgió en la BAC durante el mismo desarrollo del Vaticano II. Se habló con don Casimiro Morcillo, quien aceptó la dirección del proyecto. Se nombró una comisión presidida por don Casimiro y se elaboró el programa, que constaba, concluido el Concilio, de 9 volúmenes. Me permito reproducir el entero programa.

- Vol. I. Constitución Lumen Gentium sobre la Iglesia.
- Vol. II. Decreto *Orientalium Ecclesiarum* sobre las Iglesias orientales católicas. Decreto *Ad gentes* sobre las misiones.
- Vol. III. Constitución *Dei verbum* sobre la Revelación.
- Vol. IV. Constitución Sacrosanctum Concilium sobre la liturgia.
- Vol. V. Decreto *Christus Dominus* sobre los obispos. Decreto *Presbyterorum ordinis* sobre los presbíteros. Decreto *Perfectae caritatis* sobre la vida religiosa. Decreto *Optatam totius* sobre los seminarios.
- Vol. VI. Declaración *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa. Decreto *Unitatis redintegratio* sobre el ecumenismo. Declaración *Nostra aetate* sobre las religiones no cristianas.
- Vol. VII. Decreto *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado seglar. Declaración *Gravisssimum educationis* sobre la educación. Decreto *Inter mirifica* sobre los medios de comunicación social.
- Vol. VIII. Constitución Gaudium et spes sobre la Iglesia en el mundi moderno.
- Vol. IX. Mensajes conciliares. Documentos pontificios complementarios. Índices generales.

Este era el completo programa. ¿Qué se realizó? A continuación lo expongo con la obligada brevedad.

El primer volumen de la serie, que se publicó, fue el de los comentarios a la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, en 1965 con el número 238. Curiosamente el volumen se presentaba con el número I de la serie, y el Prólogo de don Casimiro llevaba la fecha del 11 de junio de 1964. Como complemento de actualidad, se reproducían al final la Instrucción conciliar *Communio ac progressio*, para aplicar la Constitución y las normas fijadas por el Episcopado español sobre el uso de la lengua vernácula en la nueva liturgia.

Siguió el tomo de los comentarios a la Constitución *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, 1966, con el número 253. Dirigió el volumen don Casimiro, Obispo auxiliar entonces de Madrid-Alcalá. Fueron 17 los colaboradores, todos españoles, entre ellos varios eminentes teólogos, maestros de la teología fundamental y de la dogmática.

Dos años más tarde, 1968 se publicó, número 276, el texto de los comentarios a la Constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo moderno. Director del tomo, don Ángel Herrera Oria. Redactó el Prólogo el obispo auxiliar de Sevilla, José María Cirarda. Doce fueron los colaboradores, la mayor parte profesores del Instituto Social León XIII.

Al año siguiente, 1969, dirigido por el profesor del Instituto Bíblico de Roma, Luis Alonso Schökel, publicaba la BAC, con el número 284, los comentarios a la Constitución dogmática *Dei verbum* sobre la Revelación divina. 19 especialistas colaboraron, de ellos 12 de habla hispana y 7 extranjeros. Los comentarios eran más temáticos que literales, atendiendo a los aspectos dominantes de la Constitución, y acentuando con preferencia la vertiente estrictamente escriturística de la misma.

Hasta aquí las Constituciones. ¿Qué se hizo de los decretos y de las declaraciones? Sólo apareció en este sector un solo volumen, que se vió complementado por otro, previsto, pero incompleto. Veamos.

En 1979 –se mantenía la cadencia cronológica– salió de la imprenta, con el número 309, el volumen con los comentarios al Decreto *Optatam totius*, dedicado a la formación sacerdotal y más en concreto a los seminarios. Lo dirigió el obispo de Tuy-Vigo, don José Delicado Baeza, experto en esta delicada materia, y lo prologó otro superexperto, don Ángel Suquía, obispo a la sazón de Málaga, quien ponderaba el valor singular del estudio del profesor G. Mártil sobre la historia un tanto movida del Decreto. De este estudio decía Suquía que le parecía "uno de los más básicos y mejores estudios del libro".

Y aquí paró la realización del proyecto. Sólo pudo la BAC publicar una parte del previsto volumen IX. Nada se pudo hacer de índices generales. Quedaron fuera los mensajes conciliares. Pero encontramos a uno de los grandes informadores del Concilio, el sacerdote vallisoletano José Luis Martín Descalzo, asombro de capacidad laboral, pluma de alto rango estilístico, y maestro de cristiana caridad. Fue él quien preparó el volumen titulado *El Concilio de Juan y Pablo*, título cuya autoría correspondió a la misma BAC. La traducción de los textos de Juan XXIII sobre el Concilio fue hecha por Daniel Ruiz Bueno; y de la versión de los textos de Pablo VI cuidó Joaquín Luís Ortega. Martín Descalzo seleccionó los documentos y redactó una introducción general de 237 páginas, que constituye todo un comentario y toda una historia del Vaticano II. Los documentos se inician con el primer anuncio, de Juan XXIII, del Concilio en la Basílica romana de san Pablo extramuros, y concluyen con las palabras de Pablo VI en la audiencia de los miércoles del 5 de octubre de 1966.

No recuerdo bien los motivos del cese del proyecto. No era fácil encontrar los colaboradores necesarios para comentar los restantes documentos conciliares. Y sobrevinieron, además, algunas dificultades, no leves, derivadas principalmente de los desconciertos, que empezaron a apuntar en algunos sectores de nuestro profesorado de materias teológicas. Logramos tener en la BAC el comentario completo sobre el Decreto *Ad gentes*, dirigido por Mons. Lecuona; y gran parte del dedicado al Decreto *Inter mirifica*. Pero ninguno llegó a entrar en la imprenta. Duermen probablemente en los archivos de la BAC. Se desarticularon las comisiones encargadas de los volúmenes restantes. Enfermó y falleció don Casimiro, explotó la crisis de la Acción Católica, y comenzaron las divisiones, que la santa Iglesia en España padeció en aquellas décadas.

3. La Asamblea Conjunta

Por aquellos años, concretamente en octubre de 1971, publicó la BAC, con el número 328, el volumen titulado *Asamblea conjunta Obispos-sacerdotes*, obra conexa con la recepción del Vaticano II en España. No me toca historiar los comienzos, desarrollo y celebración de dicha Asamblea, celebración que tuvo lugar del 13 al 19 de septiembre de dicho año. Sí me toca referir las circunstancias de su entrada en nuestra colección.

Actores por parte de la BAC fuimos dos, José María Sánchez de Muniain, Director, y un servidor como Subdirector de Ediciones. Recuerdo perfectamente la ocasión. Una mañana, cerca ya del mediodía, me llamó Muniain a su despacho. Estaba allí el Cardenal Arzobispo de Santiago de Compostela, don Fernando Quiroga Palacios, Presidente de la Comisión Episcopal del Clero. Figura relevante, prócer, alto, de porte noble. Venía para pedir a la BAC

la publicación del material ya preparado de la Asamblea. Hacía el ruego en nombre de la entera Conferencia Episcopal Española y con la confianza que ésta tenía en nosotros. Muniain respondió naturalmente con un inmediato sí. Nos entregó el original completo y una vez más nuestro *modus procedendi* en casos de urgencia, hizo que la obra estuviera en librerías a fines del siguiente mes de octubre.

No recuerdo la respuesta de la demanda. Sí recuerdo que se agotó la edición. Y llegó el segundo momento, de cuyo contenido fuimos testigos solamente Muniain y yo, como receptores del comunicado, que se nos hizo. De fuente eclesial alta, no califico la altura, se nos manifestó verbalmente y claramente que no procediéramos a una nueva edición de la obra. No convenía. Y obedecimos, como es natural y era acostumbrado en la BAC. Es la primera y será, Dios mediante, la única vez, que dejo constancia de esta declaración.

4. Las ediciones "romanas" de la BAC en el posconcilio

Los elementos seglares rectores de la BAC fueron, fuimos, en el posconcilio, conscientes de los cambios, que se operaban en el seno de la Iglesia. Y decidimos mantener una línea de total fidelidad al Magisterio y a la acción de gobierno de la Jerarquía eclesial. Recojo, por ello en este amplio epígrafe todo un conjunto de obras, que la BAC publicó a petición expresa, por una u otra vía, de la Santa Sede en el período, un tanto movido, del inmediato posconcilio. Para ello, nos mantuvimos en estrecho y continuado contacto con los organismos y las personas autorizadas, que podían servirnos de enlace y fuente de inspiración para los derroteros editoriales, que en tal período debíamos seguir.

Paso, pues, a enumerar sucintamente las obras "*romanas*", que entonces se publicaron.

4.1. Las correcciones al Catecismo holandés

Quería la Santa Sede contrarrestar los efectos dañosos, que estaba causando en no pocas Iglesias, en Europa y en América, la publicación del Catecismo holandés. En España, la edición había sido hecha por Herder, de Barcelona. Nosotros habíamos rechazado la oferta, que anteriormente nos hizo Herder, de Friburgo.

En Roma se nos dio a conocer el deseo de que se publicase en España la Carta que Pablo VI había dirigido al cardenal Frings, Presidente de la Comisión cardenalicia encargada de fijar las correcciones, que debían introducirse en el texto de dicho Catecismo. No era cosa fácil publicar tal Carta en Holanda, dada la singular situación, que se había creado. Se nos remitió desde el Vaticano, por ruta segura, el texto íntegro de la Carta. Entonces el P. Estanislao Dhanis, Rector de la Gregoriana y teólogo decisivo en el tema, pensó en la BAC y tuve que hablar personalmente con él en Roma.

Tras la entrevista en Roma y recibida la Carta de Pablo VI en Madrid, se publicó ésta como encarte en la segunda edición –año 1970, si mal no recuerdo– de la obra *Correcciones al Catecismo holandés*, con el número 10 de la BAC Minor. Eran autores de la obra el referido P. E. Dhanis, J. Visser y H. J. Fortmann. Nuestra edición se vio enriquecida con algunos oportunos y esclarededores complementos redactados por el P. Cándido Pozo, uno de los grandes teólogos fieles de la Compañía de Jesús en España. Por cierto, que se produjo un curioso incidente procesal. Ante don Casimiro Morcillo, entonces Arzobispo de Madrid, tuvimos que demostrar la autenticidad de la Carta. Para ello entregamos a don Casimiro fotocopia de la misma y también fotocopia de otro documento pertinente recibido de Roma. Quedó satisfecha la comprensible cautela previa del Arzobispal local.

4.2. La nueva teología holandesa

Roma seguía con atención pastoral la situación de la Iglesia en Holanda. Deseaba deshacer los efectos demoledores del famoso Concilio Pastoral, que tuvo que ser amonestado públicamente por el propio Pablo VI en carta dirigida a los obispos de Holanda. Era la época inmediatamente anterior a la Asamblea Conjunta en España.

Apoyándose en la probada fidelidad del episcopado alemán, la Santa Sede hizo que se publicara en el Berlín Oeste, por medio de la Morus Verlag, una obra titulada *La nueva teología holandesa*. Por medio de la Secretaría de Estado, en visita expresa que hice a Roma a estos efectos, se encargó verbalmente y con urgencia a la BAC que hiciéramos la edición española de esta obra. Se nos dijo que era deseo manifiesto de Su Santidad. La BAC aceptó el encargo y se publicó el volumen –número 357 de la Normal– con una traducción bastante imperfecta.

Fue entonces cuando, viendo que las traducciones se imponían en el global contexto de la Iglesia en Europa, adoptamos el necesario criterio operativo en materia de versiones y en lo tocante a la calidad de los traductores. Decidimos aceptar solamente aquellos sujetos, que entendieran con claridad

el contenido de la lengua original, texto *a quo*, y dominaran suficientemente el genio de nuestra lengua, texto *ad quem*. No siempre pudimos alcanzar el logro efectivo de este obligado criterio.

4.3. Sacerdocio y celibato

El Sínodo de los Obispos de 1971 iba a abordar la cuestión del celibato eclesiástico, la cual había sido tratada y de forma bien clara por el Vaticano II en los dos decretos referidos al tema sacerdotal.

Algunas presiones de la periferia sobre la Santa Sede eran fuertes. Y tuvo ésta que dar toda una batalla para sostener el celibato, sobre todo frente a los residuos inerciales de los intentos fracasados durante el Concilio. Actuaban algunos sectores de ciertos episcopados, como corifeos de la tendencia abolicionista del celibato, que algunos teólogos promovían para introducir en el derecho canónico el celibato opcional, o por lo menos, como portillo, el del sacerdocio de algunos fieles ya casados.

Roma quiso contar de antemano con el apoyo pleno del episcopado español y de todos los episcopados iberoamericanos. Para ello, y por encargo expreso de interlocutores plenamente legitimados, hubo que traducir a toda prisa la obra colectiva, dirigida por el P. Coppens, titulada *Sacerdocio y celibato*.

La traducción se hizo en Roma. Fue revisada por los PP. José Antonio de Aldama y Cándido Pozo. Le dio un último repaso, por encargo de la BAC, el P. Gumersindo Bravo, profesor de la Pontificia de Comillas, en Madrid. La edición se inició en pleno verano. El objetivo que se nos había señalado de parte eclesialmente autorizada era que los obispos españoles y los de las conferencias iberoamericanas y también el filipino y el del África portuguesa acudieran a fines de septiembre al Sínodo con la lectura ya hecha de la obra, para que apoyasen la doctrina y la decisión del Concilio. No sólo se imprimió y encuadernó a tiempo la obra –número 326 de la BAC Normal–. A finales de agosto y principios de septiembre enviamos los ejemplares, por correo urgente, a todos los obispos de los episcopados mencionados.

Esta fue la colaboración que la BAC prestó, con este edición "romana", a la consolidación del celibato en la Iglesia latina.

4.4. El Credo del Pueblo de Dios

Con motivo de la promulgación del Credo del Pueblo de Dios, de Pablo VI, hecha con la solemnidad propia de las grandes declaraciones cuasi dogmáticas pontificias, se nos comunicó el deseo de que se hiciera enseguida un buen comentario en español, breve, seguro y autorizado.

Previa consulta informal a Roma, se encargó de su elaboración el P. Cándido Pozo. Apareció el volumen con el número 6 de la BAC Minor. El éxito de ventas fue sencillamente clamoroso. Se agotó en dos años la edición de 20.000 ejemplares.

Durante dos meses estuvo la obra como *bestseller* español entre una novela de Hemingway y un libro de Marcuse. Pablo VI hizo llegar al autor su especial agradecimiento por este trabajo. La Comisión episcopal para la Doctrina de la Fe, del episcopado norteamericano, tradujo la obra y la publicó en edición cuasi oficial, con prólogo del Cardenal Baum, Arzobispo entonces de Washington.

En el año 2008 la BAC ha publicado una nueva edición.

4.5. La resurrección del Señor

La Santa Sede había promovido en Roma la celebración de un magno *sim-posium* sobre el tema de la resurrección del Señor, a fin de recordar la doctrina del Magisterio sobre este capital dogma de nuestra fe. Se encargó de organizar el *simposium* y de regular sus sesiones el ya mencionado P. Estanislao Dhanis, Rector de la Gregoriana, magistral teólogo y hombre de ejemplar virtud. La Santa Sede tuvo interés acentuado en que se editasen los trabajos de la reunión.

El volumen, preparado por el propio P. Dhanis, se publicó en Roma. Se pidió a la BAC que hiciera la edición en lengua española. Se hizo y se revisó la versión. Pasó el tiempo y por motivos de índole económica, la previsión fundada de escasa demanda, y sobre todo ambientales circunstancias de La Editorial Católica, hubo que prescindir de la edición.

4.6. La regulación de la natalidad

Tan pronto como apareció la esperada encíclica de Pablo VI *Humanae vitae*, que fue presentada en España por el entonces Director de la BAC y Presidente de la Junta de Gobierno de EDICA, Sánchez de Muniain, se nos pidió, a la vista de la polvareda levantada y de las reticencias de algunos sectores de ciertos episcopados, que publicásemos un comentario seguro para distribuirlo por todo el mundo de habla hispana.

Del comentario se hizo cargo el P. Marcelino Zalba, profesor de la Gregoriana y eminente autor de algunas obras de la BAC. Revisó la versión española de la encíclica e hizo el comentario. La obra –BAC Minor 5– fue un éxito inmediato. Se vendieron más de 30.000 ejemplares. Posteriormente pensamos en un segundo volumen, que recogiera y comentara los documentos de los episcopados sobre la encíclica. El P. Zalba preparó el original, que lamentablemente no llegó a publicarse.

5. Otras obras posconciliares

Quedan todavía en este histórico catálogo de obras "romanas" de la BAC, en el inmediato período posconciliar, varias ediciones, que debo recoger.

Primera obra. El texto latino de la *Neovulgata*. En gestión personal realizada en Roma cerca de Mons. Salvatore Garofalo, la Comisión Pontificia para la Neovulgata autorizó a la BAC la reproducción íntegra del texto latino en el volumen 400 de la colección Normal, titulado *Nuevo Testamento Trilingüe*, del que he hablado anteriormente, y fue preparado por el profesor del Instituto Bíblico, el P. José O´Callaghan.

Trabajos con la Comisión Teológica Internacional. Por encargo directo del Cardenal Séper, Prefecto de la Congregación romana para la Doctrina de la Fe, en entrevista concedida al entonces Subdirector de Ediciones BAC, me puse al habla con el P. Philip Delaye, Secretario en aquella época de la Comisión Teológica Internacional. Como consecuencia de las conversaciones con el P. Delaye publicamos dos volúmenes oficiales de la Comisión Teológica. Uno, El pluralismo teológico –BAC Normal 387–; y otro, La teología de la liberación –BAC Minor 48–. Por cierto, puedo informar sobre un dato significativo y consolador para los hombres de la BAC. La edición BAC de este segundo libro fue leída por Juan Pablo II antes de su primer viaje a Méjico, para entrenarse en la fonética española. Me lo dijo personalmente quien fue profesor del Papa en tal disciplina lingüística, don Santos Abril, de la Secretaría de Estado.

Declaraciones de la Congregación romana para la Doctrina de la Fe. A petición de la Secretaría de Estado, comunicada por medio del Director de *L'Osservatore Romano* en lengua española, don Cipriano Calderón, publicó la BAC sendos volúmenes de comentarios, traduciendo al español las que por encargo de la Secretaría de Estado se publicaban en la edición oficial de *L'Osservatore* sobre ciertas declaraciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Recuerdo en concreto el volumen titulado *Algunas cuestiones de éti*ca sexual –BAC Popular 1–; y el libro *Misión de la mujer en la Iglesia* –BAC Popular 12–. Posteriormente se añadieron otros trabajos de la misma índole y procedencia.

5.1. El Diccionario del Vaticano II

En el verano de 1968 se presentó un joven sacerdote de la diócesis de Soria-Burgos de Osma, Miguel A. Molina Martínez, ofreciendo a la BAC un original diccionario de los grandes temas del concilio Vaticano II.

Muniain propuso a Cuervo que la aceptase. Fue aceptada la propuesta y en febrero de 1969 salía a luz el volumen con el número 285. A su valor intrínseco como fuente de fácil consulta y acertada elección de los temas, unió la obra el valor del prólogo, con que se presentaba la obra. Prólogo espléndido redactado por el entonces Arzobispo de Barcelona, don Marcelo González Martín, de quien en otro capítulo tendré ocasión de recordar personalmente. En dicho prólogo sabiamente advertía el futuro Cardenal de Toledo que tras el Concilio, "nuevo iba a ser el horizonte, pero idéntico el cielo", porque el tronco y las raíces del árbol seguirían siendo las mismas, pero el follaje de la nueva primavera sería nuevo, aunque viviendo de la misma savia originaria.

5.2. Diálogo sobre el Vaticano II

En 1985 concedió el P. Henri de Lubac, de la Compañía de Jesús, futuro Cardenal, una entrevista, la única que concedió en su larga y fecunda vida –tenía entonces 89 años– en París al entonces Angelo Scola, profesor de la Universidad romana de Letrán. Esa entrevista, revisada y completada más tarde por el autor, se publicó en Les Editions du Cerf, parisina, y es la que en versión castellana publicó la BAC, en la serie Popular, con el número 72, en el mismo año 1985. Fue toda una cristiana honra para la BAC incluir al venerable P. de Lubac en nuestro catálogo, sumo teólogo, maestro en la virtud de la obediencia y por tanto de la humildad, escritor infatigable y claro detector de la sociedad actual.

6. Los documentos del Episcopado español

La constante y amplia atención, que en la BAC veníamos prestando a los documentos tanto conciliares como pontificios suscitó en la dirección, por iniciativa de Muniain, la idea de hacer algo parecido con los documentos colectivos del Episcopado español. Una vez más reaparecía, orientadora y estimulante, la tradición de los propagandistas, siempre atentos y obedientes a las enseñanzas y peticiones de la anterior Junta de Metropolitanos.

Pero se añadía en aquellos años un segundo estímulo: la situación de relativo desconcierto, que cundía en algunos sectores canónicamente cualificados de la santa Iglesia en España. Consecuencia: algo debíamos hacer en este campo de nuestra aportación a la recepción genuina del Concilio entre nosotros.

Hablamos con don Jesús Iribarren, redactor editorialista del *YA* en aquellos años. Era el sujeto perfectamente dotado, superexperto en la materia, para dar vida a nuestro propósito. Le encargó Muniain que dibujara el programa y me dijo que ayudara a don Jesús. Pronto lo fijó. Y apuntó a dos volúmenes, que en realidad serían uno solo temáticamente. Concurría en aquellos años un dato eclesial corporativo nuevo: la publicación, en 1973, por la recién nacida Conferencia Episcopal Española de un importante documento, "La Iglesia y la comunidad política".

Resulta significativo el juego de las fechas, que hoy parece pretendido y que entonces era mera simultaneidad de vida sobre la marcha. En 1979 aparecería el ultimo volumen de los comentarios a los documentos del Vaticano II. En 1967 se había publicado el volumen de Martín Descalzo con lo textos de Juan XXIII y de Pablo VI sobre el Concilio. Y en 1971 la edición de la Asamblea Conjunta. Pues bien, fue en 1974 cuando pudo publicarse, número 355 de la Normal, el primer volumen de Iribarren, *Documentos colectivos del Episcopado español. 1870-1974.* En total, 61 documentos colectivos, 46 de la ya extinta Junta de Metropolitanos y 15 de la Conferencia Episcopal Española, creada en marzo de 1966, cuyo primer Presidente fue el Cardenal Arzobispo de Santiago, don Fernando Quiroga Palacios.

El segundo volumen tardó en salir, 1984, número 459 de la Normal. Preparado igualmente por Jesús Iribarren. Título, *Documentos colectivos de la Conferencia Episcopal Española. 1965-1983*. Eran 110 documentos los publicados hasta la fecha. Volumen temáticamente y cronológicamente complemento del anterior. Fueron ambos prologados, el primero por el Cardenal Vicente Enrique y Tarancón, y el segundo, por Mons. Gabino Díaz Merchán, Arzobispo de Oviedo; y ambos en su calidad de Presidentes de la Conferencia. Las dos introducciones generales del preparador de la edición son sendas piezas, en las que el recuento histórico se combina con la valoración pastoral y orientadora de toda la documentación reunida. Igualmente valiosas resultan los dos autorizadas presentaciones, de las cuales la del Cardenal de Madrid atiende particularmente a la valoración pastoral conjunta de los documentos; y la segunda, la de don Gabino, a la necesidad de facilitar "la comunicación intraeclesial", esto es, el aprovechamiento del contenido de los documentos por parte de sus destinatarios, todos los miembros del Pueblo de Dios.

7. Últimas aportaciones posconciliares

7.1. Para vivir el Concilio

Con este título, número 297 de la Normal, publicó la BAC en 1970 el libro del P. Ricardo Lombardi, que por su subtítulo eran Ejercitaciones para la comunidad cristiana, tras el Vaticano II. Venían a ser la expresión doctrinal y operativa del Movimiento para un Mundo Mejor, fundado por el P. Lombardi, que había tenido en la Italia de la posguerra una actividad decisiva frente al riesgo del comunismo, actividad que con razón le mereció entonces el apoyo de la Iglesia y la calificación metafórica y exacta de "micrófono de Dios".

Este Movimiento fue acogido en España en los años cincuenta con simpatía por la Asociación Católica de Propagandistas, que llegó a organizar unos Ejercicios espirituales en forma de Ejercitaciones en Loyola en septiembre de 1955, a los que asistí. Más aún, los propagandistas ayudaron al Movimiento del Mundo Mejor en la compra de un antiguo convento en La Granja, Segovia, que quedó convertido en sede de la institución. Posteriormente ha desaparecido.

Volviendo a la obra, *Para vivir el Concilio* era como la estructura, la guía y el estímulo para verificar personalmente e institucionalmente la reforma, que la Iglesia necesitaba. La tradujo Isidoro Martín, miembro venerable de la Asociación y excelente traductor del italiano.

7.2. Una guía para la renovación conciliar

En 1982 publicamos, 430 de la serie Normal, la obra del Arzobispo de Cracovia, Karol Wojtila titulada *La renovación en sus fuentes*, con el añadido explicativo "sobre la aplicación del concilio Vaticano II". Se había publicado en polaco en Cracovia en 1972. Hizo la traducción, de la edición italiana José Luis Legaza, con la pericia en él acostumbrada.

Era naturalmente anterior a la elección del autor como Obispo de Roma y Sumo Pontífice. Intervino en las gestiones previas una vez más Cipriano Calderón, director de la edición de *L'Osservatore Romano* en lengua española. El entonces Arzobispo de Cracovia y ya Cardenal situaba el Vaticano II como pieza angular de la necesaria renovación, fiel y actualizada, del entero Pueblo de Dios. Dos partes tenía la obra: una, dedicada a la debida formación de la conciencia, y otra, que atendía a la creación de las actitudes, que las enseñanzas conciliares requerían. Tuvo esta obra el valor añadido de precedente autorizado del inmenso magisterio y de la sabia y estimulante acción de gobierno de Juan Pablo II, a lo largo de su fecundo, orientador, inolvidable y actualísimo pontificado.

7.3. La vida religiosa tras el Vaticano II

Debo recoger otra aportación posconciliar. Me refiero a la obra del P. Armando Bandera, dominico de San Esteban, Salamanca, y autor ya de la BAC, *La vida religiosa en el misterio de la Iglesia*, cuyo tema era la presencia de la vida consagrada en la Iglesia, número 456 de la serie Normal. Publicada en 1984. La dirección aceptó la propuesta del autor.

En la primera parte se acentuaba, a la luz de la Constitución *Lumen gentium* y del Decreto *Perfectae caritatis*, el valor de la vida consagrada, de la llamada vida religiosa, como elemento de la Iglesia y por ello del entero Pueblo de Dios. La Iglesia, en el tiempo, comprende necesariamente el ministerio, el laicado y el estado religioso. Todos son necesarios. Y tras esta acentuación, el P. Bandera estudia el tema en la teología de santo Tomás de Aquino para confirmar y explicitar la enseñanza del Vaticano II. En todo momento la dirección de la BAC cuidó el apoyo y la doctrina del estado religioso, indispensable en el conjunto de la vida eclesial plena. Y conviene añadir que procuró combinar, con el debido equilibrio doctrinal y práctico, este cordial reconocimiento de los estados de perfección con la nueva potenciación del laicado en la acción temporal de la Iglesia y en la nueva dimensión de su específica acción evangelizadora.

El fomento de la espiritualidad cristiana

Largo será el contenido de este capítulo –la espiritualidad–, cuyo contenido temático responde a la Sección *Ascética, Mística y Liturgia*, de la producción BAC, con la salvedad de que excluyo aquí la liturgia, ya que por su capital importancia en la vida cristiana merece, como materia singular, el capítulo propio, que le he dedicado.

Para ordenar la amplia materia, que el catálogo de la BAC ofrece en el campo de la espiritualidad, distingo dos grandes sectores: el primero, que comprende las obras de los grandes maestros de la universal espiritualidad católica. Y el segundo, que recoge obras de autores contemporáneos sobre el cultivo, servicio y fomento de la vida cristiana. Advierto finalmente que el magisterio espiritual de los fundadores de las órdenes y congregaciones religiosas ha sido expuesto en capítulo anterior.

1. A propósito del Kempis

Dos momentos y dos obras albergo en este primer epígrafe, de cuyo contenido algo he adelantado. No huelga repetirlo.

Tanto los fundadores de la BAC como el autor de estos Apuntes éramos agradecidos y permanente beneficiarios del Kempis, de la *Initación de Cristo*. En 1974 Muniain, Director a la sazón, me encargó que preparara una edición. Llevé el asunto a la Comisión de Salamanca. Algunos de sus miembros, jóvenes, no eran partidarios. El Kempis, según ellos, pertenecía a la historia de la espiritualidad tradicional. Estaba anticuado. No eran de este parecer otros consejeros. Y sobre todo, teníamos el apoyo positivo del Rector, Fernando Sebastián, del Vicerrector, Antonio Rouco, amén del sí de los obispos consultados y de sacerdotes cualificados en la certera dirección de las almas. Convenía reeditarlo. Y decidimos proceder.

Propuse editar el Kempis acompañado de un sencillo devocionario, como se había hecho en el siglo XVI. Encargamos la confección del Devocionario a Andrés Pardo, nuestro gran colaborador y autor experto en el campo de las ediciones litúrgicas. Y encontramos de nuevo en el catedrático de la Pontificia de Salamanca, Francisco Martín Hernández, el concienzudo preparador del texto del Kempis. Prologó la edición, con una cuidada introducción, en la que demostraba que la versión castellana, tradicionalmente atribuida a fray Luis de Granada, era en realidad obra de san Juan de Ávila. Y tuvimos además la fortuna providencial de encontrar unas palabras del Papa Pablo VI, que afirmaban la actualidad del magisterio espiritual del venerable Tomás de Kempis: "No puede negarse la extraordinaria contribución de Tomás de Kempis al fomento de la vida espiritual, que une íntimamente al alma con Dios; pero debe afirmarse igualmente que jamás olvida la referencia esencial del hombre a su entorno social, dentro del cual está instalado... Por ser vehículo expositor y defensa preclara de esta íntima unión del hombre con Dios, la palabra de Tomás de Kempis tiene también para el hombre de hoy acentos de llamada urgente y salvadora"²⁵. La iniciativa de la BAC hallaba refrendo en el propio Papa Pablo VI. Y la respuesta de la demanda confirmó el acierto: hasta 1989 se hicieron cinco ediciones. Y continúa su venta.

Segundo momento. Años 80. El *Kempis agustiniano*. Proponente de la obra, el P. Enrique Fuertes Lanero, agustino. Era el P. Enrique uno de los grandes, constantes y entusiastas autores en la edición BAC de las obras de san Agustín. Y quiero hacer constar que la relación editorial con los Padres agustinos fue en todo momento de una ejemplar cordialidad y de una asimismo ejemplar eficacia. Pues bien, a mitad de los años 80, el P. Fuertes Lanero me habló del Kempis agustiniano. Trajo un ejemplar de la edición original latina preparada por el P. Tonna-Barthet y publicada en 1929. Y me enseñó un ejemplar de la edición castellana hecha por el P. Francisco Mier.

El libro era, y es, una maravilla. Lo examinamos y decidimos publicarlo. Era, repito, y es un gran prontuario amplio, ordenado, riquísimo de la espiritualidad cristiana, montado como florilegio autorizado de una nutrida selección de pasajes de las obras de san Agustín. El P. Lanero quedó encargado de la edición, pero a mediados de 1989 los superiores lo destinaron temporalmente a Argentina. Allí cumplió el encargo y la obra se publicó en enero de 1991. Se ha reeditado por tercera vez en 2006.

2. Los místicos franciscanos españoles

Debo advertir que yo no estaba todavía en la BAC, cuando se publicaron los *Místicos franciscanos españoles*, en tres volúmenes, los números 38, 44 y 46 de la serie Normal; el I y el II en 1948 y el III en 1949. Es un dato probado el hecho

²⁵ PABLO VI, carta al R. P. General de la Orden de Canónigos Regulares de san Agustín: AAS 63 [1971]535-537.

de que los fundadores de la BAC prestaron, desde el primer momento, singular atención también a la espiritualidad de la venerable Orden franciscana.

No sé si la iniciativa partió de la BAC o de la propia Orden. Lo cierto es que la edición fue preparada por los redactores de la institución "Verdad y Vida". Compuso la Introducción general y las particulares de cada obra un experto de primera clase, el P. Juan Bautista Gomis, quien atendió a tres momentos: la ciencia mística en general, la mística española, y en particular la mística franciscana. A propósito de la segunda, y consiguientemente de la tercera parte, el P. Gomis citó una conclusión fijada por el gran Cardenal Isidro Gomá, Arzobispo de Toledo: "Nuestra patria puede gloriarse de ser la primera nación católica en ortodoxia de credo y en ortodoxia de amores místicos". Tenía razón la nota de publicidad de los tres volúmenes, al afirmar que las obras en ellos comprendidas "constituían un genuino tesoro espiritual y literario". Cada volumen sigue siendo "un minero inagotable de ciencia del espíritu y de arte literario".

Los autores místicos incluidos en esta terna pertenecían todos al siglo XVI y dos más de comienzos del XVII. Los menciono: Alonso de Medina y Francisco de Osuna –volumen I–; Bernardino de Laredo, Antonio de Guevara, Miguel de Medina y Beato Nicolás Factor –volumen II–; Diego de Estella, Juan de Pineda, Juan de los Ángeles, Melchor de Cetina y Juan Bautista de Madrigal –volumen III–. Los preparadores de la edición hicieron constar que ésta no era ni filológica ni crítica, sino "literaria, docente y devota", característica esencial, cuyas limitaciones paso a exponer.

En las páginas 80 y 81 del primer tomo el P. Gomis, como responsable del equipo técnico preparador de la obra, se lamenta de que queden fuera de la edición algunos autores y algunas obras de primera línea; y advierte además que no han podido llevarse a cabo ciertos trabajos de revisión técnica. Y concluye advirtiendo la urgencia, que requería la publicación de la obra. En todo lo cual, cuantos hemos conocido el proceder de la dirección de la BAC en aquellos primeros años, adivinamos las presiones de don Máximo. La inclusión del material desatendido habría exigido cinco o seis volúmenes, extensión inaceptable rechazada con razón por don Máximo. Y la cobertura de los elementos técnicos habría retrasado la publicación de la serie. Retraso igualmente no aceptado por el Director de la BAC. Más que hipótesis, esta explicación es, a mi parecer, inferencia moralmente cierta.

Solamente el *Tercer abecedario espiritual* de Francisco de Osuna exigía, y logró, un solo volumen. Lo expongo a continuación.

3. El Tercer Abecedario espiritual

Quedó fuera de la terna anterior la obra capital de Francisco de Osuna, el *Tercer Abecedario espiritual*. Quisieron Muniain y algún otro de la BAC publicarlo. Se opuso don Máximo por razones de economía. Motivos había para ambas posiciones. Hubo que esperar al encuentro con Melquíades Andrés, especialista en la literatura ascético-mística de nuestro Siglo de Oro, profesor en la Facultad de Teología de Burgos, el cual presentó años más tarde el original completo del Abecedario. Se aceptó; y apareció con el número 333, Bac Normal, en 1972. Era ya Director Muniain.

El preparador redactó una introducción general, que abarcaba el estudio histórico y la edición crítica, basada fielmente en la edición princeps de Toledo 1527. Contenía el volumen los 23 tratados de la obra; y Melquíades Andrés fijó las citas de la Escritura Sagrada así como las citas exactas de las fuentes, a que apelaba Osuna. Cerraba la edición una serie de índices: el bíblico, el de autores citados, y el de materias.

Como declaraba el preparador, se quería "sacar del arca de nuestro pasado algo, a la vez viejo y nuevo, que habló al corazón de los hombres del siglo XVI"; y mencionaba entre otros a aquel tío de Santa Teresa, que en Hortigosa, regaló a la santa un ejemplar del *Tercer Abecedario*, cuando ella iba camino de Becedas, en busca de una famosa curandera, y el Señor puso en sus manos un maestro extraordinario del espíritu: "Y así holguéme mucho con él y determíneme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas,…teniendo aquel libro por maestro ""²⁶.

4. Las Obras Completas de san Bernardo

Ha tenido san Bernardo historia larga y atención permanente en la BAC. Pero debo anticipar una nota de carácter sistemático. No he incluido al santo en el capítulo de los fundadores. Fundó, si, la abadía de Claraval, pero no la Orden del Cister. Cuando Bernardo y sus cuarenta acompañantes entraron en la abadía de Citeaux, la Orden estaba ya fundada por el impulso continuado de una terna de santos: Roberto de Molestes, Alberico y Esteban Harding. Bernardo dio el impulso definitivo a la Orden. Tampoco lo he colocado, en el marco de estos Apuntes, dentro del grupo de los Santos Padres, porque si bien se le considera el último de ellos, es el predominio de su magisterio espiritual el que aconseja situarlo con todos los honores en el cuadro de la Sección de Ascética, Mística y Liturgia, de la BAC.

²⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, cap. 4,7.

Tres han sido los momentos de presencia de san Bernardo en la BAC. Primer momento *Obras de san Bernardo*, año 1947, número 23 de la Normal. Volumen grueso, 1500 páginas, preparado, con introducciones, versión y notas, por el P. Germán Prado, monje benedictino de Silos, antiguo conocido de los fundadores de la BAC. 6.000 ejemplares. Precio, entonces, 50 pesetas. La obra se agotó a comienzos de los 50.

Pasaron seis años, y en 1953 se tuvo el segundo momento. En ese año se conmemoraba, si mal no recuerdo, el VIII centenario de la muerte del Santo. Nueva edición, ahora en dos volúmenes, 110 y 130, con el título un tanto inexacto de *Obras completas de San Bernardo*. El volumen primero se publicó en 1953; el segundo, en 1955. El preparador de ambos –introducción general e introducciones particulares de cada obra– fue el benedictino de Silos, dom Gregorio Díez Ramos, con quien colaboraron los monjes Ángel Ruiz de Arcauzte, Abundio Rodríguez y Julio López. Debo señalar que la versión castellana, que se reprodujo, fue la tradicional de Adriano de Huerta, cisterciense del siglo XVIII. 8.000 ejemplares por volumen, o sea, 16.000 en total. También se agotó la edición, esta vez en doce años. Siguió luego un largo silencio "bernardiano" en nuestra programación.

Pero llegó el tercer momento, el definitivo. Desde finales de los 60 manteníamos la vista puesta en una tercera edición actualizada, con nueva traducción cuidada, de las obras del Abad de Claraval. Supe en Roma, no recuerdo el sitio ni la ocasión concreta, que se acababa de terminar el magno esfuerzo, que se venía realizando, para fijar la edición crítica de las obras de san Bernardo. El héroe de este esfuerzo era el benedictino dom J. Leclerq. Y surgió la idea en la BAC de hacer una edición bilingüe, aprovechando el texto latino de Leclerq y realizando la nueva traducción, que se consideraba necesaria a la vista del texto crítico fijado.

Fui a la Abadía cisterciense de San Isidro, de Dueñas. Hablé con su Abad, bilbaíno, antiguo hombre de empresa, al que la idea le pareció excelente. Pero me expuso que no eran pocas ni leves las dificultades para proceder a la traducción de todo el material. Quedó encargado de sondear a los demás abades de la Orden en España. Nos mantuvimos a la espera. No recibíamos respuesta. Me dirigí al abad de Cóbreces, dom Alfonso Lluch, antiguo universitario, quien se mostró favorable a nuestra propuesta y se hizo defensor de la edición. Pero la cuestión era encontrar sujetos y tiempo dentro de la Orden. Trascurrían los meses. No se encontraba suficiente apoyo en el conjunto de las comunidades españolas de la Orden.

En esto supe que el Abad General del Cister estaba en Dueñas, reunido con todos los abades. Pedí permiso a Muniain y me fui de nuevo a Dueñas. El Abad General, que estaba rodeado de la plana mayor española de la Orden, hizo que me recibieran. Hablé con los reunidos. Expuse la historia de las ediciones del Santo en la BAC. Insistí en la conveniencia suma de proceder a la edición de la totalidad de sus obras y comenté que convenía reproducir el texto crítico latino de Leclercq. Concluí recordando, sabía que este recuerdo tenía fuerza convincente, que en 1990 se celebraría el noveno centenario del nacimiento del Santo. Hubo un intercambio de pareceres. Los abades no ocultaban las dificultades. Y se interrumpió la reunión por razones de coro. El abad de Dueñas me invitó a comer con la comunidad. Comida monacal sobriamente gratísima, que recuerdo con detalle.

Y de nuevo, por la tarde, segunda reunión. Se continuó, al margen del orden del día, la cuestión planteada por la BAC. Y he aquí, no puedo olvidarlo, que el propio Abad General pide la palabra y dice que la propuesta de la BAC le parece digna de toda atención y que las abadías cisterciense españolas podían y debían realizar los trabajos necesarios. Añadió que en Roma verían cómo lograr el permiso para incorporar el texto de Leclercq. Ante esta indicación, todos los presentes asintieron y quedó resuelto el asunto. Y a finales de los setenta y principios de los ochenta quedó concluida la obra, "edición bilingüe promovida por la Conferencia Regional Española de Abades Cistercienses" y "preparada por los monjes cistercienses de España" en ocho volúmenes, que han ido reeditándose. Merece notarse el amplio y orientador índice de materias, con que se recoge resumido, en el volumen VIII, todo el contenido de la serie.

Y queda la mención gratamente obligada de los autores, todos ellos monjes cistercienses: Juan María de La Torre, Charles Dumont, Iñaki Aranguren, Francisco Rafael de Pascual y Mariano Ballano. Nombres, a los que debo unir el del propio P. Leclercq, que no sólo autorizó la reproducción del texto latino por él fijado, sino que tuvo además la gentileza de prologar la edición de la BAC.

5. San Buenaventura

Otro magno maestro de espiritualidad y otra gran serie BAC de obras completas. He preferido situar a san Buenaventura en el capítulo de las grandes cimas teológicas de la Edad Media. Aquí sólo quiero subrayar su magisterio espiritual, al que estuvieron atentos desde la primera hora los fundadores de la BAC; y recordar una vez más las conversaciones iniciadas, desde el comienzo de la BAC, con los superiores de la venerable Orden franciscana, a cuyo servicio se pusieron aquéllos.

Como decía el autorizado prologuista de las obras completas, san Buenaventura era "un pensador, un filósofo, un teólogo, un místico, y todo ello en un pieza y en grado eminente". Y advertía con razón que "no son desconocidos los peligros, a que se exponen los que, sin la savia de la devoción, se entregan a un estudio árido e infructuoso de la sagrada teología". Advertencia, que expresaba sin pretenderlo uno de los grandes criterios operativos de la misma BAC.

6. San Juan de Ávila

Tócale el turno en este marco de la espiritualidad, dentro del catálogo de la BAC, al gran Apóstol de Andalucía, declarado el 7 de octubre de 2012 Doctor de la Iglesia universal por Benedicto XVI. Tiene el nuevo Doctor toda una larga historia en la BAC, que a continuación resumo.

Apenas iniciada, surgió a propuesta de la Universidad Pontificia de Salamanca, segundo lustro de la década de los 40, la idea de publicar las obras completas del entonces Beato Juan de Ávila, para hacer justicia a su magisterio y a su personalidad eclesiales, y también para promover su canonización. Alma y motor de la iniciativa fue don Luis Sala Balust, uno de los grandes hombres de la primera época de la Pontificia salmantina. Llevaba Juan de Ávila en el elenco de los Beatos desde 1894. Pío XII lo había declarado Patrono del clero diocesano español en 1946. Pero el proceso seguía estancado.

Salas propuso a la BAC, y ésta aceptó inmediatamente, el proyecto de las obras completas del Maestro Juan de Ávila. Se publicaron dos volúmenes, el I en 1952, número 89 de la Normal, 1120 páginas, con la biografía, introducción y notas de Sala Balust, y como contenido el epistolario completo. Al año siguiente apareció el volumen II, número 103, 1414 páginas, con los sermones y pláticas espirituales. Y cesó la edición por el inesperado fallecimiento del director de la serie.

Ocho años más tarde, en 1960, el Obispo de Sigüenza-Guadalajara don Laureano Castán Lacoma, pidió a la BAC que preparara una vida del Beato sencilla, realista, corta y elocuente, petición que hacía en nombre de la Junta Episcopal nombrada para promover la canonización de Juan de Ávila. A los pocos meses, cumplió la BAC el encargo de los obispos. En ese mismo año salió a luz la obrita *Juan de Ávila. Apóstol de Andalucía*, redactada por Nicolás González Ruiz –el primer capítulo– y por el autor de estos Apuntes –los restantes catorce capítulos–. La edición llevaba numerosas y excelentes ilustraciones, realizadas por Antonio Cobos, el gran dibujante, maestro de este arte, en los diarios *El Debate* y *YA*. Conservo en mi archivo los originales de las ilustraciones.

Y llegó el tercer y definitivo momento: 1970. La Conferencia Episcopal Española encargó a la BAC la edición de las obras completas del ya no Beato, sino San Juan de Ávila. Con todos los escritos auténticos comprobados, con ajuste perfecto a las exigencias de la crítica histórica. Una edición atractiva y fácilmente manejable. Se tuvo el acierto de encargar la edición al profesor de la Pontificia Francisco Martín Hernández, quien pudo llevar a cabo el sueño interrumpido de Luis Sala Balust. En 6 volúmenes, publicados en 1970 y 1971. Con un índice onomástico en cada volumen y un índice general de materias, referido a todos los tomos, al final del volumen VI.

Como manifestaba en la presentación de las obras completas don Laureano Castán, con esta edición se miraba a la deseada y justificada declaración de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia, deseo hoy providencialmente cumplido. Con posterioridad la BAC ha editado nuevamente las Obras completas del Santo, nuevo Doctor de la Iglesia, pasándolas a la BAC Maior, bajo la experta dirección nuevamente de Francisco Martín Hernández.

7. Santa Teresa de Jesús

No podía faltar. Estaba incluida con preferencia en las primeras listas de autores. Desde las conversaciones de Oña y Salamanca, se preparó una edición crítica amplia en tres volúmenes. No era todavía oficialmente Doctora de la Iglesia, pero era ya, lo había sido desde el principio, doctora de la espiritualidad cristiana.

Prepararon esta primera edición tres notorios especialistas teresianos, los Padres Efrén de la Madre de Dios, Otilio del Niño Jesús y Otger Steggink; del Carmelo Descalzo los dos primeros, y de la primera Orden del Carmen el tercero. El volumen I, número 74, apareció en 1951; el II, 120, en 1954; y el III, 189, en 1959. Los tres en la BAC Normal. Se reimprimió el I en 1959. Pronto quedó agotada esta primera edición, ya que se pasó a un solo volumen con las obras completas de la Santa.

De esta nueva presentación concentrada, número 212, se han hecho 3 ediciones. La prepararon los PP. Efrén y Steggink, los cuales redactaron posteriormente la biografía de la reformadora del Carmelo, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, cuyo comentario dejo para el capítulo de Historia y Biografías. Pero menciono dos recuerdos referidos a dos obras particulares sobre Santa Teresa.

En 1972 publicamos en la BAC Minor, número 28, un excelente estudio *La poesía de santa Teresa*, hecho por el P. Ángel Custodio Vega, agustino de la comunidad de El Escorial. Había sido traductor de las *Confesiones* de san Agustín, BAC Normal 11, 1951. Era reconocido agustinólogo. Corrigió

las últimas pruebas de su pequeña obra teresiana. Quedaban pendientes la impresión y la encuadernación. Y sobrevino una incidencia inesperada. El P. Ángel enfermó gravemente y se temió su próxima muerte. Los Padres agustinos nos llamaron para saber si podíamos terminar el trabajo de imprenta y presenta al autor la obra antes de morir. Muniain me pidió que se hiciera todo lo posible para satisfacer el deseo de los agustinos. Lo hicimos. Y tuvimos la satisfacción de que el P. Ángel Custodio Vega recibiera en el lecho de muerte el primero ejemplar de su obra, colocado en la bandeja de plata, que sus hermanos le presentaron. Fue el último consuelo que recibió en vida, antes de recibir las gracias de la Santa en los recintos de la eternidad.

Y queda la segunda obra, digna de recuerdo. Diez años más tarde, 1982, el Director de EDICA, Manuel Jiménez Quiles, vino a mi despacho para presentarme a José López Rubio, comediógrafo insigne, académico de La Lengua, gran persona y devoto de santa Teresa. Venía con un curioso original teresiano titulado *Entrevista con santa Teresa de Jesús*. La oferta era temáticamente original, obra de un maestro de la escena. Fingía una larga entrevista que la Santa le concedía en el convento abulense de San José. Las respuestas de la Fundadora estaban tomadas de sus obras. Y las preguntas venían dadas por el sentido perfectamente ajustado a los textos teresianos seleccionados por el singular entrevistador. Nuestra respuesta fue positiva. Y se editó la entrevista. Es lástima que no haya tenido nueva edición. Pertenece al sobresaliente conjunto de la obra completa de José López Rubio, uno más de los muchos olvidados por la actual paramera de la cultura.

8. San Juan de la Cruz

Tras Teresa, aquel frailecito que quería ser cartujo y entró en el Carmelo reformado, Juan de Yepes, Juan de la Cruz, Doctor de la Iglesia desde 1926, maestro universalmente reconocido de la espiritualidad cristiana y gloria cimera de España.

También fue sujeto de preferente atención desde la primera hora de la empresa BAC. Tuvo dos momentos, el de 1946, número 15, y el de 1982, número 435. Ambos en la serie Normal.

En 1946 apareció con el título de *Vida y obras de San Juan de la Cruz*. Edición de contenido dual, con 10 ediciones hasta 1982, todas ellas con actualización bibliográfica, textual, literaria y científica. Primer elemento: la vida del Santo, obra póstuma del P. Crisógono de Jesús, premiada en el IV centenario del nacimiento del Santo, y anotada por el P. Matías del Niño Jesús. Y segundo elemento: las obras completas: prosa, poesía y epistolario de San Juan de la

Cruz, preparadas críticamente por el P. Licinio Ruano. En conjunto, la moderna enciclopedia sanjuanista.

Al acometer la octava edición –1982– dimos cumplimiento a la sugerencia de Sánchez de Muniain de separar los dos elementos. Y a partir de entonces circuló el volumen 15 con solo las obras completas, con 7 nuevas ediciones hasta ahora; y la Vida, número 435, actualizada con las notas del P. Matías. Ha tenido 3 ediciones y continúa con fuerte demanda.

No paró con lo realizado la atención sanjuanista de la BAC. En una de nuestras visitas a Roma, acudimos en 1967, recién acabado el Vaticano II, al Teresianum, el gran centro teológico del Carmen descalzo en la Ciudad Eterna. Expusimos el deseo de publicar una obra que ayudase al estudio y lectura de san Juan de la Cruz. Y tuvimos la respuesta inmediata positiva de otro gran especialista, el P. Federico Ruiz Salvador, profesor de Teología dogmática y espiritual en dicho centro. Al año siguiente pudimos publicar su *Introducción a san Juan de la Cruz*, en la que expone el autor los escritos y el sistema de la teología espiritual del reformador del Carnelo. Se publicaba este volumen en el cuarto centenario de la fundación carmelitana del convento de Duruelo.

Otras dos obras sobre el Santo cierran el ciclo dedicado a su doctrina en nuestro tiempo. *Arte y pensamiento en san Juan de la Cruz*, del catedrático de la Universidad Complutense José Camón Aznar. Y *La fe según san Juan de la Cruz*, del Arzobispo de Cracovia, Karol Wojtila, futuro Papa Juan Pablo II.

9. San Francisco de Sales

Pronto entró en la galería BAC de los grandes maestros de la espiritualidad católica el santo Obispo de Ginebra, Francisco de Sales. En 1953 y 1954 aparecieron las *Obras selectas de San Francisco de Sales*. El volumen I, número 109, y el II, 127. Autor de la edición, introducción, versión y notas el P. Francisco de la Hoz. Se agotaron y pasó mucho tiempo sin que se reiterara la presencia del fundador de la venerable Orden femenina de la Visitación. Pero en los años 80 se recuperó su memoria. Contribuyeron a ello dos circunstancias: mi personal devoción al santo y la simultánea devoción salesiana de un gran colaborador de la BAC, Lamberto de Echeverría.

No se podía reproducir actualizada la edición de los años 50, dadas las circunstancias económicas de EDICA en aquellos años, precursores de su decadencia y muerte. Y se decidió publicar la *Introducción a la vida devota*, texto salesiano clásico. Lamberto preparó la introducción. Elegimos de común acuerdo la gran traducción de don Francisco de Quevedo y Villegas. Y quedó incluido el volumen en la BAC Popular con el número 45. Año 1982. Tuvo tres ediciones.

Segundo momento. Dentro de la serie Normal, con el número 468 se publicó la *Meditación sobre la Iglesia*. Año 1985. Lamberto logró que prologara la edición Antonio Montero, Obispo de Badajoz. La introducción general, la versión y las notas corrieron a cargo de Valentín Viguera. Se tuvo a la vista la edición crítica oficial de Annecy, de 1982.

Y queda la tercera operación, las *Cartas religiosas*, del Santo, en edición cuidada personalmente por Lamberto. Año 1988, BAC Popular 88. Y debo hacer aquí un breve intervalo. Se publicó esta obra en 1988. Pero don Lamberto había fallecido repentinamente el 11 de febrero de 1986, a las diez de la mañana, precisamente en la calle Mateo Inurria, a pocos metros de la sede de la BAC. Habíamos quedado en vernos en mi despacho aquella mañana para hablar de la edición nueva del *Tratado del amor de Dios*. Y el encuentro se convirtió en la visita que inmediatamente hube de hacerle en el tanatorio del Hospital de la Paz. Al día siguiente fui a Salamanca para asistir a su funeral y acompañé sus restos hasta que quedaron depositados en el cementerio de la ciudad a la espera cierta de la resurrección final y cierre del tiempo.

Participábamos de ideales y entusiasmos comunes. Y éramos ambos discípulos de los marianistas, él del Colegio de Vitoria, y yo del Colegio de San Felipe, de Cádiz. Fue hombre cordial, operativo, fiel a la BAC. Sólo hubo un momento, afortunadamente corto, de excepción. Lo menciono brevemente, porque pertenece al álbum de mis recuerdos. Se produjo en torno al Año cristiano, por él dirigido. Habían fallecido tres de los cuatro miembros -en Comisión Rectora- de la obra, Luis Sala Balust, Casimiro Sánchez Aliseda y el P. Bernardino Llorca. Quedaba como heredero único de los derechos de autor, Lamberto. Y sucedió que la BAC no le abonaba lo que él consideraba que le correspondía por disposición, no sé si testamentaria o meramente contractual. Hubo cruce prolongado de cartas. Don Máximo optó por no hacer caso de las reclamaciones de Lamberto, el cual decidió cortar toda relación con la BAC. Eran los años 60. Pero todo se arregló. Muniain y yo resolvimos la cuestión, con las gestiones de avenencia, que calificábamos jocosamente como eventuales servicios de fontanería editorial. Y Lamberto volvió y siguió siendo uno de los grandes colaboradores de nuestra empresa cultural.

Paso al segundo sector de este capítulo, los autores contemporáneos de espiritualidad. Comienzo con dos, cuya producción discurrió totalmente o predominantemente por los cauces de la BAC.

10. Autores contemporáneos de obras de espiritualidad

Intento recoger en prieto florilegio varias obras y varios autores modernos de espiritualidad, que enriquecieron con sus escritos la aportación de la BAC al cultivo de la espiritualidad cristiana.

10.1. El P. Royo Marín

Ocupa el primer puesto en este campo, el dominico P. Antonio Royo Marín. Por su constancia evidenciada con el número de obras publicadas en la BAC: 23 títulos. Desde 1954 hasta su fallecimiento. Y por su identificación con nuestra política editorial. Debo hacer constar un hecho sumamente significativo. Entre nuestros autores y nosotros se daba una plena identificación de intenciones, criterios y sentido de servicio. Era el P. Royo profesor de Ascética y Mística en la Pontificia Facultad de Teología de San Esteban, de la Orden de Predicadores en Salamanca. Y era además gran predicador y gran escritor. En estos dos ministerios mostró una extraordinaria capacidad de adaptación al auditorio y a los lectores. A la cual unía una sólida preparación teológica, una claridad expositivo no común, y una fuerza de exposición tanto en la redacción de los escritos como en la elocución oratoria. Vivió con tal intensidad sus convicciones, que en los años sesenta su salud se resintió y por orden médica hubo de retirarse de la enseñanza y de la predicación. Y se concentró desde entonces en el libro.

Permítame el lector demostrar, con la mención sucinta de sus obras en la BAC, cuanto acabo de escribir. Debo precisar que fui testigo activo de toda su producción desde 1954, fecha de su primera obra en la BAC, la conocida *Teología de la perfección cristiana*, 114 de la Normal, prologada por fray Albino. G. Menéndez Raigada, Obispo emérito de Córdoba, y honrada con dos cartas singulares: una de fray Reginaldo Garrigou-Lagrange, y otra de fray M. Alejandro Philipon, catedráticos ambos del Angelicum. Cartas seguidas por un exacto juicio crítico de otro maestro de espiritualidad, don Baldomero Jiménez Duque. Ha tenido esta primera obra del P. Royo 13 ediciones hasta 2012.

De tres de sus siguientes obras en la BAC Normal, la *Teología de la salvación*, 1956, número 147; la *Teología moral para seglares*, en dos volúmenes, 166 y 173, en 1957 y 1958; y la *Teología de la caridad*, 192, 1963, he hablado en capítulos anteriores. Seis títulos más fueron apareciendo en los años sesenta. Sólo los enumero: *Jesucristo Salvador*, número 210, 1961; 222, 1963, *Dios y su obra*; *La vida religiosa*, 244, 1965, con dos ediciones; *Espiritualidad de los seglares*, 272, 1967; y 278, 1968, *La Virgen María*. *Teología y espiritualidad*, con

dos ediciones. Y finalmente en 1973, con el número 347, y dos ediciones, *Los grandes maestros de la vida espiritual*.

Todo lo anterior en la BAC Normal. Pero también publicó el P. Royo títulos en la BAC Minor. Nueva sucinta enumeración. 7 obras. Con el número 13, en 1969, la *Teología de la esperanza*, con 3 ediciones; al año siguiente, número 16, *La fe de la Iglesia*, 5 ediciones hasta 1996; y en ese mismo año, número 17, *Doctoras de la Iglesia*, Santa Teresa de Jesús y Santa Catalina de Siena, 3 ediciones; en 1975, 38, *La oración del cristiano*; y en 1977, 45, *Somos hijos de Dios*, sobre el misterio trinitario y la vida del cristiano.

De otras dos obras publicadas en la Minor he dicho algo en el capítulo de los tratados teológicos. Considero justificado el primer puesto que en este capítulo de la espiritualidad ostenta numéricamente con toda razón el P. Royo Marín. Se advierte una cadencia temporal en la concepción y realización de las obras, nacidas unas veces, las más, del propio autor, y otras de la dirección de la BAC.

10.2. José María Cabodevilla

Paso a otro gran nombre en la historia de la BAC, José María Cabodevilla. Otro autor permanente de perpetuo encaje en este capítulo de la espiritualidad. Nacido en Tafalla, Navarra, en 1928, falleció en Madrid en el año 2003, Formado en la Universidad Pontificia de Comillas, Santander, pasó a Roma,donde fue ordenado sacerdote en 1952. Fundador allí con otros compañeros de la revista *Estría*, vino a Zaragoza, cuyo Arzobispo don Casimiro Morcillo le acogió y lo presentó a la BAC. Fue una de las figuras cimeras de la generación de curas jóvenes de los años 50 del pasado siglo, surgida en el ámbito del Colegio Español de San José, de Roma. Grupo generacional, que desplegaría su fecunda acción apostólica a lo largo de la segunda mitad del siglo anterior, y dentro del cual destacaron como iniciadores Luis Alonso Schökel, José María Javierre, José Luis Martín Descalzo y Antonio Montero. Grupo romano, que tuvo su simultánea y paralela correspondencia con el dirigido en Salamanca por Lamberto de Echeverría y Casimiro Sánchez Aliseda.

En Madrid se mantuvo durante casi cuarenta años como capellán del Colegio de las Madres Escolapias, de Puerta de Hierro. Allí vivió dedicado a los libros, que fueron su púlpito permanente. Algo tenía de anacoreta de la pluma. Nunca, que yo sepa, buscó el aplauso. Merecedor de sedes académicas, nuca las buscó. Vivió para otras sedes, las de la evangelización.

He consignado este recuerdo por varios motivos: todos fueron autores en el catálogo de la BAC y con todos ellos tuve trato personal como hombre de la BAC y como amigo. Segundo, por la labor que llevaron a cabo en lo apostólico

y, además, por el alto nivel que alcanzaron como maestros del estilo. Y tercero, porque con este recuerdo intento remediar el silencio, que sobre tal generación ha caído. No han tenido, que yo sepa, sucesores.

José María Cabodevilla canalizó su contribución evangelizadora por la vía del libro y siempre en la BAC. Desde 1957 hasta el año 2003 publicó en ella 21 obras. Todas en la serie Normal. Con una cadencia de entregas parecida a la del P. Royo Marín. De 1957 a 1966 aparecieron *Señora Nuestra*, el misterio del hombre a la luz del misterio de María; *Hombre y mujer*, estudio sobre el matrimonio y el amor humano; *Cristo vivo*, la vida del Señor y la vida del cristiano; y *Carta de la caridad*, tras el concilio Vaticano II.

Continuaron las entregas: 9 obras de 1967 a 1984. Ahora los títulos iban presentándose con curiosas y sorprendentes paradojas: *La impaciencia de Job*, análisis del sufrimiento humano; *32 de diciembre*, la muerte y el más allá de la muerte; *El pato apresurado*, apología de los hombres; *Feria de utopías*, análisis de la felicidad; *Palabras son amores*, los límites y el horizonte del diálogo humano; *Consolación sobre la brevedad de la vida*; y *Las formas de felicidad son ocho*, comentario a las siete bienaventuranzas. Y en medio dos obras de título normalizado: *Discurso del Padrenuestro*, en 1971; y *El libro de las manos*, relación de los siete montes de la mano o noticia general de todos sus méritos, trabajos y vanidades. Sólo cabe añadir en este prieto elenco que de 1994 a 2003 Cabodevilla entregó a la BAC sus cinco últimos originales.

Dato aclaratorio. Esta constancia de presentación en la BAC no era fruto de una exclusiva jurídicamente firmada. Era fruto espontáneo de la identificación que se dio entre autores y editores. Es este un rasgo sustantivo y constante en la historia de la BAC recogida en estos Apuntes. Y por lo que toca a Cabodevilla sólo he de añadir, como cierre, que su capacidad estilística era de tal altura que bien hubiera merecido reconocimiento académico. Ni lo buscó, ni lo tuvo a la vista. Eran otros, como he dicho, los valores, que buscó, y los horizontes, que adivinaba, los que premiaron su espléndida producción espiritual.

11. Ejercicios ignacianos

La BAC atendió, como es natural, a los Ejercicios ignacianos. Los reprodujo ya, año 1952, en el volumen dedicado a san Ignacio. Y posteriormente volvió sobre lo Ejercicios, en tres obras, a las que me permito añadir una cuarta.

La primera apareció en 1965, número 245 de la Normal, *Ejercicios espirituales. Comentario pastoral.* Autores Ignacio Iparaguirre y Luis González. Se reproducía el texto autógrafo, al que se añadió como gran novedad el de la

Versio Vulgata latina redactada por el P. Frusio. A continuación, un extenso y magnífico comentario histórico-pastoral –216 páginas– del P. Iparaguirre. Y como tercera pieza, 414 guiones hechos por el P. Luis González sobre todos y cada uno de los elementos de los Ejercicios.

Dos años más tarde tuvo la BAC el acierto de editar un clásico de la literatura castellana y de la espiritualidad ignaciana, las *Obras del P. Luis de la Palma*, en concreto la *Historia de la Sagrada Pasión*, auténtica joya un tanto olvidada de nuestra literatura ascética, y el *Camino espiritual*, uno de lo comentarios clásicos de los Ejercicios. Número 261, serie Normal. Fue iniciativa de la dirección, que encontró al sujeto apto para el volumen, el P. Francisco J. Rodríguez Molero, doctor en Medicina y doctor en Filología española, profesor de la Facultad de Teología de Granada. Subrayado fuerte exigen las introducciones por sus valores de contenido, dominio y estilo.

En 1968 apareció la tercera obra sobre los Ejercicios, *Los Ejercicios de san Ignacio a la luz del Vaticano II*. En agosto de 1966, en Loyola, se había celebrado un magno Congreso Internacional de Ejercicios, en el que intervinieron 44 autores, todos jesuitas y especialistas de la materia. Objeto de las labores del Congreso fue, como explicaba en el Prólogo el P. Arrupe, Prepósito General de la Compañía, "realizar un estudio serenamente objetivo de los Ejercicios a la luz del Vaticano II". Preparó y ordenó el contenido de la obra el P. Clemente Espinosa, tras la aceptación de la propuesta que la BAC había recibido de la Curia Generalicia de la Orden ignaciana, propuesta verbalmente reiterada al autor de estos Apuntes en la visita que hice por aquellas fechas al P. Arrupe en Villa Cavalleti, cerca de Roma.

Hasta aquí las tres obras anunciadas sobre los Ejercicios. He hablado de una cuarta, no publicada por la BAC en sus series, pero sí por la Asociación Católica de Propagandistas, con motivo del centenario de su fundación. Edición manual de ágil manejo y belleza tipográfica, que une al texto autógrafo de los Ejercicios el contenido completo de la versión del Kempis hecha por san Juan de Ávila²⁷.

12. Otros cinco maestros de espíritu

Reúno bajo este epígrafe varias obras de cinco autores contemporáneos, cuya nota común es la de su probado magisterio en el campo de la dirección de las almas. Tanto en el alto nivel teológico como en el altiplano de la práctica de la dirección.

La edición, realizada por la BAC, se publicó en el año 2010, con 375 páginas.

Sea el primero un insigne maestro dominico, el P. *Juan González Arintero*²⁸. Publicó la BAC dos de su obras más importantes, *La evolución mística*, en 1954; y *Cuestiones místicas*, dos años más tarde.

Presentó la primera con una extensa introducción general el P. Felipe García Llameza, profesor en el Angelicum; y prologó la segunda el P. Sabino M. Lozano, titular de la cátedra de espiritualidad en San Esteban, Salamanca. Habían sido objeto de controversia eclesial interna en España algunos puntos de la doctrina del P. Arintero, y quiso la dirección de la BAC, con la publicación de estos dos capitales volúmenes de su enseñanza, contribuir al esclarecimiento de la seguridad, en materia de alta doctrina espiritual, de este gran maestro de nuestra espiritualidad en el siglo XX.

En 1974, tras una entrevista con el P. *Antonio Orbe*, en la Universidad Gregoriana, acordamos publicar una colección de consideraciones espirituales, fruto de su larga experiencia en la dirección de almas. Tras una primera resistencia, posteriormente vencida, salió a luz el volumen titulado *Elevaciones sobre el amor de Cristo*, con 64 consideraciones de alto bordo, que bien merecen nueva edición. Concurrían en el P. Orbe perfectamente ensambladas dos cualidades en grado extraordinario: por un lado, su ciencia y sabiduría patrísticas, y por otro, su hondura espiritual. Era todo un hombre de Dios. Y su obra satisfizo plenamente lo que de él la BAC esperaba.

En la presentación del volumen el autor subrayaba que "el mundo de hoy necesita grandes apóstoles. Pero más que nada necesita grandes amadores... Los tiempos han cambiado. Mas no mudó ni encontró especiales obstáculos para desarrollarse con brío el amor al Crucificado. Tan fecundo hoy como en los días de san Pablo. Tan necesario como entonces". Y recordando el origen amistosamente contractual de su trabajo, confiesa en el prólogo que nunca habría publicado estas *Elevaciones*, "a no habérmelo pedido quien me tiene obligado por muchos títulos".

Ocho años más tarde, 1984, otro profesor de la Gregoriana honró y enriqueció el catálogo de la BAC con su obra *Dirección espiritual. Teoría práctica*. Autor, el P. *Luis María Mendizábal*, titular de la cátedra de Teología Espiritual en la Gregoriana y en la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Burgos. Era un sector de la espiritualidad de no fácil cobertura. Y hallamos a le persona perfectamente preparada, en ciencia y experiencia, para cubrirlo a plena satisfacción. El P. Mendizábal reunía y reúne conocimiento depurado de los caminos, fáciles y difíciles, del espíritu, y sobre todo capacidad depurada de

Puede verse la biografía Vida del M. R. P. fray Juan G. Arintero, de fray Adrián Suárez, en dos volúmenes, Cádiz 1936.

discernimiento y consejo. Ha sido y es consumado médico de almas. Su obra sigue vigente con tres ediciones, la última en 2007.

Al recoger estas dos últimas obras de espiritualidad, concebidas y comprometidas en nuestras frecuentes visitas de trabajo a la Universidad Gregoriana, considero un deber recordar al H. Bernardo Arruti, que tan frecuentemente, con ejemplar abnegación silente, mecanografió como diligente amanuense tantos originales de los profesores de dicha Universidad para su entrega a la BAC.

Y de Roma paso a Ávila. Allí trabajaba y dirigía a no pocas personas de espíritu otro maestro, provinciano y universal, el sacerdote don *Baldomero Jiménez Duque*, del que la BAC publicó su espléndida *Teología de la mística*, número 224 de la serie Normal. Todos los temas capitales de la vida interior y del discernimiento de espíritus están tratados con la garantía segura del saber de especialista y con la experiencia en la dirección de las almas. Fue obra que la BAC aceptó desde el primer momento.

Y queda el quinto maestro, cuya presencia en la BAC requiere matices explicativos. Me refiero a la publicación, en 9 volúmenes, de las *Obras completas*, del P. *Alfonso Torres*. No fueron editadas en las series propias de la BAC, sino aparte. Nos fue solicitada la edición por la M. Maravillas de Jesús, santa ya canonizada. Pero no podíamos hacernos cargo de su financiación. Encontró la M. Maravillas la aportación generosa de un bienhechor y fue el P. Carlos Carrillo de Albornoz, jesuita, quien se encargó de la preparación de los materiales. El volumen I apareció en 1967 y el IX y último en 1973. Fue todo un récord y tuvimos ocasión de que antes de su muerte viera editados los primeros volúmenes santa Maravillas.

Me tocó colaborar con el P. Carrillo de Albornoz y alguna parte me cupo en la aceptación de la BAC. Era el P. Torres una de las cimas más alta, si no la más alta, de nuestro siglo XX en el campo de la predicación sagrada. Y fue también uno de los grandes maestros de la espiritualidad católica más depurada en aquella época

13. Un proyecto fallido

A comienzos de los años 80, en una de las conversaciones que mantuve, en la residencia de la calle Almagro, Madrid, con el P. Constancio Gutiérrez, especialista en la historia de Trento, me informó de pasada sobre el trabajo que estaba realizando, por encargo de sus superiores, para hacer una edición crítica del famoso y universal *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, del P. Alonso Rodríguez, teniendo a la vista la edición original de 1609. Se centraba su

trabajo en fijar documentalmente las fuentes de las numerosas citas y textos, que el autor hacía y reproducía de sus fuentes antiguas y contemporáneas.

Nos llamó la atención el proyecto y le pregunté si podría interesar a los superiores de la Compañía que la BAC se encargara de la edición. El P. Rodríguez era todo un autor clásico académicamente reconocido, maestro de generaciones con las más de 300 ediciones de su obra, traducida a todos los idiomas europeos. Llegamos a un acuerdo positivo. El P. Constancia siguió. Pero primero, nuestro cese en la BAC y luego el fallecimiento del autor hicieron que el proyecto quedara sin realización. No estaría de más que alguien continuara lo hecho por el P. Constancio Gutiérrez con su cuidadosa laboriosidad.

Historia y biografías

Nutrido es también el elenco de obras BAC dedicadas a la historia en general y particularmente al género biográfico. Procedo por ello en la exposición, atendiendo primero a las obras dedicada a la historia de la Iglesia en general; y a continuación, recorriendo sumariamente la amplia galería de biografías dedicadas a santos y a figuras destacadas de nuestra historia.

No intervine, y por este motivo sólo la menciono, en la obra, que, preparada con todo rigor histórico por el P. Eusebio Rey, se publicó en marzo de 1945, en las primera horas de la BAC. Me refiero a las *Historias de la Contrarreforma*, del P. Pedro de Rivadeneyra. Se publicó, con ocasión del IV Centenario del concilio de Trento, en un solo volumen, que por su desacostumbrada extensión recibió los números 7 y 8 de la BAC Normal. Con acierto la Dirección de la BAC ha hecho en 2009 una nueva edición del volumen.

1. Historia de la Iglesia católica

La preparación de esta historia discurrió en perfecta simultaneidad con la de las grandes series teológicas iniciales de la BAC. Debo distinguir dos momentos en su desarrollo: el originario y el complementario. Constó la obra en el primer momento de 4 volúmenes. Posteriormente se amplió con un quinto volumen. La obra sigue viva.

Del volumen I, Edad Antigua, fue autor el P. Bernardino Llorca, profesor de la disciplina primero en la Facultad de Teología, de Sarria, Barcelona, y posteriormente de la Pontificia de Salamanca. El P. García Villoslada redactó íntegramente el volumen II, Edad Media. Ambos, Villoslada y Llorca, fueron autores del III, Edad Nueva. Y el IV, planteó un problema. Estaba encargado de su elaboración, Edad Moderna, el P. Montalbán, pero falleció antes de concluir su trabajo. Y tuvieron Villoslada y Llorca que redactar el texto sobre la base de los apuntes incompletos de Montalbán. Este postrero título no tuvo la altura de los tres anteriores.

Con posterioridad y a medida que se producían las reediciones, el P. Villoslada propuso y la BAC aceptó reelaborar por completo este volumen IV, que apareció dividido en dos: el nuevo IV, 1980, Edad Moderna, trabajo conjunto de Villoslada y de Juan M. Laboa, uno de sus aventajados discípulos y profesor en la Universidad Comillas; y el V y último, 1909, Edad Contemporánea, redactado enteramente por Laboa.

Como he dicho, la obra ha tenido en todos sus volúmenes varias reediciones. Y en todas ellas alguna intervención me tocó, pues don Máximo me había encargado, en general, de todo lo tocante a reediciones. En una ocasión se produjo un momento delicado. Se trataba de renovar el texto del volumen IV. El P. Villoslada se encargó de corregir a fondo el contenido y estilo de no pocos capítulos. Pero la dirección de la BAC consideró que el nuevo autor se retrasaba en la entrega de los originales y se le escribió ungiéndole. A las repetidas instancias de don Máximo nuestro amigo guardaba silencio. Contra el parecer de Muniain y mío decidió denunciar al P. Villoslada por incumplimiento de contrato. Insistimos en la justificada espera paciente y todo se solucionó pronto. Don Máximo me encargó que resolviera la cuestión y se resolvió. Llegaron los originales del nuevo volumen IV y el propio don Máximo agradeció al P. Villoslada la gran mejora realizada en el texto.

2. Historia de la Iglesia en la América española

Fue esta edición un como complemento de la anterior. Recuerdo el origen de la iniciativa, en la que intervino como promotor el P. Pedro de Leturia, viejo amigo de don Máximo y de Muniain, desde los tiempos de la colección de la Acción Católica, la *Pro Ecclesia et Patria*. El P. Leturia, creador y primer Decano de la Facultad de Historia de la Universidad Gregoriana, propuso a la BAC la publicación de una historia de la providencial evangelización, que la Iglesia y España habían realizado en la América de habla hispana. La BAC aceptó de inmediato la propuesta.

Dos fueron los volúmenes, que dieron cuerpo a la idea, y tres los autores, especialistas de este campo histórico. El volumen I, número 248, aparecido en 1965, dedicado a México, América central y Antillas, fue preparado por el P. Félix Zubillaga, profesor de la Gregoriana. Y el tomo II, número 256, año 1966, que atendía a todo el hemisferio Sur americano, salvo Brasil, quedó a cargo del P. Antonio de Egaña, del Instituto Histórico de la Compañía, en Roma.

La obra se iniciaba con una extensa bibliografía especializada de 30 páginas de letra supermenuda, seguida de una introducción general, 208 páginas, elaborada por el P. León Lopetegui, titular de la cátedra de historia de la Iglesia

en la Facultad de Teología de Oña. En conjunto, eran más de 2000 páginas las que la BAC consagró a este ejemplar ramo de la historia evangelizadora de la Iglesia en América.

Al recordar esta obra y contemplar su contenido no puedo dejar de mencionar el merecido y obligado elogio, que en su viaje a España en 1982 hizo Juan Pablo II de la labor evangelizadora que España y la Iglesia en España llevaron a cabo en la América descubierta y cristianizada por los pueblos de la antigua Iberia.

3. La historia de la Orden del Carmen

A finales de 1985 me visitó en la BAC el Padre Provincial de una de las Provincias españolas de la venerable Orden del Carmelo. Objeto de la visita: ofrecer a la BAC la edición en lengua española de la magna obra *Los Carmelitas*. *Historia de la Orden del Carmelo*, de la que era autor un especialista en la historia de la Orden, el P. Joaquín de Smet. Eran tres volúmenes, que debían completarse con dos complementarios redactados por dos historiadores españoles, los Padres Balbino Velasco Bayón e Ismael Martínez Carretero. Nuestra primera respuesta fue que debíamos estudiar los términos exactos de la edición pedida. Me reuní con los Provinciales, primero en la residencia, que la Orden tiene en la calle Pintor Ribera, y posteriormente en la curia provincial de la calle Ayala.

La dificultad era la económica. Se salvó con la aceptación por parte de la Orden de la carga financiera de la edición. La traducción fue hecha por el P. Antonio Ruiz Molina, quien se encargó de la preparación técnica de los originales. Pudimos publicar los 2 primeros volúmenes. El I, *Los orígenes*, en 1987; el II, *Las reformas*, en 1990. Los 4 restantes fueron apareciendo de 1992 a 1996. Tuvo la BAC el honor de que la edición fuera presentada por el propio Prior General de la Orden, John Malley, el cual agradecía la respuesta positiva de "la benemérita y mundialmente conocida Biblioteca de Autores Cristianos".

4. Historia de la Iglesia en España

Tuvo esta monumental historia un precedente un tanto lejano y una lenta gestión inmediata. Debo explicarlos. En febrero de 1934 *El Debate* había publicado un impresionante número extraordinario de 64 páginas, dedicado a la historia de la Iglesia en España, dentro de la gran campaña de la *Pro Ecclesia et Patria*. Este recuerdo persistía vivo en la cúpula rectora de la BAC. Cuervo y Muniain, alentados por algunos consejeros, venían dando vueltas a una posible repetición de la idea por la vía de una nueva historia en la BAC.

A fines de los años 70 recordábamos en la BAC la obra del P. García Villada, publicada en tiempos de la República e interrumpida por el asesinato del Padre en el Madrid rojo, 1936. Y se pensó en reeditarla y completarla con otros volúmenes, para hacer una completa historia moderna de la Iglesia en España.

Nos pusimos al habla con el P. García-Villoslada, quien acogió con entusiasmo y avisos cautelosos la idea. En su habitación de la Gregoriana se fue perfilando la realización. Primera medida: no reproducir el texto de García Villada. Comenzar nuevamente desde el principio. Segunda medida: reunir a varios especialistas para fijar la programación de los materiales en varios volúmenes. Tercer punto: encargar la dirección de cada volumen a un especialista y fijar los comunes criterios rectores de toda la obra. Y quedaba un último y capital tema: el director general de la edición, que se preveía dificultosa. Tuvimos que luchar con la oposición tenaz de García-Villoslada, a quien apuntábamos con unanimidad tanto la dirección de la BAC como los historiadores, a los que habíamos consultado. El Padre acabó aceptando.

Todo se puso en marcha y la obra fue saliendo. En 7 volúmenes extensos de la BAC Maior, con los números sucesivos del 16 al 21. 3 tomos en 1979, 2 en 1980 y los dos últimos en 1982. El Comité de Dirección estuvo formado por Vicente Cárcel Ortí, Javier Fernández Conde y Antonio Mestre Sanchís. Debo mencionar los colaboradores de cada volumen. Por razón de justicia histórica, como recuerdo personal del trato que con todos ellos tuvimos, y por la puntualidad, con que concurrieron al buen proceder de la edición con la entrega siempre oportuna de los originales.

El tomo I, siglos I-VIII, fue redactado por Manuel Sotomayor y Muro (Granada). Directores del volumen, Teodoro González García (Madrid) y Pablo López de Osaba (Cuenca). De la dirección de los tomos II-1º y II-2º –siglos VIII al XIV– se encargó Javier Fernández Conde (Oviedo). Intervinieron Isidro Bango Torviso (Madrid), Javier Faci Lacasta (Madrid-Navarra), Ramón González Ruiz (Toledo), Antonio Linaje Conde (Salamanca), Demetrio Mansilla Reojo (Toledo), Antonio Oliver Monserrat (Mallorca) y Juan Francisco Rivera Recio (Toledo).

Al frente de los volúmenes III-1º y III-2º estuvo José Luis González Novalín (Roma). Colaboradores fueron Tarsicio de Azcona (Roma-Zaragoza), José García Oro (Santiago de Compostela), José Goñi Gaztambide (Pamplona), Bernardino Llorca (Sarriá-Salamanca), Demetrio Mansilla Reojo (Toledo), Melquiades de Andrés (Cáceres), Ricardo García-Villoslada (Roma), León Lopetegui (Oña-Sarriá), Balbino Marcos (Deusto), Alfredo Rodríguez G. de Ceballos (Comillas, Madrid) y Samuel Rubio (Roma-Madrid).

Dirigió el volumen IV –siglos XVII y XVIII– Antonio Mestre Sancho. Nutrido fue, en número y calidad, el conjunto de los colaboradores: Rafael Benítez Sánchez-Blanco (Valencia), Eugenio Císcar Pallarés (Valencia), Antonio Domínguez Ortiz (Madrid), Teófanes Egido (Valladolid), Rafael M. de Hornedo (Comillas), Francisco Martín Hernández (Salamanca), Joaquín Pérez Villanueva (Madrid), José I. Tellechea Idígoras (Salamanca) e Isaac Vázquez Janeiro (Roma).

Los historiadores, que bajo la dirección de Vicente Cárcel Ortí, construyeron el volumen V y último, fueron, y son por mí cordialmente recordados, José Manuel Cuenca Toribio (Córdoba), Baldomero Jiménez Duque (Ávila), Manuel Revuelta González (Comillas), Rafael M. Sanz de Diego (Comillas) y Carlos Valverde Mucientes (Comillas). Del Apéndice de actualidad cuidó Luis Ortega Martín (Burgos).

Finalizo este recuerdo con las palabras del Director general de esta magna Historia, García Villoslada, que atestiguan los orígenes de la misma. Tras recordar el deseo del P. Pedro de Leturia para completar la obra iniciada por el P. Zacarías García Villada, narra cómo "rodeado el P. Leturia de jóvenes estudiosos de todo el mundo, que le admiraban y veneraban agradecidos a su magisterio, se persuadió –tal vez con excesivo optimismo– que con un grupo de sus más capacitados discípulos españoles podría en breve tiempo dar a España la historia eclesiástica, que se necesitaba. Tuvo con ellos (inicialmente ocho, después alguno más) dos reuniones en 1950 y 1951, con objeto de planear y repartirse entre todos la faena. Aquella historia había de constar de cuatro volúmenes de la BAC normal, o más exactamente tres, pues el cuarto versaría sobre la evangelización española en el Nuevo Mundo. La muerte inesperada del eximio maestro en 1955 paralizó la obra, en la que tanta ilusión había puesto el entonces Director de la BAC, don Máximo Cuervo. Afortunadamente, varios de aquellos jóvenes animosos pueden todavía hoy –después de casi tres decenios – con mayor ciencia y experiencia volver a las tareas, que entonces soñaron. Vinieron años de silencio, meditación y trabajo oscuro, mientras los árboles crecían y nuevos vástagos se incorporaban a nuestro campo historiográfico. Sólo cuando el timón de la BAC fue empuñado por un piloto de arrestos juveniles y espléndida preparación cultural, se renovó nuestra antigua ilusión, y lo que creíamos un sueño desvanecido empezó a cuajar en palpable realidad".

5. La historia de los sínodos españoles

Magna iniciativa la de esta serie historia de los sínodos diocesanos españoles, que cuajó en la monumental obra *Synodicum Hispanum*. Partió la

iniciativa de la Facultad de Derecho Canónico de la Pontifica Universidad de Salamanca, y fue aceptada por la BAC, no sin antes precisar las característica internas de la serie, la cuestión de la autoría, y particularmente la notoria envergadura de su financiación. Todo se fue solucionando, bajo la impulsora guía inmediata de uno de los profesores de dicha Facultad, ejemplo de trabajo, previsión y rectoría, el franciscano P. Antonio García y García.

La obra, repito, fue obra de Salamanca. Tuvo un Comité Rector formado por Francisco Cantelar Rodríguez, Antonio Gutiérrez Rodríguez y Peter Linehan. Se halló la fórmula financiera, que era aportada por las diócesis respectivas y por varias instituciones locales y provinciales. En la década de los 80 se publicaron 4 volúmenes, con los sínodos de Galicia el I, los de Portugal el II, el III Astorga, León y Oviedo, y el IV Ciudad Rodrigo, Salamanca y Zamora. Posteriormente la nueva dirección de la BAC ha continuado la serie con 7 nuevos volúmenes.

Debo añadir que en los primeros momentos la dirección de la BAC topó con la negativa de EDICA, la cual con razón arguía la falta de medios económicos. Pero se solventó la dificultad con la indicada financiación exterior. Una segunda objeción se puso: la falta de demanda interesada. También se salvó este escollo, acentuando el valor que la resurrección bibliográfica de los sínodos locales tenía para el estudio de la vida cristiana en las distintas épocas de nuestra historia. A lo cual el Comité añadió la seguridad que el contenido de la obra ofrecía para la venta a la demanda institucional, extremo que inmediatamente se comprobó de forma positiva.

6. El género biográfico en la BAC

El grupo de las grandes series históricas de la BAC queda concluido en mis recuerdos. Es hora de pasar al género biográfico. Hablo primeramente de las grandes biografías, y al calificarlas de grandes atiendo a la dimensión bibliográfica, que los originales requerían, en la serie Normal y en la Maior. Seguidamente, repasaré mis recuerdos de las biografías más reducidas, que tuvieron su puesto en la Minor o en la Popular. Eran los destinatarios de las obras los que determinaban el tamaño, el tratamiento, y por consiguiente el contenido.

6.1. San Agustín de Hipona

La gigantesca figura de san Agustín tuvo el debido lugar de atención constante, que la finalidad evangelizadora de la BAC requería. Se publicaron sus obras completas. Y el compendio de su doctrina teológica y espiritual. Pero

debía atenderse también a su biografía. Algo se tardó. Pero se logró la espléndida y extensa biografía, *San Agustín de Hipona*, elaborada por el P. Victorino Capánaga, agustinólogo de fama mundialmente reconocido. Se publicó en la BAC Mayor, en 1974.

Tuve ocasión de regalar un ejemplar especialmente encuadernado al Secretario de Estado de Pablo VI, el cardenal Agostino Casaroli, en la entrevista que nos concedió en 1975, durante una de las visitas de la BAC a Roma.

6.2. San Ildefonso de Toledo

En 1985, con el número 466 de BAC Normal, y en colaboración con el toledano Estudio Teológico de San Ildefonso, publicamos la mejor biografía del primer mariólogo español, *San Ildefonso de Toledo. Biografía, época y posteridad*, obra del sacerdote Juan F. Rivera Recio, primer especialista en dicha figura. Prologó la obra el Cardenal Arzobispo de Toledo, don Marcelo González Martín, el cual recordaba cómo Juan Pablo II en su visita a España en 1982 subrayó el hecho probado de que fue Ildefonso de Toledo el más antiguo iniciador y promotor de la devoción conocida con el nombre de la esclavitud mariana.

6.3. La Reina Isabel

Fue y no fue iniciativa nuestra. Muniain conocía al autor, el franciscano Tarsicio de Azcona, navarro, y sabía la acuciosa investigación que éste llevaba a cabo para su obra *Isabel la Católica*. Se publicó el volumen, 237 de la Normal, en 1964. Ha tenido 2 ediciones más, la segunda en 1986, y la tercera en 1993. Biografía sanamente y respetuosamente crítica de la vida y el reinado de Isabel I, que aportó datos documentales de suma importancia. Atendió también el autor a la época y al medio, en que vivió y gobernó "la gran reina, iniciadora de la historia moderna castellana y peninsular, prodigio de maduración humana y religiosa…y paradigma maravilloso para los tiempos posteriores".

6.4. Cisneros

La figura de Cisneros, el Cardenal de España por excelencia, estaba en lista de espera dentro del cuadro de los proyectos biográficos de la BAC. A mediados de los años 80 encontramos al historiador adecuado, el P. José García Oro, catedrático de Historia en la Universidad de Santiago de Compostela. Aceptó de inmediato nuestra propuesta. Y su estudio en dos volúmenes *Cisneros. Vida y empresas*, BAC Normal 520 y 528, apareció el primero en 1992, la biografía y el medio; y el segundo en 1993, las empresas. García Oro ha dejado el mejor retrato por ahora de Cisneros, figura de de no fácil dibujo por su grandeza y su gobierno, pero sin duda "hombre de roca y profeta de la España de sus

días". Confieso que esta magna biografía satisfizo plenamente a la dirección de la BAC. Merece subrayarse que este completísimo estudio se ciñe al estricto criterio de dar a conocer, en el campo biográfico, la realidad trasmitida por la documentación. Ni apologías crédulas, ni hostiles sectarismos deformadores.

6.5. Fray Luis de Granada

En 1988 tuvimos la satisfacción de publicar la magnífica biografía *Fray Luis de Granada*, del P. Álvaro Huerga, a quien había conocido en una de mis visitas al Angelicum, de Roma, allá por los años sesenta. Era profesor de historia de la espiritualidad. En nuestra conversación saltaron dos nombres, el de fray Luis y el de Savonarola. Y tuvo la BAC la oportunidad de editar sendas biografías de estos históricos dominicos. De la edición del *Savonarola. Reformista y profeta*, número 397 de la Normal, sólo recuerdo que en 1967 me encargó don Máximo que leyese el original. Tanto Muniain como yo dijimos que sí. Y salió al año siguiente.

Era, y es, vive aún, el P. Huerga un trabajador infatigable y como historiador combinaba los dos méritos, el de incansable archivista y el de claro y conciso expositor. Pero fue en 1988 cuando publicamos su *Fray Luis de Granada*, trabajo en el que por primera vez quedaba cubierto el hueco de sus años de Cordoba y la fundación del convento de Escalaceli. Había hallado el biógrafo la documentación hasta entonces no conocida. Al mismo tiempo recorría la larga y fecunda vida del autor de la *Guía de pecadores* y narraba sus relaciones con tantas figuras ilustre de nuestro Siglo de Oro, sin descuidar la mención de los episodios amargos, que le acompañaron en su santa vida. No creo exagerado afirmar que hoy por hoy es esta la más exacta biografía de una de las más señeras cimas de la literatura española y de la espiritualidad católica.

6.6. Martín Lucero

Tuvo esta biografía larga gestación. La venía preparando el P. Villoslada y desde el primer momento fue aceptada, a fines de los años 60, por don Máximo. Su publicación se produjo, primera edición en dos volúmenes, en 1973, siendo ya Director de la BAC Muniain, BAC Mayor 3 y 4. Segunda edición en 1976.

En la segunda edición añadió el autor un epílogo, dedicado a lo sucedido, en lo familiar y en lo confesional, tras la muerte del biografiado. Me limito a recordar algunas anécdotas, ocurridas en el período de preparación de la obra. Visité en varias ocasiones al P. Villoslada y tuve la oportunidad de recoger algunas de sus confidencias. No era sólo un maestro de historiadores y sumo dueño de la prosa historiográfica. Era, además, poeta y de altura en verso y contenido. Me mostró en una ocasión la vieja maleta de madera, que guardaba debajo de su ascética cama. Estaba aquélla literalmente llena de carpetas y cartapacios

con sus poesías. Algunas se publicaron. Las más allí quedaron. Probablemente obran en el archivo de la Gregoriana, a la espera de algún especialista, que las recupere, estudie y publique.

6.7. Las raíces históricas del luteranismo

Obra temáticamente conexa con la anterior, pero de dimensiones reducidas. Por eso se publicó en la BAC Minor, número 8, año 1976, con segunda edición ampliada en 1986.

Era pórtico y preludio de la biografía de Lutero. Curiosamente apareció después de la gran biografía y ello se debió al deseo de Villoslada de completar el estudio previo, que tenia hecho y necesitaba completarlo. Analizaba los factores históricos medioambientales y las raíces morales, eclesiales, políticas y sociales del luteranismo.

6.8. San Ignacio de Loyola

Esta "Nueva biografía" de san Ignacio fue la obra póstuma del P. García-Villoslada. Fui testigo personal de su génesis inmediata; digo inmediata, porque venía siendo propósito principal del autor, desde hacía casi cinco lustros. Ya jubilado y llegado a los ochenta años –había nacido en 1900– decidió escribir, como dijo en su filial dedicatoria, "en el ocaso de mi vida, estas páginas de mi cansada senectud", dedicadas al santo Fundador "con humildad y amor, con veneración y pasmo". Fui testigo, porque me hallaba con él en su cuarto, cuando, a principios de los 80, me dijo dos cosas: una, que había pedido al Santo, a san Francisco Javier y a santa Teresa del Niño Jesús que le permitieran concluir el proyecto. Y otra, que fuera la BAC la editora del libro. Nuestra respuesta fue cordialmente positiva.

Apareció el volumen en la BAC Maior, número 28, en noviembre de 1986. Y se hizo la presentación oficial en el aula magna de la Gregoriana, en un acto en el que tuve que hablar como editor. La sala estaba llena. Me acuerdo de dos cosas. Una, que dije, como editor, que no era la BAC la que honraba a los autores, sino que eran los autores los que honraban a la BAC. Y otra, que al terminar el acto, uno de los asistentes, el P. Francis P. Furlong, que era Superior de la Casa de Escritores de la Compañía en Roma, me comunicó que me había ganado una invitación, que él me hacía, para ir a comer al día siguiente a la Casa de Escritores, y que estuviera a las 12,30 para asistir a las letanías de la comunidad. Ni que decir tiene que acepté. Conocía ya la Casa, había visto el inmenso Archivo riquísimo allí custodiado, y admirado el viejo ascensor, que lentamente y con cierto movimiento cansino sitúa al visitante a la altura del piso correspondiente.

6.9. Un español en el Capitolio norteamericano

Con este singular y certero título apareció en 1977, BAC Popular 7, la biografía de fray Francisco de Vitoria, hecha por el historiador dominico de San Esteban, Salamanca, Ramón Hernández, quien supo realizar con plena satisfacción el encargo que le hizo la BAC. Convenía destacar la figura del gran iniciador del moderno derecho internacional público.

Consta el libro de dos partes. La primera, de carácter biográfico; y la segunda, centrada en la doctrina sociopolítica de Vitoria. Obra aparentemente de divulgación, pero, en realidad, enriquecida por una labor de investigación y una prieta exposición doctrinal. Era complemento, además, de la edición de las *Relectiones*, de las que se da debida cuenta en el capítulo de la sociopolítica en la BAC.

6.10. Tiempo y vida de santa Teresa de Jesús

Fue la biografía de santa Teresa, publicada con este título, obra conjunta de perfecta colaboración de dos grandes especialistas teresianos: el español Efrén de la Madre de Dios, carmelita descalzo, y el holandés, Otger Steggink, catedrático de la Universidad de Nimega. Se publicó la obra en primera edición en el año 1959. La segunda, revisada y ampliada, en 1976. Tercera edición, en 1996. Debo explicar la ampliación, cuyo motivo recuerdo con nitidez.

Al presentar los autores el original para la primera edición, consideró don Máximo, que era sobremanera excesivo. Tenía, en efecto, una extensión que requería dos voluminoso tomos en la BAC Normal. Y don Máximo ordenó que se suprimiese lo necesario para hacer un solo volumen. Los autores se negaron y se produjo una situación tensa. Fui testigo de una de esas escenas, en las que quien tiene la razón, la pierde por el trato verbal dado al oponente. Intervino Muniain y don Máximo me encargó que arreglara el asunto. Hice una propuesta de reducción y logramos un cierto consentimiento resignado del P. Efrén, al que verbalmente prometí que en la siguiente edición se ampliaría notablemente el volumen. Es lo que se hizo en la referida edición de 1976. Posteriormente los autores publicaron en dos grandes volúmenes el texto completo, con la ayuda, si mal no recuerdo, de la Caja de Ahorros de Salamanca.

6.11. San Juan de la Cruz

La biografía de san Juan de la Cruz tenía un parcial precedente y ya en la BAC tuvo dos momentos. El precedente era la edición anterior, con biografía y sistema, publicada en la colección *Pro Ecclesia et Patria*, 1935. Hubo un intermedio: la convocatoria de un certamen en 1942, organizado por el Ministerio de Educación Nacional con motivo del IV Centenario del nacimiento del Santo.

El P. Crisógono de Jesús, autor de la obra referida, presentó una nueva biografía muy completada, que por sus méritos recibió el premio. En 1945 falleció el P. Crisógono, cuando tenía cuarenta años.

Esta biografía pasó inmediatamente a la BAC. En un primer momento como digna cabecera de la edición de las obras completas de san Juan. Desde la primera edición, en el alba de la BAC, 1946, hasta la décima, en 1977, se mantuvo esta dualidad. Pero a partir de 1982 se separó la *Vida de san Juan de la Cruz*, BAC Normal 435, del volumen de Obras completas. Propuso la separación el P. Matías del Niño Jesús con razones justas, que la BAC aceptó inmediatamente. Eran entonces once las ediciones de la obra del P. Crisógono, a cuyo texto fue añadiendo comentarios y notas el P. Matías, sin alterar la fisonomía de la obra original, que seguía intacta.

Place reproducir unas palabras de un autor anteriormente citado en este capítulo, don Baldomero Jiménez Duque: "San Juan de la Cruz es el doctor místico por antonomasia de la Iglesia, el representante principal de su mística en el mundo, la figura mas egregia de la cultura hispana y una de las principales de la cultura universal".

6.12. San José de Calasanz

Sentía Munian un hueco, que convenía rellenar. Ya en los años 60 lo habíamos atendido, pero insuficientemente. La personalidad de José de Calasanz, como pedagogo, fundador, maestro de espíritu y modelo de santidad requería algo más. Por indicación de Muniain, que ya no era Director, visité en Roma la Curia Generalicia de la Orden de las Escuelas Pías, sita en la Via dei Scolopi. Me recibió el Padre General con una atención, generosa, que no olvido. Era a principios de los 80. Habíamos publicado, Normal número 159, la *Obra pedagógica* del Santo Fundador, pero eso no bastaba. Debíamos hacer algo más, y en particular dar el debido altorrelieve a su vida, su obra pedagógica, su fortaleza en la hora de las dificultades, y su recia espiritualidad. Cuatro siglos de fecunda educación evangelizadora pedían esta ampliación.

La respuesta fue inmediata y plena. Debíamos hablar con Severino Giner Guerri, persona especializada en este campo, pluma ágil, y señor de la pedagogía en general y de la calasancia en particular. Al regresar a Madrid, nos pusimos al habla con el P. Severino, con el cual abordamos la realización del proyecto. Todo fue sobre ruedas. El P. Severino, cuyo dominio del campo comprobamos desde el primer contacto, nos propuso dos pasos: primero, una vida breve, de alcance general, que se publicó en 1985, BAC Popular 67. Y en ese mismo año comenzó el autor la redacción del opus magnum biográfico, destinado a la BAC Maior. Apareció el volumen en 1992. Concebido y contratado

en la época seglar, vio la lux en los comienzos de la BAC en manos ya del episcopado español.

6.13. San Alfonso M. de Ligorio

Al santo fundador de la Congregación del Santísimo Redentor había dedicado la BAC en los años 50 dos volúmenes en la serie Normal, los números 78 y 113, *Obras ascéticas*. Agotados prontamente, sentíamos la necesidad de recuperar su figura, su obra y su magisterio. Era una de las grandes figuras del siglo XVIII. Y concurrían en los años 80 varios motivos para insistir en su biografía. Como queda registrado en capítulo anterior, tratamos de editar buena parte de sus obras. Y pusimos en marcha la edición de su biografía. No logramos lo primero, pero sí lo segundo.

Hablamos con el Provincial, el P. Julián Perea y se decidió traducir la magna obra del P. Theodule Rey-Mermet, *El Santo del siglo de las luces. Alfonso de Ligorio*, París 1982. Se hizo la edición en colaboración con la Editorial El Perpetuo Socorro, propiedad de los Redentoristas. Traductor, el P. Antonio Etchegaray, BAC Maior 24, año 1985. Por cierto que tuvimos la satisfacción de recibir carta del propio autor de la obra, alabando nuestra edición. Nos dijo: "En voyant la qualité des éditions espagnole et italienne, je suis honteux de l'édition française, qui a été, bien malgré a moi, plütot décevant...Merci de votre ¡bon example '!".

6.14. Cuatro biografías y un solo biógrafo

El biógrafo, José María Javierre, uno de los nombres destacados de la generación de lo curas de los años 50. Pluma superágil, investigador fervoroso de nuestra hagiografía contemporánea, de extraordinaria simpatía personal, amigo permanente de los tres directores de la BAC, era oscense de nacimiento y sevillano de adopción. Persona inolvidable.

De dos de sus biografiadas he dado cuenta en el capítulo de los fundadores. De santa Soledad Torres Acosta, en 1970, *Soledad de los enfermos*, fundadora de las Siervas de María; y en 1974, los *Escritos íntimos*, de Sor Ángela de la Cruz, fundadora de las Hermanas de la Cruz.

Tocóle el turno en 1980 al tercer sujeto, el venerable misionero jesuita, el P. Francisco de Paula Tarín, cuya vida escribió Javierre con el certero título de *El león de Cristo*. Prologada por el P. Pedro Arrupe, Prepósito General de la Compañía de Jesús, con razón el autor llamó a este asombro de misiones populares "santo" en el sentido corriente y popular de la palabra, calificación de la que participo plenamente. Ya lo había predicho el Cardenal Arzobispo de Sevilla, Spínola, del que inmediatamente hablaré: "Al P. Tarín le llamará y

reconocerá santo el pueblo". Tres años más tarde y a petición de la BAC, el P. Jesús M. Granero escribió y se publicó *El misterio de un apostol*, nueva biografía, BAC Popular 56, en la que el autor se adentraba en la interioridad fecunda y admirable del P. Tarín.

Queda el cuarto biografiado por José M. Javierre, el Cardenal Spinola, con el título de *El Arzobispo mendigo*, BAC Minor 33, año 1974. Era un excelente resumen de la magna biografía *Don Marcelo de Sevilla*, Barcelona 1963. En 1984, de nuevo por iniciativa BAC se publicó una nueva biografía *El Venerable Spinola. Perfil y espíritu*, BAC Popular 63, escrita por el P. José Antonio de Sobrino, el cual atendió tanto a la acción exterior como a la honda vida interior del gran Arzobispo sevillano.

7. Proyectos no realizados

Hubo algunos intentos biográficos, en torno a ciertas figuras, definidas nominativamente, sobre los cuales algunas gestiones se llevaron a cabo, pero que no fructificaron. Meramente indico algunos.

Se pensó en publicar ciertas obras y sermones fundamentales del inmenso Bossuet y también algo de Pascal. Hubo conversaciones para publicar algunas obras y hacer o traducir una biografía del Cardenal Newman, uno de los gigantes del siglo XIX. De los dos primeros nada se logró, a pesar de que don Ángel Herrera puso a nuestra disposición el ejemplar que él poseía y había manejado, de las obras completas de Bossuet. Algo, en cambio, se hizo respecto de Newman. Los oratorianos de Birminghan, a través de su residencia de Barcelona, nos enviaron una colección completa encuadernada de la edición oficial inglesa, ejemplar que estaba en la BAC, en mi despacho, cuando yo marché, y de cuyo destino nada he podido averiguar.

Como mera curiosidad añado que don Máximo tenía un gran deseo, que no pudo realizar, de publicar dentro de la BAC una excelente edición del *Quijote*. Se pensó en tomar como base la edición del P. Rufo Mendizábal. Pero nada se hizo. En los años 80 iniciamos la gestión para una moderna y amplia biografía de fray Luis de León. Concertamos el trabajo con los Padre agustinos e incluso se propuso el autor. Pero mi marcha de la BAC dejó la iniciativa en vía muerta. Motivaba la iniciativa el hecho de que se acercaba el IV Centenario de la muerte de Fray Luis, gloria cimera de la literatura y de la espiritualidad españolas.

8. Una obra histórica de excepción

Cierro este largo capítulo de Historia y Biografías con una obra, que califico de excepcional, porque, dado su contenido, se aparta y se destaca de todas las anteriores. Me refiero a la *Historia de la persecución religiosa en España.* 1936-1939, de la que fue autor Antonio Montero Moreno y de cuya publicación fui testigo y en parte ayudante.

Tuvo un precedente, del que doy fe por conocimiento recibido directamente del gestor del mismo. A finales de la década de los 40 y principio de los 50, don Máximo, como Director de la BAC, pidió, tras previas conversaciones y gestiones con la Nunciatura, a todas las órdenes y congregaciones religiosas, que habían tenido mártires durante la Guerra Civil, un informe completo, objetivo, detallado y breve, de lo sucedido tanto en cuanto a las personas como en daños materiales. Asimismo, y para el mismo fin, se puso al habla con los obispos, quienes le fueron remitiendo informes sobre lo acaecido en las diócesis tanto en lo personal como en lo material. Esta gestión fue de la BAC; y la iniciativa partió del Director y del Subdirector de la misma. Los obispos y los superiores de los institutos religiosos fueron enviando a don Máximo el informe pedido.

Segundo momento. Por los años 50, ya avanzados, se hallaba preparando su tesis doctoral en la Universidad Pontificia de Salamanca, don Antonio Montero, joven sacerdote granadino, de pluma estilísticamente extraordinaria, ordenado en Granada, que había cursado con excelente expediente académico los estudios de filosofía y teología en la Facultad, que la Compañía de Jesús tiene en la ciudad del Darro. Don Máximo llegó a un acuerdo con el doctorando, acuerdo en el que intervino don Jesús Iribarren, amigo personal de Montero. Éste se encargó de concentrar en su tesis todo el material, que la BAC había recibido. Montero preparó la tesis, que alcanzó la nota máxima, y en 1961 aparecía el volumen, que tuvo un éxito enorme. En la primera edición y siguiente reimpresión quedaron vendidos en dos años 20 000 ejemplares.

En 1964 don Máximo manifestó al autor la necesidad de hacer una tercera edición. El autor nos dijo que la prepararía, que tenía que estudiar la bibliografía aparecida, y sobre todo encontrar tiempo suficiente. Pasaron los años y no venía la revisión. El trabajo, que, como Director de la revista *Ecclesia*, tuvo don Antonio durante el Vaticano II y los años siguientes, un tanto eclesialmente alborotados, hizo que se retrasara el cumplimiento del compromiso. En los años 70, primero Muniain y luego yo le pedimos que nos permitiera una mera reedición de la primera. El silencio fue la respuesta. En virtud del contrato la BAC podía proceder a ello, incluso sin el consentimiento del autor. Insistimos en los años 80. Nada se logró. Finalmente, en los años 90 el autor accedió y se ha publicado la esperada tercera edición de esta obra, ya clásica, espléndida historia de un período sagrado de la Iglesia en España durante el siglo XX.

Los temas sociales

El contenido de este capítulo responde primariamente a la inicial Sección VII de la ordenación temática de la BAC: "El pensamiento social y política cristiano". Pero, por las conveniencias, que la exposición de conjunto impone, entran en este capítulo ciertas obras, que pertenecen a otras secciones, y que, sin embargo, caen, por su materia, dentro del amplio albergue de la referida Sección VII.

1. Los escritos políticos de Balmes

Las obras completas de Jaime Balmes han quedado situadas en la sección de la Filosofía. Pero los *Escritos políticos* del autor de *El criterio* merecen y aun exigen su presencia en este capítulo. Adelanto un dato no sólo explicativo, sino justificativo de esta reiteración.

En la que con razón puede llamarse escuela herreriana, esto es, la Asociación Católica de Propagandistas, los diarios *El Debate* y *YA*, y la misma BAC en sus hombres dirigentes, el nombre de Balmes era reconocido como uno de los fundamentales, no sólo como maestro del pensamiento, sino como consejero en la criteriología de la acción.

Ángel Herrera en no pocas ocasiones recordaba el encuentro en Bruselas de Jaime Balmes con el entonces Nuncio Joaquín Pecci. Se vieron en varias ocasiones. Y repetía Herrera el comentario del futuro León XIII de que "todo en Balmes es muy estimable, el apologista, el filósofo y el moralista. Pero donde más admiro su talento es en los estudios políticos"²⁹.

Este interés, compartido y permanente, por la obra política del filósofo vicense explica que la BAC procediese en los años ochenta a la Antología, que aquí se recuerda. Y encargó la realización del propósito a un gran historiador de la España contemporánea y maestro en la combinación del análisis y de la síntesis, José María García Escudero, el cual supo englobar en dos volúmenes

²⁹ Cf. JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ DE MUNIAIN, Antología general de Menéndez Pelayo, vol. I, p. 95*, BAC 155, Madrid 1956

de la Normal –más de 900 páginas– el extenso contenido de los dos volúmenes correspondientes de la Obras completas en la BAC. Se publicaron, número 421 y 423, en 1981. Y debo mencionar con especial énfasis la Introducción general, tan extensa como certera, 100 páginas, en que el antólogo estudia el hombre, la época, la política, el Estado, la Constitución, las instituciones, las dos Españas, la historia, Cataluña, y el mundo.

Era consciente la BAC de la actualidad permanente de la criteriología política de Balmes, en orden a remediar la "quebradiza convivencia de los españoles, que, a tan duras pruebas sigue sometida". Palabras de ayer, y hoy de acentuada actualidad.

2. Donoso Cortés

También Juan Donoso Cortés figuró en las primeras listas del programa inicial de la BAC. Se publicaron sus *Obras completas* en 1946, recopiladas por Hans Juretschke, docto hispanista alemán, edición por entonces la más completa, pero en realidad incompleta. Agotada muy pronto, la BAC decidió hacer una nueva edición, que hiciera honor al adjetivo "completas". No fue fácil encontrar al autor, pero se encontró en la persona y en la preparación de Carlos Valverde, jesuita, profesor de historia de la filosofía moderna en la Universidad Comillas, de Madrid. La Dirección de la BAC le propuso la idea y él aceptó. Y preparó en dos volúmenes la edición realmente completa de la producción del Marqués de Valdegama. No sólo completa, sino además crítica.

El P. Valverde visitó el archivo de la familia Donoso, en Don Benito, el del Ministerio de Asuntos Exteriores, la Biblioteca Nacional y la Hemeroteca Municipal de Madrid. Fue tan intensa y extensa la recogida de materiales, que quedaban desbordados los planes editoriales. El autor retuvo todo lo significativo del pensamiento histórico, filosófico y político de Donoso, y aun así, hubo que ampliar excesivamente la caja tipográfica de la página, reduciendo excesivamente los márgenes, como puede comprobar el lector. Salvadas las dificultades, el P. Valverde honró a la BAC con la edición más completa de Donoso Cortés, enriquecida con una extensa introducción general y un abundante equipo de notas explicativas.

3. Menendez Pelayo

No podía falta en la BAC el inmenso don Marcelino. Por dos razones: por lo que él fue en nuestra cultura contemporánea, y por la significación de maestro, que tuvieron y tienen su persona y su obra en los miembros de la Asociación de Propagandistas, en los hombres de *El Debate*, y en los directores

de la BAC. Esa presencia tuvo dos momentos casi seguidos en el tiempo. Tuve parte en la preparación de los cuatro volúmenes. Los dos primeros, 150 y 151 de la Normal, con la *Historia de los heterodoxos españoles*; y los dos últimos, 155 y 156, con la *Antología general de Menéndez Pelayo*.

La *Historia de los heterodoxos* apareció en 1955. Dos volúmenes, de prietas páginas, con 4 ediciones hasta 1980. La quinta, en 2007. Obtenida generosamente la autorización de la Sociedad Menéndez Pelayo, de Santander, logramos concentrar en dos volúmenes el texto íntegro de la primera edición, la original, de 1882. Concluía la edición BAC con un estudio del Dr. Rafael García y García de Castro.

No pudo incluirse en nuestra edición el contenido del volumen VIII de la Edición Nacional de las obras completas de don Marcelino, que contiene el asombroso desarrollo, que éste dio a las cuatro primeras páginas del capítulo primero de los *Heterodoxos* de 1982, convirtiéndolas en 404. Dato que muestra la amplitud y las reformas, que don Marcelino pensaba dar a la por él tan desead reedición de esta primera gran obra del gigantesco polígrafo montañés.

Y un último dato, el impresionante epílogo, con que se cierra la obra. Epílogo que conocí, leí y releí, de joven, aprendí cordialmente de memoria en sus párrafos proféticos, y está teniendo lamentable cumplimiento actualmente. No huelga reproducir el párrafo central: "España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectoneso o de los reyes de taifas".

Paso a la *Antología general de Menéndez Pelayo*. Dos ediciones, la primera en 1957, y la segunda, últimamente, en 2007. En total, 2 575 páginas. Autor: José María Sánchez de Muniain, Subdirector y cofundador de la BAC. Obra de paciencia benedictina, completa en cuanto a la totalidad recorrida de las obras de don Marcelino, temáticamente estructurada, constituyó y constituye todo un gran monumento, alto y resistente, levantado en memoria de Menéndez Pelayo. Con un completísimo índice de nombres y de materias, dispone el lector de un "singular recordatorio de la ciclópea obra total de don Marcelino", "compendio sustancial, plenario y asombroso" de sus escritos.

Dispuso esta obra de un singularísimo prólogo, redactado por el entonces Obispo de Málaga, don Ángel Herrera e integrado por dos trabajos de éste: uno, el discurso "Hombre de gran verdad", que don Ángel leyó en Santander el 28 de agosto de 1956 en la solemne sesión académica celebrada con motivo del traslado de los restos mortales de don Marcelino a la catedral de Santander; y el

segundo, más extenso, escrito para la edición de la BAC sobre "El pensamiento político de Menéndez Pelayo".

4. Sobre el mejor régimen político

En 1959 la BAC publicó la versión castellana de la obra de Marcel Demongeot titulada *El mejor régimen político según San Tomás*. Requiere esta edición mención especial, por la singularidad que la caracterizó.

Lo primero, porque editorialmente fue una excepción, algo así como un islote aislado, solitario, fuera del catálogo normal de la BAC. Si hubiera entonces existido la BAC Minor, habría aparecido en ella. ¿Por qué esta excepción? La respuesta está en la iniciativa del propio don Ángel Herrera, aceptada de inmediato por los dos fundadores de la BAC. Tuvo la gestión un antecedente y un desarrollo. El antecedente consistió en el Círculo de estudios, que el Centro de Madrid, de la Asociación Católica de Propagandistas organizó en 1930 sobre los regímenes políticos. En tal Circulo, el Presidente de la Asociación, Ángel Herrera explicó el contenido de la obra de Demongeot publicada en París en 1929. Era la doctrina del Doctor Angélico sobre régimen político mixto como óptima forma de gobierno. Doctrina que hacía suya don Ángel, por su coincidencia con la enseñanza de León XIII sobre el mismo tema y que luego se expuso con ocasión de la II República española. Este era el antecedente histórico de la edición de 1959.

¿Cómo surgió y discurrió ésta? Fui testigo y actor parcial de la iniciativa. Estaba en 1957 trabajando, a las órdenes de don Ángel, en la preparación de los últimos originales y en el control tipográfico de los volúmenes de *La Palabra de Cristo*. No recuerdo exactamente la fecha. Surgió el tema en uno de los frecuentes despachos, que tenía con don Ángel en la casa de las Carmelitas, situada en la Avenida que luego se llamaría de Juan XXIII, frente a los edificios del León XIII, entonces todavía no construido. Me habló de la importancia del libro de Demongeot. Pregunté si se había traducido. Me dijo que no. Pasaron unos días. Tornó el tema en otro despacho. No me acuerdo cómo. El hecho fue que me encargó don Ángel traducir el Demongeot y me dijo que fuera yo a visitar a su hermano Paco y le dijera de parte de su hermano Ángel que se ocupara de obtener ejemplares de la edición francesa.

Fui a ver a Paco Herrera Oria en su despacho situado en el alto edificio del Callao, Gran Vía. Era Paco hombre de empresa, muy bien relacionado. Me recibió con suma cordialidad, le expuse el objeto de mi visita, y me dijo que él se encargaba de los libros. Al cabo de una semana me llamó, para entregarme los tres ejemplares que había pedido. Se recibió la autorización de la Casa

francesa André Blot, hice la traducción, y don Ángel tuvo el gesto de prologar la edición de lo que él denominaba folleto "de aplicación rigurosa en nuestros días" tan necesitados de una genuina democracia de auténtico régimen político mixto.

En 1959 apareció editado expresamente en portada por la Biblioteca de Autores Cristianos. Se agotó rápidamente. La BAC no lo ha reeditado y hoy yace en el panteón de la bibliografía ilustre lastimosamente olvidada.

5. Francisco de Vitoria

Fue un auténtico acierto y todo un gran servicio el que prestó la BAC con la edición de las *Relecciones teológicas*, dentro de la amplia y prometedora cabecera plural de *Obras de Fancisco de Vitoria*. Apareció el volumen en 1960.

Acierto por dos razones: el autor, Vitoria, y el preparador de la edición, el dominico P. Teófilo Urdánoz, catedrático del Albertinum, de Friburgo, Suiza. Era experto en la materia, cuidadoso en al análisis, poderoso en la capacidad de síntesis y maestro de historia de la filosofía. Conforme a la criteriología de la BAC se reprodujo íntegro el texto latino y cuidó el P. Urdánoz de la versión clara y fiel al texto original críticamente fijado.

Un recuerdo y una advertencia. Recuerdo el tema que se planteó: el de la extensión de la obra. Unos defendimos dos volúmenes. Don Máximo, siempre atento al precio, impuso un solo tomo. Y hubo que reducir notablemente el cuerpo de la letra en la Introducción general y en las particulares de cada Reelección. Total, 1236 páginas con un papel casi Biblia. Porque debo subrayar que sólo la Introducción general, temáticamente completa y puesta al día, ocupa 107 páginas, y la suma total de las introducciones particulares abarca 437 páginas.

La advertencia se limita a indicar que, siendo Vitoria tratadista jurídico de amplio arco social y al mismo tiempo acreditado teólogo comentarista del Aquinate, podían incluirse estas relecciones tanto en el capítulo de los teólogos como en el presente de contenido sociopolítico. He preferido seguir este segundo camino.

De las 15 Relecciones, que Vitoria expuso, sólo han quedado 13; y éstas solas constituyen la obra principal del insigne burgalés, iniciador del moderno derecho internacional público, y sabio definidor de la magna criteriología de la singular colonización española en las Indias occidentales.

En capítulo anterior, dedicado a las grandes y pequeñas biografías, ha aparecido ya el nombre ilustre del P. Vitoria.

6. La Doctrina Social de la Iglesia

En la década de los 50, la BAC comenzó una serie titulada *Doctrina pontificia*, que reuniría en sendos volúmenes, temáticamente definidos, las grandes enseñanzas del Magisterio pontificio en la Edad contemporánea. Con esta nueva serie se daba consistencia bibliográfica a la gran actividad, que en la difusión de las encíclicas por la vía de folletos había llevad a cabo en los años treinta con gran éxito el servicio de publicaciones de la Asociación Católica de Propagandistas, tarea que estuvo ya entonces dirigida por Máximo Cuervo.

Ignoro si se previno un plan determinado de volúmenes. Sólo se publicaron cinco. Y todos ellos en texto bilingüe, cuando el original estaba redactado en latín. Los dos primeros caen por su materia fuera e este capítulo. El I de la serie, *Documentos bíblicos*, cuyo autor fue un insigne escriturista, Salvador Muñoz Iglesia, con el número 136 de la BAC Normal, queda recogido en el capítulo de los estudios bíblicos. El segundo, 128 de la Normal, preparado por el P. Cándido H. Marín, *Documentos marianos*, se halla recordado en el capítulo de los tratados teológicos particulares. Aquí debo incluir solamente los tres restantes volúmenes, que por su materia pertenecen a esta Sección.

Tres volúmenes, que detallo a continuación.

El primero en aparecer fue el de los *Documentos políticos*, número 174 de la BAC Normal, año 1958. Autor, el redactor de estos Apuntes. Lo presentó con un amplio estudio introductoria Alberto Martín Artajo, propagandista, ex ministro de Asuntos Exteriores y antiguo Presidente de la Junta Central de la Acción Católica Española. Se reunían en este volumen todos los grandes documentos de materia política publicados desde la época de Pío IX hasta el fallecimiento de Pío XII, en total 59. Dos amplísimos índices de nombres y de materias cerraban el tomo. Debe destacarse el significado de las introducciones particulares, que preceden a todos y a cada uno de los documentos publicados en este volumen.

El siguiente volumen, *Documentos sociales*, número 178, apareció en 1964, preparado por Federico Rodríguez, catedrático de Política Social en la Universidad Complutense de Madrid. La traducción del latín la realizó Carlos Humberto Núñez. La temática era la estrictamente económica y también la predominantemente social. El período abarcado comenzaba con Benedicto XIV y concluía con la encíclica *Mater et Magistra* de Juan XXIII. Contenía el tomo 88 documentos. Lo cerraba un conjunto de cuatro índices –cronológico, de documentos, de destinatarios y analítico–.

Finalmente se publicó en 1960 el tercero y último volumen de la serie, *Documentos jurídicos*, dedicado al mundo del derecho en general y de varias disciplinas jurídicas particulares. Preparador, nuevamente el redactor de esta historia interna de la BAC. Prologó la edición Carlos Viada López-Puigcerver, catedrático de Derecho Procesal de la madrileña Complutense. La documentación abarcó desde León XIII a Juan XXIII, pero sólo en el período inicial del pontificado de éste. 73 documentos, de los cuales 62 eran de Pío XII.

El repaso global de la documentación expuesta en estos tres gruesos tomos permite ver y por tanto afirmar que los grandes bloques del inmenso Magisterio pontificio contemporáneo están constituidos por las enseñanzas de León XIII y Pío XII, a los cales han seguido Pablo Vl y Juan Pablo II. Con estos tres volúmenes –magna trilogía– quedaban recogidas las enseñanzas fundamentales del Magisterio pontificio sobre la dimensión social del hombre, que posteriormente, desde Juan XIII hasta hoy, se han visto providencialmente continuadas, como digo, con las intervenciones del autor de la *Pacem in terris*, de Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI.

7. El Curso de Doctrina social católica

En 1963, número 269, la BAC publicó el *Curso de Doctrina Social católica*, preparado como manual de la materia por el Instituto Social León XIII. Fue obra de varios profesores del Instituto: José María Osés, Carlos Soria, Gregorio Rodríguez de Yurre, José María Solozábal, Luis Sánchez Agesta, José María Guix Ferreres, Federico Rodríguez, Juan N. García-Nieto y Ángel Berna. Fue prologado el volumen personalmente por don Ángel Herrera, fundador del Instituto y alma del mismo. Lo inició en Málaga, lo trasladó luego a Madrid, en la sede de La Editorial Católica, y quedó finalmente afincado en el nuevo edificio, levantado en los terrenos colindantes y con la Ciudad Universitaria.

De este volumen dijo el fundador del Instituto que ofrecía un texto denso en términos muy claros y en forma didáctica; y advertía que "es más que un manual,...excelente libro para los estudiantes universitarios y también para los profesores de colegios"³⁰.

8. Sobre el marxismo y el comunismo

En la BAC, como en el YA, los hombres de EDICA, no perdían de vista el marxismo y su expresión comunista soviética. En nuestros contactos con la Gregoriana tuvimos ocasión de hablar con el P. Gustavo A. Weter,

³⁰ CARD. ÁNGEL HERRERA ORIA, *Obras completas*, vol. II, p. 353-354, Madrid 2002.

superespecialista mundialmente reconocido, quien nos recomendó publicar algo de alto nivel sobre el marxismo y el comunismo soviético. Pero no encontrábamos el hombre adecuado, hasta que allá, a fines de los años sesenta, Jesús Iribarren nos puso al habla con Gregorio Rodríguez de Yurre, profesor de la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Vitoria. Era el hombre, que sin duda más sabía sobre ambos sistemas. Me encargó don Máximo que exploráramos el terreno. Y las gestiones resultaron desde el primer momento positivas. Yurre se encargó de preparar el material, que en un primer momento abarcó dos obras, que en cierto modo tenía preparadas.

En 1976 y dentro de la BAC Maior, números 11 y 13, bajo la dirección ya de Muniain, apareció en dos gruesos volúmenes *El marxismo*, obra de gran envergadura y acusada actualidad. Años de estudio y de compulsa de bibliografía en las más variadas lenguas quedaban recogidos en dos líneas: la expositiva y la crítica. La expositiva definía la total cosmovisión del marxismo en sus diferentes expresiones y niveles, puntualizando el pensamiento auténtico genuino de Marx y de Engels. La parte crítica describía el desarrollo transformador del proyecto inicial y la consiguiente fragmentación del sistema en la práctica; y como sustancial añadido la valoración de éste desde el punto de vista de los criterios normativos del derecho natural, de las lecciones permanentes de la historia, y de la visión cristiana de la vida. Dos índices cerraban la obra, el onomástico y el de materias al final del tomo II.

Siete años más tarde, Yurre entregaba a la BAC el segundo compromiso, el original de *La estrategia del comunismo*. Obra de envergadura igual a la anterior, con idéntica densidad de contenido y el mismo destinatario, un lector de alta cultura. Y ello con una técnica de redacción clara extraordinariamente consolidada. Era complemento de la obra precedente sobre el marxismo. Tuvo que ir, como era natural, también a la BAC Maior con el número 23. Tema central, el poder político del comunismo soviético y el sometimiento forzado de los países de la Europa oriental ocupados por Rusia tras el desenlace de la segunda Guerra mundial. A lo que se añadía como pieza esencial la cruda realidad de la subsiguiente guerra fría, con el aditamento, también analizado, de la presencia creciente del gigante chino, que, como dice Yurre, parecía apuntar a una nueva estructura tripolar de la vida internacional. Se estaba entonces ante la probabilidad de un nuevo imperialismo comunista, que pretendía crear un nuevo orden mundial bajo la égida de un marxismo entendido y aplicado según los módulos leninistas.

No paró aquí la valiosa presencia de Rodríguez de Yurre en la BAC. Entre las dos obras anteriores, publicamos en 1978, en la entonces novísima BAC Popular, con el número 10, la obra *Marxismo y marxistas*. Fue la propia BAC la que pidió al autor un texto breve, que pusiera al alcance de un público amplio,

menos preparado, lo sustancial de las dos magnas obras citadas. Un texto popular, que además pusiera de relieve los probables horizontes del futuro desarrollo de la relación Este-Oeste. Por eso, el autor añadió nuevos elementos, con la obligada concisión, acerca del eurocomunismo en la Europa libre, las derivas inmanentistas del socialismo, y las tendencias, ya iniciadas y detectables, de las democracias occidentales de signo laicista.

9. El derecho a la verdad

Era el año 1968. Trabajábamos en el Consejo de Redacción del diario YA don Jesús Iribarren y yo como redactores editorialistas. Y simultaneaba mi trabajo periodístico diario con mis colaboraciones en la BAC. Era don Jesús un humanista completo. Ejemplar sacerdote, había sido el primer directo de la revista *Ecclesia*, fundada por la Junta de Metropolitanos al comienzo de los años cuarenta. Pluma brillante, formado en la Universidad de Comillas, dotado de una cultura extraordinaria, políglota de dicción asombrosa, Secretario General de la Conferencia Episcopal Español durante un trienio, era un auténtico "todoterreno", como demostró al hacerse cargo, por puro sentido de obediencia eclesial, de la Secretaría, en París durante otros tres años, de la Unión Internacional de la Prensa Católica, sustituyendo brillantemente en tal cargo al inolvidable Padre Gabel, asuncionista.

Aprovechando nuestra vespertina presencia diaria en la redacción de *YA*, concebimos y propusimos a Máximo Cuervo la publicación de toda la documentación de los Papas sobre prensa, radio y televisión. Aceptó el fundador de la BAC la propuesta y preparó Iribarren un perfecto original con 230 documentos en un solo volumen, que tituló *El derecho a la verdad*. Abarcaba temporalmente desde Gregorio XVI , 1831, hasta Pablo VI, 1968. Era el número 3 de la recién creada BAC Minor. Debe mencionarse el extenso y ceñido estudio introductoria, en el que, tras analizar los problemas específicos de la moderna publicidad, pasaba el autor a la teología de la comunicación, y concluía con un resumen sistematizado de la enseñanza da cada uno de los Papas y del propio Vaticano II.

10. Dos encíclicas de Juan XXIII

Uno de los grandes legados del breve e intenso pontificado del Beato Juan XXIII, cuya canonización se anuncia ya, es la bina magisterial constituida por sus encíclicas *Mater et magistra* y *Pacem in terris*. Ambas fueron objeto de sendos volúmenes de comentarios en la BAC. Y debo dar una explicación acerca de esta permanente atención de la BAC a los grandes documentos

pontificios. Era, primera razón, herencia continuada de la atención, que la Asociación Católica de Propagandistas había prestado a las enseñanzas de los Papas, como materia del tema anual de sus círculos de estudio. Y segundo motivo, se respondía así a la conveniencia, por no decir necesidad, de facilitar el conocimiento exacto de la enseñanza y abrir paso a las proyecciones prácticas de la misma. Herencia y propósito facilitados por la pléyade de excelentes colaboradores de que entonces se disponía.

Los *Comentarios a la Mater et magistra* aparecieron en 1962, número 213 de la Normal, y tuvo la obra tres ediciones, la tercera en 1968. Estuvo, pues, a la venta antes de pasar un año de la publicación de la encíclica, mayo de 1961. Texto bilingüe de la encíclica. Traducción castellana de José Luis Gutiérrez García, con revisión de Luis Ortiz Muñoz. Redactó la presentación el Arzobispo de Granada, don Rafael García y García de Castro. Fueron 19 los colaboradores. Cerraba los artículos un epílogo de don Ángel Herrera Oria, alma del volumen. Merece consignarse el valor extraordinario de la extensa y cuidada bibliografía, elaborada por el profesor de la Gregoriana, César Sánchez Aizcorbe, que se situó al frente de la obra con la previa autorización del Rector de dicha Universidad.

Un año más tarde, octubre de 1963, salió de la encuadernación el otro volumen, el dedicado a los *Comentarios a la Pacem in terris*, con el número 230 de la Normal. Es decir, a los seis meses de publicada la encíclica, abril de 1963. Tradujo el texto latino, reproducido íntegramente en la obra, José Luis Gutiérrez García, de nuevo con la revisión de Luis Ortiz Muñoz. Una vez más escribió el epílogo de los comentarios el Obispo de Málaga, don Ángel Herrera. Colaboraron 21 especialistas, la mayoría de los cuales eran profesores eméritos o en ejercicio del Instituto Social León XIII.

Merece notarse el hecho de que entre estos comentarios a los documentos pontificios y los comentarios posteriores a los documentos conciliares prácticamente no hay solución de continuidad. En 1965 se publicaría el comentario a la *Sacrosanctum Concilium*.

11. Los orígenes del marxismo

Con el número de la Normal 358, publicó la BAC en 1974 el volumen titulado *Los orígens del marxismo*, del que fue autor Carlos Valverde Mucientes, profesor de historia de la filosofía en la Universidad Comillas, de Madrid. Era una muestra más, no sería la última, de la atención, con que la dirección de la BAC seguía mirando al marxismo y su proyección comunista sobre las catorce naciones por él dominadas, y a la amenaza mundial que su presencia suponía en todo el llamado entonces mundo libre, con su capital intento de construir la tierra sin contar con el cielo.

Tras recorrer la Europa premarxista, Valverde examinaba como precedentes y sostenes simultáneos de la cosmovisión marxista, la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés. Y advirtió – y subrayo la advertencia– que "los signos de los tiempos parecen anunciar que comienza el ocaso del marxismo, al menos del marxismo, que construyeron los fundadores Marx y Engels".

12. Once grandes mensajes

Al principio eran 5. Fueron aumentando en número y en 1992 eran 11. De ahí el título, con que recuerdo la publicación del número 2 de la BAC Minor, en 1965. Autores de la selección documental, de las introducciones particulares de cada documento y del denso resumen de su contenido fueron don Jesús Iribarren y el autor de estos Apuntes. Fue una más de las no pocas colaboraciones que juntos hicimos en EDICA y sobre todo en la BAC. No puedo decir qué parte correspondió a cada uno, porque sencillamente no lo recuerdo.

Nos honró con el prólogo de la obra el entonces Obispo dimisionario castrense y anterior Arzobispo de Granada, don Emilio Benavent, sucesor inmediato de don Ángel Herrera en la diócesis de Málaga. Con esta obra reiterábamos nuestra política editorial de la máxima difusión posible del gran Magisterio socio-político de la Iglesia. En 1992 eran ya catorce las ediciones publicadas.

13. La encíclica Laborem exercens

En 1987, con el número 492, BAC Normal, publicamos una obra titulada *Estudios sobre la encíclica Laborem exercens*, de Juan Pablo II. Era el primer libro de comentarios en español a esta magna encíclica del Papa Wojtila, que se vería completada con las dos posteriores, la *Sollicitudo rei socialis*, 1987, y la *Centesimus annus*, 1991. Coordinó la obra Fernando Fernández Rodríguez, director de la Fundación AEDO. Eran 24 las colaboraciones, la mayoría de ellas redactadas por especialista en los diversos temas abordados por la encíclica. No está de más recordar la plenitud de tratamiento que en la *Laborem* obtiene el tema del trabajo. La gran terna social del ya Beato, y próximamente Santo, Juan Pablo II, sigue manteniendo una urgente y acuciante realidad.

14. La Iglesia y la comunidad política

Quien recorre la total producción de la BAC, puede observar que hay en ella una nota, que llama la atención. Me refiero a la frecuencia con que publicó obras, a veces voluminosas, de contendio documental. Respondía esta frecuente presencia al criterio editorial de facilitar el acceso a los documentos del Magisterio eclesial en sus tres escalones: el pontificio, el conciliar y el episcopal. De este tercer sector es el volumen *La Iglesia y la comunidad política*, editado en 1975 y preparado por Isidoro Martín, miembro destacado de la Asociación Católica de Propagandistas, catedrático de Derecho Canónico en la madrileña Complutense y Rector un tiempo de ésta.

Reunió el autor un total de 76 documentos colectivos de los episcopados católicos de todo el mundo, que temporalmente abarcaban desde 1965, año de conclusión del Vaticano II, hasta 1975. Tema común de todos ellos: la orientación episcopal de ámbito mundial sobre las cuestiones que afectan a la ordenación de la política, "ese arte tan noble y tan difícil de ejercitar". Eran diez años del posconcilio los recordados y recorridos en esta extensa obra de denso y valioso contenido documental.

15. Marxismo y democracia

Fue la amplia colección de volúmenes albergada bajo este titular el último gran esfuerzo editorial de la BAC ante el marxismo. Se publicó con un nuevo sello editorial, iniciado por Sánchez de Muniain, con el nombre de Ediciones Ríoduero. Por esta razón, remito su desarrollo explicativo al capítulo posterior dedicado a este nuevo sector editorial de la BAC.

Sobre literatura y arte

Nada personal puedo aducir de los primeros títulos de la BAC en el campo de la literatura y el arte. Porque, si bien una y otro estuvieron presentes desde la primera hora con la Sección correspondiente dentro del programa de la BAC, mi entrada en la labor editorial fue posterior.

1. Dos primeros títulos

Se había publicado, con el número 2, año 1945, tras la Biblia Nácar-Colunga, la *Suma poética*, amplia colección de poesía religiosa, ordenada en ciclos temáticos. Autores, José María Pemán y Miguel Herrero García, ambos propagandistas, gaditano el primero y el segundo sevillano. Algo supe de la génesis de esta antología por referencia personal de su promotor, José María Sánchez de Muniain, el cual era amigo personal de Herrero García, a quien calificó de "uno de los mayores eruditos españoles", profesor agregado de filología hispánica en la Universidad de Madrid, miembro del Centro de Madrid de la Asociación Católica de Propagandistas y Jefe de una de las secciones del Instituto Nacional del Libro.

Pemán, por su parte, era viejo amigo de Herrera Oria y de Cuervo y no resultó difícil recabar su colaboración para redactar la Introducción, que es un valioso estudio de la poesía de tema religioso en la literatura castellana. El florilegio fue obra exclusiva de Herrero García. En el año 2008 la dirección actual de la BAC ha tenido el acierto de hacer una nueva edición de esta valiosa Antología.

A continuación, –segunda obra inicial en el campo de la literatura–, con el número 3 de la Normal, y también en 1945, el P. Félix García, gran colaborador futuro de la BAC, publicó en un solo volumen las *Obras completas de fray Luis de León* –prosa y poesía–. Tuvo un éxito inmediato. Al hacerse en 1961, y de esto fui testigo, la tercera edición, hubo que desdoblar la obra en dos volúmenes, el 3a y el 3b. En 1991 eran ya cinco las ediciones vendidas. Todas ellas fueron objeto de atento repaso actualizador.

2. Aurelio Prudencio

No podía faltar en la inicial programación de la BAC el nombre de Aurelio Prudencio. La propuesta surgió de inmediato apenas creada la Comisión Asesora de Salamanca y fue aceptada por la dirección de la BAC. Las alabanzas de Erasmo y de Luis Vives, la supervivencia litúrgica de no pocos de sus himnos en el rito mozárabe, y la capital intencionalidad de toda su obra ordenada a la santificación de las almas y las alabanzas de la gloria de Dios, eran otros tantos argumentos para su pronta inclusión en la BAC.

Las obras completas de Aurelio Prudencio tuvieron en la BAC dos momentos, dos ediciones. La primera, 58 de la Normal, año 1950; y la segunda, número 421, 1981. Ambas, bilingües por supuesto, y ambas realizadas por profesores de la Facultad de Humanidades de la Pontificia de Salamanca. Disponía ésta de un grupo cualificado de especialistas, tanto en el campo de la filología griega como en el área de la latina, clásica y medieval.

De la introducción general, notas, comentarios e índices cuidó en las dos ediciones Isidoro Rodríguez, catedrático de la Pontificia salmantina y Director del Instituto Teológico de Murcia. Pero al procede en 1981 a la segunda edición, fue Alfonso Ortega, catedrático de la Pontificia y profesor un tiempo de la Universidad de Friburgo de Bisgovia, quien realizó una nueva y espléndida traducción, sustituyendo a la anterior de José Guillén. Obedecía este cambio a la política BAC de las grandes reediciones en la década de los 80. Debo subrayar el valor de los cuatro superdetallados y completos índices, que cierran esta segunda edición: de la Sagrada Escritura, de imitaciones (más de 1500), de nombres propios, y de materias.

3. La lírica latina de la Edad Media

Fue obra también salmantina, pero con una variante: obra conjunta de un profesor de lenguas clásicas de la Pontificia, el agustino José Oroz Reta, y de un catedrático de la Universidad civil de Salamanca, Manuel A. Marcos Casquero. Ambos especialistas de plena confianza para la tarea, un tanto nueva en nuestros lares, que se les encomendó

Partió la iniciativa de la BAC, que propuso el tema en la Comisión Asesora. Ésta aceptó y quedó encargado del trabajo Oroz Reta. Pero dada la amplitud de la materia, pues se quería editar tanto la poesía medieval religiosa como la profana, propuso Oroz la colaboración de otro maestro en la materia, a saber, el catedrático de la Civil Marcos Casquero, de reconocida competencia en la especialidad. Todos los elementos comunes de criterios de trabajo, selección

de materias, organización de los originales, fueron preparados conjuntamente. Se dividió la materia: Oroz cuidó de la lírica religiosa, y Marcos Casquero de la profana.

Se publicaron dos volúmenes, el I en 1995, *Poesía profana*, y el II, *Poesía religiosa*, en 1997. Tuve la satisfacción de ver realizada con nota de sobresaliente el proyecto, que habíamos concebido en los años 80. Se cubría con esta publicación una laguna española, la constituída por la ausencia, en nuestra bibliografía, de la variada, compleja y nueva poesía latina medieval. Dió ésta entonces, en el ámbito europeo el importante paso del sistema poético métrico –el acento de la palabra– al sistema rítmico –la consonancia o asonancia terminales del verso–. Sólo me cabe añadir que el primer momento de la iniciativa saltó inesperadamente en conversación en Roma con el P. García Villoslada, quien había publicado un grueso volumen con una rica y excelente muestra de la poesía goliarda europea del bajo medioevo.

4. Ramón Llull y Dante Alighieri

De las obras completas del colosal autor de *La divina Comedia* he escrito en el capítulo, que he calificado de autobiográfico. A él me remito.

En 1948 se publicó preparado por Miguel Batllori y Miguel Caldentey el volumen número 33 con las *Obras literaria de Ramón Llull*, "el más universal polígrafo hispano del último medioevo". La introducción biográfica fue hecha por Salvador Galmés, miembro de la Real Academia de la Historia.

Plena lógica tenía la incorporación del gran astro del firmamento poético europeo de la Edad Media, el Dante Alighieri, con la edición de sus *Obras completas*. Pero debo subrayar aquí la intervención en esta iniciativa medievalista de la BAC de Nicolás González Ruiz, don Nicolás para los hombres de EDICA. Figura entrañable, redactor y editorialista perpetuo de *El Debate* y del *YA*, pluma de altos quilates estilísticos, maestro de periodistas y Director de la Escuela de Periodismo de la Iglesia en los años 70. El lector podrá juzgar de la depurada calidad literaria de su versión del Dante, versión que si bien pierde, como es natural, la cadencia musical del original italiano, conserva con cuidada fidelidad la carga significativa del ciclópeo contenido teológico y humano del mismo.

5. El teatro teológico español

Habrá observado el lector, y lo podrá seguir comprobando, que la atención de la BAC en el campo de la literatura y del arte, se hallaba concentrada en

el sector religioso de ambos. Antología de poesía sacra, grandes obras literarias de temática cristiana, selección de cuadros de contenido religioso. Es lo que sucedió también con el teatro clásico español. Fue, en esta ocasión, González Ruiz el que preparó, por iniciativa tal vez conjunta de Muniain y de él, los dos ricos volúmenes de *El teatro teológico español*. Dos volúmenes, el I, 17 de la Normal, con los autos sacramentales; y el II, 18 de misma serie, con las comedias clásicas de orden religioso.

La obra, publicada en 1956, ha tenido una justificada nueva edición en 1996-1997. No eran ediciones críticas. Se pretendía y se lograba concentrar en cerca de 2 000 páginas lo mejor del género producido en nuestros siglos áureos por los genios del drama, de la comedia y del auto religioso, como manifestación imborrable del alma católica del pueblo y del alma españoles. Capítulo que sigue enhiesto por encima de las nieblas, con que pretenden cubrirlo los modernos corifeos de la desmemoriada memoria histórica.

6. Dios en la poesía actual

Incluyo aquí, saltando en el tiempo, año 1970, con plena justificación temática, una obra, antología poética, de primera magnitud en la temática religiosa. Me refiero a la selección de poemas españoles e hispanoamericanos reunida por una insigne poetisa, Ernestina de Champourcin. Título, *Dios en la poesía actual*, BAC Minor 19. Desde el modernismo hasta la fecha: 81 autores, presencia de poetas españoles e hispanoamericanos, poemas de todas las lenguas españolas, castellana, catalana, gallega y vasca.

Partió la iniciativa simultáneamente del Director de la BAC, Sánchez de Muniain y de Ernestina, viuda del poeta Juan José Domenchina. Hasta 1989 tuvo la obra tres amplias ediciones, 1970, 1972 y 1976. Y vista a la distancia enjuiciadora del tiempo, la selección hecha por la autora merecía el aplauso general, que le dio la demanda, y la plena satisfacción con que la BAC la publicó.

Hubo una propuesta, casi al mismo, tiempo, que no llegó a realizarse: la de una antología selecta del soneto español. Desde los siglos de oro hasta el presente. Se formalizaron algunas listas provisionales, acompañadas de notas explicativas, y selección de autores. Se señalaron más de un centena de sonetos superseleccionados. En algún rincón ha debido quedar el rico material reunido.

7. Estética y arte sacro

En los años 60 publicó la BAC tres obras sobre la Estética en general y sobre el arte sacro en particular. Téngase presente que uno de los dos fundadores de la BAC y luego segundo Director, José María Sánchez de Muniain, era catedrático de la disciplina en la madrileña Universidad Complutense.

En 1965, BAC Normal 227 y 228, aparecieron dos volúmenes con la traducción de la *Historia de la Estética*, del catedrático de la Universidad de Gante, Edgar de Bruyne. Traductor, el dominico Armando Suárez. Era esta obra, cu-yo original databa de 1951, una de las aportaciones más originales y completas en el campo histórico de la filosofía contemporánea sobre la estética. Fue Muniain el que propuso la edición.

En el mismo año salió a luz otra obra, Normal 250, centrada en el arte sagrado, que atendía con rigurosa fidelidad a los nuevos planteamientos, que en este sector de la liturgia señalaba el Vaticano II en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, aprobada el 4 de diciembre de 1963. Autor de la obra, el P. Juan Plazaola, jesuita, profesor de la disciplina de Estética en la Universidad de Deusto. Recuerdo el criterio, que nos expuso en una de sus visitas: ni defectos, ni excesos. Ni defectos, por apego ciego a lo anterior. Ni excesos, por culto indebido a las novedades. En su estudio, el autor analizaba las normas conciliares, y con ello el panorama de lo que había que mantener y de lo que podía reformarse. A lo cual se añadía el texto íntegro de 65 documentos pontificios, conciliares y episcopales, sobre el tema.

De distinto contenido fue otra obras del P. Plazaola, titulada *Introducción a la Estética*, y publicada en 1973, Normal 342. Aparecía este volumen en una serie incoada, no completada, "Dios, hombre y mundo". Exponía Plazaola la historia, la teoría y una serie de textos de autores especialistas; todo ello como introducción general al estudio y desarrollo de las cuestiones propias de la disciplina.

Con anterioridad a este conjunto de estudios sobre la Estética como disciplina filosófica y como proyección particular sobre la liturgia, la BAC había publicado en los años 50 una obra sobre el arte sacro español, y concretamente sobre la pintura religiosa. La iniciativa en este caso hay que atribuirla a Sánchez de Muniain, catedrático ya de Estética. Se titulaba la obra *Los grandes temas del arte cristiano en España*. Constó de tres volúmenes, todos en torno a las expresiones de la vida del Seños en la pintura española. El volumen I, con 304 láminas, *Nacimiento e infancia del Señor*, obra del catedrático Francisco J. Sáchez Cantón. El II, *Cristo en el Evangelio*, del mismo profesor. Y el III y último, *La Pasión de Cristo*, con 303 láminas, preparado por otro catedrático de la Complutense, José Camón Aznar. Agotada la edición, no volvió a reeditarse.

También la ciencia

En el cuadro de Secciones de la BAC, fijado conjuntamente por los fundadores y la Comisión Asesora de la Pontificia de Salamanca en 1944, no aparecía ni explícita ni implícitamente como Sección propia la Ciencia, es decir, las ciencias positivas de la naturaleza. Pero ya desde finales de los años 50 hicieron acto de presencia, un tanto intermitente, algunos volúmenes, cuyo contenido pertenecía al campo de las ciencias naturales.

Varias fueron las razones de esta no tan temprana inclusión. Y varios fueron los momentos de su desarrollo editorial. La razón primera vino dada por la conexión de la ciencia positiva con la filosofía y la teología. En las conversaciones de Oña y en las visitas a don Ángel Herrera en Santander se tuvo en cuenta la urgente normativa a este respecto de la Constitución de Pío XI la *Deus scientiarum Dominus*. A este motivo se añadieron las conexiones académicas de Sánchez de Muniain con varios catedráticos de paleontología de la madrileña Universidad Complutense. Y en tercer lugar actuó sobre todo la creciente convicción de que durante el siglo XX se estaba operando un contraste significativo: el hecho de que el campo de la genuina ciencia positiva estaba abriéndose a la gran repuesta de la creación, a diferencia del mundo de las letras, que tarado en no pocos de sus miembros por una autoestima enfermiza se estaba olvidando de Dios. Olvido no generalizado, pero numeroso y frecuente.

Estas tres motivaciones fueron marcando los tres momentos, que se advierten en las obras, que dieron cuerpo a la correspondiente Sección de la BAC, que apareció ya con mención explícita en los catálogos a partir de los 60. Sólo debo añadir que numéricamente el conjunto de tales obras resulta escaso en el global despliegue de nuestra actividad editorial.

1. La conexión filosófica

Fue el primer momento. Tres títulos, cuatro volúmenes, y un solo autor integran este primer epígrafe. Autor, el P. José María Riaza Morales, profesor de Oña y luego de Comillas. Procedencia causal: el complementar los estudios

eclesiales de las disciplinas estrictamente filosóficas con el conocimiento al manos sumario de las grandes disciplinas de la ciencia positiva.

Ya en 1953 apareció *Ciencia moderna y filosofía*, obra que alcanzó tres ediciones, la última en 1969. Era una introducción físicoquímica y matemática, que respondía a la necesidad de proporcionar al estudiante de filosofía una moderna cultura científica actualizada; y por otra parte, además de este servicio, suministraba al universitario de las carreras humanísticas, una visión global, un tanto vulgarizadora, del armónico conjunto de las realidades físicas del universo.

En conexión con esta iniciación de carácter general, apareció en 1964 una segunda obra del P. Riaza, *Azar, ley y milagro*, como introducción científica al estudio del milagro, gran tema que afecta a las leyes rectoras del universo y cuyo estudio, arrancando del campo científico, penetra en la filosofía y salta hasta la teología.

A comienzo de los años 80 nos llegó la tercera propuesta del P. Riaza. Recuerdo el primer momento de su propuesta y la dificultad que surgió al recibir el original. La obra, que se titulaba *El comienzo del mundo*, contenía los impresionantes avances logrados en el conocimiento de la edad y de la extensión del universo. Nos explicó el autor que esta obra era el sueño de su vida. La venía preparando desde el mismo comienzo de su magisterio. Y estaba puesta al día. Nuestra respuesta fue positiva. Pasó el tiempo y en 1984 nos presentó Riaza el texto. Era sobremanera extenso. Pero examinado el índice general y visto con detenimiento el desarrollo de los temas, se decidió publicar la obra en dos volúmenes. Los merecía. El tomo I, Normal 453, 1984, exponía los orígenes del hombre, de la vida y de la tierra a la luz de los estudios científicos actuales. El volumen II, número 476, 1986, se centró en el tema del universo en general.

Cubrió el P. Riaza –primer momento en la atención BAC a la ciencia positiva– todo un capítulo de información cuidada, de actualidad mantenida, y todo ello con una claridad extraordinaria, plenitud de bibliografía, sentido de síntesis, y adaptación al lector. Debo añadir que, con `posterioridad a nuestra marcha, publicó la BAC en 1999, número 601 de la Normal, una postrera obra del P. Riaza titulada *La Iglesia ante la historia de la ciencia*.

2. La evolución

Era y es la evolución tema capital en el estudio del universo y del hombre. Y tema de exacta ubicación como hecho comprobado, libre de las excrecencias parasitarias del materialismo. Fue Sánchez de Muniain, Subdirector a la sazón

de la BAC, quien encontró el hombre adecuado para tratar el tema. Me refiero a don Bermudo Meléndez, catedrático de paleontología en la Complutense. Fue el segundo momento de la incorporación de la ciencia a la BAC.

En 1963, número 231 de la Normal, apareció la traducción española de la obra, publicada por Herder, Friburgo de Brisgovia, y dirigida por el profesor Adolf Haas. Preparó nuestra edición Meléndez, quien la prologó e introdujo con una amplia colaboración de dos grandes especialistas, Miguel Crusafont y Emiliano Aguirre.

Tres años más tarde, apareció un grueso volumen, complementario, autóctono, dirigido e íntegramente organizado por los tres autores citados, Meléndez, Crusafont y Aguirre. Se titulaba, número 258, *La evolución*. Cuatro ediciones ha tenido: la primera en 1966, la segunda en 1974, dos años más tarde la tercera, y la última en 1986. Partían los autores del hecho probado de la evolución. Reunieron los estudios de 20 colaboradores, todos ellos especialistas en la materia. Y tenía, como declaraba la terna directora en la presentación de la obra, una limitación temática: sólo estudiaba la evolución biológica. No podía atender al desarrollo de la evolución histórica en el orden cultural, social y religioso. Aunque tenían a la vista las resonancias, que el hecho de la evolución tiene en el orden filosófico y en las cimas teológicas.

3. El tercer momento

Fue en la década de los 70, cuando la BAC introdujo en su Sección de la Ciencia obras de autores extranjeros de probado sentido cristiano. Recuerdo las conversaciones, que a este efecto mantuvimos Sánchez de Muniain y yo, tras nuestra estancia en la Feria Internacional del Libro, en Frankfurt. Teníamos como elemento indicativo y orientador el hecho de la Academia Pontificia de la Ciencia, cuyo arco de admisión, por razón de competencia, abarcaba miembros científicos de categoría reconocida, que no eran católicos, sino cristianos, e incluso algunos de filiación agnostica respetuosa. Por otra parte, y en el mismo sentido invitatorio, disponíamos de elogios como el que Pío XII hizo ante el fallecimiento del gran Max Planck.

Y decidimos adentrarnos por este nuevo sector de la ciencia positiva. Como resultado de las gestiones hechas en Frankfurt, publicamos una gran obra del Premio Nobel Werner Heisenberg, *Diálogos sobre la física atómica*, BAC Normal 340. Tuvo dos ediciones, la 2ª en 1974. No es propiamente un libro de memorias, sino un conjunto de conversaciones y de contactos del autor con figuras eminentes del moderno desarrollo de la física atómica. Lamenta Heysenberg con razón la escisión que se da "entre las dos culturas, la de las

ciencias del espíritu y del arte, por un lado, y la de la técnica y las ciencias de la naturaleza, por otro". Y subraya que su loable y logrado intento no era otro que el de que "incluso los alejados de la moderna física atómica tengan una idea de las corrientes de pensamiento, que acompañaron al desarrollo histórico de esta ciencia".

En 1974 volvimos de nuevo a Heisenberg, esta vez con su estudio, significativamente titulado, *Más allá de la física*, Normal 370, publicado en 1974. Reunía el autor un conjunto de conferencias y publicaciones sobre la progrediente física atómica, ordenados cronológicamente, con clara conciencia de los efectos, que los avances producen en la vida de la humanidad, y los riesgos y beneficios que de su incorrecto o correcto uso se seguirán. Subrayaba Heisenberg la neta apertura a la trascendencia, que la moderna física ha ido desvelando y consolidando.

4. La física y la filosofía

Con el título de *La imagen física del mundo* publicamos en 1974, BAC Normal 360, la obra del Barón Carl Friedrich von Weizsäcker, que unía en ella como estudioso el dominio especializado de la física actual y una probada capacidad filosófica. Era esta obra una serie de conferencias pronunciadas entre 1938 y 1942, que el autor escribió y expuso, en aquellos azaroso años, con la conciencia de que "los saberes de la física moderna son la expresión de una transformación espiritual, que traspasa ampliamente las fronteras de la física"; apuntando, con esta advertencia, a los altos niveles de una suprema realidad trascendente y creadora; salto y altura, que no son meras cuestiones individuales, sino comunes y universales. El científico sensato y sincero, repetía von Weizsäcker, no puede negarlos.

Con esta obra concluimos la serie de volúmenes, que quisimos dedicar a la ciencia positiva contemporánea. De nuestras entrevistas en Framkfurt habíamos comprendido un hecho curioso: el acento intensivo, que daban los medios de comunicación social a las tesis y las obras de los científicos ateos, y el relativo y real silencio editorial, que pesaba sobre los hombres de ciencia cristianos o simplemente creyentes. Era menester contrarrestar entre nosotros aquel casi exclusivo acento tónico, y dar voz por la vía de las traducciones a las claras manifestaciones de fe religiosa de los grandes nombres de la moderna física, y, en general, de la cosmología.

Por eso, algún otro autor tuvimos a la vista en el marco de nuestros proyectos, singularmente al Premio Nobel de 1954 Max Born. Pero no pudimos convertirlos en realidad. Se acercaba la hora de la crisis de EDICA y la consiguiente reducción de medios, que no de horizontes.

EDICA y Ángel Herrera, en la BAC

Es este un capítulo, que alguien, acudiendo a la historia del derecho canónico, podría calificar de "extravagante", por quedar fuera del contenido normal de los anteriores capítulos. Pues bien, de extravagante nada tiene ese contenido. Primero, porque la BAC fue, en su entero período seglar, obra de La Editorial Católica, EDICA. Y en segundo lugar, porque la personalidad de Ángel Herrera estuvo presente en todo momento en el decurso operativo de la BAC. En efecto, el motivo, que justifica plenamente este tratamiento particular, viene dado por varias obras, pocas en número, pero centradas totalmente en los dos sujetos, corporativo uno y personal el otro, que componen el título.

1. La Editorial Católica

A la historia de EDICA, a su acción y a su pensamiento, se dedicaron dos obras, ambas de un gran historiador y propagandista, José María García Escudero, miembro, primero, del Consejo de Redacción y últimamente Secretario de la Junta de Gobierno de EDICA.

El primer volumen, publicado en 1983, BAC Normal 438, se titulaba *El pensamiento de El Debate*, historia de un diario católico en la crisis de España (1911-1936). Prologó la obra el catedrático de la Complutense, magno historiador y maestro de historiadores, Vicente Palacio Atard, quien con razón calificó a *El Debate*, de periódico de ideas, no de partido; de hechos y de pensamiento. La Introducción de García Escudero –170 páginas— es todo un monumento histórico a la obra del periódico, fundado por los propagandistas, en el que se veía reflejada, como en agitada película, toda la vida pública de España en aquellas cuatro décadas. A este valor previo se añaden la relación detallada de todos los editoriales del diario citados en la obra, la referencia sumaria de todos los hechos recogidos, el completo índice onomástico y el denso índice temático.

La idea impulsora de este volumen provino, a mediados de los años 60, del propio Consejo de Administración de la empresa. Me pidió entonces el Consejero Delegado de Administración, Mariano Rioja y Fernández de Mesa, que se seleccionaran los editoriales oportunos de *El Debate*, para preparar el estudio del pensamiento del diario. Se hizo la selección y se reprodujeron en aquel papel fotográfico de la época, constituyendo toda una montañas de artículos. Nada se pudo hacer a continuación. Hubo que espera a los azarosos años 80 y sobre todo pudo contarse entonces con la pluma, la capacidad y el tesón de García Escudero.

Y al año siguiente, 1984, tuvo la BAC la satisfacción de publicar, Normal 460, el segundo trabajo, complementario del anterior, YA. Medio siglo de historia (1935-1985). Una nueva Introducción, de análogas características a la precedente, recogía con maestría historiográfica y agilidad estilística, tres decenios, en los que se incluía la Transición política del anterior Régimen autoritario a la llamada Democracia actual. Reiteró de nuevo García Escudero la relación de los editoriales del YA citados y recogidos en la obra, y merece mención propia también la parte que el autor dedicó al Consejo de Redacción del periódico, que fue continuación coherente del que Ángel Herrera creó en los años 20 en El Debate.

2. Ángel Herrera

Si dos fueron los volúmenes dedicados a EDICA, dedicó la BAC otros dos, en los años 80, a la figura cimera de Ángel Herrera, cofundador de la BAC, primer Presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, fundador y Director de *El Debate*, Presidente un tiempo de la Junta de Gobierno de EDICA, Presidente en los años 30 de la Junta Central de la Acción Católica Española, creador del Instituto Social León XIII y de la Fundación Pablo VI, Obispo de Málaga y Cardenal de la Santa Iglesia.

Ambas obras fueron preparadas por el mismo autor recordado en el epígrafe anterior, José María García Escudero. En 1986, con el número 485 de la Normal, aparecieron las *Conversaciones sobre Ángel Herrera*, conjunto de 61 declaraciones de personas conocedoras del Obispo de Málaga, prologado por el que fue Obispo auxiliar de don Ángel en la diócesis malagueña, Emilio Benavent Escuín. Como presentación de este plural y autorizado testimonio colectivo, anticipó García Escudero un largo estudio introductorio sobre las obras de Herrera y acerca del espíritu que les infundió.

Al año siguiente, por encargo de la Asociación Católica de Propagandistas, García Escudero preparó otro volumen de contenido complementario, *El pensamiento de Ángel Herrera*, Normal 486. Era una antología de textos herrerianos de carácter político y social. Prologó la obra el entonces Presidente de la Asociación, Alfonso Ibáñez de Aldecoa.

Todos estos volúmenes habían sido precedidos de una obra conmemorativa, de la que debo dar especial cuenta: El volumen 233 de la BAC Normal, publicado en 1963, *Obras selectas de Mons. Ángel Herrera Oria*, que fue preparado con motivo de la elevación de don Ángel al cardenalato. La iniciativa partió inmediata del Director de la BAC, Máximo Cuervo. Y se me encargó la preparación del texto. Había que reunir una amplia selección de los discursos, conferencias, sermones, homilías, prólogos y estudios del Obispo de Málaga, desde los años iniciales de los Propagandistas hasta comienzos de los sesenta.

Reunidos los materiales, situadas sus fuentes, compuestos tipográficamente los textos, pero sin paginar todavía, pasaron a don Ángel, quien, ayudado por Sánchez de Muniain, eliminó no pocos trabajos y decidió personalmente los publicables, de acuerdo con el criterio de una fuerte selección restrictiva. De cerca de 150 intervenciones seleccionadas, fueron 83 las que debían publicarse. No sólo esto. El Director de la BAC quiso que los textos fueran precedidos de una amplia biografía, deseo al que don Ángel se negó. Negación obedecida al momento. Hecha la definitiva selección, quedaba la cuestión de buscar un presentador de la obra. El Director de la BAC y Muniain hablaron al Nuncio en España, don Antonio Riberi, quien aceptó el encargo y pidió que se le preparar un texto. Don Máximo encontró al sujeto adecuado para elaborar una presentación, que se ajustara a la personalidad del presentado y a la categoría del presentador. El Nuncio repasó el texto y lo firmó sin corrección alguna.

En cuanto al contenido de la selección, se organizó en varias secciones: Pensamiento político, periodismo, semblanzas históricas, doctrina social, apostolado seglar, espiritualidad, predicación homilética, y acción pastoral. Fue esta edición de obras selectas prometedor anticipo de la edición de las *Obras completas* del Cardenal Herrera Oria, que posteriormente en 9 volúmenes editaría la BAC entre los años 2002 y 2009, edición patrocinada por la Asociación Católica de Propagandistas y la Fundación Pablo VI. Sólo cabe añadir que la Asociación tuvo el acierto institucional de publicar previamente, de 1999 a 2002, también en la BAC, en 4 densos volúmenes las obras asimismo completas de su Fundador, el P. Ángel Ayala. Honró la edición con un espléndido prólogo el Cardenal Arzobispo de Madrid, don Antonio Rouco Varela.

De variada temática

Incluyo en este capítulo, que en cierto modo finaliza los presentes Apuntes, un variado grupo de acciones editoriales, de carácter singular, que no pueden quedar en el olvido. Tiene, por ello, el capítulo aires de miscelánea.

1. La serie de "Enseñanzas al Pueblo de Dios"

En 1966 la BAC fue encargada, en conversación mantenida con la Secretaría de Estado y en concreto con Mons. Benelli, y luego con la dirección de *L'Osservatore Romano* en lengua española, de la distribución de esta serie de volúmenes. Cada volumen reuniría lo principal del magisterio ordinario de Pablo VI cada año. Al principio, la financiación de los volúmenes corrió a cargo de la Santa Sede. A partir de 1978 se pidió a la BAC que se encargase de la financiación y de la distribución. Así se hizo, pero pasados unos años hubo que suspender la publicación por falta de demanda.

Se publicaron 5 volúmenes con documentos de Pablo VI. Y a continuación vieron la luz uno, de Juan Pablo I, y diez de Juan Pablo II. Hubo que suspender nuevamente la publicación por dos motivos: uno interno, la situación económica de EDICA y consiguientemente de la BAC; y otro externo, la amplitud numérica de la documentación de Juan Pablo II, que llegó a ocupar tres volúmenes por año. La respuesta de la demanda era, por otra parte, claramente insuficiente, como había anticipado con razón la dirección de la BAC.

2. La colaboración con el CELAM

Conectado con el capítulo dedicado a las ediciones "romanas" de la BAC tras el concilio Vaticano II, está el tema de la relación, que mantuvimos con la Conferencia Episcopal Latino-Americana, el CELAM. Conviene desde el primer momento aclarar esta relación. La América hispana fue desde la primera hora de la BAC campo especial muy atendido de su producción y distribución. No me refiero aquí a este aspecto, de recuerdo grato y apostólicamente fecundo. Quiero hacer constar ahora en esta suma de mis recuerdos la colaboración

editorial y las relaciones personales, que la BAC mantuvo en los años 70 y 80, para ayudar en lo posible a los esfuerzos, que el CELAM venía haciendo frente a los excesos de ciertas corrientes teológicas promovidas por algunos autores y algún que otro centro teológico doctrinalmente un tanto desviados.

La cosa comenzó en Roma. No me acuerdo con qué motivo. Tuve una larga conversación, inesperada, con el Cardenal Anibal Muñoz Duque, Arzobispo de Bogotá, Colombia. Quedamos en que vendría a verme a la BAC, cuando pasara por Madrid camino de Colombia. Tema en ambas ocasiones: Convenía que la BAC advirtiera la gravedad del momento para la Iglesia en Iberoamérica. Más que conveniente, me advirtió el Cardenal colombiano, era necesario que nos pusiéramos en contacto con el CELAM; y para ello me indicó, primero en Roma y luego en Madrid, que resultaría muy eficaz que yo me pusiera al habla con uno de sus obispos auxiliares, Alfonso López Trujillo, persona, me dijo, de gran valía y de plena seguridad doctrinal. Quedamos en ello. Debo añadir que de mis dos conversaciones con el Cardenal Muñoz Duque saqué una gran estima y honda reverencia por su persona. Era ya viejo, pero se le veía joven de espíritu.

A poco de lo convenido, recibo una comunicación de don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo, sobre un Congreso que se iba a celebrar en la imperial Ciudad con el tema de la llamada teología de la liberación, congreso en el que intervenía el Obispo auxiliar de Bogotá, Alfonso López Trujillo. No era la primera de las coincidencias providenciales, que he vivido. A Toledo fui y en Toledo le encontré. Y comenzó una amistad, que duró impertérrita hasta su inesperada y pronta muerte al frente del Pontificio Consejo para la Familia.

Hablamos en Toledo y luego en Madrid. Y acordamos poner en marcha sin demora una amplia operación de ayuda de la BAC al CELAM, del que pronto fue López Trujillo Presidente. Mantuvimos la relación con tres presidentes sucesivos del CELAM, todos ellos cardenales: López Trujillo, Antonio Quarracino, Arzobispo de Buenos Aires, y Darío Castrillón, colombiano, Obispo de Bucaramanga. Se mantuvo un canal activo de información sostenida, que se vio completado posteriormente con las informaciones, que nos remitía la CAL, la Comisión Pontificia para la América Latina.

En 1974, publicamos, BAC Normal 354, la primera obra del entonces Secretario General del CELAM, Alfonso López Trujillo. Título: *Liberación marxista y liberación cristiana*. Todo un detenido estudio críticamente montado del pensamiento marxista originario, con la singularidad de la atención que el autor prestaba a los escritos de juventud de Marx. Estudio motivado por la seducción, que el marxismo ejercía entonces en algunos sectores del pensamiento y de la acción de los pensadores católicos.

En 1980 nuevo volumen, el 417 de la Normal, del mismo autor: *De Medellín a Puebla*. Era ya López Trujillo Presidente del CELAM. Y advertía el distinto carácter del contenido de esta segunda obra: "La mayoría de los temas aquí tratados no habían sido escritos en la apacible tranquilidad de un estudio, sino a la carrera; muchos en pleno vuelo y robando breves espacios en medio de la agitación de casi siete años". Era un conjunto de estudios posteriores a la reunión de Puebla –1977–, movidos "por la única cosa que importa, el ser fiel al Señor en este preciso momento de nuestra historia".

En una de las conversaciones mantenidas en Madrid, la BAC sugirió la publicación del documento de Puebla. Se aceptó la propuesta, que tuvo dos versiones en su ejecución. En 1982, a los cinco años de la Conferencia General del CELAM en la histórica ciudad mejicana, publicamos en la Normal, número 431, el volumen titulado *Puebla. Comunión y participación*. Prologado por el Presidente del CELAM, contenía además del texto oficial de la III Conferencia, toda una serie de documentos de consulta, que ocupaban la mitad del volumen.

Tres años más tarde, 1985, a petición del propio CELAM, apareció en la BAC Minor, número 55, una edición de bolsillo con solo el texto oficial de la Conferencia, *Puebla. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina.*

El último libro del Cardenal López Trujillo en la BAC, *Caminos de evangelización*, se publicó en 1985, Normal 465. Recogía el desarrollo aplicativo y explicativo de Medellín y de Puebla. Y contenía todo un retrato de la situación de Latinoamérica en lo religioso, lo cultural, lo político, lo económico y lo social. Y observaba a propósito de los viajes de Juan Pablo II que "nunca anteriormente en la historia de la Iglesia se había registrado un fenómeno de tal envergadura como el que, iniciado por Pablo VI, ha proseguido con celo incansable Juan Pablo II".

Pronto fue llamado López Trujillo por el Papa Wojtila de la sede arzobispal de Medellín a la presidencia del Pontificio Consejo para la Familia, en el que realizó un impresionante despliegue de actividad pastoral en defensa del matrimonio y de la familia. Tarea cuya explicación cae fuera del recinto acotado de estas páginas.

3. Sobre la Inquisición española

A principios de los años 80 recibí en la BAC la visita de dos conocidos historiadores, catedrático de la Complutense uno, Joaquín Pérez Villanueva, viejo amigo, y Bartolomé Escandell Bonet, catedrático de la Universidad de Palma de Mallorca. Venían para informarnos de un magno proyecto, ya en curso, sobre

la Inquisición española. Estaba financiado el trabajo por el Fondo de Ayuda de la Investigación, del Ministerio de Educación Nacional. Se hallaba en marcha avanzada la ejecución del proyecto. Intervenían 45 especialistas, la mayoría españoles y algunos extranjeros. Y nos proponían una coedición con el Centro de Estudios Inquisitoriales creado en 1978, del que era Director Pérez Villanueva.

Manifestamos nuestro interés por el tema del proyecto. Pero advertimos lealmente que, dada la amplitud de la obra, la BAC no podría financiarla, dificultad que conocían, y que tenían resuelta con la total financiación por parte del Centro. Y se acordó, en posteriores conversaciones, la edición de la *Historia de la Inquisición en España y América*, en 3 volúmenes: el I, en 1982, *El conocimiento científico y el proceso histórico de la Institución (1478-1834)*; el II, en 1986, sobre *Las estructuras del Santo Oficio*; y el III, en el año 2000, *Temas y problemas*. En total, 4 100 páginas. La obra, como coedición, fue publicada fuera de las colecciones habituales de la BAC. En el Prólogo los directores de la obra agradecían a la BAC "el haber dado acogida editorial al proyecto y de haberlo hecho con una actitud intelectual, de la que los autores se han beneficiado sin la menor limitación ni la más mínima reserva".

4. Las relaciones internacionales

Este punto, que incluyo en el presente capítulo de variada temática, requeriría un capítulo propio. Pero debo limitar su ceñida exposición a solas las indicaciones capitales, omitiendo por ya sabidas y expuestas las conexiones permanentes con no pocas instituciones romanas.

Sitúo, en primer lugar, Frankfurt, con la *Buchmesse*, la anual Feria Internacional del Libro. Desde mediados de los años 60 acudía la BAC a la Feria con stand propio. Fue Antonio Urilevarrea, Secretario General de EDICA, protector nuestro en todo momento y amigo personal inolvidable, quien propuso a don Máximo la idea de acudir a la Feria, propuesta, que fue aceptada de inmediato. Era entonces Antonio Presidente del Gremio de Editores de Madrid e íntimo amigo de los directivos de la Casa de Espasa Calpe, tan benemérita de la cultura española. Por ello, nuestros viajes a Frankfurt y nuestra estancia en esta ciudad los hacíamos conjuntamente. Y fue para mí una gran satisfacción personal el disfrutar de la amistad de la cúpula rectora de aquella gran Casa editorial, Espasa Calpe, que, repito, tanto hizo al servicio de la cultura española.

Fue así en Frankfurt, durante casi quince años, como establecimos relaciones con el mundo editorial europeo, el católico y el exterior a nuestra criteriología. Y añado un dato: íbamos todos los años Eduardo Masip, Jefe de la Distribuidora de España y yo. Pero hicimos que nos acompañaran

sucesivamente el segundo Director de la BAC, Muniain, y algunos compañeros, entre los cuales recuerdo a Antonio González y Paco Cernuda.

En Alemania fuimos creando toda una red de relaciones, principalmente con la Casa Herder, de Friburgo de Brisgovia. La visité en tres ocasiones y nos recibían con atenciones, que me sorprendían gratamente, tanto por parte del Director General, cuyo nombre lamento no recordar, como por parte del mismo Dr. Herman Herder, dueño de la Editorial ya más que centenaria. Me trataba con una deferencia, que me admiraba. Me invitó a comer en su casa, pude saludar a su familia, y se nos ofreció para cuanto editorialmente pudiera ayudarnos. Algo diré en el capítulo dedicado a Ediciones Rioduero. En Mönchen-Gladbach vistamos al Dr. Anton Rauscher, jesuita, Director del Secretariado de Acción Social del Episcopado alemán. Me acompañó en esta visita don Jesús Iribarren, inolvidable amigo, compañero y maestro.

La editorial *Du Cerf*, de los dominicos en Paría, era visita obligada. Nos recibí siempre su Director, el P. Pro. Nos dieron toda clase de facilidades para algunos contratos. Debo añadir las visitas a la Casa de *Editions du Centurion*, de los Padres asuncionistas, que era la vertiente editorial del diario católico francés *La Croix*, empresa que como EDICA combinaba el periodismo y el libro. Y tuvimos ocasión de visitar además una ejemplar institución distribuidora del libro católico de lengua francesa, llamada *L'Arc en ciel*, que reunía y distribuía los libros de los editores católicos de Francia, Suiza, Bélgica e incluso fondos de las casas católicas del Canadá de habla francesa. ¡Qué bien nos vendría, pensaba yo al ver aquello, algo parecido en el disperso mundo editorial católico de España!

5. Los viajes apostólicos de Juan Pablo II

También este epígrafe requeriría capítulo propio, por su dimensión numérica y su significación magisterial. Baste recordar los casi 60 volúmenes de la colección *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, que el lector puede contemplar reunidos en la sala correspondiente de la Biblioteca de la Universidad CEU San Pablo, de Madrid. Pero aquí sólo cabe mostrar, en una densa referencia, lo hecho por la BAC. Adelanto que a los viajes de Juan Pablo II editados por nosotros, debe añadirse la simple mención de las obras del Arzobispo de Cracovia, Karol Wojtila, que aparecieron en la BAC traducidas al castellano.

De 1979 a 1993 se extendió nuestra atención editorial a los viajes apostólicos del Papa Wojtila. Dos en 1979 (Latinoamérica y Polonia). Tres en 1980 (África, Francia y Brasil). Otros tres en 1981 (Alemania, Extremo Oriente, Reino Unido y Argentina). De nuevo tres en 1982 (Nigeria, Benin, Gabón y Guinea

Ecuatorial, Portugal y España). Y dos más, en 1990 (Centroamérica) y en 1993 (España).

Esto en el sector de los viajes. Pero además abrimos cauce editorial a varias obras, literarias, filosóficas y teológicas del Cardenal Wojtila. En lo literario, sus *Poesías*, y dos dramas: *El taller del orfebre*, y *Hermano de nuestro Dios*. En el campo de la estricta filosofía, *Persona y acción y Max Scheler y la ética cristiana*. Finalmente en la teología y en la espiritualidad, *Don y misterio*, y su tesis doctoral en el Angelicum, de Roma, *La fe según san Juan de la Cruz*.

Considero suficiente esta casi escuálida exposición de varias áreas de la acción editorial de la BAC, que abre paso a un postrer capítulo, curioso, ineludible y olvidado del período seglar abarcado por estos Apuntes. Me refiero a Ediciones Ríoduero.

Ediciones Ríoduero

En este capítulo –aviso previamente al lector– no tengo otra fuente asequible, aquí y ahora, que el archivo, ya no tan ordenado como antes y algo estropeado, de mi sola memoria. Dejo al cuidado de futuros historiadores el tratamiento detallado y documentalmente sostenido de este importante y último período de la BAC, que estuvo desde sus comienzos dirigida por miembros de la Asociación Católica de Propagandistas y sostenida y amparada generosamente por La Editorial Católica.

Como pauta ordenadora de cuanto he de explicar, adelanto que, en líneas generales, hubo tres momentos: un período, que califico de precedente; al que siguió un tiempo no largo de deliberación sobre nuevos campos de edición; y una fase última, abierta a la realización de las nuevas decisiones.

1. En la década de los 60

El primer período, que he calificado de precedente, discurrió a lo largo de los años 60. Desde finales de la década anterior don Máximo y José María vivían seriamente preocupados por la subida del precio de los libros, debida al alza imparable de los costes de producción. A su regreso del viaje que hicieron a América en 1961, –México, Colombia, Chile y Argentina–, y tras no pocas conversaciones y cambios de impresiones, decidieron abrir nuevas vías de edición BAC. Fueron las que en capítulo anterior he llamado "variantes de la BAC". La Minor, que apareció en 1968, las ediciones litúrgicas posconciliares, y la Popular y la Maior, que si bien comenzaron en 1975 y 1972 respectivamente, fueron decididas como tales bajo la dirección inmediata de don Máximo en los años 60.

Pero hubo más. Al regresar de América, don Máximo habló con don Ángel Herrera, que se hallaba creando, a pesar de su grave estado de salud, la Escuela de Ciudadanía Cristiana; y surgió la idea de acometer una nueva colección, vinculada a la BAC, pero determinada con nombre propio por los fines y las necesidades de la Escuela. El fallecimiento de don Ángel en 1968 y el fracaso del proyecto de la Escuela anularon esta nueva expectativa de la BAC. Era Muniain quien en este período subrayaba la suma conveniencia de ampliar la producción BAC al campo cultural, social y económico, apunte que se manifestó en las obras dedicadas posteriormente al marxismo.

Dos visitas a Roma, la primera en 1965 y la segunda en 1968, confirmaban la necesidad de acometer cuestiones de actualidad, dado el giro que iba tomando la política nacional y sobre todo la internacional. Pablo VI algo indicó a este respecto en las dos audiencias especiales, que concedió a tales visitas. Algo diré de la de 1968. Pero antes debo declarar una decisión de don Máximo, que me afectó personal y decisivamente. Desde febrero de 1959 me hallaba trabajando en el diario YA, como redactor editorialista y secretario del Consejo de Redacción. En enero de 1968 me llamó don Máximo a su despacho y me dijo, sin previa declaración alguna, que debía dejar el Consejo del periódico y pasar enteramente a la BAC. Me sorprendió tal orden, porque era orden y de don Máximo. Expuse que podrían combinarse las dos tareas. Y con su energía, que en aquella ocasión no carecía de afecto evidente, me dijo que todo estaba resuelto y decidido. Me retiré, extrañado y baste este adjetivo para dibujar mi reacción; y fui a hablar con Muniain. Éste, que siempre y hasta su fallecimiento fue para mí algo así como un consejero y hermano mayor, me comprendió y me añadió que obedeciera.

Fui a ver a don Ángel, enero, repito, de 1968. Me oyó con la atención y el favor que siempre me mostró. Se hallaba en su lecho de enfermo –moriría poco después, a fines de julio de 1968–, le expuse la orden de don Máximo, escuchó mis razones, y me dijo literalmente, no olvido sus palabras: "José Luis, en este caso no debo ayudarte, haz lo que don Máximo te dice". Volví al despacho de don Máximo y le dije: "De acuerdo, a sus ordenes". Se echó a reír y me dijo: "Eres Secretario Técnico de la BAC. Pónte al habla con José María y todo el campo de reediciones y de nuevas ediciones queda a tu cuidado". Y desde enero de 1968 hasta octubre de 1989 la BAC fue mi constante novia laboral y apostólica. Concluyo este episodio con dos consideraciones. Primera: es Dios quién traza nuestros caminos con mano divina. Segunda: trabajé en EDICA y en la BAC con una identificación total, como si fuese mi propia empresa. Jamás me sentí extraño a ellas. Sus funciones eran las mías.

Otro momento. Mayo de 1968. Vigésimo quinto aniversario de la fundación de la BAC. Audiencia especial de Pablo VI. Todas las autoridades de EDICA fueron a Roma. Hay fotografía de la audiencia. Tuve que encargarme de la remesa de los cerca de 250 títulos de la BAC, que se regalaban al Papa Montini. Todos nos albergamos en el Hotel Michelangelo, cercano a San Pietro. Tuve que cuidar personalmente de la colocación de los libros BAC en la sala de la audiencia. En ella don Máximo recordó ante Pablo VI que la BAC se había guiado

en todo momento por el lema de la Asociación Católica de Propagandistas: "Servir a la Iglesia como ella quiere ser servida". Y Pablo VI, tras felicitar a los directores de BAC y EDICA, exclamó: "¿Quién no conoce a la BAC, rama cargada de frutos, que se entronca en ese árbol vetusto y vigoroso de La Editorial Católica? ¿Cómo no recordar al gran promotor, el querido Cardenal Ángel Herrera Oria?". Y tras estos significativos interrogantes, aludió a la capacidad de adaptación de la BAC a los nuevos tiempos. Palabras que subrayaron las preocupaciones, que tenían entonces los rectores de la BAC.

Dos meses después fallecía don Ángel y un año más tarde se abría el segundo período de la historia resumida en este postrer capítulo.

2. Nuevas vías editoriales

En 1969, si mal no recuerdo, en diciembre, don Máximo sufre una caída. Rotura del fémur de la pierna izquierda. Operación inmediata en el Sanatorio Ruber, de la calle madrileña de Juan Bravo. Le visitamos todos los días, para darle cuenta del trabajo y charlar con él. Y recuerdo perfectamente el diálogo, que tuvimos una tarde en su habitación. Él postrado en cama. A su izquierda, Muniain y a su derecha yo. Tema central de aquella tarde, el cuadro de iniciativas, que estábamos tratando, para impulsar las ventas. Y surge de pronto una propuesta, explicada por Muniain: ¿No convendría entrar en el campo de los fascículos? Era la época de los cuadernos vendidos en kioscos de prensa, para editar con entregas semanales o quincenales grandes obras de actualidad e interés general. El éxito estaba comprobado. ¿No podríamos hacer algo semejante en la BAC?

Don Máximo escuchó. No recuerdo exactamente sus palabras. Se mostró sorprendido y dijo que no era lo nuestro. Lo nuestro debía seguir siendo el libro. Habría que montar la nueva organización adecuada y disponer de la financiación necesaria. José María expuso que para la distribución por kioscos en toda España disponíamos ya de la organización del YA, y que en cuanto a financiación podría buscarse la fuente necesaria. Recuerdo bien que a don Máximo no le agradó la propuesta. Y así quedó la cosa por el momento. Pasaron varios meses. Don Máximo se recuperó, pero quedó afectado seriamente en su capacidad física. Y en diciembre de 1970 cesó en la dirección de la BAC tras 27 años de fecunda rectoría editorial. Recuerdo la comida, con que se despidió de todo el personal de la BAC y las palabras con que agradeció la leal colaboración, que le habíamos prestado; y no olvido su ruego de que continuáramos fielmente la obra por él y Munian comenzada. En los postres, el entonces jefe de la corrección de estilo, Honorato Martínez Pérez, que dominaba con soltura el arte poética, al menos como amateur, leyó un perfecto soneto, por él compuesto, dedicado a don Máximo con el título de Apóstol de despacho.

Al día siguiente, Honorato encontró en la mesa de su despacho un estuche con una pluma y un lapicero excelentes, regalo de don Máximo como agradecimiento a su gesto poético. Me agrada dar testimonio de este gesto, perfecto autorretrato del fundador de la BAC. Y desde mediados de 1970 quedó al frente de ella el segundo fundador, José María Sánchez de Muniain.

3. Nuevos proyectos

La primera medida, que el nuevo Director tomó fue la de crear dos subdirecciones: una, la económica, y otra, la editorial. Puso al frente de la económica a Rafael García Arteaga, anterior Jefe de la Secretaría; y colocó como responsable de las ediciones al autor de estos Apuntes. Año 1970. Pasé, pues, de la Secretaría Técnica a Subdirector de Ediciones. Y se produjo un dato de hecho, que advertí entonces y no se me ha olvidado. El cese de don Máximo fue acompañado por una especie de curioso alejamiento, causado en parte por su situación física, y en parte también por cierta voluntad nueva de apartamiento en la nueva dirección de la BAC.

Pronto José María Sánchez de Muniain puso en marcha la operación, que llamo de los fascículos. Iniciativa que se añadía a la fundamental del libro. Debo hacer constar que no se abandonó esta línea central de siempre. Para la puesta en marcha del fascículo don José María se sirvió fundamentalmente de Garcia Arteaga, sujeto bien capacitado para la nueva tarea. Yo, en cambio, permanecí atado al libro BAC. Y recuerdo con perfecta claridad de dibujo, color y situación, aquella mañana, en que hablando con Muniain, a eso del mediodía, mirando a la calle Mateo Inurria a través de uno de los dos amplios ventanales de su despacho, me preguntó José María si no me gustaba la idea de los fascículos. Le expuse que vo deseaba concentrarme en seguir la obra de los libros. Que no me consideraba ni preparado ni entusiasta de tal vía. Pero que le prestaría toda la ayuda posible. Me respondió, con la lealtad que le caracterizaba, que de acuerdo, que me concentrara en el libro. Los fascículos quedaban fuera de mi jurisdicción. Cuando días después, le conté esta conversación a don Máximo, éste me felicitó. Pude ver en su mirada, siempre tan expresiva, la satisfacción que le produjo mi decisión. Era continuar su obra.

Debo manifestar que desde la fecha del cese de don Máximo hasta su fallecimiento en 1982, mantuve la costumbre de visitarle periódicamente para hablarle de EDICA y de las cosas de la BAC. Le visitaba, al principio, en su casa de la calle Princesa esquina a Quintana, casa hoy derruida y suplantada por un nuevo edificio; y más tarde, en su nuevo domicilio del Paseo del Pintor Rosales, cercano a Marqués de Urquijo. Durante todo aquel tiempo le llevaba un ejemplar, todavía caliente, de las nuevas obras de la BAC y de las nueva reediciones

actualizadas. Era un tributo obligado de gratitud, admiración y también de resarcimiento por ciertos olvidos.

Unas palabras sobre la obra de los fascículos. Resultó, como se había previsto, un éxito económico pleno. Muniain y García Arteaga supieron crear la organización adecuada. La edición y la necesaria financiación tuvieron dos momentos. Al principio se formó una Unión Temporal de Empresas, de EDICA con la vallisoletana Editorial Miñón, de gran solera y larga historia en los libros de enseñanza. La fusión discurrió en todo momento con perfecto ajuste. Fue Presidente del Consejo de Administración Sánchez de Muniain y Vicepresidente, Fernando Altés, de Editorial Miñon. Pero posteriormente, y debido a la situación económica de EDICA, cesó la colaboración y continuó la edición fascicular en las solas manos de Miñón, con una nueva empresa, Ediciones Urbión, S. A., de la que fue Director General Rafael García Arteaga, quien hubo de cesar en la BAC y abandonar EDICA.

En cuanto a los temas abordados por los cuadernos, recuerdo varios. El primero fue dedicado a la Biblia con el título *La Biblia tenía razón*. El segundo, manteniendo la plena y preferente temática religiosa, se llamó *Jesús*. Su dirección técnica estuvo a cargo de una pluma maestra y de un corazón ejemplar, José Luis Martín Decalzo, el cual fue elaborando, al paso de la aparición de los cuadernos, toda una nueva Vida de Jesús. Le siguió *La Medicina y la salud*, de contenido abierto a las familias, cuya regiduría estuvo a cargo de Rafael Alcalá Santaella, catedrático de la Facultad de Medicina y Presidente por aquellos años de la Asociación Católica de Propagandistas. Una cuarta obra reprodujo con extraordinaria perfección de textos, elemento gráfico y comentarios los *Episodios Nacionales* del genial novelista canario Benito Pérez Galdós.

Durante estos primeros años de la década de los 70 continuó naturalmente la producción del libro BAC. Muniain supo mantenerla con vigor. En 1972 apareció la BAC Maior y en 1975 la BAC Popular. Eran la realización de lo decidido en los años 60 por don Máximo y José María. No olvido la satisfacción del primero al recibir el ejemplar de los títulos inaugurales, que le llevé, de ambas series. Eran a distancia obra suya. Cuando una tarde le comuniqué que Muniain había aceptado la propuesta de la operación editorial, que denominábamos "Reedicines 80", se le iluminó el rostro. Se reducía la operación, como he dicho en capítulos anteriores, a actualizar conforme a las nuevas investigaciones y con nuevos autores no pocas obras fundamentales de la BAC publicadas en los primero tiempos. "Eso es, me dijo, enriquecer la BAC y contribuir de nuevo a los fines que me propuse al crearla". Desde mi juventud respeté siempre a los mayores, a los ancianos, y pude reiterar ese respeto durante los años, en que acudí a don Máximo para consolarle en su larga enfermedad. Me lo recordó y agradeció su hija mayor Recuerdo, religiosa, cuando ya retirada y enferma la visitaba en Segovia.

4. Ediciones Ríoduero

Entramos en el último tramo de este capítulo final: la puesta en marcha de una nueva vía promovida por la BAC, *Ediciones Ríoduero*. Me limito a recordar el período previo de su creación y las realizaciones que tuvo en el campo del libro.

Seguimos en el primer lustro de la década de los 70. José María Sánchez de Muniain, Director, plantea la necesidad, no la mera conveniencia, de abrir nuevos caminos para atender a los campos de la cultura, de la economía y de la sociedad en general. Fuera de la BAC, con nombre nuevo, nueva demanda, y especialistas preparados, pero de acuerdo siempre con nuestra criteriología básica y la sana laicidad acentuada por el Vaticano II. Recordaba Muniain el comentario, que en su viaje a México en 1961, le había expuesto el Nuncio en la capital azteca sobre la obra que en esos campos realizaba el Fondo de Cultura Económica. Se decidió por ello a promover la nueva empresa. ¿Cómo llamarla?

Se barajaron varios nombres. Fueron días de animado debate colectivo. Informaba de vez en cuando a don Máximo, que veía con buenos ojos el intento. Y fue el autor de estos Apuntes el que propuso el nombre, que prevaleció: Ríoduero. Confieso que la inspiración venía directa de los versos de un romance maravilloso y de un escultórico soneto del gran poeta montañes, Gerardo Diego. Quiero reproducirlos parcialmente:

Río Duero, río Duero, nadie a acompañarte baja, nadie se detiene a oír tu eterna estrofa de agua.

Y en el segundo terceto del geológico y maravilloso soneto "Cumbre de Urbión":

Pero algo, Urbión, no duerme en tu nevero, que entre pañales de tu virgen nieve sin cesar nace y llora el niño Duero.

Aceptado por unanimidad el nombre, se inició el proceso para fijar la propiedad jurídica del título, pero encontramos la negativa por parte de la Confederación Hidrográfica del Duero, la cual tenía naturalmente un Boletín informativo con el nombre del gran río. Expusimos el contenido de nuestra pretensión, el carácter editorial del nombre. Y las autoridades de la Confederación accedieron de inmediato. Quedaron así administrativamente reconocida las nuevas *Ediciones Ríoduero*.

Pero quedaba lo principal: ¿Cómo y con qué libros comenzar la nueva andadura? Se recurrió al consejo de catedráticos y de profesionales amigos.

Hicimos una lista de entidades editoriales europeas, conocidas unas, ignoradas de nosotros otras. Fue con Muniain como comenzaron los primeros pasos. Los posteriores, de 1975 a 1989, quedaron a cargó desde 1975 del nuevo –tercer– Director de la BAC, Director ahora también de la nueva entidad, dentro por supuesto de EDICA, cuyo Consejo de Administración aprobó lo hecho.

Muniain apuntó la primera fuente: la Casa Herder, de Friburgo, bien conocida nuestra y cuya cúpula rectora y la misma familia propietaria de la gran Editorial nos habían honrado con su amistas personal. En dos ocasiones fui invitado a cenar –siete de la tarde– por el Dr. Herman Herder y su esposa. Y pude disfrutar además de una muy larga expedición por la Selva Negra acompañado por Herman. Incluso albergamos aquí en Madrid, en mi casa, durante una semana, a una de sus hijas, Guendolin.

Muniain había advertido que fuéramos poco a poco, de menos a más, y cuidando que los primeros pasos fuesen seguros. La BAC tenía ya su propia marcha consolidada. La marcha de Ríoduero tenía que ser lenta. Los pasos, bien calculados. A todo lo cual se añadía la situación que EDICA padecía de cierta contracción económica. Fui, pues, a Friburgo. Y algo hallé. También allí se encontraban con operaciones similares de ampliación editorial temática. Y me presentaron dos: una, los nuevos Diccionarios de bolsillo, los *Herder Lexicon*, y otra, de amplias dimensiones, titulada *Marxismo y Democracia*. Las examiné detenidamente, consideré que nos podían servir para empezar con Ríoduero. Me dijeron que nos darían toda clase de facilidades para la edición en EDICA. Y regresé a Madrid. Expuesto el asunto a Munian, éste me ordenó que se preparara la operación de las dos ofertas. Y se puso en marcha la edición.

El problema primero era buscar los equipos de traducción, para obras de contenido técnico y de un alemán no siempre fácil, dado el número de autores y la plural temática tanto de los diccionarios como en los volúmenes dedicados al marxismo y la democracia. Pero encontramos el equipo de traductores bien preparados.

Entre 1977 y 1985 su publicaron 24 *Diccionarios Ríoduero*, 10 de ciencias de la naturaleza –Geología y Mineralogía, Física, Botánica, Bioquímica, Biología, Química, Zoología, Física del espacio, Matemáticas, y Forjadores de la ciencia–; y 14 del campo de las letras –Geografía, Países de la tierra, Ecología, Pedagogía, Arte, Historia universal (I y II), Mitología griega y romana, Literatura (I y II), Antropología cultural, Psicología, y Sociología– . Eran léxicos de alta divulgación, con un contenido que osciló entre 1 500 y 2 800 entradas, concisión explicativa y cuidada actualidad. Estos Diccionarios eran versión de lo originales alemanes, pero con adaptaciones al lector hispano. A las 2 100 entradas del titulado *Forjadores de la ciencia*, añadió 150 el traductor español, Julio Álvarez,

investigador del acreditado y moderno Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Y de Alemani, Friburgo, paso a Italia, Galarate, en la Lombardía. Por medio de los profesores de la Facultad de Filosofía de la Gregoriana nos pusimos en contacto con la Facultad de Filosofía, que allí tenía la Compañía de Jesús. Y se concertó la versión española de un monumental *Diccionarios de Filósofos*, que se publicó en 1986. Este diccionario se movía en el nivel técnico de estudio y consulta de especialistas, con más de 3 500 entradas relativas a filósofos y movimientos filosóficos. Se había preparado el segundo volumen, complementario del anterior, *Diccionario de ideas filosóficas*, cuyo texto español estuvo en parte disponible, pero no vio la luz , tras el cambio de titularidad de la BAC. Eran obras que por su amplitud, seriedad y cobertura moderna de la materia honraron a Ríoduero.

Hubo una tercera línea en este sector editorial del nuevo sello de EDICA y BAC. Obedeciendo al criterio de adentramos en zonas editoriales periféricas no abordadas por la BAC, se publicaron dos diccionarios más, el dedicado a la Psicología y el que abarcaba las ciencias de la educación. En 1979 aparecieron los tres densos volúmenes del *Diccionario de Psicología*, editado por Herder en 1971-1972 y traducido ya en cinco idiomas. También ahora se incluyeron en nuestra edición, españolizada, todas las actualizaciones nacionales de carácter científico y de escuelas de la disciplina, tanto en el aspecto metodológico como en el estrictamente científico. Cuatro años más tarde, en 1984, publicamos, dentro del sello Ríoduero, el Wörterbuch der Pädagogie, editado también por la Casa Herder en 1977. Se encargó de preparar la edición española todo un equipo de redacción dirigido por Isabel Gutiérrez Zuloaga, catedrática de Historia de la Pedagogía en la Complutense. Se reiteró la técnica obligada de españolizar el texto, y por ello se modificó en sentido ampliatorio el mismo titulo de la traducción: *Diccionario de Ciencias de la Educación*, y se añadieron nuevos artículos. Colaboraron en el equipo de redacción Jesús Beltrán Llera, catedrático de la Complutense, y Bernabé Baldomero Martín, Luis Jiménez Martín y Anastasio Martín Navarro, los tres profesores de la Universidad madrileña.

Al margen de los diccionarios, y simultáneamente, tras una conversación con José María Sánchez de Muniain, entonces Presidente de la Junta de Gobierno de EDICA, se decidió aceptar la propuesta que nos había hecho Bartolomé Mostaza Rodríguez, de una amplia colección de toda la poesía española. Era Bartolomé hombre de EDICA, consejero de Redacción del YA, Jefe de la Sección de Internacional, certero crítico literario, gran humanista y alto poeta, amén de excelente persona y amigo entrañable. En 1981 publicamos su Panorama de la poesía española en castellano. El volumen I abarcaba de la Edad Media al Renacimiento (siglos XI-XVI). El segundo recogía la amplísima

producción poética del Renacimiento –segunda época– y del entero Barroco. Tanto la Introducción general, cabecera de la obra, como las introducciones particulares de épocas y autores, constituyen casi una extensa y excelente historia de la poesía castellana.

Como Bartolomé nos manifestó, esta singular antología era fruto de un trabajo de recopilación, que venía reuniendo, acumulando ordenadamente, desde sus años de universidad; trabajo, que se vio aventado por las vicisitudes de la Guerra Civil, y que él fue recomponiendo posteriormente. Los dos índices de versos iniciales, que facilitan la búsqueda de un poema, fueron confeccionados por Guadalupe Gutiérrez Carreras.

Nos entregó los materiales de los dos tomos siguientes. Y se dieron dos circunstancias: dolorosa una, y extraña la segunda. Murió Bartolomé en 1982 sin que pudiera gozar de la vista del segundo tomo de su *Panorama*. Y nada he podido saber sobre el destino de los materiales, que, ordenados, estábamos preparando para la imprenta, cuando cesamos en la BAC en 1989.

Nos queda en este recuento otra obra, que bien merece el adjetivo de monumental por sus dimensiones, su contenido, el número de sus autores, e incluso por su actualidad no del todo mermada. Me refiero a la colección titulada *Marxismo y Democracia*. En mi última visita a la Casa Herder pude ver los 34 volúmenes que la integraban y comprobar su actualidad. En 1966 la Fundación Cultural del Partido Democristiano de Baviera había financiado un estudio muy amplio sobre el comunismo soviético y la democracia de Occidente. Publicado el trabajo primeramente en 4 grandes volúmenes, Herder los había editado en 1971 en forma de diccionario y con arreglo a las varias disciplinas académicas. Contratamos con Herder la edición en lengua castellana. Y de 1973 a 1977 fueron apareciendo sucesivamente las diferentes series: Economía, 6 volúmenes; Historia, 9; Política, 7; Filosofía, 5; Derecho, 2; Conceptos fundamentales, 5.

Respondía este gran esfuerzo, realizado por numerosos colaboradores especialistas, a la necesidad de desenmascarar al comunismo soviético, dominador entonces de la Europa oriental, y consolidar las perspectivas de la democracia propugnada por el Occidente libre. Por otra parte, en lo que toca a España, estábamos en el período de la transición política del anterior Régimen al llamado nueva Democracia. La obra parecía proporcionar materiales oportunos para ambos intentos. No resultó del todo satisfactoria la respuesta de la demanda, aunque se vendieron no pocas colecciones completas. Y este fue el último tramo de Ediciones Ríoduero.

Simultáneamente la BAC había proseguido su trabajo editorial. De ello queda constancia detallada en los capítulos anteriores.

Epílogo

Al concluir la redacción de estos Apuntes, confieso la sensación de inesperado asombro, que he ido experimentando al escribirlos, y contemplar, sin presunción alguna, tras cinco lustros de separación en el tiempo, la total labor realizada por cuantos trabajamos durante prácticamente seis décadas en el tajo del apostolado seglar de la edición católica.

Lo hicimos a pie del libro, como quien va levantando día a día un bosque, atentos al nuevo árbol y a los nuevos riegos diarios sin la perspectiva global de lo hecho. Avanzábamos todos sin percatarnos de las dimensiones, que iba adquiriendo el robledal que quedaba atrás. La atención a la monotonía de la diaria tarea nos impedía contemplar lo que iba quedando a nuestras espaldas. Nuestra mirada caía sobre lo inmediato. El impulso del servicio no nos permitía concentrarnos en la contemplación narcisista de lo realizado. Bastábale a cada día su esfuerzo, su satisfacción y su descanso.

Pero ahora, en la distancia, nos es dado contemplar el total territorio de la finca, sus diferentes plantaciones y cultivos, y ante esta visión de conjunto, que se nos abre desde la alta cota de un vuelo mnemotécnico, la expresión, que surge en el corazón y se asoma a los labios de cuantos trabajamos como obreros de esta viña de la BAC, viña del apostolado seglar, no es otra, ni puede ser otra, que la evangélica de que todos, los de aquí y los de allá, fuimos y somos siervos inútiles en la viña del Señor. A solo Dios se deben el honor y la gloria.

Segunda consideración. Si de la vista panorámica pasamos la mirada a las distintas parcelas de la finca total, varias son las conclusiones en cuanto a temas, autores y destinatarios. Para comprobar la variedad temática basta el repaso de los capítulos del Índice general. Mayor detención requiere la significativa pluralidad de los autores: Papas, obispos, clero diocesano, seglares y sacerdotes del clero religioso. En su mayoría españoles, algunos extranjeros. Puede concluirse que de hecho los clérigos de no pocas diócesis españolas y los miembros de muchas órdenes, congregaciones e institutos religiosos aparecen en el gran catálogo general de la BAC. Y una vez más he de decir que fueron todos ellos los que han hecho de la BAC lo que la BAC ha sido y es. Respecto

de los destinatarios se tuvo en todo momento a la vista los diferentes niveles de lectores, el común o popular, el intermedio de los católicos cultos, y el especializado por los distintos ministerios eclesiales.

La BAC comenzó como pequeña semilla, que en virtud de la dinámica sobrenatural, cuidada y sostenida por los adecuados medios temporales, fue convirtiéndose en extensa y variada arboleda frondosa. Y no está de más acentuar el carácter sustantivo de que fue obra concertada, abierta a toda la Iglesia, sin asomo alguno de exclusivismo corporativos. Comenzó y continuó siendo obra de general servicio católico, es decir, universalmente eclesial, de todos y para todos. Queda, sin embargo, en este recuento de temas, autores y destinatarios, un cuarto grupo del total repertorio reunido por la BAC: el de los santos y beatos, ellas y ellos, de cuyas obras, biografía y espiritualidad, como he anticipado en el Prólogo, quiso ser la BAC vehículo editorial, escaparate actualizado, y devoto muestrario cordial.



Apéndice I

La Biblioteca Pax de El Debate

Fue la Biblioteca PAX revista popular de cultura religiosa e hispánica, promovida por Ángel Herrera Oria, director de *El Debate*, publicada por EDICA, y dirigida por dom Rafael Alcocer, monje benedictino de Silos. Tuvo las siguientes secciones: Bíblica, Doctrina, Vida cristiana, Historia, Hagiografía, Gestas hispánicas, Figuras de España, Arte español, "Ad fontes" ediciones. 158 páginas de extensión. Precio, 80 céntimos. Iniciada en octubre de 1935, quedó interrumpida en julio de 1936. Los cuadernos publicados fueron los de la siguiente relación.

- *Iniciación litúrgica*, por dom Rafael Alcocer, O.S.B., 1.10.1935.
- *Orellana y la jornada del Amazonas*, por Huberto Pérez de la Ossa, 15.10.1935.
- La era sangrienta de las persecuciones, por dom Sebastián Ruiz, O.S.B.,1.11.1935.
- Lope de Vega, por Nícolás González Ruiz, 15.11.1935.
- *La educación cristiana de los hijos*, por Juan Moneva y Puyol, 1.12.1935.
- Egeria, la peregrina española, por dom Bruno Ávila, O.S.B.,15.12.1935.
- El año litúrgico, por dom Rafael Alcocer, O.S.B.,1.1.1936.
- *Monardes y el exotismo médico en el siglo XVI*, por Carlos Pereyra, 15.1.1936.
- Estudios sociales sobre temas candentes, por Severino Aznar, 1.2.1936.
- Cómo fue la guerra de la Independencia, por Juan M. Priego, 15.2.1936.
- *Jesús de Nazaret*, por Juan Domínguez Berrueta, 1.3.1936.
- Labor cultural de los misioneros españoles en América, por Manuel Ballesteros Gaibrois, 15.3.1936.
- Fray Juan de los Ángeles, por Juan Domínguez Berrueta, 1.4.1936.
- *Almagro y la epopeya de los Andes*, por Huberto Pérez de la Ossa, 15.4.1936.
- San Isidoro de Sevilla, por Manuel Ballesteros Gaibrois, 1.5.1936.
- *La miniatura española primitiva*, por Arturo García de la Fuente, O.S.A.,15.5.1936.

- Las pasiones, por Luis Urbano, O.P., 1.6.1936.
- *La educación cristiana de los hijos (2ª parte)*, por Juan Moneva y Puyol, 15.6.1936.
- Los apologistas del siglo II, por Salvador Minguijón, 11.7.1936.

Apéndice II

La Colección Pro Ecclesia Et Patria

Recojo en este Apéndice los volúmenes, que formaron la colección *Pro Ecclesia et Patria*, que, promovida por el Presidente de la Junta Centra de la Acción Católica Española, Ángel Herrera Oria, y dirigida por Máximo Cuervo Radigales, publicó la Editorial Labor, de Barcelona. Fue esta Colección un inmediato precedente de la Biblioteca de Autores Cristianos.

- Raimundo Lulio, por Lorenzo Riber, 1935.
- San Juan de la Cruz, por Crisógono de Jesús, 1935.
- *Un siglo de cristiandad en el Japón*, por Constantino Bayle, 1935.
- El arte gótico en España, por Juan Contreras, Marqués de Lozoya, 1935.
- *El arte románico en España*, por Emilio Camps Cazorla, 1935.
- Aurelio Prudencio, por Lorenzo Riber, 1936.
- El Padre Claret, por Pío Zabala, 1936.
- Don Rodrigo Jiménez de Rada, por Manuel Ballesteros Gaibrois, 1936.
- España en Lepanto, por dom Luciano Serrano, 1935.
- Santa Teresa de Jesús, por Crisógono de Jesús, 1936.
- *Vida de Lope de Vega*, por Joaquín de Entrambasaguas, 1942.
- La Inquisición en España, por Bernardino Llorca, 1936.
- La expansión misional de España, por Constantino Bayle, 1936.
- Francisco de Vitoria, por Vicente Beltrán de Heredia, 1939.
- San Isidoro de Sevilla, por dom Justo Pérez de Urbel, 1945.
- San Ramón de Penyafort, por Fernando Valls Taberner, 1936.
- La filosofía española de Luis Vives, por Mariano Puigdollers Oliver, 1940.
- *La Reina Isabel, fundadora de España*, por Félix de Llanos, 1949.
- Fernando el Católico, por Andrés Jiménez Soler, 1941.
- El gentilhombre Íñigo López de Loyola, por Pedro de Leturia, 1941.
- El monasterio en la vida española de la Edad Media, por dom Justo Pérez de Urbel, 1942.

- Jaime Balmes, político, por Ernesto La Orden Miracle, 1942.
- *El Arzobispo don Raimundo de Toledo*, por Ángel González Palencia, 1942.
- El Cardenal Mendoza, por Abelardo Merino, 1942.
- Santo Domingo de Guzmán, por Desiderio Díez de Triana, 1945.
- Osio, Obispo de Córdoba, por Hilario Yeben, 1945.

Apéndice III

La función social del editor

En el Círculo de estudios del Centro de Madrid, de la Asociación Católica de Propagandistas, se analizó durante el curso 1952-1953 el tema de "La función social de las profesiones". Desarrolló una de las 15 conferencias don Máximo Cuervo Radicales, propagandista y Director de la Biblioteca de Autores Cristianos. Versó su ponencia sobre la función social del editor. Se reproduce a continuación íntegramente el texto publicado en el Boletín ACdP, número 524-525. 15 de julio- 1 de agoto de 1953, página 2-5.

En este cursillo, dedicado por nuestra Asociación, al estudio de la función social de las profesiones, me ha correspondido hablar de la función social del editor, y he aceptado con gusto el encargo por tratarse de materia, que, como sabéis, me ha atraído con irresistible vocación desde mi juventud.

La división del trabajo ha hecho surgir las profesiones. Profesiones naturales y elementales en los primeros estadios de la humanidad; profesiones más clasificadas después; profesiones superclasificadas hoy. No voy a detenerme a hablaros sobre la función social del trabajo humano, común a todas las profesiones, materia de otras conferencias del cursillo; y sí sólo de la que específicamente es atinente al editor en el ejercicio de su profesión.

En qué consiste la profesión del editor.

Como anticipo esquemático de la misión del editor diremos que ésta consiste en fabricar libros y periódicos.

Si la superclasificación de profesiones, que acabo de mencionar, no hubiera rebasado este concepto profesional del editor, creando ya hoy mismo nuevas y distintas profesiones en la actividad editorial, podríamos decir con toda propiedad que el fabricante de películas edita películas, que el director de una emisora de radio edita emisiones, (si se me permite la redundancia gramatical), que el fabricante de discos transmisores del sonido los edita también, como podríamos ya hoy hablar de las ediciones de microfilmes. Y así se emplea a veces con estos significados la palabra "editar".

Y con razón, porque a todos ellos liga un común esfuerzo para difundir, por los medios que el progreso y la técnica han puesto al alcance del hombre, la ciencia, el arte, la religión y la cultura, o simplemente la curiosidad, la utilidad, o el esparcimiento.

Queda hoy, sin embargo, la profesión de editor, tal y como el concepto general la entiende, referida a la publicación de la palabra impresa en el periódico o en el libro. Y reduciendo más el concepto, cuando no se puntualiza que los editores lo son de periódicos, y decimos sencillamente "editores", nos referimos tan sólo a los editores de libros. Así, cuando mencionamos una asamblea de editores, se sobrentiende que participan en ella tan sólo los editores de libros.

Cuando Su Santidad recibió a la Unión de Editores Católicos de Italia, no hizo falta mayor esclarecimiento para saber que fueron los editores de libros los recibidos por el Papa. Dejo, pues, deliberadamente al margen de esta intervención mía, todo cuanto se relaciona con la prensa periódica, y la refiero exclusivamente a la palabra impresa en el libro, tal como hoy le conocemos.

Para determinar después lo que es la función social del editor será bueno explicar minuciosamente lo que es la profesión de editor. Para realizar su misión, el editor ha de relacionarse:

- a) Con los autores o preparadores de los volúmenes.
- b) Con las imprentas y encuadernaciones, que los fabriquen.
- c) Con los distribuidores que los repartan.
- d) Con las librerías que los acerquen al público

Estas funciones de impresión y distribución están a veces asumidas por la misma entidad editora, y a veces no.

Del acierto en la elección de autores y de materias, de adecuar a la naturaleza y extensión de la obra su impresión, tamaño y presentación; de su propaganda y publicidad, de su distribución eficaz y rápida, del conocimiento del mercado para establecer la tirada, de la fijación del precio justo, de la época de salida de la obra, de sus condiciones para luchar con ventaja con otras similares en el mercado, depende en gran parte el éxito del esfuerzo. Poco más o menos, lo mismo que sucede con cualquier otra mercancía.

Mas si la profesión de editor no tuviera otra proyección que la de colocar libros, como se colocan paraguas o zapatos, no merecería, de seguro, un lugar especial en este cursillo, que tan celosamente ha organizado nuestra Asociación.

1. Cuál es su función social

¿Qué es lo que cualifica moralmente a título de última diferencia la profesión de editor? El ser el libro vehículo maravilloso y rapidísimo, y al alcance de masas ingentes, del pensamiento humano.

Y es al considerar esta especialísima naturaleza de la mercancía "libro", cuando se ofrece su valoración exacta como instrumento de propaganda para el bien o para el mal, para la defensa de la fe o para la propaganda de la herejía, para fomentar el sentido cristiano de la familia o para difundir la sensualidad o el envilecimiento de la mujer; para, en el combate de la vida, luchar con eficacia extremada por la buena causa o contra ella. Función mayor, si se considera la soberanía irresponsable del libro, aun la del mal libro.

Y si nos preguntamos si no hay normas restrictivas de carácter coactivo, que impidan el mal que los libros malos producen, tenemos que contestarnos con dolor que normas eficaces no las hay, ni fácilmente puede haberlas. La forma más eficaz, si no la única, de luchar contra los malos libros son los buenos libros. De aquí la necesidad apostólica de la labor editorial al servicio del bien.

Hay armas políticas y legales de gran eficacia para limitar la libertad de la prensa periódica; y en cambio tal vez por un residuo de liberalismo, o acaso por una razón de intereses gremiales, se ha incurrido en el fetichismo de la adoración del libro; y se le ha dado, sólo por serlo, salvoconducto amplísimo, confundiendo el vehículo, que es la materialidad del libro, con lo en él contenido, que puede ser bueno o nocivo moralmente, de valor o sin valor en el orden científico, conveniente o inconveniente en el del esparcimiento o de la cultura.

Por eso, ya son ineficaces las sanciones; en cambio, cuando se trata de premiar o fomentar, cuando se habla de protección al libro, de exenciones y privilegios a favor del libro, hemos de ponernos en guardia para clamar con toda nuestra fuerza que no todos los libros los merecen, ni todos los merecen por igual. No ha sido ajeno quien os habla, a la consecución de ventajas oficiales para la exportación del libro; y quien logró disfrutarlas en primer término y en grado exorbitante fue una editorial de novelas de muy escaso valor literario y moral.

Supuesta, por tanto, esta libertad de hecho, que asiste al editor para realizar su profesión, la función social, que realice va ligada íntimamente a la honestidad cristiana, con que ejerza su trabajo. El picapedrero, como el que saca a brazo agua de un pozo, realizan su esfuerzo al margen de toda trascendencia moral, bastándoles tan sólo para sobrenaturalizarlo, que se lo ofrezcan a Dios con amor.

El editor cumple su misión, cuando la liga de una manera estrecha y constante a la finalidad de difundir la verdad, la belleza o la espiritualidad, en todas sus manifestaciones, al servicio del bien común.

Por eso ha podido decir el Santo Padre a la Unión de Editores Católicos Italianos en 1942, refiriéndose a la terrible responsabilidad del editor, las siguientes palabras: "Es oficio del buen libro educar al pueblo con una mayor comprensión de las cosas, y enseñarle a pensar y reflexionar. Por eso, os auguramos una conciencia cada vez más íntima de vuestra responsabilidad con respecto al hombre, que tome en las manos vuestros libros, ya que su más alto valor, su perfeccionamiento intelectual y moral debe, a través de estas lecturas, avanzar, progresar, y no sufrir nunca daño. Esta conciencia de vuestra responsabilidad, que es también responsabilidad ante Dios, querría que fuese uno de los frutos de vuestro Congreso".

Responsabilidad inmensa ante Dios. Irresponsabilidad absoluta ante la ley. Eficacia maravillosa en la acción. Para el bien. Para el mal.

2. ¿Cómo cumplirla?

Planteada la trascendencia de la función del editor, ¿cómo se llenará?

a) Criterio negativo.

Existen dos grados, digámoslo así, en el cumplimiento de ella. El primero, negativo, consiste en no hacer lo prohibido. Hemos de acudir al Código de Derecho Canónico y a la teología moral, y someternos a sus mandatos de una manera absoluta y sin reservas.

La Iglesia, en el capítulo II del título 23 del Código de Derecho Canónico, ejerce su potestad en materia editorial, prohibiendo la lectura de determinados libros (canon 1395); establece la obligación de denunciarlos, que alcanza a los fieles (canon 1396); y extiende su prohibición a la edición, lectura, conservación, venta o traducción (1398).

Por la materia, la prohibición se extiende, entre otros, a los que defienden la herejía o el cisma, atacan la religión o las buenas costumbres, injurian a la jerarquía eclesiástica o al estado religioso, declaran lícitos el duelo o el suicidio, hacen la apología de la masonería, defienden el divorcio o relatan o enseñan ex profeso materias lascivas u obscenas. Por lo que a estas últimas materias se refiere, los libros no pueden prestarse ni conservar estos libros absolutamente (canon 1399).

Y por lo que a los demás libros prohibidos se refiere, su venta la restringe el Código a los casos, en que tengan licencia, y queda limitada en la forma que determina el canon 1404. Por la forma de prohibición, la Iglesia prohibe ciertos libros, bien en forma general (canon 1399), bien en forma especial, incluyéndolos en el "Índice de libros prohibidos". Por donde el hecho de no estar incluido un libro en el "Índice" no quiere decir que no esté prohibido.

Por último, los editores de libros en los que se defiende la apostasís, la herejía o el cisma, y los que los leen o retienen en su poder, incurren *ipso facto* en excomunión reservada de modo especial a la Santa Sede (canon 2318). Tan celosa es la Iglesia en defender a los fieles contra los malos libros.

b) Criterio positivo.

Pero existe otro grado, que pudiéramos llamar positivo, porque en éste no se trata de no hacer, sino de hacer el bien. De hacer cuanto podamos en orden a construir un mundo mejor con nuestro trabajo. Un mundo donde se haga mejor la voluntad de Dios.

"Sólo se ejercita con honradez una profesión, cuando con ella, sin desvirtuar su autonomía y su función específica, se ayuda a despejar la incógnita de los problemas universales, que hoy acucian nuestra existencia". Estas palabras del prólogo de la edición española del libro italiano "Las profesiones de cara a Cristo", en el que se publican las conferencias del curso cristológico de 1942 organizado por la Obra "Studium Christi", son las que inspiran mi posición en el asunto.

Mario Salani, el editor italiano, que publicó en dicho curso la conferencia sobre "Editores y libreros", (conferencia, que, por otra parte, se debiera divulgar amplísimamente en nuestra Patria), enunciaba así la angustia del problema: "¿Cuáles son los libros que circulan? ¿Qué hacer para sostener el negocio? ¿Cómo hacerlo prosperar?" Y a renglón seguido justificaba cumplidamente que no peligra en absoluto el negocio por observar la ley de Dios.

Es el mismo editor Salani, quien, aludiendo además a determinados grabados de desnudos, sigue después, haciéndose las siguientes interrogaciones: "¿Por qué no deberíamos empeñar toda nuestra vigilancia para controlar la producción literaria, que por medio de nosotros se ofrece al público que lee? ¿Por qué, en sentido positivo y negativo, ofreciendo publicaciones, que reflejen el bien e impidiendo el paso a todas las demás, no damos este testimonio de fraternidad cristiana, que en nosotros, bautizados y creyentes, debiera ser inseparable del ejercicio de nuestra profesión? ¿Por qué no hacemos con los de los demás lo que quisiéramos que hicieran con los nuestros?...La moral del novelista puesta en el libro llega a ser nuestra misma moral. Estas lecturas,

especialmente las de los años jóvenes, no es posible que pasen sin dejar huellas, por lo que nunca serán excesivos los cuidados puestos por nosotros, los editores, en la selección y revisión de los libros destinados a la juventud".

Esto lo dice un editor italiano. ¿Por qué no lo hemos de hacer nuestro los editores españoles?

Hay un grado más, digámoslo así, en orden a la eficacia moral y a la trascendencia social de la labor editorial, y estriba en organizar *ad hoc*, para llenar una necesidad espiritual, o científica, o recreativa, realizándola con limpieza y a banderas desplegadas. Esta actividad, positiva e intensamente buena, para la que hay clima espiritual sobrado de producción y de éxito editorial en nuestra Patria, daría de seguro, si se realizara con perfección, mucha gloria a Dios y cuantiosos frutos editoriales. Pienso ahora especialmente lo que sería, acometida por hombres decididos y de espíritu apostólico, la edición de una o varias grandes colecciones de novelas de méritos literarios, y escogidas, clasificadas en tres grados, según la edad, para niños, para jóvenes y para mayores.

Ya es meritísimo lo que se viene haciendo en este orden de saneamiento con el "Índice de Orientación Bibliográfica", que publica el órgano de Acción Católica Española, *Ecclesia*. Por lo demás, la valoración del libro en esta época de adelantos sorprendentes y maravillosos para la comunicación y transmisión del pensamiento humano, no sólo no decae, ni retrocede, sino que aumenta. Es el propio Pío XII, en su antes citada alocución a los editores italianos, quien nos lo dice.

"Vivimos en la época de la cinematografía y de la televisión. Sin duda, ambas han absorbido para sí una notable parte del tiempo, que antes pertenecía a la palabra impresa. Pero ocurre que ellas, por su parte, proporcionan al buen libro un valor acrecentado, porque, aun reconociendo plenamente la importancia de la técnica y del arte del film, sin embargo, el influjo unilateral, que éste ejerce sobre el hombre, y especialmente sobre la juventud con su acción puramente visual, lleva consigo tal peligro de decadencia intelectual, que ya se comienza a considerarlo como un peligro para todo el pueblo".

Para lograr con desembarazo esta finalidad apostólica y de superación, (doy por descontado que todos nosotros tenemos este anhelo apostólico), hay que establecer un punto de partida firme, que en definitiva es el secreto del éxito en todos los sectores de la actividad humana; y que consiste en procurar constantemente realizar nuestro trabajo con perfección creciente.

Cuando la empresa guarda como un tesoro el decoro profesional con las obras que edita, y procede con seriedad ininterrumpida en el orden comercial, y procura servir honestamente al público sin defraudarlo ni en la calidad del libro ni en el precio, se sienta la base del prestigio profesional. Nos bastaría recordar varios nombres españoles de editores, que han prestigiado la profesión por su limpieza moral y por su esmero editorial.

Llenado este primer supuesto, la función social se amplía, ejerciendo directa o indirectamente el debido influjo sobre los compañeros de profesión y, lo que es más importante, sobre los autores y sobre el público. El editor, que cimiente así su prestigio, podrá un día alzar la bandera de la limpieza mora corporativa, como Salani propone; y podrá de rechazo influir en los autores, a los que en cierto modo impondrá, si preciso fuese, el decoro obligado; y a la larga podrá influir en el mismo público, porque si bien es cierto que el público manda al editor, no lo es menos que al público se le educa y se le encamina en cierto modo a adquirir lo que fue editado con decoro moral y científico, en una estrecha corriente de interdependencia de influjo y de servicios.

3. Una anécdota

Para terminar os recordaré aquella conocida anécdota del arquitecto director de las obras de una catedral, que se acercó sucesivamente a algunos obreros, que trabajaban en las piedras de aquélla y les preguntó lo que hacían.

- Pico piedra –le contestó el primero–, con aire inteligente, continuando su trabajo.
- Se acercó a otro con la misma interrogación, y éste le respondió ya con signos de racionalidad de hombre, pero sin mayores horizontes.
 - Gano el sustento para mi familia.

Se acercó por fin a un tercero, quien, contemplando con mimo y orgullo su trabajo, le contestó:

- Hago una catedral.

Este sentido de hacer una catedral con nuestro trabajo es el que llena de contenido social todas las profesiones, desde la humilde de picar piedra hasta la más excelente. Tal es la importancia y contenido social de la excelsa profesión de editor.

Solamente se recogen en este Índice los nombres de personas. Con una excepción y un añadido. La excepción afecta a tres nombres, por estar presentes en todos los capítulos. Me refiero a los fundadores de la BAC: Máximo Cuervo Radigales y José María Sánchez de Muniain; y al cofundador, Ángel Herrera Oria. Consiste el añadido en la mención particular de tres instituciones íntimamente ligadas a la BAC: La Editorial Católica, S. A., con el diario El Debate, la Asociación Católica de Propagandistas, y la Pontificia Universidad de Salamanca.

Α

Abril Martorell, Santos: 193.

Acebal, Juan Luis: 77.

Acharupambil, Daniel: 93.

Adam, Kart: 108.

Aguado, Afrodisio: 42 58.

Aguilar, Manuel: 57.

Aguirre, Emiliano: 251.

Agutín, san: 113 134 135 140 222.

Alameda, Julián: 81.

Alastruey, Gregorio: 45 120.

Alberico, san: 202. Albistut, José L.: 151.

Alcalá Santaella, Rafael: 267.

Alcocer, Rafael: 24.

Aldama, José A.: 89 90 93 94 120

122 191.

Alejandro, José M.: 101.

Alfonso M. de Liborio, san: 150 228.

Alluntis, Félix: 88.

Alonso Díaz, José: 62 67.

Alonso Lobo, Arturo: 84.

Alonso Morán, Sabino: 75 76 77 84.

Alonso, Gustavo: 151. Alsina, Jordi: 151.

Altaner, B.: 143.

Altés, Fernando: 267.

Álvarez Gastón, Rosendo: 182.

Álvarez, Julio: 271. Ambrosio, san: 139. Amigó Ferrer, Luis: 159. Amigo Gallego, Carlos: 108.

Amorós, León: 87.

Andrés, Melquíades: 139 202.

Ángela de la Cruz, santa: 153 228.

Ángeles, Juan de los: 201. Aniz, Cándido: 84 85. Anselmo, san: 81. Antón, Ángel: 114 115. Antón, José Luis: 52.

Antonio M. Claret, san: 26 150 151 158.

Aperibarry, Bernardo: 87 88. Aranguren, Iñaqui: 204. Arconada, Ricardo: 67. Arenillas, Pedro: 86 185. Arnaldich, Luis: 68.

Arregui, Antonio M.: 91.

Arrupe, Pedro: 47 158 213 228.

Arruti, Bernardo: 215. Artola, José M.: 85. Asensio, Félix: 67.

Asociación Católica de

Propagandistas: 15 23 25 29 42 43 44 45 82 120 131 135 169 196 213 231 234 240 242 243 254 255 263 265 267.

Astete, Gaspar: 179.

Aurelio Prudencio: 26 249.

Ayala, Ángel: 23 255. Ayala, Francisco J.: 84. Ayán, Juan J.: 107 144.

Ayer, A. J.: 100.

Ayuso, Guillermo: 50. Ayuso, Teófilo: 61.

Azcona, Severiano: 148. Azcona, Tarsicio: 220 223.

Aznar, Federico: 77.

В

Back, Fidel: 67. Bacon, Roger: 100.

Bádenas Rodrigo, Pedro: 53.

Baldomero Martínez, Bernabé: 270.

Ballano, Mariano: 204.

Ballesteros Gaibrois, Manuel: 93.

Ballet, P.: 61.

Balmes, Jaime: 26 102 252. Balthasar, Hans: 117 118.

Bandera, Armando: 84 85 185 197.

Bango Torviso, Isidro: 220.

Barbado Viejo, Francisco: 35 45 57 67

75 82 83 122 126 177.

Barcenilla, Alejandro: 170. Bartina, Sebastián: 67. Basterrechea, José P.: 157. Bastián Mañas, José M.: 52.

Batllori, Miguel: 245. Baum, William:192. Beguin, Pierre: 146.

Beltrán Llera, Jesús: 270.

Beltrán, Joaquin: 146.

Benavent Escuín, Emilio: 241 259.

Benedicto XIV: 236. Benedicto XV: 174. Benedicto XVI 205 237. Benéitez, Manuel: 62. Benelli, Giovanni: 47 257.

Benítez Sánchez-Blanco, Rafael: 221.

Benito Menni, san: 159.

Benito, san: 149. Bermejo, Jesús: 150. Berna, Ángel: 120.

Bernardino, Ángelo: 144. Bernardo, san: 137 202 203. Bertini, Giovanni M.: 132 135.

Biain, Salvador: 146.

Blanco Cordero, Celestinno: 76. Blanco García, Vicente: 139.

Blanquet, José: 160. Blázquez, Nicolás: 85. Boecio, Severino: 100. Bolando, los: 174. Born, Max: 252.

Bossuer, Benigno J.: 134.

Bover, Isidoro: 121.

Bover, José M.: 58 59 61 108 120 121.

Brates, Luis: 67. Bravo, Carlos: 67.

Bravo, Gumersindo: 70 116 170 191.

Briongos, Eleuterio: 151. Bruno, Giordano: 100.

Bruno, san: 151. Bruyne, Edgard: 247.

Buenaventura, san: 87 146 204 205.

Bueno Monreal, José M.: 180.

C Cetina, Melchor: 201. Champurcín, Ernestina: 246. Caba, José: 94 109. Chinea, Gerardo: 51. Caballero, José: 65. Cicognani, Gaetano: 44 47 57 75. Cabodevilla, José M.: 211 212. Cicognani, Hamleto: 184. Cabreros de Anta, Marcelino: 75 76 77 Ciller, José M.: 151. 185. Caldentey, Miguel: 245. Cipriano, san: 139. Calderón, Cipriano: 119 162 175 183 Cirarda, José M.: 187. 193 196. Císcar Pallarés, Eugenio: 221. Calle, Ovidio: 85. Cisneros, Francisco Jiménez de: 223. Calleja, Saturnino: 29. Clara, santa: 145 146. Camón Aznar, José: 208 247. Cobos, Antonio: 205. Campos, Julio: 139. Collantes, Justo: 67 94 105 114 115 Camps, Guido M.: 149. 116. Canals Pujol, Juan: 150. Colombás, García M.: 149. Cantelar Rodríguez, Francisco: 222. Colomer, Eugenio: 185. Cantera Burgos, Francisco: 58 59 61. Colunga, Alberto: 37 45 57 58 60 68. Capánaga, Victorino: 140 174 223. Coppens, Josefh: 191. Carbonell Cadenas de Llano, Cordero, Jesús: 185. Rafael: 63. Corral Salvador, Carlos: 78. Cárcel Ortí, Vicente: 220. Criado, Rafael: 67. Carol, J. B.: 121. Crisógono de Jesús: 207 227. Carranza, Bartolomé: 163 178. Crusafont, Miguel: 251. Carrillo de Albornoz, Carlos: 215. Cuenca Toribio, José M.: 221. Casanovas, Ignacio: 102. Cuervo, Manuel: 84. Casaroli, Agostino: 17 47 174 223. Cunill, Odilón M.: 149. Castán Lacota, Laureano: 124 205 206. Cusa, Nicolás: 100. Castellví, Pedro: 150. D Castillo Viñas, Juan: 52. Dadaglio, Luigi: 79 172. Castrillón, Darío: 258. Dalmases, Cándido: 148. Catalá García, Venancio: 53. Dalmau, José M.: 90. Celada, Gregorio: 85. Dante Alighieri: 132 133 245. CELAM: 47 173 257 258 259. Debate, El: 23 24 27 30 32 33 35 40 42 Celaya, Leonardo: 146. 45 49 50 82 130 205 232 253 254. Ceria, Eugenio: 149. Delaye, Philip: 193. Cernuda Álvarez, Francisco: 50. Delicado Baeza, José: 187. Cerro Calderón, García: 73.

Cerro Corrochano, Tomás: 133 181.

Demongeot, Marcel: 234.

Denzinger, Heinrich: 105.
Dhanis, Estanislao: 190.
Díaz Díaz, Manuel C.: 142.
Díaz Merchán, Gabino: 16 17 195.
Diego, Gerardo: 268.
Díez de los Ríos, Manuel: 181.
Díez Macho, Alejandro: 61.
Díez Ramos, Gregorio: 203.
Domenchina, Juan José: 246.
Domingo de Guzmán, santo: 26 146.
Domínguez Asensio, José A.: 126.
Domínguez del Val, Ursicino: 132.
Domínguez Martín, Joaquín: 91.
Domínguez Ortiz, Antonio: 221.

E

Eadmero: 81.

Ebner, Fernando: 101.

Donoso Cortés, Juan: 232.

Dumont, Charles: 204.

Durero, Albert: 58.

Echeverría, Lamberto: 76 77 78 107

117 156 171 208 209 211.

Editorial Católica, La: 15 16 17 19 21 22 23 24 29 33 36 39 41 43 45 49 53 58

252 253 263.

Efrén de la Madre de Dios: 206 226.

Egaña, Antonio: 218. Egido, Teófanes: 221.

Eguaras Iriarte, José M.: 181.

Eguiluz, Antonio: 88.

Eijo-Garay, Leopoldo: 73.

Einaudi, Luigo: 130. Elcid, Daniel: 146.

Elorduy, Carmelo: 93.

Engels, F.: 238 241.

Enrique de Ossó, san: 158. Erasmo, Desiderio: 244. Escallada, Alberto: 85.

Escandell Bonet, Bartolomé: 259.

Escoto Eriúgena: 100.

Escudero, Antonio: 1936.

Espeja, Jesús: 86.

Espinel, José Luis: 86.

Espìnosa, Clemente: 213.

Esteban Harding, san: 202.

Estella, Diego: 201.

Estepa, José M.: 179.

Etchegaray, Antonio: 228.

Ezquerra Bidet, Juan: 108.

F

Factor, Nicolás: 201.

Fernández Abuin, Santiago: 50.

Fernández Conde, Javier: 220.

Fernández Galiano, Manuel: 61.

Fernández Miranda, Torcuato: 52.

Fernández Rodríguez, Fernando: 241.

Fernández, Aniceto: 47 84 98.

Fernández, Andrés: 108.

Fernández, Clemente: 98.

Fernández, Hipólito; 86.

Fernández, Manuel: 185.

Fernando el Católico: 26.

Ferrer, Pedro V.: 144.

Fichte, Johann G.: 100.

Ficino, Marsilio: 100.

Fierro, Rodolfo: 149.

Fillion, L.Cl.: 108.

Florit, Miguel: 102.

Fortmann, H. J.: 190.

Fourad: 108.

Fraile, Guillermo: 98 99.

Francés Montoya, Enrique: 52. Francisco de Asís, san: 81 145 146.

Francisco de Sales, san: 155 208.

García, Félix: 63 134 140 141 243.

Francisco Javier, san: 225. García, Ramón: 85. Garde: 160. Franco, Lucía: 52. Franco, Ricardo: 67 90. Garde, Manuel: 151. Frings, Heinrich: 190. Garganta, José M.: 147. Fructuoso, san: 138. Garofalo, Salvatore: 193. Garrido Bolaño, Manuel: 139 170 171 Frusio, Andrés: 213. Fuertes Lanero, Enrique: 200. 185. Garrigou-Lagrange, Reginald: 210. Furlong, Francis P.: 223. Garrone, Gabriel M.: 110. Fuster, Francisco: 85. Gelabert, Martín: 86. G Giner Guerra, Severino: 154 227. Gabel, Emilio: 239. Gomero del Castillo, Pedro: 26. Galdós, Romualdo: 65. Gómez Caffarena, José: 185. Galileo, G.: 100. Gómez Canedo, Lino: 145. Gallardo, Paulino: 139. Gómez, Luciano: 86. Gallego, Saturnino: 156. Gomis, Juan B.: 201 Galmés, Salvador: 245. González Arintero, Juan: 214. García Álvares, Jesús: 84. González Calabuig, Antonio: 50 51. García Arteaga, Rafael: 52 184 266 267. González de Cardenal, Olegario: 106 109. García Barberena, Tomás: 75. García Cordero, Maximiliano: 58 63 González del Valle, Martín: 36. 67 68 69. González García, Teodoro: 220. García Escudero, José M.: 102 174 231 González Gil, Manuel: 110. 253 254. González Hernández, Luis: 213. García Garcés, Narciso: 121. González Lamadrid, Antonio: 71. García Hernando, Julián: 59. González Martín, Marcelo: 18 32 112 García Llameza, Felipe: 214. 115 116 117 125 158 178 185 194 223 García Miralles, Manuel: 84. 358. García Morente, Manuel: 103. González Moraleja, Rafael: 181. González Novalin, José Luis: 220. García Narro, J.J.: 103. González Ruiz, José M.: 131. García Nieto, Juan N.: 237. González Ruiz, Nicolás: 24 205 245 García Oro, José: 220. 246. García Villada, Zacarías: 220. González Ruiz, Ramón: 220. García Villoslada, Ricardo: 45 152 163 González, Agripino: 159. 217 218 220 221 224 225 245. González, Armando: 84. García y García de Castro, Rafael: 233. González, Donato: 85 86. García y García, Antonio: 120.

González, Severino: 90.

Goñi Gaztambide, José: 220. Granado Carcía, Carlos: 19. Grandmaison, Leoncio: 108.

Granero, Jesús M.: 229. Gregorio Magno, san: 139.

Gregorio X: 87. Gregorio XVI: 239. Grillmeier, A.: 107. Grocio, Hugo: 100.

Guardini, Romano: 108.

Guerra, Augusto: 107. Guerra, Isidro: 88. Guerra, José A.: 145.

Guerrero, Fernando: 163.

Guevara, Antonio: 201.

Guillén, José: 244.

Guix Ferreres, José M.: 237.

Gutiérrez Carreras, Guadalupe: 271.

Gutiérrez Navas, Manuel: 129.

Gutiérrez Rodríguez, Antonio: 222.

Gutiérrez Zuloaga, Isabel: 270.

Gutiérrez, Constancio: 215. Gutiérrez, Enrique: 146.

Gutiérrez, Pastor: 67.

Guy Bougerol, Jacques: 87.

Η

Haas, Adolf: 251.

Haecker, Ernst H.: 101.

Hamer, Jerome: 47.

Heidegger, Martin: 101.

Heisenberg, Werner: 251 252.

Hellín, José: 97.

Herder, Herman: 261 269.

Hernández Catalá, Vicente: 93.

Hernández, Jesús: 86.

Hernández, Ramón: 86 226. Herrán, Laurentino: 125. Herrera Oria, Francisco: 234.

Herrera, José: 155.

Herrero García, Miguel: 243. Hilario de Poitiers, san: 107 143.

Höpffner, Josef: 179. Hornedo, Rafael: 221.

Hoz, Francisco de la: 156 208.

Huerga, Álvaro: 224. Huerta, Adriano: 203.

I

Ibáñez de Aldecoa, Alfonso: 254.

Iglesias Pozo, Juan: 53.

Iglesias, Manuel: 59.

Ignacio de Loyola, san: 147 233.

Ignacio de Loyola, san: 26 43.

Ildefonso de Toledo, san: 112 138 223.

Innocenti, Antonio: 16 76. Iparaguirre, Ignacio: 148.

Iraola, Jesús: 146.

Ireneo, san: 111 112 137 163.

Iriarte, Lázaro: 146.

Iribarren, Jesús: 165 172 183 184 195

230 239.

Isabel la Católica: 26 223.

Isidoro de Sevilla, san: 26 138 142.

J

Janssens, Juan B.: 148.

Jara, José: 53.

Jaspers, Kart: 101.

Javierre, José M.: 153 211 228 229.

Jiménez de Rada, Rodrigo: 26.

Jiménez Duque, Baldomero: 158 210

215 221 227.

Jiménez Font, Luis: 65.

Jiménez Lorenzo: 86.

Jiménez Mellado, José: 132.

Jiménez Quilez, Manuel: 207. Jiménez Urresti, Teodoro: 77 185. Jiménez, Julio: 185. José de Calasanz, san: 154. Juan Bautista de la Salle, san: 156. Juan Bosco, san: 149.

Juan de Ávila, san: 45 180 200 205 206. Juan de la Cruz, san: 26 118 297 226.

Juan Pablo I: 162 257.

Juan Pablo II: 16 17 16 123 158 166 175 177 193 196 208 219 237 241 257 259 261.

Juan XXIII, san: 42 47 76 188 236 237 239.

Jubany, Narciso: 160. Jungmann, Josef: 169. Juretschke, Hans: 232.

K

Kempis, Tomás: 45 199 213. Kierkegaard, Sören: 101. Kolvenbach, Peter H.: 18. König, Franz: 95. Küng, Hans: 116.

L

Laboa, Juan M.: 218.
Ladaria, Luis: 143.
Ladrón de Guevara, José A.: 146.
Lago Luis: 85.
Lagrange, Joseph M.: 108.
Lahood, : 152.
Laín Entralgo, Pedro: 154.

Lain Entraigo, Pedro: 154. Laredo, Bernardino: 201. Larrañaga, Victoriano: 148. Larrañeta, Rafael: 85.

Larraz López, José: 36. Larrinaga, Jesús: 146. Laurentin, René: 124. Leal, Juan: 62 63 66 67 185.

Leandro, san 138. Lebreton, Julio: 108. Leclercq, J.: 203 204. Lecuona, José: 188.

Legaza, José Luis: 77 113 155 185 196.

Legísima, Juan R.: 143. Lemire, Gérard: 157. León de la Barga, Luis: 183.

León Magno, san: 109. León XIII: 231 234 237. Leturia, Pedro: 148 218 221. Linaje Conde, Antonio: 220.

Linehan, Meter: 222. Llamera, Bonifacio: 122. Llamera, Marceliano: 84 122.

Llopart, Estanislao:144.

Llorca, Bernardino: 171 209 217 220.

Lluch, Alfonso: 203. Lombarda, Ricardo: 196. Lope de Vega: 26.

Lopetegui, León: 218 220. López Rubio, José: 207. López de las Heras, Luis: 85.

López de Osaba, Pablo: 220. López Gay, Jesús: 92 93.

López Martínez, Julián: 175 176.

López Ortiz, José: 75.

López Quintás, Alfonso: 101. López Trujillo, Alfonso: 258 259.

López, Julio: 203. López, Justino: 86. López, Sebastián: 146. Lozano Juan M.: 151. Lozano, Sabino: 214. Lubac, Henri: 17 194.

Lucero, Martín: 224 225.

Luis de Granada: 45 200 224.

Luis de León: 43 229.

Luis M. Grignon de Monfort, san: 157.

Luis, Francisco de: 193036. Lumbreras, Pedro: 84.

M

Madariaga, Bernardo: 88.

Madrigal, Juan B.: 201.

Maldonado, Juan: 65.

Malley, John: 219.

Mansilla Reojo, Demetrio: 139 220.

Manyanet Vives, Luis: 160.

Manzanares, Julio: 77 79.

Manzini, Raimondo: 185.

Maguiavelo, Nicolás: 100.

Maravillas de Jesús, santa: 215.

Marcos Casquero, Manuel: 142 244.

Marcos, Balbino: 220.

Margerie, Bertrand: 113.

María M. del Santísimo Sacramento.

santa: 158.

Marín, Cándido H.: 124 236.

Marín, Francisco: 67.

Mártil, G.: 187.

Martín Aguado, José A.: 17.

Martín Artajo, Alberto: 19 25 102 236.

Martín Artajo, Javier: 19.

Martín Descalzo, José Luis: 188 195

211 267.

Martín Hernández, Francisco: 45 152

164 200 206 271.

Martín Hernández, Pedro: 177.

Martín Martínez, Isidoro: 196 242.

Martín Patino, José M.: 172.

Martín Sánchez, Fernando: 52 82 167. Montalbán, Francisco J.: 217.

Martín, Carlos M.: 62.

Martínez Azcona, Antonio: 150.

Martínez Carretero, Ismael: 219.

Martínez de Apellániz, Francisco: 146.

Martínez Fazio, Luis: 152.

Martínez García, Honorato: 50 173

265.

Martínez Navarro, Anastasio: 270.

Martínez Somalo, Eduardo: 47.

Martínez, Ángel: 85.

Martínez, Aureliano: 84.

Martínez, José J.: 108.

Martorell, José: 85.

Marx, Kart: 232.

Matías del Niño Jesús: 207 227.

Mayoral López, Juan A.: 19.

McCullan, Richard: 155.

Medina Márquez, Manuel: 50.

Medina, Alonso: 201.

Mejía, Jairo: 173.

Meléndez, Bermuda: 251.

Mendizábal, Luis M.: 214.

Mendizábal, Rufo 229.

Mendoza, Pedro González de: 26.

Menéndez Raigada, Albino J.: 210.

Merk, Agustín: 65.

Messori, Vittorio: 164.

Mestre Sanchos, Antonio: 220 221.

Mier, Francisco: 200.

Mígueles Domínguez, Lorenzo: 45 75

76 135.

Milagros, José M.: 147.

Milena Toffoli, María: 158.

Millás Vallicrosa, José M.: 61.

Molina Martínez, Miguel A.: 194.

Molina Melgar, José: 19.

Molino, Ángel: 151.

Monte, Aristónico: 86.

Montero Díaz, Santiago: 142.

Montero Moreno, Antonio: 208 211 230.

Montini, Juan B.: 58. Morán, Manuel: 86.

Morcillo, Casimiro: 172 184 187 188 190 211.

Moriarty, Federico: 67.

Moriones Benedit, Francisco: 141.

Mostaza Rodríguez, Antonio: 78 79.

Mostaza Rodríguez, Bartolomé: 270.

Mulago, Vicente: 93.

Mundo, Anscario M.: 149.

Muñiz, Francisco: 84.

Muñoz Duque, Anibal: 258.

Muñoz Iglesias, Salvador: 72 73 236.

N

Nácar Colunga, Eloino: 37 63. Newman, John H.: 229. Nicolau, Miguel: 67 90 117.

Núñez, Carlos H.: 236,

0

O´Callaghan, José 59 61 62 64 71 72 152 193.

O'Neill, Charles: 81.

Olivares, Estanislao: 185.

Oliver Montserrat, Antonio: 220.

Ollero, Carlos: 131.

Oltra, José: 159.

Oltra, Miguel: 87.

Omaecheverría, Carlos: 146.

Omaecheverría, Ignacio: 146.

Onrubia, Saturnino: 50.

Oñatibia, Ignacio: 144.

Orbe, Antonio: 111 163 214.

Orcajo, Antonio: 155.

Oromí, Miguel: 87.

Oroz Reta, José: 142 244 245.

Ortega Martín, Luis: 221.

Ortega, Alfonso: 244.

Ortega, Augusto: 151.

Ortega, Juan L.: 188.

Ortiz de Urbina, Ignacio: 61.

Ortiz Muñoz, Luis: 27 45 181 185 240.

Osés, José M.: 237.

Osio de Córdoba: 26.

Osuna, Antonio: 85.

Osuna, Francisco: 201.

Otero Díaz, Ángel: 52.

Otilio del Niño Jesús: 206.

Ovieta, Felix: 132.

P

Pablo VI: 32 42 45 46 88 117 119 123 177 182 184 188 190 195 237 259 26 4

265.

Pablo, san: 110 131.

Palacio Atard, Vicente: 253.

Palacios, Leopoldo E.: 131.

Palma, Luis de la: 213.

Palmés, Fernando: 98.

Papini, Giovanni: 108.

Páramo, Severiano: 67.

Pardo, Andrés: 173 174.

Pardo, Veremundo: 155.

Pareja, Félix M.: 93.

Parera Galmés, Bartolomé: 53 77 124

127.

Pascher, Joseph: 170.

Pascual, Augusto: 171.

Pascual, Francisco: R.: 204.

Paz, Herminio: 86.

Peinado, Miguel: 182.

Pemán Pemartín, José M.: 243.

Perelló Pou, Juan: 102.

Pérez Castro, F.: 61. Q Pérez de Urbel, Justo: 28. Ouarracino, Antonio: 258. Pérez Flores, Miguel: 155. Ouasten, Johannes: 137 143 144. Pérez Galdós, Benito: 267. Quevedo, Francisco: 208. Pérez Mier, Laureano: 45. Quiroga Palacios, Fernando: 188 195. Pérez Muñoz, Francisco: 84. R Pérez Rodríguez, Gabriel: 68. Rafaela M. del Sagrado Corazón, Pérez Villanueva, Joaquín: 221 259. santa: 157. Pérez, Esteban: 85. Rahner, Kart: 106 116. Philipon, Alejandro: 210. Raimundo de Peñafort: 26. Pignedoli, Sergio: 92. Raimundo de Toledo: 26. Pineda, Juan: 201. Ramirez, Santiago: 83. Piñero Sáez, A.: 73. Ratzinger, Joseph: 47 72 116 118 119 Piñol, Rómulo: 156. 123 164. Pío IX: 236. Rauscher, Anton: 166 261. Pío X, san: 42. Ravier, André: 156. Pío XI: 249. Recondo, José M.: 163. Pío XII: 18 42 47 57 61 169 178 205 236 Regidor, Antonio: 53. 237. Resines, Luis: 179 180. Piquer, Jordi: 160. Revuelta González, Manuel: 152 221. Pira, Giorgo: 184. Rey, Eusebio: 217. Plá, Jesús: 84. Rey-Mermet, Theodule: 163 228. Planck, Max: 251. Riaza, José M.: 249 250. Plazaola, Juan: 101 247. Riberi, Antonio: 255. Potterie, Ignace: 110 124 152. Riccioti, Giuseppe: 108. Pozo, Candido: 93 105 119 122 123 124 Righetti, Mario: 170. 126 162 186 190 191 192. Rioja Fernández de Mesa, Mariano: 19 Prado, Germán: 203. 174 253. Prat, Ferdinand: 108. Ripalda, Jerónimo: 179 180. Prieto, Alfonso: 78. Riudor, Ignacio: 92. Primo de Rivera, Miguel: 25 31. Rivadeeneyra, Pedro: 217. Proclo: 100. Rivera Recio, Juan F.: 220 223. Przywara, E.: 101. Roberto de Molestes, san: 202. Puig, Pedro M.: 149. Robles Caicedo, L.: 86. Puzo, Félix: 62. Robles Sierra, A.: 86. Pymen: 127. Roca, Ismael: 139.

Rodríguez Carmona, Antonio: 93.

Rodríguez de Yurre, Gregorio: 237 38. Rodríguez G. de Cevallos, Alfredo: 220. Salguero, José: 68.

Rodríguez Molero, Francisco: 67 213.

Rodríguez, Abundio: 203. Rodríguez, Alonso: 215. Rodríguez, Eliseo: 85.

Rodríguez, Federico: 236 237.

Rodríguez, Isidoro: 244. Rodríguez, Jesús M.: 85. Rodríguez, Ventura: 50. Rodríguez, Victorino: 85. Román, José M.: 155.

Rouco Varela, Antonio M.: 45 79 85

199.

Rovira, R.: 103.

Royo Marín, Antonio: 80 91 107 113

121 126 185 210. Ruano, Licinio: 208.

Rubio Repullés, Mario: 45.

Rubio, Samuel: 220.

Ruiz Bueno, Daniel: 137 138 170 185

188.

Ruiz de Arcauzte, Ángel: 203.

Ruiz Garrido, Constantino: 170.

Ruiz Jurado, Manuel: 148. Ruiz Molina, Antonio: 219. Ruiz Salvador, Federico: 208.

S

Sabater, Carmen: 32. Sabugal, Santos: 113. Sagüés, Francisco: 146. Sagüés, José E.: 89 90.

Sáiz, Ángel: 185.

Sala Balust, Luis: 205 206 209.

Sala, Mario: 62. Saläun, Luis: 157.

Salaverry, Joaquín: 89 90.

Salazar, José: 78.

Sánchez Agesta, Luis: 237.

Sánchez Aizcorbe, César: 119 240. Sánchez Aliseda, Casimiro: 206 211. Sánchez Cantón, Francisco J.: 247. Sánchez González, Almudena: 19.

Sánchez Sánchez, Juan: 77. Sánchez, Gerardo: 86. Sancho, Antonio: 85. Sanmartín, Javier: 185. Sansegundo, León M.: 149.

Santaeulalia Guibert, Juan: 150.

Santos Otero, Aurelio: 72 73.

Santos, José Luis: 78.

Sanz de Diego, Rafael M.:221.

Sartre, Jean P.: 101. Sauras, Emilio: 84.

Sayés Bermejo, José A.: 105.

Scheffczyk, L.: 107. Schmaus, Michel: 107.

Schökel, Luis A.; 185 187 211.

Sebastián Aguilar, Fernando: 16 45 85

199.

Segovia, Augusto: 67. Serrano, Justo J.: 67. Serrano, Luciano: 82. Serrano, Miguel: 185.

Sierra de Cózar, Alejandro: 181.

Sinués Urbiola, José: 19. Smet, Joaquín: 219. Sobrino, José A.: 108 229. Solá, Francisco: 90 120.

Solaguren, Celestino: 88 146. Solano, Jesús: 90 93 94 138.

Soledad Torres Acosta, santa: 154.

Solozábal, José M.: 237.

Soria, Carlos: 84.

Soria, Fernando: 84.

Sotomayor Muro, Manuel: 185.

Spinola, Marcelo: 228. Steggink, Otger: 206 226. Suárez, Armando: 247. Suárez, Francisco: 65. Suárez, Raimundo: 84.

Súper, Francisco: 47 118 193.

Suquía Goicoechea, Ángel: 18 76 162

185 186 187.

T

Tagliaferri, Mario: 47. Tales de Mileto: 100.

Tarancón, Vicente E.: 158 172 173 195.

Tarín, Francisco P.: 228.

Tellechea Idígoras, José I.: 152 163 178

221.

Teresa de Jesús, santa: 26 118 202 226. Vera Urbano, Francisco: 78.

Teresa del Niño Jesús, santa: 225.

Toledo, Francisco de: 111.

Tomás de Aquino, santo: 81 85 87 235.

Tonna-Bartet, Antonino: 200.

Torcal René, José: 50. Tores, Alfonso: 215. Torras, Jaime: 151. Torre, Juan M.: 204.

Torres Fernández, Antonio: 67.

Turrado, Lorenzo: 45 68.

Tuya, Manuel: 68.

IJ

Úbeda, Manuel: 84. Ugalde, Felipe: 185. Unciti, Manuel: 185. Ungido, Juan J.: 84.

Universidad Pontificia de Salamanca: 22 35 43 45 54 57 66 76 138 140 171

178 205 217 222 240 249.

Urtasun, Cornelio: 170.

Urdánoz, Teófilo: 84 99 235. Urivelarrea, Antonio: 260.

Utz, Fridolin: 117 165 166 180.

V

Vagaggini, Cipriano: 170.

Valbuena, Jesús: 84.

Valverde Mucientes, Carlos: 221 232

240.

Vander Gucht, Robert: 106. Vega, Ángel C.: 140 206 207.

Velasco Bayón, Balbino: 219.

Velasco Graña, Bernardo: 175.

Velasco, Miguel A.: 162.

Vella, Juan: 67.

Vera Ordás, Luis: 181.

Vergés, Salvador: 107.

Viada López-Puigcerver, Carlos: 237.

Vicens, Juan A.: 159.

Vicente de Paúl, san: 155.

Vicentini, José I.: 67.

Viguera, Vicente: 208.

Vilamor, José R.: 17.

Vilariño, Remigio: 108.

Villanueva, Francisco: 156.

Villuenda Polo, León: 87.

Viñas, José M.: 151.

Visser, J.: 190.

Vitoria, Francisco de: 226.

Vives, Francisco: 151.

Vives, Luis: 26 244.

Vizmanos, Francisco, Francisco: 92.

Vorgrimler, Herbert: 106.

W

Weizsäcker, Carl F.: 252.

Weter, Gustav: 237.

Woytila, Karo: 196 208 261 262.

Wust, Peter: 101.

\mathbf{Y}

Yáñez, Inmaculada: 152.

\mathbf{Z}

Zalba, Marcelino: 89 91 192. Zamora, Florentino: 53.

Zea, Alicia: 159.

Zimmerman, Heinrich: 70.

Zubillaga, Félix: 218. Zubiri, Javier: 101. Zubiría, Luciano: 36. Zulueta, Luis: 36.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE APUNTES PARA UNA HISTORIA DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS,
LIBRO DE CEU EDICIONES,
EL DÍA 27 DE ABRIL DE 2014,
FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT,
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS VERGARA, S. A.

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI